A SULLIVAN FAMILY NOVEL
one night
LENA HENDRIX

El presente documento es una traducción realizada por **Sweet Poison**. Nuestro trabajo es totalmente sin fines de lucro y no recibimos remuneración económica de ningún tipo por hacerlo, por lo que te pedimos que **no subas capturas de pantalla a las redes sociales del mismo**.

Te invitamos a apoyar al autor comprando su libro en cuanto esté disponible en tu localidad, si tienes la posibilidad.

Recuerda que puedes ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con discreción para que podamos seguir trayéndoles más libros.

Sinopsis

Duke Sullivan es un granjero malhumorado y gruñón: es el hijo mayor de la odiada familia rival de la mía. También resulta ser mi MENSAJE DE LOS BUENOS DÍAS y el hombre del que no tengo derecho a estar enamorada en secreto. Duke está estrictamente prohibido.

Tras meses ocultando nuestra amistad, las estrellas se alinean, las chispas se encienden y finalmente CEDEMOS A LA TENTACIÓN.

Sabiendo que nuestra relación nunca podría ir más allá de miradas robadas y anhelantes, acordamos seguir siendo amigos en secreto... hasta que DOS LÍNEAS ROSAS LO CAMBIAN TODO.

Con nuestro pequeño pueblo y nuestras familias alborotadas, Duke hace lo impensable.

Recoge mis cosas y me muda a su casa.

A pesar de que acordamos capear juntos el temporal y tratar de encontrar la forma de copaternizar, la convivencia con Duke resulta casi imposible.

Cada sonrisa suave, cada roce de su mano callosa contra mi piel sensible, me hace querer ESTALLAR EN LLAMAS. A pesar de la enemistad, está claro que Duke persigue implacablemente lo que quiere, y creo que eso podría ser... *yo*.

Soy la hija callada con el apellido equivocado, pero es obvio que él quiere mucho más que *una noche.*

The Sullivan Family, libro 4.

Para cualquiera que alguna vez haya sentido que se desvanecía en el fondo. Te mereces un hombre que te mire y diga: Por ti, lo haría.

Nota de la autora

Este libro contiene escenas de sexo explícito, incluyendo sexo durante el embarazo. {Lo prometo, es súper caliente.} También hay algunas escenas que se superponen con libros anteriores: ¡espero que disfrutes revisitando algunas de tus escenas favoritas y viendo la dinámica oculta que quizá te hayas perdido!

One Night también hace referencia a la muerte de uno de los papás (fuera de página/no detallada, pero mencionada), a una mamá que deja a sus hijos y a un papá con demencia precoz.

Este libro contiene un embarazo sorpresa/accidental, incluyendo descripciones del embarazo y de los síntomas del mismo. Debido a la naturaleza sorpresiva de este embarazo ficticio, Sylvie y Duke discuten si ella querría o no interrumpir su embarazo. Al final, deciden juntos y su elección es simplemente eso: *su elección.* Su elección es simplemente el viaje que estos personajes decidieron emprender y no constituye en modo alguno un juicio sobre las elecciones de los demás.

Por último, Duke es agricultor de arándanos en Michigan. Como tal, emplea a trabajadores agrícolas estacionales. Me gustaría dar las gracias muy especialmente a Krystal Martinez-Regan por proporcionar una lectura de sensibilidad exhaustiva de One Night. Sigue siendo importante para mí que la representación de los trabajadores inmigrantes se haga continuamente con cuidado y autenticidad.

Ahora... vamos a dejar embarazada a Sylvie, ¿okey?

1

Sylvie

—Pero no escupas en mi café, ¿okey?

Parpadeé, dejando que las palabras del cliente se asentaran sobre mí antes de darme cuenta de que, de hecho, me pidió que no *escupiera en su café*. Al otro lado del mostrador estaba Matty, primo de los Sullivan y a quien conocía desde que estaba en la guardería.

Atónita, asentí con la cabeza y mantuve la calma antes de ir a servirle su pedido. Los sonidos de la bulliciosa pastelería me invadían, y el aroma del café caliente se impregnaba en el aire y se mezclaba con los dulces olores a canela y azúcar procedentes de la cocina. El tintineo de los tenedores y el parloteo sin sentido continuaban a mi alrededor, y podía sentir la tensión formando una bola dura entre mis omóplatos.

Era sábado por la mañana y el Sugar Bowl era conocido por tener los mejores pasteles del pueblo, así que, por supuesto, estábamos hasta arriba. No importaba que las temperaturas de principios de octubre significaran que la temporada turística había terminado oficialmente: se sabía que Outtatowner, Michigan, atraía gente todo el año.

Pero no escupas en mi café.

Entrecerré los ojos ante su café mientras reprimía mi irritación por su comentario. Una pequeña y mezquina parte de mí pensó que *debía* escupir en él, solo para fastidiarlo a él y a la estúpida rivalidad. La larga enemistad entre la familia Sullivan y los King era cosa de leyendas, que se remontaban a más tiempo del que yo podía recordar. Ambas partes trataban de superar a la otra con bromas ridículas. Aunque Outtatowner era un pueblo turístico costero, los que éramos de aquí, los pueblerinos,

sabíamos que la línea estaba trazada, o estabas con nosotros o con ellos. No había duda.

Durante años he visto a mis hermanos intentar engañar a los Sullivan, solo para que ellos se lo devolvieran, golpe por golpe. Hasta hace poco, la cosa había permanecido inocua, aunque me di cuenta de que mis hermanos estaban más nerviosos que nunca y de que el apellido Sullivan salía cada vez más a relucir.

Las únicas dos que consiguieron encontrar algo de paz eran la tía Bug y Tootie, la tía de los Sullivan. Aunque no se caían bien, se encargaban de que no destrozáramos el pueblo a su alrededor cuando las cosas se calentaban. Por el bien de los turistas, guardábamos las apariencias, pero no era inaudito que mis hermanos montaran una pelea a la puerta del bar un sábado por la noche. Diablos, hasta el nombre del bar, el Grudge Holder, era un homenaje a la tensión entre nuestras familias.

No podría importarme menos la disputa. Durante la mayor parte de mi vida, me escondí en un segundo plano, viendo a mis hermanos tropezar tratando de vengarse de un Sullivan por una cosa u otra, pero yo no.

Soy Suiza.

Suiza probablemente no escupiría en el café de Matty, así que apreté la tapa y se lo entregué con una sonrisa tensa. Me había convertido en una experta en aspirar aire por la nariz y despedirme con frialdad y sin juzgar a nadie.

—Sin escupitajos. —Mi broma no cayó bien, y sus ojos se desviaron hacia la taza, más cautelosos que nunca.

—Genial. —Matty se fue, y no me perdí el ligero giro de sus ojos. Como todo el mundo en este pueblo, no se molestaba en verme como algo más que una King.

Detrás de él, la cola estaba formada por seis clientes, y mis ojos observaron que el mesero no estaba limpiando las mesas. Tres mesas altas tenían tazas y platos apilados, y los clientes se arremolinaban alrededor de las mesas para encontrar un sitio limpio donde sentarse.

Apurando el paso entre los siguientes clientes, abandoné cualquier intento de ser amable. No valía la pena mostrarme alegre cuando, hiciera lo que hiciera, seguiríamos rezagados y yo seguiría recibiendo miradas de reojo por el mero hecho de ser una King en la parada de desayunos más popular del pueblo.

Respiré hondo y seguí adelante, como siempre.

Puedo hacerlo.

Huck, el dueño de la pastelería, se llevó a su prometida a un viaje sorpresa de dos semanas, así que me tocó a mí ocuparme del fuerte. Hacía años que trabajaba en el Sugar Bowl: empecé como mesera y fui asumiendo cada vez más responsabilidades hasta convertirme en una especie de gerente. Él contaba conmigo. Huck era un gran jefe y, dado que no le daba mucha importancia a la disputa entre los King y los Sullivan, significaba un lugar decente para trabajar, lejos de mi papá.

—¿Puede alguien recoger esta mesa? —dijo desde el fondo un cliente que no reconocí, y mis ojos se desviaron hacia el mesero, que balanceaba la tina ya llena sobre su cadera.

—¡Sí! Un segundo, por favor.

Ignoré los gruñidos adicionales y, con un suave resoplido, me aparté un mechón de cabello que se soltó de la coleta. Intentando mantener la calma, tranquilicé mi respiración cuando el siguiente cliente se acercó al mostrador.

Mis ojos se dirigieron hacia arriba mientras observaba al hombre alto que tenía delante. Beckett Miller no era un pueblerino, pero estaba muy cerca. Llevaba años veraneando en Outtatowner y era amigo íntimo de Duke Sullivan desde que eran adolescentes.

En nuestro pequeño pueblo, la división entre los King y los Sullivan era clara, y Beckett se plantó de lleno en territorio Sullivan. Más aún después de aceptar ayudar a renovar la granja de la señora Tootie, y si los rumores eran ciertos, él y Kate Sullivan habían pasado de rasgarse las gargantas a rasgarse las vestiduras.

Ese chisme corrió como la pólvora en el Bluebird Book Club, ya que Beckett era en realidad el malhumorado hermano mayor del ex novio de Kate.

Beckett se acercó a la caja registradora y yo reprimí una pequeña sonrisa. De cerca era guapo y me alegré por Kate, aunque nuestra antigua rivalidad familiar me decía que no debía atreverme a alegrarme por una Sullivan.

—Bienvenido al Sugar Bowl. ¿Qué te doy?

—¿Conoces a Kate Sullivan?

Mis cejas se alzaron.

—Por supuesto que sí.

Apretó los labios y asintió.

—Genial. ¿Sabes cuál es su favorito? —Movió un dedo hacia la vitrina de cristal rebosante de bollos, muffins y bollitos.

Una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios. *Supongo que los rumores* son ciertos.

—A Katie le gusta el bollo de queso, pero solo lo suele comer una vez a la semana.

Beckett sonrió.

—Perfecto. Dos bollos con queso para ella, lo que pida de café, y el muffin de arándanos con un café solo para mí, por favor.

Repasé mentalmente su pedido, asentí con la cabeza y le cobré, luego me dirigí al flaco Kenny, que estaba trabajando en la máquina de café expreso, para transmitirle el pedido. El pobre chico seguía haciendo honor a su apodo, otra rareza del pueblo. Podía engordar veinte kilos de músculo o cincuenta de grasa y seguiría siendo el flaco Kenny. Así funcionaban las cosas aquí. Si tenías suerte, o eras invisible como yo, podías pasar sin apodo.

Me acerqué a la vitrina, puse los pasteles en una pequeña bolsa blanca, añadí tranquilamente un bollito de limón extra porque sí, y se la entregué a Beckett.

Detrás de mí, Rebecca, nuestra mesera con más años de servicio, entró por la puerta doble del fondo con una expresión de preocupación pintada en el rostro.

—Sylvie... hay un problema con el pedido de productos de esta semana. Huck no está aquí, así que alguien tiene que hablar con Duke Sullivan. ¿Puedes hacerlo?

El calor inundó mis mejillas mientras rechinaban los dientes. Siempre era algo. Vi a la bulliciosa panadería y calculé mentalmente lo atascados que estaríamos si yo no estuviera delante ayudando a los clientes a pasar por la cola. Eché una mirada cautelosa detrás de Beckett a la creciente fila de clientes.

—¿En este momento?

Rebecca hizo una mueca.

—Está esperando atrás.

Claro que sí.

Resignada, suspiré y me limpié las manos en la parte delantera del delantal.

—Enseguida voy. —Me giré hacia Beckett y vi que una extraña sonrisa se dibujaba en su rostro.

Forcé una sonrisa e ignoré el temblor de mi estómago.

—Que tengas un buen día.

Me di la vuelta, endureciendo la espalda y recuperando el aliento antes de abrirme paso a través de las puertas de estilo salón que daban a la cocina.

Había una cosa que arruinaba mi estado de ánimo, y él estaba en la cocina con la cadera apoyada en la encimera de acero y su característico ceño fruncido, con los brazos cruzados sobre su enorme pecho como si fuera el dueño del lugar.

El jodido Duke Sullivan.

Con una piel curtida por largas horas en el campo de arándanos y unos músculos que mostraban su vida de duro trabajo, era *todo un*

hombre. El cabello oscuro, casi demasiado largo, amenazaba con cubrir sus ojos profundos y malhumorados. Eran del tipo de marrón intenso que encierra susurros de secretos, secretos que un hombre como él deja que pocas personas conozcan. Sus iris oscuros se difuminaban en pupilas negras y añadían un toque de misterioso peligro al mayor de los hijos de Red Sullivan.

No importaba que fuera el tipo de hombre bueno que volvía estúpidas a las mujeres de todo el pueblo. Él era un Sullivan, y yo una King. Hace décadas nuestras familias decidieron que se odiaban, y desde entonces nos turnábamos para hacernos la vida imposible, normalmente en forma de bromas ridículas.

En lugar de madurar y dejar que el pasado muriera con los antepasados que lo crearon, nuestras familias redoblaron la disputa. Aunque era una molestia, mantenía interesante la vida en nuestro pequeño pueblo.

La irritación rodó por los anchos hombros de Duke.

Pero Duke *siempre* parecía irritado. Probablemente se debía a que los Wranglers que llevaba eran demasiado ajustados, aunque nunca me había fijado en cómo se amoldaban a su trasero perfectamente musculoso.

De pie frente a él, puse las manos en las caderas.

—¿Necesitas algo?

Resopló y se levantó del mostrador de acero para verme.

—Necesito que no estropees mi horario de entregas.

Mi cara se contrajo.

—¿Yo? ¿Qué hice?

Duke soltó un suspiro, que hablaba por sí solo de lo molesta que era mi mera presencia.

—Huck está fuera del pueblo, así que asumo que eres tú quien olvidó poner su pedido para la semana.

Empecé a abrir los ojos de par en par, pero me contuve y lo vi fríamente. A petición de Huck, hice el pedido semanal de arándanos de la panadería a Sullivan Farms.

¿Verdad?

Mi mente se remontó a los últimos días, pero estaba en blanco.

Mierda.

Entre los problemas de personal, un horno temperamental que no quería funcionar a menos que le dieras dos patadas en el lado derecho, y las madrugadas preparando mientras Huck no estaba, debí de olvidarme por completo de hacer el pedido.

Doble mierda.

Abrí la boca y la volví a cerrar cuando Duke levantó la mano.

—¿Lo de siempre?

—Mmm... —Se me secó la boca de pánico.

—¿Quieres lo de siempre? —Habló despacio de un modo que me hizo sentir aún más tonta de lo que debía parecer. *Idiota.*

Cuando continué viéndolo fijamente, suspiró.

—Huck pide ocho kilos, a menos que tenga algo especial en el menú. ¿Lo necesitas o no?

El calor inundó mis mejillas. Nerviosa, pasé a su lado, ignorando por completo el cálido aroma masculino que desprendía su piel bronceada. En la oficina contigua, hojeé unos cuantos papeles hasta llegar a las notas que Huck me dejó. Pasé un dedo por la hoja mientras sentía la mirada ardiente de Duke en mi espalda.

—Sí. —Me giré y me encontré con su mirada fija. Sus ojos se posaron en los míos—. Lo de siempre. Por favor. —Añadí un por favor al final solo porque esta semana estaría jodida sin esas bayas.

Los labios de Duke se apretaron en una línea firme.

—Bien.

Se dio la vuelta para marcharse, y un sonido se quedó atrapado en mi garganta.

—¿Vas a… dejar las bayas en este momento?

—No, las entregas terminaron por hoy, y por alguna razón caí en la cuenta de que no hicimos una parada aquí. Vine a comprobarlo. Tendré que empacar y entregar algunas cajas esta tarde.

—Oh... —Empecé a morderme el interior del labio antes de poder contenerme. El hecho de que Duke reorganizara su jornada para ayudarme a corregir mi error me provocó una sensación extraña e incómoda en el pecho.

Duke era un idiota.

Frío, gruñón y malhumorado.

Un Sullivan.

No debía actuar como un buen vecino y desvivirse por ayudarnos.

—Gracias, yo... te lo agradezco mucho.

Un músculo se flexionó en su mandíbula y contuve el aleteo de mi vientre.

—Sí. —Duke se giró hacia la salida trasera de la cocina, luego se detuvo.

Me quedé viendo la extensión de su musculosa espalda, preguntándome qué le impidió marcharse.

Llenando el incómodo silencio, carraspeé suavemente.

—Cerramos a las dos. Si no puedes llegar para entonces, lo entiendo perfectamente. Tal vez podrías llamarme, y me aseguraré de estar aquí para poder recibirlas y llevar todo adentro.

Se giró, sus ojos oscuros se encontraron con los míos y me clavaron en el sitio.

—¿Llamarte?

Tenía la garganta caliente y tensa. No había ninguna razón para mi reacción física ante Duke, pero ahí estaba de todos modos. Su energía masculina llenó la cocina hasta que el aire se impregnó de ella.

—La última vez que un King consiguió mi número de teléfono, no recibí más que llamadas de broma durante meses —dijo.

Me le quedé viendo, atónita. *Definitivamente fue mi hermano, Royal.*

—Datos sobre gatos —continuó, sin verle la gracia a la ridícula broma—. Me enviaban mensajes de texto con datos sobre gatos *quince* veces al día. Tuve que conseguir un nuevo número de teléfono.

Levanté las manos, conteniendo la risa que amenazaba con escaparse.

—No fui yo, y no haría eso, te lo juro. Solo quiero asegurarme de que la cocina está abierta cuando llegues.

Un gruñido bajo retumbó en su garganta mientras me miraba.

Cuando metió la mano en el bolsillo de sus jeans, no pude evitar fijarme en lo gruesos y nervudos que eran sus antebrazos. Sacó el teléfono del bolsillo, dudó antes de desbloquearlo y entregármelo.

Puse los ojos en blanco y tecleé rápidamente mi número de teléfono en el suyo, enviando una mensaje al mío para tener también el suyo. Cuando recibí el mensaje, saqué el celular del bolsillo trasero y guardé su número.

Le acerqué el teléfono. Extendió la mano y sus ásperas yemas rozaron mi palma mientras lo tomaba. El calor me subió por el brazo y me recorrió el pecho. Retiré la mano antes de que se diera cuenta.

Vio el teléfono y frunció el ceño.

—¿Daryl Hall?

Levanté mi teléfono.

—Sí, y tú eres John Oates.

Me vio fijamente, y pequeñas punzadas bailaron en mi nuca. Tragué saliva.

one

—Bueno, no puedo dejar que *Duke Sullivan* aparezca en la pantalla y le provoque un infarto colectivo a mis hermanos.

Sus rasgos oscuros se iluminaron.

—Hall and Oates. ¿Como el dúo pop de los ochenta?

Moví un dedo en el aire mientras una canción clásica y alegre de Hall and Oates sonaba suavemente en el altavoz de la cocina.

—Pensando con los pies aquí.

Con un movimiento de cabeza y sin decir una palabra más, Duke salió por la puerta trasera. La puerta se cerró de golpe y me quedé mirándola.

¿Qué demonios fue eso?

Un estruendo en la entrada de la panadería me sacudió de mi estupor.

—¡Sylvie! Necesitamos ayuda aquí. —Rebecca dijo.

—¡Ya voy! —Me levanté la camisa por el cuello para que entrara un poco de aire, preguntándome por qué de repente hacía tanto calor aquí atrás.

2

Duke

El viaje a Haven Pines lo podía hacer dormido. El hecho de que la demencia precoz de mi papá se hubiera vuelto inmanejable y lo obligara a vivir en el ala de cuidados de la memoria de una residencia de ancianos era una lanza constante bajo mis costillas.

Con mis hermanos a la deriva, la tía Tootie y yo hicimos todo lo que pudimos para cuidar de él, pero con las exigencias de la granja, al final llegó a ser demasiado. Parecía que fue ayer cuando pasé una larga tarde en el campo y terminé el día con una llamada de la policía diciendo que papá fue al pueblo, se confundió y lo detuvieron. Irritado y confundido, golpeó al agente que intentaba ayudarlo.

Le fallé.

Tootie no podía cuidar de su hermano por sí sola, y no pasó mucho tiempo hasta que me vi obligado a admitir la derrota. Papá estaba más seguro en Haven Pines.

Al atravesar las puertas automáticas, me recibió inmediatamente la enfermera del mostrador principal.

—¡Buenas tardes, Duke!

Asentí escuetamente con la cabeza y seguí por el mostrador principal hacia el ala donde estaba mi papá. La sala de cuidados de la memoria tenía un puesto de enfermería independiente frente a las puertas dobles cerradas con llave. Estaba pensada para la seguridad de los residentes, pero se parecía mucho a una cárcel.

La enfermera estaba al teléfono, pero me dedicó una sonrisa radiante y me hizo pasar sin tener que preguntarme quién era. Como visitante habitual, veía a mi papá casi todos los días. Si yo no podía ir, Tootie o alguno de mis hermanos hacían el viaje a Haven Pines para ver cómo estaba. En los días buenos, incluso llevábamos a papá con nosotros a cenar en familia o a tomar una bola de su helado favorito en el centro.

Nada más cruzar las puertas, la decoración cambió de estéril residencia de ancianos a falso barrio. Cuando se construyó el ala, la hicieron siguiendo el modelo del centro de Outtatowner. Las habitaciones del hospital parecían un barrio de casas apiladas como fichas de dominó, una detrás de otra. Las puertas de las habitaciones parecían puertas de entrada de casas reales, y los exteriores estaban decorados con flores, ventanas falsas y farolas.

Era pintoresco, si podías olvidar el hecho de que la mayoría de los residentes estaban tan viejos que no recordaban ni sus nombres de pila. Me sacudí el pensamiento de la cabeza mientras me acercaba a la habitación de mi papá.

Al más puro estilo de Red, papá estaba vestido y tomando café en el porche improvisado afuera de su habitación. A pesar de que ya no lo necesitaba, sabía que seguía despertándose antes que el sol. Los viejos granjeros eran una raza diferente. Aunque rozaba los sesenta, seguía luciendo una melena abundante, peinada y arreglada de la misma manera desde que yo era niño.

Sus ojos captaron mi movimiento y se clavaron en mí. Hubo un parpadeo de confusión, ese medio segundo en el que no reconocía a su propio hijo, que siempre me destripaba, luego, con la misma rapidez con la que aparecía, desaparecía y el reconocimiento le dibujaba una sonrisa en la cara. Papá tenía unos ojos azules y amables, y hoy eran claros.

Se levantó y empujó una mano en mi dirección.

—Buenas tardes.

Le estreché la mano y le apreté con la otra el hombro con afecto.

—Hola, papá.

—¿No trabajas hoy?

one

Solté una carcajada sin humor. *Siempre* había trabajo, pero papá era una prioridad.

—Día lento. Esta semana y la próxima se plantarán nuevos arbustos. Tuvimos unas cuantas hileras afectadas por el virus del arándano.

Papá frunció las cejas.

—¿Quitaron los arbustos infectados y los quemaron?

Asentí con la cabeza.

—Sí, señor.

—Tendrás que vigilar ese lugar a partir de ahora. Cuatro años por lo menos. ¿Cuántas filas?

Me reí para mis adentros. Aunque algunos recuerdos, como el de sus hijos o el fallecimiento de su esposa, se volvieron borrosos, el hombre nunca olvidaba nada de los arándanos.

—Solo dos, nos estamos encargando.

Papá me dio una palmadita en el brazo.

—Sé que lo haces, hijo. —Señaló las dos sillas de su falso porche—. Siéntate. —Levantó su taza desechable—. A menos que quieras algo de beber. Hoy el café parece alquitrán, así que no te lo recomiendo. —Hizo una mueca en la taza, pero bebió otro sorbo.

Sacudiendo la cabeza, me senté a su lado, como hice mil veces antes, y estiré mis largas piernas contra la barandilla del porche que hacía tope con el pasillo.

Nos sentamos en un agradable silencio mientras él saludaba amistosamente con la cabeza a otros residentes que caminaban por la "acera" y a las enfermeras que empujaban sus grandes carritos de ordenador por el pasillo. Me pregunté si alguna vez se había dado cuenta de que era mucho más joven que los demás vecinos de su bloque.

Cuando por fin papá rompió el silencio, se me encogió el corazón.

—Tu hermano tiene un gran partido. —Sacudió la cabeza, perdido en sus recuerdos—. Un gran partido.

No hablaba de entrenar para un partido en la universidad. Era habitual que papá reviviera los días de gloria de Wyatt como el *chico dorado* quarterback de Outtatowner, un apodo que luchó mucho por ignorar, pero en Outtatowner, a la gente se le conocía más por sus apodos, y la mayoría los odiaba.

Excepto yo. Nací como August Sullivan; a mi mamá le encantaba que su hijo mayor fuera August y ella June. A menudo estábamos sentados en el porche, viendo a papá avanzar lenta y tortuosamente por las hileras e hileras de arbustos de arándanos. Ella suspiraba, apoyaba la cabeza en mi hombro y me decía que agosto era su mes favorito. Hablaba poéticamente de la vida en nuestro pequeño pueblo y de cómo todo podía cambiar con una sola decisión, si tan solo éramos lo bastante valientes para tomarla. A menudo esparcía pequeñas joyas de sabiduría que yo era demasiado joven para comprender.

Se me oprimió el pecho al recordarla. Mamá siempre fue la valiente.

Como un niño con el nombre de Gus, mis compañeros eran despiadados. Especialmente los King. JP King se burló una vez de mí diciendo que él era un King y que yo solo sería algo parecido a un *Duke*[1].

Debajo de él.

Se burló de mí y me llamó Duke tantas veces que la mayoría de la gente asumió que era mi nombre de nacimiento.

La broma fue para él, porque yo prefería Duke antes que Gus, sobre todo después de la muerte de mamá. Era demasiado doloroso recordar cómo me despeinaba y me llamaba Gus-Gus. Cada vez que lo hacía se me torcía la cara y le apartaba la mano de un manotazo, rogándole que no me llamara así. Ahora mataría por oírlo por última vez.

—¿Crees que batirá el récord esta vez? —Los ojos de mi papá estaban desenfocados. Estaba tan ensimismado como yo.

—¿Hmm? —pregunté, devolviendo mi atención al presente.

—Tu hermano tiene un gran brazo, pero no está concentrado. Si va a batir su propio récord, tiene que *quererlo*.

[1] Rey, y duque.

Tarareé en señal de acuerdo. Corregir a papá no haría más que agitarlo, y yo estaba demasiado agotado para abordarlo hoy.

—Wyatt siempre lo da todo —concedí.

Y lo hacía: Wyatt consiguió perseguir sus sueños en la NFL y ahora había encontrado su vocación como entrenador universitario. Se entregó en cuerpo y alma al equipo, y lo único que había antes eran su hija, Penny, y su mujer, Lark, ahora que se había enamorado de ella.

Lee fue el soltero favorito del pueblo, y no es que lo culpara. Cumplió su servicio militar y vio más mierda que nadie más allá de las fronteras de este pueblo. Aun así, puede que volviera cambiado de formas que yo no siempre entendía, pero no veía su ausencia de la misma forma que yo.

Libertad.

Incluso Kate se mudó por fin a casa tras una breve temporada en Montana. Me alegró que volviera, aunque mentiría si no dijera que el hecho de que mi mejor amigo Beckett se enamorara de mi hermana menor me desconcertó. No es que él no fuera un buen chico, es que creí que había un código. Un acuerdo. Aparentemente *No te folles a mi hermana menor* debía ser explícito.

No importaba: la casa, la granja y mi perro, Ed, eran todo lo que necesitaba.

No era difícil ver que Kate era innegablemente feliz, y Beckett parecía ser la razón. No era tan idiota como para interponerme en su camino hacia la verdadera felicidad. Ella se lo merecía más que nadie y, con el tiempo, aprendería a acostumbrarme a los ojos saltones que se lanzaban el uno al otro a través de la habitación.

—Buenas tardes, Red. —La voz desde más allá del porche de papá llamó nuestra atención—. Hora de la medicina. —MJ King, la hermana menor de los King, nos sonrió.

Ambos nos pusimos de pie para saludarla, y a pesar de que MJ era una King, los modales que mi papá me inculcó se impusieron.

Quería odiarla por principio, pero su carácter alegre y la forma en que cuidaba de mi papá lo hacían casi imposible. No importaba que Red Sullivan viniera de la familia equivocada. MJ era paciente y amable a pesar de lo impredecible de su humor. Aprendí a clasificar a MJ en otra categoría de King, una categoría titulada *No es una idiota.*

Mi secreta debilidad por los miembros de la familia King terminaba en MJ.

Observé cómo mi papá refunfuñó, como siempre hacía, y argumentó que no necesitaba el medicamento. MJ le habló con paciencia y le sonrió dulcemente hasta que Red estuvo, literalmente, comiendo de la palma de su mano.

La cara de su hermana mayor, Sylvie, pasó por mi mente.

Nuestra interacción de antes me sacudió, y aún no podía quitarme la sensación de que algo raro ocurrió en aquella cocina. Después de dejar el Sugar Bowl, me dirigí directamente a la granja. Recogí las cajas de bayas y no esperé para llevarlas al pueblo. Podría haberme tomado mi tiempo y entregarlas cuando la panadería no estuviera tan ocupada, pero no necesitaba más tiempo a solas con Sylvie.

Su presencia me *hizo* algo.

Tal vez fuera la forma en que dejó escapar su típica actitud fría y desdeñosa, o cómo su cabello rubio claro contrastaba con los intensos marrones miel de sus ojos. Lo que fuera, lo último en lo que necesitaba pensar era en una mujer King y en cómo se metió en mi piel con una conversación sobre Hall and Oates.

En lugar de arriesgarme a tener que llamarla, dejé el pedido de bayas sin hacer ruido y supuse que las encontraría en la encimera de la cocina cuando volviera. Tampoco sabía por qué no me molesté en borrar su número de teléfono, ahora que ya no lo necesitaba.

Días más tarde, me sorprendí a mí mismo viendo el contacto y sonriendo un poco de que estuviera ahí. Como un pequeño secreto prohibido que solo yo conocía.

Maldito imbécil.

one

—Me alegro de verte, Duke. —MJ me sonrió, y había un destello de algo más en sus ojos, como si intentara no reírse de mí.

Asentí y le ofrecí una sonrisa cortante.

—Igualmente.

—¿Tienes un minuto? —La ligera inclinación de su cabeza me dijo que prefería hablar en privado, lejos de los oídos de mi papá.

—Sí. —Me giré hacia mi papá, que ya estaba charlando con un vecino—. Te veré mañana, papá.

Tras una rápida despedida con un apretón de manos, caminé junto a MJ mientras empujaba el carrito.

—Quería hablarte de un nuevo ensayo farmacológico del que oí hablar. Creo que tu papá podría ser perfecto para él. —Me entregó un folleto—. Piénsalo. Nunca se sabe, ¿verdad?

Vi el brillante tríptico y se me revolvió el estómago. Hacía tiempo que aprendí que esperar que su demencia mejorara era una causa perdida, y me metí el folleto en el bolsillo trasero.

—Lo pensaré.

Me alejé un paso cuando me llamó por encima del hombro.

—Así que te acobardaste, ¿eh?

Me giré para verla por encima del hombro.

—¿Perdón?

Sus labios se curvaron como si estuviera conteniendo una sonrisa. Parpadeó inocentemente.

—Creo que estaba desanimada porque no llamaste.

El corazón me cayó al estómago.

Sylvie.

Incluso su nombre en mi cabeza se sentía como una traición a toda mi familia, pero no podía negar el aumento de los latidos de mi corazón por la forma en que rodó por ahí.

—¿Sabes?… tu secreto está a salvo conmigo. —La sonrisa traviesa que partió la cara de MJ era un problema.

Mi mandíbula se tensó.

—No hay ningún secreto.

Ella solo sonrió y se encogió de hombros antes de cantar:

—Si tú lo dices.

Estaba a otras dos zancadas por el pasillo cuando me habló de nuevo:

—Pero si alguna vez le mandas un mensaje, no diré ni una palabra.

Acostado en la cama, pasé la mano por encima de Ed para rascarle las orejas. Él gimió, como el viejo que era, y se dejó caer en el suelo. El viejo sabueso y yo habíamos sufrido mucho. Se ganó el nombre de Ed Tres Patas porque también era un idiota al que le gustaba perseguir autos.

Su gruñido coincidía con mi estado de ánimo mientras las palabras de MJ sonaban en bucle en mi cabeza.

Estaba desanimada porque no llamaste.

Tomé el teléfono de la mesita, lo desbloqueé y me quedé viendo el contacto que aún no había borrado.

Daryl Hall.

Se me dibujó una pequeña sonrisa en la comisura de los labios. Abrí un nuevo hilo de texto y escribí un mensaje.

Yo: *Dato gatuno #159: Los gatos pueden soñar.*

Le di a enviar e inmediatamente me sentí como un tonto enviándole a Sylvie King un estúpido mensaje de texto sobre un gato. Cuando aparecieron tres burbujitas y desaparecieron, mi corazón latió con fuerza.

Daryl Hall: *Buen intento, pero tengo tu número guardado, ¿recuerdas?*

Me tragué una carcajada y volví a teclear.

Yo: *Dato gatuno #160: Los bigotes de los gatos tienen la misma anchura que su cuerpo.*

Daryl Hall: *Espera, ¿es verdad?*

Yo: *No lo sé, pero ahora tengo datos aleatorios sobre gatos rodando por mi cabeza. Si yo tengo que sufrir, tú también.*

Mis ojos recorrieron mi habitación. A pesar de saber que estaba solo, el mero hecho de enviarle un mensaje a Sylvie King me producía ansiedad. Si sus hermanos lo supieran, se enojarían. Demonios, si *mis* hermanos lo supieran, les costaría entenderlo.

Daryl Hall: *Okey, dame otro. Lo justo es justo.*

Yo: *Dato gatuno #161: Un trasero de gato en tu cara es un gesto de amistad.*

En cuanto mis dedos volaron sobre el botón de enviar, quise atravesar el teléfono y deshacerlo. Apreté el pulgar contra la cuenca del ojo.

Acabo de enviarle la palabra "trasero" *a Sylvie King.*

Daryl Hall: *Es un poco pronto para que te enseñe mi trasero, ¿no crees?*

Más que sorprendido, me quedé viendo su respuesta. Me vino a la mente la imagen de su trasero perfectamente redondo en el aire y ahogué un gemido.

Casi de inmediato, recibí un montón de mensajes de texto.

Daryl Hall: *Dios.*

Por favor, no leas eso.

Era una broma. Una mala.

Voy a meterme en un agujero y morirme.

Me reí entre dientes, sintiendo cómo su vergüenza aumentaba con cada texto rápido.

Yo: *Está bien. Me reí.*

Y te imaginé desnuda.

Daryl Hall: *¿Tú? ¿Reírte? No sabía que eso fuera posible.*

Yo: *Cosas más raras han pasado. Míranos.*

Mis palabras calaron hondo y supe que eran indudablemente ciertas. Nunca podría ser amigo de Sylvie, no realmente. La enemistad era un lazo que unía a todo el pueblo, y una amistad genuina entre un Sullivan y una King causaría un alboroto. Ese solo pensamiento hizo que una onda de irritación me recorriera la espalda y me pusiera de un humor aún más de mierda.

Daryl Hall: *Cierto. Me tengo que ir, pero esto fue... interesante. Quizá podríamos repetirlo alguna vez. ¿Qué dices, Oates?*

Yo: *Te haré saber si recuerdo más datos gatunos. Buenas noches, Hall.*

Daryl Hall: *Cancelar suscripción. (¡Buenas noches!)*

Sonreí. Durante años, nuestras familias se insultaron mutuamente. En algún momento, la distante Sylvie King se volvió *divertida*.

Me moría de ganas de volver a hacerlo.

3

Duke

Ocho meses después

Había estado un bucle interminable de días anodinos que se fundían unos con otros.

Despertar. Cuidar los campos. Ver a papá. Ver el sol hundirse bajo la línea de árboles. Algunas noches dejo que mis hermanos me convenzan de tomar una cerveza en el Grudge.

Me voy cuando me doy cuenta de que ella no está.

A medida que un día se plegaba a otro, solo sutiles diferencias cambiaban el interminable bucle de mi vida. Ese mismo día, mientras caminaba por el campo, encontré un patito abandonado. Su mamá no aparecía por ninguna parte, y sus patéticos chillidos me parecieron adorables. Ed montó guardia mientras yo pensaba qué iba a hacer con la cosa.

Era temprano para la mayoría, pero yo me desperté antes que el sol y me acomodé con una taza de café y Ed a mis pies. Tenía que hablar con mi jefe de campo, Cisco.

Los trabajadores emigrantes eran habituales en Michigan, y sin ellos Sullivan Farms no tendría la operación que tenía. Cisco actuaba de enlace entre los trabajadores inmigrantes empleados en Sullivan Farms y yo. No todos los granjeros opinaban lo mismo, pero era mi deber asegurarme de que fueran tratados con el respeto y la dignidad que se merecían. Mientras vivían y trabajaban en la granja, yo les

proporcionaba alojamiento y transporte, además de escolarización obligatoria para los niños de sus familias.

Era una relación que me tomaba en serio.

Ya en junio, había mucho trabajo por hacer antes de que empezara la temporada de recolección en unas semanas, y teníamos que asegurarnos de que los campos estuvieran preparados y listos para empezar. También teníamos que asegurarnos de que, en julio, la cosecha pudiera continuar sin problemas, y uno de nuestros recolectores de arándanos volvía a dar guerra.

El crujido de los neumáticos sobre la grava desvió mi atención del teléfono.

Reconocí el auto de Wyatt una fracción de segundo antes de que Ed Tres Patas corriera a rodearlo mientras serpenteaba por el camino de entrada.

Mientras Ed se iba, no me molesté en levantarme de la silla. Ya había pasado una larga mañana recorriendo los campos y ocupándome del patito, y me di cuenta de que se avecinaba una insufrible tarde de junio. Disfrutar de mi café me pareció el único cuarto de hora de consuelo del día.

Eso, y recibir un mensaje de *ella*.

Mi hermano salió del auto, pasando un brazo por la puerta abierta del conductor.

—Buenos días —gritó a través del patio.

Levanté mi taza en señal de saludo.

Wyatt sacudió la cabeza y cerró la puerta de un portazo mientras cruzaba el patio y subía los escalones hasta mi porche. Iba vestido con pantalones y un polo de la Midwest Michigan University, lo que significaba que probablemente se dirigía al campus de St. Fowler, donde trabajaba.

Lo vi de arriba abajo.

—¿En qué andas?

—No mucho. Tengo un campamento de receptores, así que voy a asegurarme de que todo está listo. Pensé en pasar cuando saliera del pueblo.

Fruncí el ceño. Me encantaba tener a mi hermano de vuelta en el pueblo, pero los años que llevaba fuera y nuestra tensa relación a menudo me dejaban sin saber qué decirle, cómo conectar.

Incliné mi café negro hacia él.

—¿Quieres una taza?

—No, hombre, tengo que ponerme en camino. —Wyatt sonrió y se me apretó el estómago. *Está tramando algo*—. Pero quería decirte que vamos a salir esta noche.

No oculté mi suspiro de fastidio ni los ojos en blanco.

Wyatt me señaló.

—Hablo en serio. Tienes que salir de esta casa, de esta granja. Vive un poco.

Mi profundo suspiro se entrelazó con un gruñido mientras soltaba lentamente el aliento. No necesitaba que mi hermano menor me dijera cómo vivir mi vida, pero también odiaba admitir que tenía parte de razón.

En la actualidad, mi vida no es nada del otro mundo. Las agotadoras jornadas de preparación de los campos, gestión de los trabajadores emigrantes y tramitación de pedidos y contratos consumían cada minuto libre de mi tiempo.

Mi teléfono zumbó y bajé la vista lo suficiente para ver el nombre de *Daryl Hall* en la pantalla.

Mi boca se levantó en la comisura.

—Okey. Bien.

La única otra razón por la que me tomaba unos minutos cada mañana era para enviar un mensaje de *buenos días* y charlar con Sylvie. Todavía me asombra cómo llegamos a entablar una amistad tan fácil. Ella era

atenta, divertida y amable, nada que ver con la princesa de hielo que yo creía que era.

Demonios, creo que la mayoría de la gente la veía así, y a una parte enferma de mí le encantaba que hubiera una parte de ella reservada solo para mí.

Rápidamente le di la vuelta al teléfono, pero Wyatt captó el parpadeo de culpabilidad en mis ojos antes de que pudiera reprimirlo.

—¿Quién es? —preguntó.

Resoplé en señal de rechazo.

—Nadie.

—Eso es una mierda. —Wyatt sonrió satisfecho—. Todos sabemos que eres un mentiroso terrible.

Por eso nunca le contaré a nadie de mi amistad con Sylvie King.

Wyatt se cruzó de brazos y me vio. Me esforcé por mantener la calma a pesar de que el corazón me martilleaba detrás de las costillas.

—¿Es una turista? —me preguntó levantando una ceja.

Me limité a verlo fijamente.

—¡Mierda, es una pueblerina! —Wyatt se rio y aplaudió.

Molesto, me levanté y golpeé la taza de café contra la mesita con tanta fuerza que salpicó el borde. Le ganaba en altura, pero solo por unos centímetros. Aun así, era lo suficientemente mezquino como para usarlo a mi favor.

—No es nada.

Entrecerró los ojos y su boca se torció en una sonrisa.

—Si tú lo dices, hombre.

Cuando me di la vuelta para volver a mi casa y tirar mi café frío, con el ánimo agriado, Wyatt me detuvo.

—Oye, hablo en serio sobre salir esta noche.

De espaldas a él, suspiré y hundí los hombros.

—Te extrañamos. —Sus palabras trajeron un nuevo dolor a mi pecho—. Vas a salir de esta casa, y vamos a salir esta noche. Una cerveza, es todo lo que pido.

No pedía mucho. Solo dos hermanos pasando tiempo juntos. Años atrás deseé exactamente eso, pero me convencí a mí mismo de que nuestra familia estaba demasiado rota como para tenerlo. Ahora me lo estaba ofreciendo en bandeja de plata y yo estaba siendo un idiota.

Asentí por encima del hombro.

—¿Sí? De acuerdo. —Había risas entrelazadas con sus palabras cuando saltó por las escaleras de vuelta a su auto—. Yo te recojo, así no podrás hacerla de Houdini. Estate listo a las ocho.

Le ofrecí a mi hermano un saludo a medias, sabiendo que tendría que pasar la mayor parte del día pensando en una excusa para llevar mi propia camioneta para poder cumplir con mi obligación de una cerveza y hacer mi salida silenciosa, como hacía normalmente.

Adentro, tiré el café frío y vi el reloj. La improvisada visita de Wyatt interrumpió mi rutina matutina, y no me hacía ninguna gracia.

Apresurándome, tomé mi teléfono y lo desbloqueé.

Daryl Hall: *Buenos días.*

Junto con el mensaje de *buenos días,* había una foto de Sylvie vestida con ropa ajustada para correr. Con los lentes de sol puestos en la nariz, la cara contraída y haciendo el signo de la paz. Un derroche de tonos naranjas, rosas y ciruelas oscuros se arremolinaba sobre su hombro mientras el sol de verano salía tras ella.

Se veía tan impresionante que me robó el aliento.

Sylvie no solía enviar fotos, pero cuando lo hacía, las guardaba todas. Me atrevería a decir que dejaría de enviármelas si supiera que se habían convertido en mi único material para hacerme una paja en los últimos ocho meses.

Me pasé una mano por la cara.

Jesucristo. Soy un pervertido.

Le respondí rápidamente.

Yo: *¿Buenos días? Ya llevo cuatro horas despierto. El día se está consumiendo.*

Daryl Hall: *No todos estamos hechos como máquinas. Algunos necesitamos nuestro sueño reparador.*

Yo: *Me parece que has estado tomando mucho de eso.*

Se me cortó la respiración, como siempre que nuestras conversaciones se transformaban en coqueteos sutiles. Vivía para eso, pero una parte de mí se preocupaba de que fuera demasiado, demasiado agresivo. Sé que Sylvie no pensaba así de mí, pero tampoco parecía importarle.

Daryl Hall: *Ja. Eres dulce, pero un mentiroso. Ojalá pudiera decir que estoy reluciente, pero en realidad, estoy sudando como un cerdo. ¿Por qué hace tanto calor tan temprano?*

Se me calentó la sangre al pensar en Sylvie sudando en un escenario diferente. Uno con ella inmovilizada debajo de mí mientras le clavaba la polla. Apreté la mandíbula mientras escribía una respuesta.

Yo: *La humedad ha subido. Dicen que lloverá durante la noche.*

Puse los ojos en blanco. La mujer más guapa del mundo se tomaba un momento de su día para mandarme un mensaje y yo hablaba del puto tiempo.

Yo: *¿Qué te traes entre manos?*

Daryl Hall: *Solo trabajo, pero creo que MJ y yo podríamos ir al Grudge esta noche. Se supone que la banda que toca es buena. Ella dice que estamos celebrando.*

Me animé al saber que Sylvie también estaría en el Grudge esta noche.

Supongo que, después de todo, me quedaría a tomar más de una cerveza.

Yo: *¿Celebrando?*

Daryl Hall: *El remix de la subasta de citas pasó, así que ya no estoy emparejada con Stumpy Larson. El resto de las citas serán con Charles. Definitivamente celebrando.*

Outtatowner celebró apenas su Gala Anual de las Casamenteras. Era un baile benéfico y una oportunidad para que las mujeres del pueblo hicieran de casamenteras, emparejando a los solteros del pueblo mediante una ridícula subasta de citas disfrazada de diversión.

A la mierda con eso.

A nadie le sorprendió que me negara a ir. No me importaba quedar como un imbécil por no asistir a una subasta benéfica, aunque fuera por una buena causa.

Pero me alegré de que Sylvie ya no estuviera emparejada con Stumpy Larson, porque ese hombre era un puto bicho raro. Si no hubiera sido por sus protectores hermanos, me habría visto obligado a intervenir yo mismo.

Afortunadamente no llegó a eso. Aunque no estaba seguro de que Charles Attwater fuera mucho mejor. Era un tipo bastante agradable, supongo. Era nuevo en el pueblo y abrió un elegante bar de vinos que los turistas no se cansaban de probar, pero había algo que no encajaba. A

Charles no le importaba la disputa entre los King y los Sullivan, y las mujeres de ambos bandos parecían acudir en masa a él.

Incluso se fijó en Annie Crane, que creció tan unida a nosotros que era prácticamente otra hermana. Pensé que a mi hermano Lee le iba a estallar un vaso sanguíneo cuando Charles empezó a prestarle atención a Annie.

Tardé un minuto en saber cómo responderle a Sylvie. No tenía ningún derecho sobre Sylvie King, así que no debería haberme irritado que tuviera una cita.

Hacía mucho que yo no salía con nadie. Ella era libre de salir con quien quisiera, pero *mierda.* Quería advertirle sobre Charles, decirle que mi instinto me decía que encariñarse con él era un error. Un error, pero si de verdad quería ir al Grudge a celebrarlo, yo estaría encantado de llevarla. Podría empujarla por la pista de baile al ritmo de una divertida canción country mientras la abrazaba.

Solté una carcajada seca y sin humor ante mi estupidez. No existía un mundo en el que eso pudiera ocurrir. Jamás podría traicionar a mi familia, y sin duda sus hermanos tendrían mucho que decir al respecto si cruzaba esa línea.

Los mensajes de texto a escondidas serían lo único que habría entre nosotros. Demonios, ni siquiera habíamos tenido una conversación en público, así que no podía imaginarme el grito ahogado colectivo y la mandíbula caída que se producirían si alguna vez tuviéramos una cita real.

Parecía infantil y a la vez inevitable.

Yo: *Stumpy es lo peor.*

Daryl Hall: *¿No podías haber ido a la subasta y hacer una oferta? Vaya manera de dejar colgada a una chica.*

Se me secó la boca. ¿Sylvie quería que *yo* pujara para salir con ella? Qué demonios.... en nuestros meses de mensajes de texto, Sylvie tendía a ser juguetona, probablemente solo se trataba de eso.

Yo: *La subasta es más cosa de Lee.*

Me golpeé la cabeza contra la pared. No era una mentira. *Estaba* agradecido de que no me hubieran arreglado una cita en la subasta de citas porque *a la mierda con eso*. No se me pasó por alto que la idea de que me emparejaran con Sylvie, en algún universo alternativo en el que eso no provocara la Tercera Guerra Mundial, era lo único atractivo de la arcaica subasta de citas de Outtatowner. No había tenido una cita en mucho tiempo y una conexión al azar tenía poco atractivo en estos días.

Sobre todo cuando no podía dejar de pensar en cierta rubia prohibida de misteriosos ojos color caramelo.

Sylvie y yo nunca seríamos más que amigos, de eso estaba seguro. Demonios, ni siquiera podíamos ser *amigos*. La tensión entre los King y los Sullivan era máxima. Alguien estaba husmeando, haciendo preguntas sobre los derechos mineros y la propiedad de la tierra, y yo tenía una idea bastante clara de quién era.

No me gustaba una mierda.

Daryl Hall: *Me lo imaginé... lo siento. ¿Hice esto raro?*

Yo: *No. Debes divertirte y celebrarlo.*

Las mentiras se apilaban unas sobre otras mientras se encajaban en mi pecho, cavaban hondo y se instalaban ahí. Rezaba para que solo fuera cuestión de tiempo que Sylvie también viera a Charles como la comadreja que yo sospechaba que era.

Daryl Hall: *Gracias, gracias. Me alegraré cuando toda esta mierda de la subasta de citas termine.*

Solté un suspiro, pero era más bien un suspiro de alivio. La bola caliente de tensión en mi pecho se desplegó al darme cuenta de que ella tampoco estaba muy feliz con las citas a las que acudía. Me aferré a la pequeña esperanza de que no estuviera bromeando sobre su deseo de que nos hubieran emparejado en una cita.

Daryl Hall: *Tengo que irme, ¿hablamos luego?*

Yo: *Seguro*.

Volví a la foto que Sylvie me envió y me quedé mirándola unos instantes. Una parte de mí deseaba no tener que esconderme en casa, temeroso de que si iba al pueblo, podría encontrármela accidentalmente y sonreírle antes de poder contenerme.

Me molestaba, pero así tenía que ser. Como todo lo demás en mi vida, lo que yo quería no importaba. Yo era un Sullivan, obligado por el deber. Papá, la granja, mantener a mi familia unida, incluso la enemistad. No había forma de superarlo.

Odiaba saber que esta noche respiraríamos el mismo aire viciado del bar y que no podría estar lo bastante cerca para ver cómo echaba la cabeza hacia atrás en una carcajada y oír por fin cómo suena.

Los mensajes de *buenos días* y los coqueteos ocasionales eran todo lo que habría.

Y jodidamente lo odiaba.

Dentro del Grudge Holder, una división invisible separaba a los Sullivan de los King. Los turistas no tenían ni idea, pero los King se quedaban en el extremo este del bar, mientras que los Sullivan ocupaban espacio en el oeste. Aunque el dueño le puso a su bar el nombre de la

famosa disputa, tenía una política de tolerancia cero con las peleas en su bar. Era una regla tácita que todos cumplíamos.

Normalmente.

El grupo ya llevaba unas cuantas canciones, Lee estaba en la pista de baile rechazando educadamente un baile con una mujer que no reconocí y Wyatt estaba consiguiendo nuestra primera ronda.

Volví a echar un vistazo al bar. No había visto a Sylvie, y la irritación me recorrió la espalda.

Debe haberse quedado en casa.

Daryl Hall: *Sabes que una noche fuera se supone que debe ser divertida, ¿verdad?*

Me dio un vuelco el corazón. Era algo que nunca habíamos hecho, una línea invisible que aún no habíamos cruzado. Enviar mensajes de texto en público era arriesgado. Vi a mi alrededor y, por un instante, mis ojos se posaron en los suyos.

Tensé la mandíbula y controlé las ganas de sonreír.

Daryl Hall: *Parece que estás a punto de asesinar a alguien.*

Yo: *¿Qué quieres decir? Esta es mi cara de felicidad.*

Al otro lado de la barra, pude verla mirar su teléfono y disimular su risa con una tos. Sentí calor en el pecho.

El hombro de Wyatt chocó contra mí.

—Amigo, estás tan jodido.

Mis ojos volaron hacia los suyos mientras volvía a guardar el celular en el bolsillo y le lanzaba una dura mirada.

Se limitó a sonreír y a señalar con la cabeza el teléfono que llevaba en el bolsillo.

—Conozco esa mirada. Estás loco por esa chica.

En la mesa alta, me encogí de hombros y me apoyé en los codos, dejando reposar la botella entre las manos. Una nueva tensión se instaló entre mis omóplatos. Sylvie andaba por ahí, así que mi típica estrategia de salida de una cerveza se evaporó y pedí otra.

Con el tiempo aprendí que Sylvie no era el tipo de mujer que se ríe a carcajadas o absorbe la energía de la habitación. En lugar de eso, es todo sonrisas sutiles y ojos atentos. Puede que sus ruidosos hermanos llamaran la atención, pero ella me había robado la mía.

Una vez que la encontré, no dejé que mis ojos se quedaran en ella más de una fracción de segundo. Especialmente después de que Wyatt ya sospechara de quien quiera con la que me estuviera enviando mensajes. Además, no quería asustarla mirándola al otro lado de la barra como un cachorro enamorado cuya cara parecía la de un asesino.

Desde mi periferia, observé cómo las conversaciones se solapaban en torno a Sylvie. Sus largos dedos dejaban caer una gota de humedad por el exterior de su copa de vino. Es propio de una King ser la única persona que bebe vino blanco en un bar de mala muerte.

Solo contribuyó a la conversación una o dos veces, ya que las voces le pasaban por encima, chocando contra ella como una ola y tragándosela. No estaba seguro de si alguien se había dado cuenta de sus comentarios, y eso me molestó. Era como si ella estuviera presente pero no estuviera del todo incluida.

Finalmente, MJ la tomó de la mano y la jaló hacia la pista de baile. Me senté y me relajé un poco en el taburete. Siempre que bailaba, sabía que podía observarla sin preocuparme de que me atraparan viendo.

Para cualquiera que viera, parecería que yo solo era un observador silencioso mientras mis amigos y vecinos disfrutaban de una noche en el pueblo.

Si supieran.

A la tercera cerveza, Wyatt me puso una mano en el hombro.

—Se acerca tu hora de dormir, ¿verdad, Cenicienta?

Gruñí, pero me bebí la última cerveza y me levanté, dejando una buena propina en la mesa para nuestro mesero.

La verdad es que podría quedarme toda la noche viendo a Sylvie contonearse y moverse al ritmo de la música en la pista de baile. Ahí fuera se dejaba llevar como nunca la había visto en ningún otro sitio.

Ella era libre, y jodidamente hermosa. Impresionante.

Era un castigo enfermizo ver lo único que nunca podría tener. Ahogado en odio a mí mismo, acordé con Wyatt dar por terminada la noche.

Afuera, el aire de junio era denso y opresivo, incluso la brisa del lago era sofocante. Salimos por la puerta principal del Grudge y caminamos por el callejón entre edificios hacia el estacionamiento abarrotado de la parte trasera. Vi el auto de Wyatt y lo miré, preguntándome si King había cubierto el parabrisas con notas adhesivas o si había cambiado el líquido del limpiaparabrisas por otro de color, o cualquier otra de las bromas sin sentido que se las arreglaban para hacer.

Mis botas crujieron contra la grava del estacionamiento y las repentinas voces en voz baja llamaron mi atención. Royal King y su hermano Whip estaban apoyados en su camioneta, en el extremo opuesto del estacionamiento. Cuando nos vieron a Wyatt y a mí, Whip se irguió hasta alcanzar toda su estatura, mientras que Royal se giró lentamente para vernos.

Apreté los puños a los lados. Ya estaba irritado por la forma en que todo el grupo parecía ignorar a Sylvie, y odiaba no poder escapar de aquella ridícula disputa. Ni siquiera podía tomar una puta cerveza sin que me la restregaran en la cara.

—Sigue caminando. —El tono bajo de Wyatt me hizo saber que él también los vio y que era muy consciente de cómo seguían nuestros movimientos.

Se me calentó la sangre. En Outtatowner, la lealtad *lo era todo*. Mi amistad secreta con Sylvie bastaría para encender el polvorín de nuestra enemistad pueblerina, pero no podía convencerme de dejar de hacerlo, no cuando sus mensajes eran lo único que me sacaba de la cama algunos días.

Son solo unos pocos mensajes de texto. Nadie tiene por qué saberlo.

Gruñí una respuesta a Wyatt y seguí caminando. Estaba claro que no necesitaba que los idiotas de sus hermanos me amargaran el mal humor que ya tenía. La puerta metálica trasera del Grudge se abrió y sonó al chocar contra la pared de ladrillo. Lee levantó los brazos mientras salía por la puerta trasera y cruzaba el estacionamiento. Tenía los ojos vidriosos y su sonrisa se ensanchó cuando vio a Royal y a Whip.

Mierda.

—¡Bueno, hola, chicos! Solo vine a estirar las piernas. —Lee disparó un pulgar sobre su hombro y sonrió—. Tuve que rechazar a tu hermana. Estaba desesperada.

Whip dio un paso adelante.

—¿Qué demonios dijiste?

Conocía ese brillo en los ojos de Lee. Los estaba jodiendo y tenía ganas de pelea.

—Lee. —Le grité la advertencia.

Mi hermano menor me ignoró mientras daba un paso hacia los King.

—Dije que tuve que decirle a tu hermanita que no podía quedarme con ella. Le rompió el corazón a la pobre chica, creo.

—Lee, cierra la boca y entra en el auto. —Wyatt sonaba tan molesto como yo, pero Lee también lo ignoró.

—Retrocede, *Bill*. —Lee vio fijamente, acercándose casi pecho con pecho a Whip. El hombre había nacido William, pero todos en el pueblo lo conocían como Whip. A Lee le encantaba llamarle Bill, solo para meterse en su piel.

Whip se acercó mientras Royal rondaba cerca. La tensión en el aire era densa, y estaba a punto de ponerse fea. Wyatt y yo nos acercamos, flanqueando a Lee.

Vi a Royal.

—Está borracho. Nos vamos.

Whip levantó la barbilla.

—Sí, vete a casa antes de que te deje tirado.

Lee levantó la comisura de los labios.

—No, hombre. Ese es el trabajo de tu hermana.

La frase ni siquiera había salido de la boca de Lee cuando lo agarré por detrás de la camisa con las dos manos y lo jalé hacia atrás. El puño de Whip se abrió de par en par, no alcanzó a Lee pero aterrizó con un chasquido en mi cara. La fuerza del golpe me hizo echar la cabeza hacia atrás y Lee cayó al suelo.

Afiancé las piernas, encorvándome hasta que me lancé hacia delante, rodeando con los brazos el cuerpo de Whip y golpeándolo contra el lateral de la camioneta de Royal. Me invadió una oleada de ira mientras me preparaba para el impacto del puño de Whip contra mis costillas. Agarré su nuca y moví las caderas, tirándolo al suelo. Miré rápidamente a Wyatt en medio de una pelea a empujones entre Royal y Lee. Un poco de sangre goteaba del labio de Lee.

Ya estaba harto de que esos hijos de puta se creyeran los dueños de este pueblo, harto de dejarme la piel para que *no* significara *nada*.

Whip estaba en mi cara y esquivé un gancho de izquierda. Las extremidades se enredaban mientras las voces gritaban a mi alrededor. Nuestra lucha empezó a congregar a una multitud. Mientras Whip y yo peleábamos, mis rodillas mordían la grava. La ira y la adrenalina me consumieron cuando me puse a horcajadas sobre él y le asesté un golpe en el costado mientras sus antebrazos le cubrían la cara.

El caos llenó el oscuro estacionamiento. Los espectadores elegían bando y gritaban, aumentando la atmósfera cargada. Me rechinaron los dientes cuando Whip sacudió las caderas y me tiró a un lado. Rodamos

y unas manos me agarraron, jalándome e impidiéndome lanzarme de nuevo contra Whip. Royal se interpuso entre nosotros, empujando a Whip hacia atrás. Los brazos de Wyatt se aferraron a los míos, inmovilizándolos a mis costados mientras yo luchaba por liberarme. Aspiraba aire caliente por la nariz y el corazón me latía con fuerza entre las orejas. Detrás de mí, Lee se puso de pie y se rio, limpiándose la gota de sangre que le caía del labio.

Luché para liberar mis brazos.

—¡Estoy bien!

Royal empujó a Whip por segunda vez y abrió de un tirón la puerta del copiloto antes de empujar a su hermano al interior. Mientras rodeaba el capó, nos señaló.

—Esto no ha terminado.

Escupí sangre al suelo y lo vi fijamente.

Puedes apostar tu trasero a que esto no ha terminado.

Wyatt me jaló por la camisa.

—Vámonos antes de que alguien llame a la policía.

Apreté la mandíbula mientras escudriñaba a la multitud, pero no la vi. Me dolían las costillas y tuve que reprimir las ganas irrefrenables de volver a golpear algo.

Wyatt dejó a Lee en su apartamento y me llevó de vuelta a la granja en un tenso silencio. Me sentí aliviado cuando no volvió a sacar el tema de los mensajes. Las cosas con los King se les estaban yendo de las manos. Las bromas inofensivas se estaban convirtiendo en agresiones físicas, y una parte oscura de mí *ansiaba* esa liberación: descargar mis frustraciones con alguien. *Con cualquiera.*

Me odiaba por eso, pero me había sentado muy bien dejar de reprimir temporalmente mis sentimientos. Vi el celular y vi un mensaje perdido que me hizo doler el pecho.

Daryl Hall: *¿Te fuiste? ¡No puedo creer que te lo perdieras! ¡Finalmente convencí a la banda de tocar una canción de Hall and Oates!*

La bilis me subió a la garganta. No tenía ni idea de por qué me perdí la canción.

Daryl Hall: *Es gracioso, Royal hizo un comentario raro esta noche. Dijo que nunca te ve quedarte más de una cerveza en el Grudge, ¡pero yo siento que siempre te veo ahí! ¿A qué viene eso?*

Cuando volví a leerlo, se me formaron brasas en la garganta. El mensaje llegó justo en el momento en que le estaba dando una paliza a su hermano mayor.

Cuando Wyatt entró en la granja, salí del auto sin decir palabra. Se marchó en silencio y, cuando subí los escalones del porche, dejé caer mi lamentable trasero en una silla. Mi teléfono sonó con un nuevo mensaje, y cerré los ojos y suspiré antes de verlo.

Daryl Hall: *Todo el mundo está hablando de lo que pasó en el estacionamiento. ¡¿Estás bien?!*

Me picaban los dedos de indecisión. Debía ignorarla, dejar de fingir que un Sullivan y una King podían ser amigos. Nuestras familias siempre serían rivales. Ninguna de las partes deseaba dejar atrás generaciones de odio mutuo.

Incluso me planteé pasar por alto su comentario con una frase despreocupada, cuando hice una pausa. *¿O le digo la verdad?*

Los nervios se agitaron bajo mi piel y tragué saliva.

A la mierda.

Yo: *Las cosas se calentaron. Yo estoy bien. Para responder a tu pregunta, solo me quedo las noches que estás ahí.*

9

Sylvie

El calor de julio era agobiante y me limpié una pequeña gota de sudor. Más allá del pintoresco centro del pueblo, una calle lateral se animaba con el palpitante ritmo del mercado semanal de agricultores. Era una gran fuente de ingresos para el Sugar Bowl, ya que turistas y pueblerinos por igual se sentían atraídos por el rico aroma del café recién hecho que se entremezclaba con el embriagador aroma de los rollos calientes de canela.

Me encantaba trabajar en el mercado de agricultores, ya que era una oportunidad para conocer y mezclarme con muchas caras nuevas. Para ellos yo no era una King, sino simplemente una suave sonrisa detrás de su panadería favorita. Parecía que el café y los carbohidratos mejoraban el sábado de todos.

También fue una oportunidad para echar un vistazo a hurtadillas al puesto de Sullivan Farms. Duke estaba en su puesto, donde vendía arándanos por litros junto con varias mermeladas y jaleas, todo eso con su típico aspecto gruñón y viendo a los clientes. Reprimí una risita mientras empaquetaba un pedido y lo entregaba al otro lado de la mesa.

Habían pasado dos semanas desde la pelea en el estacionamiento del Grudge, pero la tensión seguía siendo máxima. Después de aquella noche, Duke y yo no volvimos a hablar del tema, e intenté ignorar la sensación de malestar que me producía cada vez que pensaba en una pelea real entre mi hermano y Duke. Me avergonzaba admitir que las abrasiones de los nudillos de Duke me daban un poco de calor, sobre todo porque eran la causa de las costillas golpeadas de mi hermano. Por supuesto, nadie asumía ninguna responsabilidad por lo sucedido.

Dependiendo de a quién escucharas, la culpa recaía directamente sobre los hombros de la familia infractora. Oí que Lee le tiró un martini a la cara a Royal, o que Whip abofeteó a Wyatt, o que Duke chocó su camioneta contra la de Royal en un intento de asesinato.

Cada historia era más ridícula que la anterior.

Suspiré y me quedé viendo el sol de media mañana, esperando que la vitamina D me levantara el ánimo. Hoy también era la sexta y última cita de la subasta de citas de Outtatowner.

Se me ocurrió la ridícula excusa de que tenía que trabajar en el puesto de la Sugar Bowl mientras Huck y Casselyn disfrutaban del mercado. La verdad era que Rebecca podría haberlo hecho mejor.

—¡Hola, Sylvie! —Dando un paso adelante, Annie Crane me sostuvo con su brillante sonrisa. Sus salvajes rizos rojos rebotaban con la brisa del lago mientras escudriñaba la mesa. Annie era una Sullivan por asociación. De niña fue prácticamente adoptada por June Sullivan, ya fallecida, y entabló una estrecha amistad con Lee Sullivan, aunque el hecho de que Lee le estuviera viendo el trasero me decía que era probable que los rumores fueran ciertos y que finalmente fueran pareja.

A pesar de la rivalidad entre los King y los Sullivan, Annie y yo formábamos parte del Bluebird Book Club. El club se reunía semanalmente y, a pesar de los lazos familiares, era un lugar en el que las mujeres de Outtatowner nos reuníamos en secreto para hablar, resolver problemas y, tal vez, simplemente ser nosotras mismas.

Sin duda, el Bluebird Book Club era mi lugar feliz.

—Buenos días. ¿Qué te sirvo?

Sus ojos azules bailaban sobre la mesa de pasteles.

—Un par de cafés. —Se inclinó para susurrar—. ¿Queda algún Junker?

Los pequeños restos de masa de galletas caseras se rebozaban en azúcar con canela y luego se horneaban. Eran los favoritos de Annie y un éxito de ventas en la panadería.

De detrás de la mesa saqué una pequeña bolsa blanca que escondí antes y se la entregué.

—Si le dices a la señorita Tiny que te vendí esto, lo negaré.

Annie sonrió y se pasó un dedo por los labios en un movimiento de cremallera.

—No diré ni una palabra. —Annie buscó en su enorme bolso para sacar dinero para el café y los pasteles. Detrás de ella, las risas se mezclaban con el murmullo de nuestra comunidad y el crujir de las bolsas de papel. El mercado de agricultores era un mosaico de puestos bulliciosos y caras sonrientes. Un ladrido alegre resonó en el aire y dejé que el sol me calentara la cara mientras esperaba.

Después de pagar, Annie hizo una pausa.

—¿No hay cita hoy?

Parpadeé, insegura de cómo encauzar la conversación. Aunque me sentía aliviada por no estar emparejada con Stumpy Larson, las últimas citas con Charles fueron... decepcionantes. Claro que él era culto, encantador y complaciente, pero le faltaba algo.

Era lo bastante consciente de mí misma como para saber que daba la impresión de ser fría, pero en el fondo tenía *esperanzas* en la subasta de citas. Resultó que no era más que otra lamentable marca en el desastre que era mi vida de citas. Además, Annie y Charles habían tenido algunas citas.

Tragué saliva.

—Mmm... estoy trabajando en el puesto mientras Huck y Cass disfrutan del mercado. El se hará cargo en unos diez minutos, y Charles se reunirá conmigo aquí.

Annie sonrió sin ningún atisbo de celos o juicio.

—¡Qué bien! Diviértete.

Me sentí aliviada y esbocé una pequeña sonrisa.

—Gracias. Tú también.

one

Observé cómo se balanceaban sus rizos mientras se alejaba rebotando, y mis ojos se desviaron hacia Duke, que estaba con su hermano Lee en su puesto. Su mirada se desvió de inmediato y me interrumpió el siguiente cliente. Negué con la cabeza, sin saber qué era peor: las sobras de Annie o desear en secreto a Duke, su hermano mayor sustituto.

Se veía ancho e imponente detrás de su puesto. No me cabía duda de que las mujeres acudían a él para coquetear con el malhumorado granjero. Si yo hubiera tenido otro apellido, habría hecho lo mismo. En lugar de eso, aprendí a controlar mis rasgos y a pasar desapercibida. A diferencia de mi hermana menor, MJ, que se acercaba a mi mesa con rayos de sol que salían prácticamente disparados de su trasero.

—¡Buenos días! —canturreó.

Le sonreí a mi hermana menor e inmediatamente me puse a preparar su café favorito. MJ se apoyó en una pila de cajas de leche junto al puesto. Recorrió la multitud y sus ojos se detuvieron.

—¿Cómo va tu aventura amorosa secreta?

Mis ojos se clavaron en los suyos.

—¡Shh! Ya basta.

MJ soltó una risita y dio un manotazo al aire.

—Da igual. Puedes decir que solo son amigos, pero es imposible que ese hombre sea amigo de una mujer. —Hizo un gesto hacia Duke, pero me negué a ceder ante ella—. Solo míralo.

Se me calentó la cara mientras le ponía el vaso de papel en las manos.

—Me arrepiento de habértelo dicho.

Ella sonrió, sabiendo que era verdad.

—No sería lo peor, ¿sabes? —Levantó su delgado hombro con esperanza.

—¿Estás bromeando? —Me esforcé por mantener mi voz tensa en un susurro mientras sonreía y me abría paso a través del pedido de otro cliente—. Es la *definición* de lo peor. ¿Qué se supone que debo hacer,

cabalgar hacia el atardecer con Duke Sullivan? Vamos. Sería una paria. Los chicos no volverían a hablarme. Lo *matarían*.

MJ se mordió el labio y suspiró.

—Sería raro, pero al final se les pasaría. —Se encogió de hombros—. Probablemente.

Le lancé una mirada plana, porque incluso ella sabía que era un exceso pensar que mis hermanos no guardarían rencor, sobre todo si había una Sullivan de por medio.

—¿Oíste que Royal pegó una armónica en los bajos de la camioneta de Duke? Supongo que Duke la llevó a un mecánico para que la revisara porque le preocupaba un 'silbido' cuando la encontraron. —MJ resopló.

Apreté la mandíbula para no sonreír. Era ridículo pensar que me *aliviaba* que las cosas volvieran a la normalidad. Las bromas eran tontas e infantiles, pero a veces incluso yo tenía que admitir que eran bastante divertidas.

—Apuesto a que estaba *molesto*.

MJ asintió.

—Sin duda, pero al menos las cosas parecían haber vuelto a las bromas inofensivas. Estuvo raro últimamente, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Mi hermana no se equivocaba. Los King y los Sullivan siempre se peleaban a modo de broma, pero después de la pelea, las cosas parecieron cambiar a peor, incluso mi hermano JP estuvo más reservado que de costumbre. Lo atrapé en más de una conversación en voz baja con papá. Además, Kate Sullivan estaba actuando de forma un poco extraña en el club de lectura, y había susurros de que descubrió algo durante la reforma de la granja de Tootie, pero nadie hablaba realmente de eso.

En general era realmente *extraño*.

A pesar de todo, todo se sumaba a que cualquier cosa entre Duke y yo era completamente irreal.

Me invadió una pequeña oleada de tristeza, y vi a MJ.

—¿Y qué hay de papá?

La sonrisa de MJ vaciló. Cuando se trataba de Russell King, nadie se le cruzaba y sobrevivía, incluso la preciosa Mint Julep lo entendía.

—Papá no es tan malo. Contigo y él, las cosas son simplemente... complicadas.

Resoplé. Complicada ni siquiera empezaba a describir la relación entre mi papá y yo.

Y se suponía que Duke y yo ni siquiera éramos *amigos*. Apreté los dientes para contener el escozor de las lágrimas y seguí sonriendo a los clientes que pasaban por delante del puesto.

Cuando estaba claro que no iba a hablar más de eso, MJ saltó de las cajas y me envolvió en un abrazo.

—Tengo que irme. ¿Almorzamos mañana?

Asentí, pero entonces ella vio por encima de mi hombro y apretó.

—Ahí viene.

Siguiendo su mirada, vi a Charles acercarse al puesto, perdido en una conversación amistosa con Huck. Su sonrisa era despreocupada y brillante. Intenté buscar *algo* en su rostro, algo *más* que un sentimiento de *amistad*, pero no lo encontré.

Estaba *tan limpio* y, Dios, quería ensuciarlo.

Sentí un leve aleteo en el vientre al pensar en la postura de Duke y su ceño fruncido.

Respiré hondo cuando Charles se acercó y esbocé una sonrisa falsa. Huck se encargó de servir los pedidos de los clientes y me dio las gracias cuando me quité el delantal blanco y lo guardé detrás de la mesa.

—Estás hermosa. —Los ojos de Charles se movieron respetuosamente sobre mí, sin bajar demasiado.

—Gracias.

Me tendió el codo.

—¿Lista para la cita final?

Sentí un pequeño alivio. Quizá Charles no tuviera intención de invitarme a salir más allá de las citas de la subasta -gracias *a Dios*-, *y* no tendría que inventarme una excusa para decepcionarlo amablemente.

Asentí con los labios apretados y metí la mano en su codo. Charles marcó un ritmo constante y juntos recorrimos las filas del mercado de agricultores. Él era un experto en conversaciones triviales y, aunque lo intenté, no pude encontrar nada entre nosotros.

Ni una chispa.

Mientras caminábamos por el lado opuesto, mis hombros se pusieron rígidos cuando me di cuenta de que se dirigía directamente al puesto de Sullivan Farms. Mi corazón tartamudeó.

A medida que nos acercábamos, los ojos de Duke se centraron en Charles y, más concretamente, en mi mano metida en su codo. Sutilmente, solté la mano de su brazo y me alejé un paso de Charles.

Los ojos de Duke eran oscuros y penetrantes, un marcado contraste con la sonrisa despreocupada y amistosa que lucía Charles.

—Bonita mañana, ¿verdad?

La respuesta de Duke fue similar a un gruñido mientras sostenía la mirada de Charles. El corazón se me encogió en la garganta. Rara vez había estado tan cerca de Duke, y mis sentidos estaban a mil por hora. Mezclado con el cálido y dulce olor de los arándanos maduros estaba el inconfundible aroma masculino de *él*. Se me erizaron los vellos de los brazos y desvié la mirada hacia las bayas, las mermeladas y las jaleas, literalmente hacia *cualquier sitio* menos hacia el intenso rostro de mi amigo secreto.

Cuando me atreví a levantar la vista, sus ojos se clavaron en los míos durante una fracción de segundo antes de ver más allá del puesto hacia la multitud. Tenía la mandíbula tensa, los orificios nasales dilatados y los hombros contraídos. Era como un guerrero, listo para la batalla. La intensidad que irradiaba de él me produjo un hormigueo que se acumuló entre mis piernas.

Charles, aparentemente imperturbable, no se inmutó ante la actitud fría y despectiva de Duke. Cuando terminamos nuestro recorrido por el

mercado, le di las gracias a Charles por el pequeño ramo de flores en el que insistió y nos despedimos.

En el viaje de vuelta a casa, no podía quitarme a Duke de la cabeza. La cruda realidad se apoderó de mí: en un pueblo pequeño, la realeza lo era todo, y yo era una King.

5

Sylvie

A la mañana siguiente, después de mi turno de trabajo, me detuve en la entrada de mi casa. Durante los últimos años, vivía con mi tía Bug en su opulenta casa. MJ también vivía ahí, y la mayoría de los días era agradable tener a alguien con quien hablar, y el dinero que me ahorraba en la renta era una ventaja. Había presupuestado y planeado mudarme a mi propio apartamento en primavera. No solo mudarme, sino *irme.* Ya tenía lleno un tablero de Pinterest con ideas: el encanto sureño de Savannah, Georgia, me llamaba. Lo único que me frenaba eran los ahorros. Qué podría abordarlo, y luego me iría.

Quizá entonces sentiría que mi vida *por fin* empezaba.

Eventualmente.

Su casa, rodeada de exuberante vegetación y pintorescos alrededores, era un testimonio de la riqueza y opulencia de mi familia. Cuando eché un vistazo a la entrada, se me encogió el corazón. En lugar del pequeño deportivo rojo de MJ, el lujoso Porsche de mi papá ocupaba su espacio. Tragué saliva ante el nudo que se me formó en la garganta. Metí la mano en el bolso y le envié un mensaje rápido a mi hermana.

Yo: *Pensé que íbamos a almorzar hoy.*

MJ: *Siento abandonarte. Red tuvo una mala mañana, así que decidí quedarme un poco más. ¿Lo dejamos para otro día?*

Yo: *Por supuesto. Nos vemos cuando llegues a casa.*

MJ: *Eres la mejor. No se lo digas a papá, ¿okey?*

Se me estrujó el corazón e inmediatamente pensé en Duke. Mientras crecía, Red Sullivan parecía más grande que la vida. Era amado en nuestra comunidad, también era el rival de mi papá, aunque a diferencia de mi papá, Red siempre sonreía y nadie hablaba mal de él. Nadie excepto mi papá, por supuesto. Por lo que yo veía, los dos hombres no tenían motivos para estar enfrentados. Papá lo odiaba por principios y, para él, eso era suficiente.

Después de perder a su mamá, lo último que Duke necesitaba era llevar la carga del negocio familiar mientras la salud de su papá empeoraba, pero eso fue exactamente lo que hizo. Siempre supuse que él *quería* esa carga, pero a medida que nuestra improbable amistad se desarrollaba en los últimos ocho meses, empecé a ver la verdad que había detrás. Duke dio un paso adelante para salvar la granja familiar, y puede que nunca fuera lo que *él* quería.

Empecé a echarme de reversa -hoy no tenía fuerzas para lidiar con mi papá-, cuando la tía Bug salió al porche y saludó con la mano.

Mierda.

Me aparté a un lado y me estacioné, con la cabeza alta y los hombros hacia atrás. El aroma de las flores llenaba el aire y me guiaba hacia el inmaculado jardín delantero.

—Qué sorpresa, creí que hoy estabas ocupada. —Bug me abrió los brazos y me metí en su abrazo. Una mujer adulta viviendo con su tía puede parecer patético, pero en realidad, la casa de Bug era enorme, y ella siempre me daba espacio. Además, saber que era temporal me ayudaba a sentirme menos perdedora.

—MJ y yo teníamos planes para comer, pero se quedó en el trabajo.

Mi tía me mantuvo a distancia.

—Pareces cansada.

Se me escapó una risa sin gracia.

—Gracias.

Bug era muy franca y rara vez endulzaba las cosas, pero en el fondo yo sabía que tenía buenas intenciones.

Mis ojos se desviaron hacia el auto de mi papá y ella suspiró.

—Sé amable.

Una ira que crecía lentamente se coció a fuego lento bajo mi piel. *¿Ser amable? ¿Yo? ¿Qué tal si él es amable por una vez?*

Asentí y seguí a Bug al interior de la casa. Al subir los elegantes escalones, la suave textura del pasamanos de madera pulida contrastaba deliciosamente con mis dedos. La gran puerta de roble, adornada con intrincadas tallas, se abrió para revelar un interior inmaculado. La luz del sol bailaba a través de los ventanales, proyectando un resplandor dorado sobre los muebles dispuestos con gusto. Cada rincón destilaba sofisticación, con delicadas lámparas colgando de los altos techos y gruesas cortinas que caían en cascada por las ventanas. Estaba muy lejos de cómo habría decorado mi propia casa, pero por el momento era mi hogar.

Al entrar, los ojos de mi papá se posaron en mí y le dediqué una pequeña sonrisa. No se molestó en saludarme y sentí que se me encogían los hombros.

Ni siquiera merezco un hola.

—Hace calor ahí afuera. ¿Limonada? —Bug me apretó el hombro. Ella tampoco se perdió la fría bienvenida de mi papá.

Sacudí la cabeza y tragué saliva.

—No, gracias. Tengo planes para almorzar con Sloane y Layna. Solo pasaba para ver si MJ quería acompañarnos.

Los ojos de Bug se entrecerraron, pero me dejó salir con la pequeña mentira.

—¿Cómo está Sloane?

Mi amiga Sloane acababa de volver a Outtatowner tras un divorcio complicado que la dejó con dos gemelos pequeños y un ex marido que daba miedo. Para colmo de males, se mudó con su abuelo y hacía poco

sobrevivió a un incendio doméstico. Lee Sullivan salvó a su hijo Ben cuando éste, presa del pánico, se escondió en un armario.

—Está agitada pero sobrevive.

Una mirada de orgullo y afecto suavizó las facciones de Bug.

—Es dura.

Como única hermana de mi papá, la tía Bug formaba parte de la dinastía de la familia King desde que tengo uso de razón. Hasta su jubilación, participó en casi todos los negocios de mi papá y mis hermanos. Era muy inteligente y sensata, mientras que papá solía gobernar con mano de hierro, era conocido por tomar decisiones rápidas y despiadadas. Bug era la única persona en la que él confiaba, y era un milagro que pudiera llegar a él, pero de algún modo lo consiguió.

Desinteresado por nuestra educada conversación, mi papá atendió una llamada en su teléfono. Vi cómo se le ponía roja la cara y se le hinchaba la vena de la frente. De niña, quería pinchársela y me preguntaba qué pasaría si finalmente reventaba. De adulta, mantuve todo el espacio que pude entre Russell King y yo.

—Por fin conseguí que la chica Crane se vaya. —Papá interrumpió la conversación entre mi tía y yo con una risa burlona. Un hilo de sudor resbaló por mi espalda.

Una sensación inquietante se formó en la boca de mi estómago.

—¿Annie Crane?

Annie tenía un pequeño estudio de arte en el centro del pueblo, donde vendía magníficas cerámicas y adorables recuerdos a los turistas. Corría el rumor de que el negocio no iba muy bien con la aparición de tiendas turísticas más baratas por todo el pueblo.

—Estará fuera a finales de mes.

Bug se quedó callada, pero asintió. Mis ojos buscaron los suyos, pero no reveló nada. Mi papá era un hombre de negocios despiadado, sin miedo a que la gente lo odiara si eso significaba un aumento de sus beneficios.

El abuelo estaría avergonzado.

Mi abuelo Amos King era el ser humano más amable y gentil que había conocido. Era un hombre sencillo, un granjero que se enorgullecía de trabajar la tierra y contribuir a su comunidad. Reprimí el pensamiento errante de que Duke era muy parecido a él: dedicado a su tierra y a su comunidad.

El abuelo guardaba caramelos de menta en el bolsillo, y yo seguía pensando en él cada vez que olía el más mínimo rastro de menta.

Lo extrañaba todos los días.

Con el abuelo, no tenías que superar a tus hermanos, siempre bastaba con hacerlo lo mejor posible. Recuerdo que un día, en séptimo año, le presenté a mi papá mi boleta de calificaciones. Estaba orgullosa de mi esfuerzo. Todo eran sobresalientes, salvo una B que saqué en una clase de matemáticas en la que tuve problemas. En lugar de alabar mis esfuerzos -las largas horas de asesoría y quedarme hasta tarde en la mesa de la cocina para estudiar antes de un examen-, me vio y dijo: "Podrías haber sacado un sobresaliente" mientras me devolvía el papel.

Ojalá pudiera decir que dejé de intentar impresionarlo después de eso.

No lo hice.

La misma niña pequeña que se acurrucaba sobre sí misma amenazaba con superarme. ¿Era demasiado buscar la aprobación y el afecto de su papá? Si tu papá era Russell King, lo era.

Curiosamente, adoraba a sus otros hijos. JP era el vivo retrato de papá y estaba dispuesto a hacerse cargo de los negocios familiares. Se enorgullecía de encontrar y comprar empresas en dificultades para obtener beneficios casi tanto como papá. Whip trabajaba como bombero, lo que honraba el apellido King. MJ era enfermera y seguía estudiando con el dinero de papá, incluso la tienda de tatuajes de Royal era una fuente de orgullo para el espíritu emprendedor de papá. Abel tuvo sus propias luchas, pero cuando abrió la cervecería, nuestro papá lo vio como una oportunidad de negocio y le perdonó todos sus pecados del pasado.

Yo era la chica que trabajaba en una panadería y seguía viviendo con su tía.

También tenía un extraño parecido con nuestra mamá. Solo eso me condenaba a una vida de comentarios sarcásticos y desdén general. Maryann King sobrevivió veinte años casada con su esposo antes de no poder soportar más el peso de todo aquello. Hizo las maletas y dejó a sus hijos con un hombre que no tenía capacidad para amar.

Eligió su libertad por encima de su esposo, por encima de sus hijos y odié la pequeña parte de mí que empatizaba con su decisión.

La pesadez amenazó con apoderarse de mí. No tenía sentido razonar con mi papá ni suplicarle que le permitiera a Annie quedarse en el espacio que le rentaba, él tomó su decisión y ella sufriría las consecuencias.

—Tengo que irme. —Apreté los dientes contra lo pequeña que sonaba mi voz. Las palabras apenas susurradas no fueron reconocidas, y salí silenciosamente de la casa de mi tía sintiéndome más pequeña de lo que me sentí en mucho tiempo.

Mientras me iba, dejé que mi mente vagara por pensamientos sobre Duke. La expresión de su rostro cuando me vio caminando con Charles era oscura e intensa. Seguramente sabía que no había nada entre Charles y yo.

¿Verdad?

Quería enviarle un mensaje, pero estaba inusualmente callado y no respondió a mi mensaje anterior de *buenos días*. Era una tontería pensar que un mensaje sin respuesta significaba algo, pero no recordaba ninguna ocasión desde que empezamos a enviarnos mensajes en la que ni Duke ni yo tuviéramos algo divertido o gracioso que decirnos por las mañanas.

Nunca fallaba a la hora de empezar el día con una sonrisa.

Mientras conducía por una tranquila carretera comarcal, aspiré una bocanada de aire costero antes de estacionarme en una plaza de estacionamiento pegada a un acantilado de dunas de arena con vistas al lago Michigan. Salí del auto, me apoyé en el capó y dejé que el viento me

azotara el cabello mientras cerraba los ojos y disfrutaba del sol. Sonó un mensaje de texto en mi teléfono y me apresuré a buscarlo en el bolso. Mi pulso bailó al abrir los mensajes.

Era de mi amiga Sloane, preguntando cómo fue mi cita con Charles.

Yo: *Meh.*

Sloane: *¿Quieres hablar de eso tomando un café?*

Yo: *Que sean mimosas y ahí estaré.*

Sloane: *¡Tengo jugo de naranja!*

Yo: *Llevaré el alcohol.*

Volví al auto y sonreí viendo el celular. Puede que tuviera un papá de mierda, pero al menos tenía unos cuantos buenos amigos. Estaba encantada de que Sloane hubiera vuelto al pueblo y no veía la hora de invitarla al Bluebirds.

Por impulso, volví a mis textos más recientes con Duke. *John Oates*. Cada vez que el nombre aparecía en mi pantalla, el tintineo de los nervios me hacía soltar una risita.

Reír.

Era irreal.

Me pregunté qué estaría haciendo Duke. Era domingo, y mientras la mayoría de la gente disfrutaba de un día libre o tal vez veía deportes o algo así, yo me imaginaba a Duke paseando entre las hileras de arbustos de arándanos de la granja. Tal vez incluso se estuviera preparando de mala gana para una cena familiar en casa de la señora Tootie.

La cena familiar era algo que los King nunca hacían, y me preguntaba cómo sería estar en su cálida y señorial granja, rodeada de los Sullivan.

Totalmente raro.

A pesar de los nervios que me hacían cosquillas en la barriga, tecleé rápidamente un nuevo mensaje para él.

Yo: *¿Un día ajetreado?*

Me quedé viendo el teléfono, esperando a que aparecieran las tres burbujas. Estaba necesitada, claro, pero no me importaba. Algo no iba bien y odiaba que mi participación en la subasta de citas pudiera ser la causa.

¿Pero qué se suponía que debía hacer? No era como si Duke y yo estuviéramos saliendo, ni como si *alguna vez* pudiéramos salir.

Cuando pasaron unos minutos y seguí sin recibir respuesta, suspiré y volví a guardar el teléfono en el bolso. Salí del estacionamiento y me dirigí al pueblo en busca de champán.

6

Duke

Con el mes de agosto a la vuelta de la esquina, los días de la temporada de recolección de arándanos estaban llegando a su fin. La afluencia de turistas que recorrían los campos del norte iba disminuyendo. Por muy molesto que fuera para la gente caminar entre los arbustos, era innegable que una de las principales razones por las que la gente acudía en masa al condado de Remington era la oportunidad de recoger sus propias bayas.

Al cabo de unas pocas semanas, los arbustos estarían limpios y nos centraríamos en preparar los campos para lo que se preveía como un duro invierno en Michigan. En el resto de la finca se recolectaban bayas para venderlas localmente. Los trabajadores emigrantes recogían junto con maquinaria agrícola industrial para garantizar que nuestros clientes recibieran el mejor producto posible. En un mundo ideal, los rendimientos eran altos y las pérdidas bajas.

Al cruzar el camino de un campo a otro, la mirada sombría de Cisco al acercarse a mí me dijo que quizá no tuviera tanta suerte. Nos encontramos entre dos campos y me tendió la mano con una línea firme en los labios.

—Jefe. —Asintió una vez. Le dije varias veces que me llamara Duke, pero por alguna razón seguía insistiendo en la formalidad.

—¿Cómo van las cosas? —Hice una pausa para arrancar una baya madura de un arbusto cercano y me la metí en la boca. La explosión de dulzura bañó mi lengua y canturreé. Este campo era perfecto y estaba listo para la cosecha. No importaba que al principio de la temporada

prefiriera los arándanos poco maduros, el final de julio significaba las mejores bayas que podíamos ofrecer a nuestros clientes.

Cisco caminó a mi lado.

—Todo el mundo ha estado trabajando duro. La cosecha va bien. No hay problemas con los que alguien haya llamado mi atención.

Asentí con la cabeza, satisfecho de que los jornaleros agrícolas que empleaba no solo hicieran el trabajo, sino que estuvieran contentos. Cisco me puso al día de los progresos de cada campo, en el que había trabajadores recogiendo bayas a mano, mientras caminábamos hacia mi casa y la entrada principal de la granja.

Cisco se tomaba en serio su trabajo. Tenía una gran ética laboral y era un buen gestor. Cuidaba de su gente y tenía un alto nivel de exigencia. También era un hombre sin pelos en la lengua.

También me gustaba eso.

A medida que nos acercábamos al largo camino que conducía a la entrada de Sullivan Farms, el chirrido de los frenos de un autobús escolar llamó nuestra atención. Más allá de la pequeña berma que hacía de barrera contra el viento, la parte superior de un autobús escolar amarillo se detuvo en la entrada y captó mi atención.

Como parte del Programa de Educación de Migrantes de Michigan, todos los hijos de trabajadores migrantes tenían derecho a asistir a la escuela durante todo el año. El autobús, que la granja financiaba gustosamente, recogía a los niños cada mañana y los llevaba a la escuela local, donde recibían educación. A pesar de que la ley exigía lo mínimo, me enorgullecía de nuestro enfoque, aquí cuidábamos de los nuestros.

El aire se llenó de risas cuando un grupo de niños bajó corriendo por el camino de entrada. Niños de distintas edades, desde los que apenas acababan de salir de la guardería hasta los que se acercaban a la secundaria. Los más pequeños me saludaron con la mano.

En lugar de continuar por el camino y girar a la derecha hacia mi casa, el grupo se dirigió a la izquierda, hacia la zona de terreno donde proporcionaba alojamiento a las familias que trabajaban en Sullivan Farms. Las filas y filas de remolques de doble ancho no eran nada

lujosas, pero eran hogares limpios y seguros para las personas que dedicaban sus días a cosechar arándanos para mí. Una de las ventajas de trabajar en Sullivan Farms era que atraía a muchas de las mismas familias temporada tras temporada. Me gustaba conocer a las familias mientras vivían y crecían en mi granja.

Un niño, Nicolas, se separó del grupo y vino corriendo a mí. Su cara se descompuso en una amplia sonrisa y agitó un brazo salvajemente. Cisco y yo nos reímos mientras su mochila rebotaba detrás de él, casi de la mitad del tamaño del niño.

Su entusiasta y rápido chorro de español me hizo un agujero en el pecho. Nico era condenadamente lindo.

Me agaché para escucharlo mientras relataba los acontecimientos de su día en la escuela. Asentí con la cabeza y le respondí en español, diciéndole lo feliz que estaba de que hubiera tenido un buen día. No sabía exactamente cuándo adquirí fluidez, pero para mí era importante poder comunicarme con la gente que trabajaba para mí. Si vivían y trabajaban en mi granja, me parecía lo mínimo poder hablar con ellos libremente y de una forma que les hiciera sentirse más cómodos.

Con el tiempo, las risitas y carcajadas por mis faltas de dicción fueron cada vez menos frecuentes, hasta que por fin hablé con fluidez.

En la escuela, los niños también estaban aprendiendo inglés, y Nico estaba entusiasmado por compartir conmigo algunas palabras nuevas que había aprendido.

—Blueberry. Character. Setting. Señor Duke.

Señor Duke.

La forma en que mi nombre salió de su lengua y el evidente orgullo que brillaba en sus ojos hicieron que algo se moviera dentro de mí. Le revolví el cabello y le apreté los hombros con una sonrisa.

—*Perfecto*[2].

[2] Dicho en el original en español.

Me puse de pie, señalé a su mamá, que lo esperaba, y la saludé con la mano. Ella sonrió y me devolvió el saludo mientras Nico saltaba en su dirección.

Cisco se frotó una mano detrás del cuello.

Suspiré, intuyendo que estaba esquivando una conversación incómoda.

—Dilo de una vez.

—Hay otra familia, es el cuñado de Benny. Esperan que haya espacio para trabajar en Sullivan Farms.

Escuché a pesar de la tensión que se abría paso en mi mandíbula.

—Él y su mujer tienen tres hijos, pero el mayor tiene trece años. Benny dice que está dispuesto a que trabaje en el campo.

Negué con la cabeza.

—No. En absoluto. —La expresión de Cisco vaciló, e intentó hablar antes de que yo levantara una mano para que no me interrumpiera—. Es un niño. Tiene que ir a la escuela.

Rápidamente calculé el costo que supondría añadir una familia más al número de personas ya alojadas en Sullivan Farms. Significaría añadir un remolque más. Transporte. Una charla con la escuela para los niños.

Vi a Cisco.

—¿Cuándo esperaban empezar?

—Tan pronto como sea posible, *jefe*[3].

Apreté los labios y asentí.

—Lo solucionaremos. Llevará algún tiempo conseguir otro remolque, pero si pueden quedarse con otra familia mientras tanto, arreglaré los detalles.

Cisco me tendió la mano y exhaló un suspiro de alivio.

—Gracias, señor.

[3] Dicho en el original en español.

Negué con la cabeza mientras le agarraba la mano.

—Solo Duke.

Se rio y me dio una palmadita en el hombro. Los dos sabíamos que no me llamaría Duke a corto plazo.

Solo en la sala, me quedé viendo el bourbon de color ámbar intenso mientras agitaba el vaso. Me quité los lentes negros de leer y me pellizqué el puente de la nariz, cuando me di cuenta de que leí y releí dos veces la misma página de mi libro, me di por vencido.

Ed levantó la cabeza y apoyó la papada en mi rodilla, mirándome con ojos de sabueso triste. Soltó un pequeño gemido y empezó a mover el trasero.

—Quieres ir a ver cómo está, ¿no?

Los meneos de su cola se hicieron más rápidos mientras Ed soltaba un pequeño aullido de excitación.

Suspiré, me agarré a los lados del sillón y me impulsé para ponerme de pie.

—Acabemos con esto entonces.

Ed bailó en alegres círculos mientras me dirigía a la puerta principal y salía al aire libre.

Hacia el oeste, el sol se ponía sobre los campos de arándanos, silueteándolos con un derroche de naranjas, rosas cálidos y vetas blancas. Si había que creer en las supersticiones de los viejos granjeros, los colores por sí solos me decían que mañana sería otro día caluroso.

Con Ed a mi lado, bajé los escalones de mi porche, atravesé el amplio camino de entrada y me dirigí hacia el granero rojo que se veía a lo lejos.

Cuando atravesé la puerta, dos gatos callejeros se dispersaron al encender la luz y unos graznidos de felicidad me saludaron cuando me acerqué al corral improvisado. Eché un vistazo al patito mientras Ed olfateaba cautelosamente a un lado del lugar. El patito seguía siendo escuálido y sus plumas blandas estaban siendo reemplazadas poco a

poco por otras más ásperas de adulto, parecía un adolescente desgarbado en plena pubertad.

No sabía qué hacer con él y no me parecía bien abandonarlo a su suerte, así que creé un corral improvisado que se abría por un lado a una zona cerrada junto al establo. No era muy valiente, así que rara vez se aventuraba más de unos metros más allá de la entrada. Todas las noches, cuando hacía mis últimas rondas por la granja, el patito graznaba alegremente a mis pies y me seguía hasta el granero, donde lo encerraba para pasar la noche.

Ed creó una especie de vínculo maternal con el pato y constantemente revisaba cómo estaba durante el día. Era una amistad muy tierna, de las que se ven en los calendarios de granjas que la gente compra en las tiendas del centro.

—Hola, Duck[4].

Graznó al oír mi voz. Vi a Ed, que seguía olisqueando el lugar y gimoteando.

—Te lo dije, está bien.

Me acerqué a una estantería para tomar un puñado de arándanos y los eché en el bebedero de Duck. Las bayas flotaron sobre el agua y Duck las engulló con avidez mientras batía las alas de alegría.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en mis labios. Saqué el celular del bolsillo e impulsivamente le tomé una foto. Era un poco feo, pero muy mono.

Con el teléfono en la mano, abrí los mensajes de texto de Sylvie. Habían pasado dos semanas desde que la vi en el mercado. Se veía tan linda que fue como un puñetazo en el estómago. La forma en que sus ojos color caramelo hacían juego con los azules brillantes del cielo de julio era embriagadora, necesité toda mi fuerza de voluntad para no perderme en ellos en medio del abarrotado mercado.

Tampoco ayudó que ella estuviera ahí con *él*.

[4] Pato, en inglés.

Sylvie no dio a entender que estuviera muy interesada en Charles, pero la cruda realidad de ver su mano metida en el recoveco de su codo no me gustó nada. Era una dura realidad que vi a cada uno de mis hermanos encontrar su alma gemela, y yo aún no tenía nada. Bueno, no nada, sino la abrumadora certeza de que *mi alguien* era imposible. Solo pude observar desde la distancia cómo otro hombre caminaba con la mano de ella en el brazo. Charles no veía que Sylvie era algo más que la mujer que intentaba ocultarse en un segundo plano. Era divertida, amable e increíble. Él no tenía ni puta idea, de eso estaba seguro.

Con el tiempo, nuestras conversaciones volvieron a ser la fácil camaradería de antes, pero algo dentro de mí cambió.

Mis sentimientos pasaron del afecto y el anhelo secreto a algo más profundo.

Más hambriento.

Posesivo.

Imaginé atraer su cuerpo hacia el mío en medio del maldito día en el mercado de agricultores y dejar las cosas claras. Aunque no tenía ningún derecho sobre Sylvie, no me resultaba fácil verla con otro hombre. Era la persona menos indicada que podría desear, pero me consumía.

No estaba molesto con ella. Mis sentimientos eran solo míos y ella no tenía la culpa de que me costara controlarlos. Para hacer frente a mis tortuosas y frustradas emociones, me metí aún más en el trabajo, micro gestionando cada aspecto de la temporada de recolección de bayas en julio hasta que pensé que Cisco iba a perder la cabeza.

Como si el mero hecho de pensar en ella la evocara, un nuevo mensaje de Sylvie iluminó mi pantalla.

Daryl Hall: *¿Crees que beber en el trabajo es un delito punible con el despido?*

Yo: *Creo que sí.*

Daryl Hall: *Maldita sea.*

Yo: *¿Un día duro?*

Daryl Hall: *Algo así. Solo mil pequeñas molestias, supongo.*

Yo: *¿Quieres hablar de eso?*

Daryl Hall: *No realmente. Prefiero oír hablar de tu día. ¿Qué está pasando en la granja?*

Se volvió fácil cargar con el peso de ser el único que tomaba las decisiones en Sullivan Farms, pero había algo en Sylvie que me cambió, quería dejarla entrar. Mis dedos se crisparon por la duda, pero finalmente decidí compartir con ella una parte de mí que estaba reteniendo.

Yo: *Las cosas deberían ir más despacio en las próximas semanas, pero también me dijeron que una nueva familia va a trabajar con nosotros.*

Daryl Hall: *No sé muy bien cómo funciona todo eso. ¿Es algo bueno?*

Lo consideré por un momento.

Yo: *Creo que sí. Es bueno para ellos. Bueno para los niños. Debería poder ayudarles a matricularse y empezar en algunas de las clases de Head Start antes de que empiece oficialmente el curso escolar.*

Daryl Hall: *Parece que te gusta tenerlos cerca. ¿Quién diría que el viejo gruñón Duke Sullivan era realmente un blandengue? No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo.*

Sonreí viendo el celular, algo que hacía cada vez más a menudo y normalmente solo cuando le enviaba mensajes, pensaba en ella o la veía caminando por la calle.

Me pasé una mano por la cara. *Por Dios. Wyatt tenía razón. Estoy muy jodido.*

Yo: *No soy un blandengue. Solo creo que algunos de nuestros niños son bastante lindos.*

Daryl Hall: *¿Nuestros niños?*

Mierda.

Yo: *Me refiero a los niños que viven aquí en la granja. No como *nuestros* niños.*

Inmediatamente me vino a la cabeza la imagen de una pandilla de niños con la sonrisa de mi mamá y los ojos color miel y el cabello rubio de Sylvie. Tal vez les encantaría la vida como a mi hermano Lee, o serían decididos y testarudos como Kate, o tendrían una capacidad de liderazgo natural como Wyatt. Quizá alguno incluso quiera seguir mis pasos algún día, y yo podría enseñarle a nuestro hijo o hija todo lo que significa ser un granjero responsable y cuidar de la gente que trabaja para ti.

El sonido de un mensaje de texto entrante me sacó de mi espiral de pensamientos irracionales.

Daryl Hall: *¿Has pensado alguna vez en tener tus propios hijos?*

Me quedé viendo su pregunta antes de teclear la respuesta más sincera que pude reunir.

Yo: *Los niños no están en las cartas para mí.*

Dejé escapar un suspiro frustrado. No quería pensar en eso y ponerme de peor humor. Enviarle mensajes de texto a Sylvie siempre me hacía sentir bien. Era lo mejor del día, y no quería estropearlo poniéndome de mal humor con ella.

Saqué la foto de Duck y se la envié.

Yo: *Pero parece que soy el orgulloso papá de un nuevo patito.*

Daryl Hall: *Dios, es el más lindo. ¿Cómo se llama?*

Yo: *Duck.*

Daryl Hall: *¿Le pusiste Duck al pato?*

Yo: *Sí. Al principio no quería darle un nombre porque no quería encariñarme demasiado. Por si estaba enfermo o le pasaba algo. Después de todo, es un pato salvaje. Espero que se vaya volando cuando sea lo suficientemente fuerte.*

Daryl Hall: *Odio tener que decírtelo, pero creo que ya puedes estar encariñado.*

Sonreí de nuevo.

Yo: *Sí, creo que tienes razón.*

El problema era que no sabía si estaba hablando del pato del granero o de ella. Sacudí la cabeza. Por fin llegó el momento de admitirme a mí mismo que podría estar enamorado de Sylvie King.

Y ella era la única mujer que nunca podría tener.

7

Duke

—¿Puedo conducir el carrito? —Mi sobrinita me vio con ojos esperanzados.

Me encogí de hombros y respondí "Claro" en el momento exacto en que Wyatt soltó un duro "No".

Penny vio a su papá con un mohín exagerado, y él levantó las cejas, profundizando el pequeño ceño fruncido que ya se había formado en su linda cara.

Como no quería pasarme, di marcha atrás.

—¿Qué te parece esto? Te llevaré en el carrito, e incluso iremos al prado oeste por algunas de las colinas de conejos.

Los ojos de Penny se abrieron de par en par de emoción. Esa niña nació con sed de aventuras y se estaba convirtiendo en una adicta a la adrenalina. Estaba seguro de que ella era la causante de algunas de las canas que brotaban en las sienes de mi hermano menor.

—¿Podemos ir rápido?

A mi lado, Wyatt suspiró y yo le lancé a Penny un guiño conspirador.

—Primero tengo algo que enseñarte en el granero.

Sin esperarnos, Penny salió disparada, corriendo hacia el granero con Ed Tres Patas pisándole los talones.

Wyatt volvió a suspirar.

—Esa niña va a ser mi muerte.

Observé el suelo mientras caminábamos.

—Oh, ella está bien. Solo tiene un espíritu aventurero.

—Es intrépida. —Sacudió la cabeza y la observó entrar en el granero.

Sonreí.

—Me recuerda mucho a mamá.

Wyatt se pasó una mano por el cabello.

—¿Verdad? A veces las similitudes son francamente espeluznantes.

Dejamos que el doloroso tema de nuestra mamá flotara en el aire entre nosotros. Wyatt vio hacia los campos.

—¿Alguna vez te sientes solo? —Vi a mi hermano, pero no contesté—. Oh, ¿a quién quiero engañar? Siempre has sido solitario. Duke Sullivan no necesita nada ni a nadie.

Un gruñido bajo fue mi única respuesta. No estaba seguro de si siempre fue así o si con el tiempo me endurecí para ser así. En cualquier caso, era lo que era.

Al acercarnos al granero, la pequeña figura de Penny llenaba la puerta y sus brazos presionaban la entrada.

—¡Cierra la puerta principal!

Wyatt inclinó la cabeza hacia su hija, sabiendo muy bien que era pura suerte que no hubiera salido una palabrota volando de su pequeña boca. Ella avanzó, agarrando una de las manos de su papá con las suyas, arrastrándolo a través de la entrada del granero. Sus ojos bailaban de emoción.

La alegría la invadió mientras jalaba a su papá hacia delante.

—Papá, no lo vas a creer, es lo más bonito que he visto nunca.

Me metí las manos en los bolsillos y seguí al dúo hasta el granero, donde Duck estaba haciendo un desastre con el agua.

Wyatt se puso en cuclillas junto a Penny.

—Oye, eres muy lindo.

Penny me vio con ojos muy abiertos y esperanzados.

—¿Puedo entrar, tío Duke?

—Sí. —La alcé por debajo de los brazos y la levanté por encima de la pequeña valla hasta el corral—. Parece bastante amigable, pero un poco asustado de la maquinaria agrícola.

—Aww... —Penny chasqueó la lengua. Le acarició suavemente la cabeza y Duck se inclinó hacia ella—. Míralo. Es tan lindo. ¿Podemos quedárnoslo?

Wyatt se rio y sacudió la cabeza.

—Lo siento, Pickle. No nos pertenece.

Sin inmutarse, volvió a ver al patito.

—Ven. Vamos, patito.

Penny avanzó por el extremo del recinto hacia la abertura que daba al exterior, batiendo los brazos como alas con la esperanza de que Duck la siguiera. Seguro como la mierda que el pequeño bastardo lindo comenzó a graznar alegremente y siguió a Penny.

Wyatt se levantó y se rio.

—Bueno, ahora te va a costar deshacerte de ella.

Me balanceé sobre los talones.

—Creo que está bien. Es agradable tener a alguien cerca.

Wyatt me lanzó una mirada de reojo.

—¿Eh? Tal vez el impenetrable Duke se siente un poco solo.

Le di un codazo en el brazo.

—Cierra la puta boca.

Wyatt se rio.

—Me gusta esta faceta tuya. —Se apoyó en una viga de soporte y me vio de arriba abajo—. ¿Sabes? Es bueno estar de vuelta para que Penny pueda tener todo esto.

Refunfuñé y vi a mi hermano menor.

—Creo que Lark se te está pegando.

Wyatt se rio y negó con la cabeza.

—Sí, creo que probablemente tengas razón.

—¿Vas a poder mantener ese trabajo tuyo o te van a trasladar a otro sitio?

Wyatt se cruzó de brazos. Conocía su mirada decidida.

—Esta temporada se perfila como una buena temporada. No pienso irme a ninguna parte.

Me gustaba eso. Me gustaba mucho.

—Los chicos vuelven al campus esta semana, así que mi horario se vuelve más ajetreado, pero con Penny empezando la escuela pronto, será bueno meterla en la rutina. Mi hija es muy lista, pero le encanta causar problemas.

Me reí al ver cómo Penny levantaba a Duck en brazos, trepaba por la valla exterior y se subía al lado del conductor de mi carrito. Con Duck todavía en el hueco de su brazo, me dedicó una sonrisa malévola.

—Sí. —Apreté mi mano en el hombro de Wyatt—. Sí, lo hace.

Me acerqué al carrito y extendí los brazos para tomar al patito. Después de dárselo a Wyatt, llevé a Penny al lado del copiloto para que diera una vuelta.

Una vez que salimos de la atenta mirada de su papá, me pare al lado de una hilera de arbustos de arándanos y me bajé.

—Muévete para allá.

Sus ojos se abrieron de par en par con incredulidad. De la parte de atrás saqué un pequeño casco y se lo puse en la cabeza y Penny se agarró al volante con impaciencia mientras le abrochaba la correa bajo la barbilla. Su cuerpecito estaba deseando ponerse en marcha.

La vi a los ojos.

—Empezaremos despacio y con calma.

Asintió con la cabeza. Subí al asiento del copiloto y le di una breve lección sobre cómo conducir el carrito.

Después de asegurarme de que llevaba bien abrochado el cinturón, me acomodé en el asiento del copiloto.

—Muy bien, con cuidado. Pisa a fondo el acelerador.

Sin previo aviso, el carrito se tambaleó hacia adelante mientras Penny lanzaba un pequeño grito de guerra. Mi propia risa estalló en mi pecho mientras me agarraba al chasis y usaba mi mano izquierda para ayudarla a conducir por el camino. Una vez que reguló la velocidad, atravesamos los campos en dirección al prado oeste. Antes de llegar a los pequeños baches de arena, Penny me vio con los ojos ansiosos.

Levanté un hombro.

—Depende de ti.

La pequeña temeraria agarró el volante con más fuerza.

—Absoluta-jodida-mente.

Rebotó sobre las pequeñas colinas con facilidad, riendo y empujándose mientras dábamos la vuelta para hacerlo de nuevo.

Una vez que terminó su tercera vuelta, su pequeño puño se elevó en el aire.

—¡Diablos, sí! —Inmediatamente pareció culpable y se mordió el labio inferior—. No se lo digas a papá.

Sacudí la cabeza y una expresión seria se apoderó de mi rostro.

—No deberías ocultarle nada a tu papá. Es un buen tipo y lo entenderá. Solo nos divertimos un poco y nos aseguramos de que estuvieras a salvo. Si se enoja por eso, que se enoje conmigo, pero nada de secretos. ¿Okey?

Sus pestañas bajaron antes de que sus ojos confiados se clavaran en los míos.

—Okey, tío Duke. Sin secretos.

Le guiñé un ojo.

—Muy bien, llevemos este equipo de vuelta a casa.

Como sospeché, Wyatt no estaba tan enojado -ni sorprendido-, por haber dejado que Penny condujera el carrito. Ella le explicó todas las precauciones de seguridad que tomamos, y Wyatt la abrazó y le dijo:

—Me alegro de que no me lo hayas ocultado.

Me invadió un sentimiento de orgullo cuando ella me dirigió su sonrisa de dientes separados.

Todavía con el subidón de mi visita de Penny y Wyatt, mis tareas normales de la granja transcurrieron sin problemas. Cuando recibí una llamada de Huck preguntándome si me sobraban cinco kilos de bayas, supe que mi día iba a mejorar aún más.

A pesar de su oferta de enviar a alguien a recogerlas, insistí en entregar las bayas yo mismo. No iba a perder la oportunidad de echarle un vistazo a Sylvie. Cada vez encontraba más excusas para pasarme por el Sugar Bowl. Estaba jugando con fuego, y no parecía importarme.

Me aseé e incluso me peiné antes de ponerme una camiseta azul marino, unos jeans y unas botas.

En la entrada trasera, tecleé el código de seguridad del Sugar Bowl y abrí la puerta. Inmediatamente me recibieron los cálidos olores de la pastelería y las donas fritas. Me rugió el estómago y me di cuenta de que no me acordé de comer esa mañana. Me acomodé la caja de bayas en la cadera mientras dejaba que la puerta de acero chasqueara tras de mí.

Momentos después, Sylvie atravesó las puertas de estilo salón que daban a la cocina.

—Hola. Oí el timbre y pensé en ver quién entraba.

Sylvie llevaba jeans, recortados en el tobillo y ajustados en la cadera y los muslos. Mis ojos se movieron hacia arriba, observando el contorno de su cintura y el delantal que llevaba atado. Su camiseta azul del Sugar Bowl se ceñía a sus costillas, ofreciéndome el contorno perfecto de su

pecho. Cuando llegué a su cara, me fijé en un puñado de pequeñas pecas que bailaban en el puente de su nariz.

Llevaba su cabello rubio pálido recogido en un moño desordenado. Se le habían soltado algunos mechones y, si no hubiera estado sujetando la caja de bayas, me habría costado mucho resistirme a meterle uno detrás de la oreja.

Sus ojos castaños claros se abrieron de par en par al verme. Estuve a punto de soltarle una frase graciosa o una broma coqueta, pero en vez de eso me limité a decirle que se veía guapísima.

—Estás... —Me detuve cuando Huck entró detrás de ella. En lugar de terminar, me aclaré la garganta y levanté ligeramente la caja—. ¿Algún sitio en particular donde quieras que ponga esto?

Huck rodeó a Sylvie, que seguía inmóvil.

—Eso fue rápido. Gracias por traerlas. Aquí en la mesa de preparación está perfecto.

No respondí, pero asentí con la cabeza y me acerqué a la mesa de acero del centro de la habitación. En lugar de dejarla al lado, me coloqué entre Sylvie y la mesa, dejando que mi antebrazo rozara el suyo.

Su atracción era magnética.

Era la primera vez que entrábamos en contacto, y la electricidad me recorrió el brazo y el pecho. Su piel era cálida y suave, exactamente como la imaginé.

Al contacto, Sylvie carraspeó y se apartó, e inmediatamente eché de menos la sensación de su piel sobre la mía. Sus ojos recorrieron mi cara, rebotando de izquierda a derecha antes de bajar a mi boca y volver a subir a mis ojos.

Luché y perdí contra la sonrisa de satisfacción que se dibujó en un lado de mi boca. El corazón me latía con más fuerza.

—¿Cuánto te debo por la entrega urgente? —preguntó Huck.

Mi atención no se apartó de la cara de Sylvie, pero levanté una mano.

—No hay cargo por la rapidez. Solo añadiré el costo de las bayas a tu cuenta.

Estreché la mano de Huck, rompí por fin la mirada y me giré hacia la puerta.

—Gracias. —La voz de Sylvie era alta y tensa.

Me giré y la vi por encima del hombro.

—Nos vemos. —Con el calor de su mirada aún en mi espalda, atravesé la salida, esperando que el aire fresco de la costa me ayudara a recuperar el aliento.

8

Sylvie

Rara vez me encontraba cara a cara con Duke. Claro, de vez en cuando hacía entregas en el Sugar Bowl, pero normalmente me mantenía alejada de él. Tenía la peor cara de póquer, y no confiaba en no convertirme en un charco de risa tonta a su alrededor. Cuando me encontré sola en la cocina, con su cuerpo musculoso ocupando mucho espacio, me costó respirar. Había imaginado cómo sería tener por fin una conversación real, en persona, ahora que llevábamos tanto tiempo mandándonos mensajes.

Pegada al suelo, mirándolo fijamente *no* era como me lo imaginaba.

Duke era todo un hombre. Sus ojos eran muy oscuros, y la zona en la que el iris se fundía con la negrura de las pupilas era de un marrón mucho más intenso de lo que me imaginé. Tenía el cabello espeso y una barba incipiente salpicaba su mandíbula cuadrada. Su camiseta azul marino le cubría el pecho y se estrechaba hasta unos jeans muy gastados. Duke era *robusto* de una forma imposiblemente sexy.

Fue un milagro que pudiera aguantar el resto del día. Mi cerebro estaba nublado mientras seguía con mis tareas y soñaba despierta con Duke Sullivan. Huck me preguntó dos veces si me encontraba bien y la vergüenza manchó mis mejillas.

Después de mi turno, aparté de mi mente todos los pensamientos sobre mi imposiblemente ardiente e imposiblemente prohibido amigo. Aquella noche estaba acostada en la cama, preguntándome qué pensó Duke de nuestra extraña interacción, cuando el ping de mi teléfono me sobresaltó. Supe que era él incluso antes de darle la vuelta al teléfono.

John Oates: *No quería tomarte por sorpresa hoy en el trabajo.*

Así que se *dio* cuenta de mi imitación de pez con los ojos muy abiertos y respirando por la boca.

Genial.

Yo: *Estuvo bien. Solo me tomaste un poco desprevenida. Fue una tontería.*

John Oates: *Puedo usar un cascabel la próxima vez, si eso ayuda.*

En mi cama, me reí al pensar en Duke llevando un cascabel al cuello como si fuera un gato.

Yo: *Por favor, hazlo. Gracias.*

John Oates: *Sí, señora.*

Tragué saliva. Me gustaba esa faceta de Duke, divertida y juguetona, tan distinta de su típico carácter estoico. Quizá era una parte de él que reservaba solo para mí. Reprimí una sonrisa al pensar que *cualquier parte de Duke* era mía.

Yo: *¿Asustando a alguna otra mujer extraña hoy?*

Duke no respondió de inmediato. No era raro que nos interrumpieran. Más veces de las que podía contar tuve que salir rápidamente de la conversación y esconder mi teléfono antes de que alguien empezara a hacer preguntas. Por lo general, retomábamos la charla más tarde o al día siguiente, y nunca me pareció gran cosa.

Me sobresalté cuando mi teléfono vibró con una llamada entrante.

John Oates llamando...

Me quedé viendo el nombre. Me temblaban las manos mientras intenté responder.

—Um, ¿hola? —Mi voz era baja, como si pudiera meterme en problemas por hablar con él, aunque estaba sola en mi habitación.

—Hola. —La voz de Duke era líquida sobre la grava, cálida y grave. Un cosquilleo recorrió mi espina dorsal—. Así es más fácil. Espero que esté bien.

Me quedé viendo la puerta de mi habitación, preguntándome qué tan bueno era el aislamiento de la casa y si mi hermana o mi tía serían capaces de oírme. Me aclaré suavemente la garganta.

—Genial. Sí. Totalmente bien.

Contrólate, Syl.

Él se rio y cerré los ojos con fuerza.

Tomé aire.

—¿Dónde estás en este momento? —Apreté los dientes. Mi voz era jadeante y definitivamente sonaba mucho más como si hubiera preguntado *¿Qué llevas puesto en este momento?*

—Acabo de volver de Haven Pines. Me tomo unos minutos antes de volver a unas tareas. —Casi podía imaginármelo apoyado en una valla de su granja de arándanos, con el cálido sol iluminando sus robustas facciones.

—¿Cómo está tu papá?

Se quedó callado, como si no estuviera seguro de qué contestar.

—Tan bueno como puede estar, supongo. Él es duro, lo estamos sobrellevando.

Estaba claro que Duke sentía mucho amor y respeto por su papá, un sentimiento que yo desearía tener por el mío.

—MJ siempre habla muy bien de él.

—Sí, ella está bien. —Había humor en su voz, y me calenté al pensar que tal vez Duke no despreciaba a *toda* mi familia.

—Ah, ¿un King que puedes soportar? —bromeé.

Soltó un gruñido bajo, haciendo que las mariposas revolotearan en mi estómago.

—Bueno, al menos está entre las dos primeras.

¿Eso significaba que yo era su número uno?

Era algo extraño y maravilloso sentirse vista e importante, sobre todo por un hombre al que se esperaba que odiaras simplemente porque tu familia te lo había dicho. Entre los King y los Sullivan siempre habría mala sangre, y la aversión mutua era profunda.

—¿Qué tal el resto del día?

Sonreí y sentí calor en las mejillas mientras me acostaba de espaldas sobre el edredón.

—Después de mi turno fui a dar un paseo por la playa. Bootsy vendía pulseras de conchas, así que me compré una.

—Sabes que es solo basura que encuentra y revende, ¿verdad?

Sonreí.

—Oh, está bien. Era bastante basura.

Canturreó, pero no emitió juicio ni crítica alguna por ayudar a uno de los residentes de Outtatowner. Bootsy siempre estaba cerca. Era excéntrico y necesitaba cuidados extra, algo que los habitantes de Outtatowner estaban encantados de proporcionarle. A veces pensaba que era la única cosa en la que todos en el pueblo estaban de acuerdo. A veces incluso veía a mi papá hablar con Bootsy y darle dinero. Era una de las pocas cosas que me hacían pensar que mi papá aún podía tener corazón.

Me quedé viendo al techo, sintiéndome como una adolescente con su primer enamoramiento.

—Después hice ejercicio, y cené. Soy aburrida.

—No eres aburrida. Eres... especial, Sylvie. —Se quedó callado, y yo estaba demasiado aturdida para hablar—. No dejes que nadie te haga pensar lo contrario.

Sus palabras me conmovieron profundamente y, por un momento, olvidé la animosidad entre nuestras familias. Con Duke, me sentí vista y apreciada como nunca. Era a la vez estimulante y aterrador tener a alguien como él en mi vida.

Aunque fuera un secreto.

Durante los últimos ocho meses, con cada comentario coqueto intercambiado, la tensión entre nosotros crecía, y parecía que bailábamos al borde de algo exótico y peligroso.

No sabía qué decir, así que respondí apresuradamente.

Antes de que pudiera encontrar algo, Duke intervino.

—Tengo que terminar algunas cosas por aquí. ¿Puedo volver a llamarte alguna vez?

Jugué con mi labio y traté de mantener mi voz ligera a pesar de la conciencia que punzaba a lo largo de mi piel cada vez que pensaba en él.

—Eso me gustaría, tal vez un mensaje de texto para estar seguro de que es un buen momento para hablar, aunque...

Duke se quedó callado al otro lado, y una pequeña pizca de pánico me asomó por debajo de las costillas.

—Seguro. Buenas noches, Sylvie.

—Buenas noches, Duke.

Al terminar la llamada, me quedé viendo el teléfono y me concentré en respirar. El vértigo de la excitación me recorrió el pecho y me aferré a ese sentimiento, ignorando la tristeza que anidaba junto a él. Hablar con él era un placer culpable. Si alguien se enteraba, tendría que responder ante mucha gente enojada.

Pero no podía negar que estaba enamorada de Duke, y definitivamente no debía estarlo.

9

Sylvie

El sol de la mañana brillaba tras las copas de los árboles mientras levantaba una bolsa de basura y cruzaba la puerta metálica trasera del Sugar Bowl. El aire era fresco y la luna aún brillaba en el cielo oscuro, arrojando un resplandor inquietante sobre las tranquilas calles. Agarrando la pesada bolsa, me dirigí hacia el contenedor de basura que había detrás de la cafetería, oculto en las sombras previas al amanecer. El aroma del café ya se pegaba a mi piel, un persistente recordatorio del largo día que me esperaba.

Justo cuando llegué al contenedor, un crujido me aceleró el corazón. Podría haber sido un mapache, o tal vez solo una ráfaga de viento, pero mi imaginación sacó lo peor de mí. Se me erizaron los pelos de la nuca mientras escuchaba.

Por favor, sé un mapache y no un asesino en serie. Hoy no tengo tiempo para esto.

El suave crujido volvió a sonar mientras una rata con su repugnante cola en forma de cuerda se escurría por mi zapato. Dejé caer la basura y un grito salió de mi garganta, resonando en el callejón.

Mi corazón latió como un tambor y mi cuerpo se estremeció con un repugnante traqueteo mientras agitaba las manos y zapateaba. Mi mente gritó que *huyera*, pero me quedé clavada en el sitio.

Desde las profundidades de la oscuridad, una voz profunda habló, baja y preocupada.

—Sylvie.

Conocía esa voz.

Duke.

En unos instantes, su cuerpo alto y musculoso se cernió sobre mí y la intensidad de sus ojos oscuros me dejó sin aliento. *¿De dónde demonios salió?*

—¡Sylvie! —Su voz era áspera, urgente, y sus manos se acercaron a mis hombros para estabilizarme—. ¿Estás bien?

—Sí —tartamudeé, aún temblando por el subidón de adrenalina mientras él miraba a mi alrededor—. Había una rata. —Volví a estremecerme—. ¡Oh Dios, odio esas cosas!

Duke no me soltó, su agarre en la parte superior de mis brazos era sorprendentemente suave.

—Estoy haciendo el ridículo —murmuré para mis adentros, intentando calmar mi acelerado corazón mientras sus anchas palmas empezaban a alisarme los hombros.

—No eres ridícula —murmuró. Su mirada se clavó en la mía, su aliento se sintió caliente contra mi piel. Su voz rebosaba intensidad y sus ojos recorrieron mi rostro, deteniéndose en mis labios. La tenue luz de la luna iluminaba los duros ángulos de su mandíbula, haciéndolo parecer aún más irresistible.

No podía apartar la mirada de él, la tensión cargada entre nosotros era palpable. Sentía su aliento en mi piel, cálido y tentador. Mi cuerpo respondió, traicionándome de una forma que no esperaba mientras me fundía con él.

Intenté serenarme, deshacerme del miedo que aún me atenazaba como una sombra obstinada, pero entonces, sin previo aviso, él acortó la distancia que nos separaba y sus labios chocaron contra los míos en un beso abrasador. Fue feroz y apasionado. El calor se desplegó en mi vientre. Nuestros cuerpos se apretaron y pude sentir el innegable deseo que lo recorría.

Mi espina dorsal se volvió líquida cuando su lengua acarició mis labios y me abrí a él, suspirando durante el beso. Sus brazos me

rodearon y me mantuvieron erguida mientras su boca se movía sobre la mía. Su lengua era cálida y dominante, daba tanto como recibía. Me puse de puntillas y le rodeé el cuello con los brazos. Las palmas de sus manos se aplastaron contra mi espalda, apretando mi pecho contra el suyo. Su corazón martilleaba contra mí.

El beso fue feroz, *hambriento*, como si todo el anhelo y el deseo que reprimimos durante tanto tiempo se hubieran liberado por fin. Mis manos se enredaron en su cabello, tirando de él más cerca, y sus brazos me rodearon, estrechándome contra su poderoso pecho.

Mis piernas se enredaron con las suyas mientras el calor crecía entre mis muslos. Una mano se deslizó por mi cabello y mi cabeza se inclinó hacia atrás, permitiéndole acceder a cada parte de mí.

—Duke... —Apenas reconocí la falta de aliento de mi propia voz. Entonces, el ruido metálico de una puerta nos separó de un salto.

Duke se apartó, con el pecho agitado, justo cuando se abrió la puerta trasera del Sugar Bowl. Huck llenó la puerta, con la preocupación frunciendo las cejas.

—¿Estás bien, Syl? Me pareció oír algo.

Tragué saliva.

—Había una rata y grité. —Reprimí una risita nerviosa.

Huck nos vio a Duke y a mí.

—Yo también la oí —dijo finalmente Duke—. Todo parece estar bien ahora. —Se aclaró la garganta—. Tengo tu entrega. Voy a entrar.

Sin verme, Duke se dirigió al camión de reparto. Huck estaba junto a la puerta, manteniéndola abierta. Tenía los labios planos cuando volvió a ver entre nosotros.

Mierda. ¿Sospechaba algo Huck? ¿Nos vio?

Me aparté un mechón de cabello de los ojos y tomé la bolsa de basura. Con un gruñido, la arrojé al contenedor y me alisé el delantal con las palmas sudorosas.

Con la cabeza alta, me impuse que mi pulso se calmara de una puta vez mientras cruzaba la puerta, rezando para poder olvidarme por completo del beso más increíble que jamás había experimentado.

10

Duke

Estaba jodido.

Sinceramente, no había otra forma de describir lo que sentía por Sylvie King. Lo sabía incluso antes de besarla, pero al sentirla entre mis brazos, la forma en que su cuerpo se flexionó y envolvió el mío, estaba perdido.

Durante las dos últimas semanas, los mensajes de texto a primera hora de la mañana se convirtieron en momentos de risas robadas al teléfono. A medida que avanzaban las conversaciones, las bromas se convertían en un auténtico intercambio de pensamientos y sentimientos.

Más de una vez estuve a punto de decirle la verdad. Dos veces escribí el mensaje de texto y estaba listo para enviarlo, pero me acobardé.

Ojalá pudiera tenerte. Ojalá fueras mía. En realidad, te he deseado durante años *y odio no poder tenerte. Pensaba que cuidar de mi papá y renunciar a todo era lo más difícil que había tenido que hacer, pero la verdad es que quererte a ti es, por mucho, lo más difícil que* he tenido *que hacer.*

En lugar de eso, fingí que el mundo no se paraba cada vez que me mandaba un mensaje o me llamaba. Cuanto más hablábamos, más me daba cuenta de lo mucho que teníamos en común a pesar de las diferencias de nuestras familias. Nos reímos, compartimos historias y, en esos momentos secretos, el mundo exterior se desvanecía y nos dejaba solos a Sylvie y a mí.

Pero aunque la conexión entre nosotros crecía, había un acuerdo tácito de que no podíamos ir más allá. Las consecuencias de que se descubriera

nuestra amistad secreta serían demasiado graves, así que bailábamos al límite, saboreando la emoción prohibida de nuestras conversaciones nocturnas, mientras ignorábamos el hecho de que este delicado equilibrio no podía durar para siempre.

A mediados de agosto, darme cuenta de que Sylvie nunca podría ser otra cosa que un secreto me tenía molesto. Fui un tonto al pensar que un beso robado sería suficiente.

Como distracción, convencí a Lee para que me ayudara a reparar algunas vallas tambaleantes, pero hasta él se cansó de mi actitud de mierda. Le ladré órdenes e ignoré sus sugerencias. El agotador trabajo agrícola era algo que entendía. Algo en lo que era bueno. Algo que podía controlar.

Usé un mazo para clavar el poste en la tierra mientras Lee mantenía firme la base. El golpeteo rítmico me producía furiosas vibraciones en el brazo y golpeé con más fuerza.

—En serio, hombre. ¿Quién orinó en tus Cheerios?

Apreté la mandíbula e ignoré el golpe.

—Toma el siguiente. Date prisa.

Lee estaba en forma, pero sin aliento por mi implacable ritmo. Se levantó la camiseta para secarse el sudor de la cara y lo fulminé con la mirada.

Señalé con el mazo.

—Dije que lo tomes. Vamos.

Mi hermano menor me negó con la cabeza.

—¿Sabes qué? —Lee se quitó los guantes de uno en uno antes de tirármelos a los pies—. Arréglalo tú, idiota.

Se alejó con zancadas furiosas, pero no le detuve. El pesado mazo colgaba sin fuerza a mi lado mientras las cigarras de agosto zumbaban en el aire húmedo.

Mierda.

Sabía que Lee estaba renunciando a parte de su fin de semana para ayudarme, y tenía razón: *estaba* siendo un idiota.

Frustrado conmigo mismo, trabajé en solitario durante otra hora agotadora, forzándome y dejando que me invadieran los implacables pensamientos de auto desprecio. Cuando por fin llegué al último poste que había que reparar, colgué los brazos sobre la valla, derrotado.

Viendo hacia mis campos, me recordé a mí mismo por qué estaba haciendo esto. Continuar con la granja familiar *significaba* algo. Nadie más iba a hacerlo y nadie la amaba como yo. No podía esperar que vieran lo que yo veía o sintieran lo que yo sentía cuando recorría las hileras cada mañana.

Vi al sol de la tarde, escurrido.

La tensión seguía irradiando a través de mí, y sabía que necesitaba un descanso, poner distancia entre el trabajo y yo antes de perder la cabeza o dañar alguna de las relaciones que me quedaban.

Una vez decidido lo que quería hacer, me asaltó el impulso irrefrenable de pedirle a Sylvie que me acompañara. Me picaban los dedos de vacilación, pero le escribí un mensaje rápido.

Yo: *Dato gatuno #215: Los gatos te traen animales muertos porque piensan que eres un gato de mierda que no puede sobrevivir por sí mismo.*

Era otro código ridículo que se le ocurrió a Sylvie. *Los datos gatunos* se convirtieron en nuestra forma de preguntar si era un buen momento para hablar por teléfono. Cuando mi teléfono vibró con la llamada entrante, contesté inmediatamente.

—Hola. —Sonaba sin aliento, y el deseo surgió directamente a través de mí.

—¿Estás ocupada hoy? —Tuve que soltar la pregunta antes de perder los nervios.

—Mmm... ¿no? —Estaba jadeando.

—¿Estás bien?

Su risa sonó a través de la línea.

—Sí, lo siento. Salí corriendo y me quedé sin aliento.

Se me escapó una pequeña carcajada. Era muy linda.

Flexioné la mano para liberar mis nervios.

—¿Puedes reunirte conmigo en el Parque Estatal Van Buren? Hay algo que quiero mostrarte.

El silencio flotó en el aire. Prácticamente podía oírla pensar a través del teléfono. Nunca nos habíamos visto intencionadamente. Era como saltar de un avión sin paracaídas.

—¿Ahora?

Vi mi reloj.

—Eso creo.

—Um, sí. Claro.

Mis latidos aumentaron.

—Perfecto. Lleva un traje de baño.

Colgué el teléfono antes de que pudiera hacer demasiadas preguntas y me subí a mi carrito. Atravesé los campos en dirección a mi casa.

Hoy iba a cambiar todo.

El Parque Estatal Van Buren era una joya escondida y apartada a orillas del lago Michigan. Al no estar unido a ninguna de las ciudades turísticas locales, la playa del parque era un respiro tranquilo durante la bulliciosa temporada turística.

De espaldas al agua, esperé.

Entonces, a través de un claro entre los árboles, la vi bajar por el camino de grava desde el estacionamiento y aparecer a la vista.

Con la mano protegiéndose los ojos del sol de la tarde, observó el paseo marítimo. Mi corazón se saltó un latido y se me apretaron las tripas.

Se veía impresionante.

El sol de mediados de agosto rebotaba en su cabello rubio, creando un halo y enmarcando su rostro. Aunque estaban en la sombra, sabía que sus cálidos ojos color caramelo eran evaluadores y penetrantes cuando miraba hacia la playa de arena.

Cuando esos ojos se posaron en mí, su rostro se dividió en una sonrisa, y tuve que tragar saliva. Sylvie me saludó con la mano y yo levanté la mía en señal de saludo. La observé mientras se quitaba las chanclas y las sujetaba con una mano para desplazarse por la arena. Sus largas piernas estaban desnudas y las recorrí hasta que me detuve en un pequeño pantalón corto. Una blusa de tirantes holgada solo dejaba entrever la parte de arriba del bikini que llevaba debajo.

Se me apretó el estómago al ver a Sylvie en traje de baño.

Se detuvo frente a mí y levantó la cara para verme a los ojos.

—Hola.

Parecía tan nerviosa como yo.

—Hola. —Nos quedamos de pie durante una fracción de segundo, mirándonos fijamente. Luché contra el impulso de tocarla, de acercarme y abrazarla. En lugar de eso, me metí las manos en los bolsillos.

Finalmente, sus ojos se desviaron hacia la tabla de paddleboard que tenía a mis pies y volvieron a ver en mi dirección.

—¿En serio?

Reprimí una sonrisa.

—¿Lo has intentado alguna vez?

Observé los músculos de su cuello mientras tragaba y sacudía la cabeza.

—Si quieres intentarlo, te ayudaré. Es muy divertido y un gran ejercicio.

Sylvie exhaló mientras observaba la playa. Sabía que iba con cuidado, viendo a su alrededor para ver si había alguien que pudiera delatarnos por habernos encontrado. Al ser un día laborable, solo un puñado de familias salpicaba la solitaria playa. Unas enormes dunas de arena ocultaban el agua de los árboles que había detrás, creando un tranquilo rincón.

Sus ojos se movieron sobre las familias y los pequeños grupos de personas que disfrutaban de la tranquila playa.

—No reconozco a nadie aquí.

—Lo sé. ¿No es genial? —Le mostré una sonrisa traviesa.

Vio a su alrededor y se le dibujó una sonrisa en la cara.

—Es bastante bonito.

Señalé hacia mi tabla.

—¿Qué dices? ¿Quieres probar?

Asintió con la cabeza y pude ver el vértigo en su expresión. Me encantaba que le entusiasmara probar esto conmigo, que pudiera mostrarle una pequeña parte de mí que mantenía oculta a casi todo el mundo.

Cuando me agarré por detrás para quitarme la camiseta, sus ojos recorrieron mi pecho y mis abdominales y luché contra el impulso de golpearme el pecho como un cavernícola ante su aprobación. Sylvie se bajó lentamente los pantalones cortos por las largas piernas y recogió el dobladillo de la blusa de tirantes con las manos.

Me aclaré la garganta y fingí organizar la tabla y el remo. Levanté la pequeña mochila impermeable de la arena.

—Puedes echar eso aquí si quieres.

Con cuidado, Sylvie dobló su ropa y la metió en mi mochila. Debajo de la blusa, llevaba un bikini azul deportivo casi del mismo tono que el agua. Mi mirada se clavó en la base de su cuello, donde los latidos de su corazón martilleaban a través de su fina piel. Su delicada clavícula era

irresistiblemente sexy, algo que estaba seguro de no haber pensado nunca antes de ninguna otra mujer.

Era jodidamente difícil mantener un contacto visual respetable cuando la mujer con la que llevaba semanas fantaseando estaba delante de mí vestida únicamente con un bikini. Me aclaré la garganta y metí la camiseta en la mochila con su ropa.

Señalé mi tabla.

—Esta debería ser lo bastante grande para que quepamos los dos, pero también podemos ponerte de pie por tu cuenta. —Sonrió mientras cerraba la mochila—. Será divertido, lo prometo.

Me agaché y tomé el chaleco salvavidas que traje para ella.

Sus ojos parpadearon entre el chaleco y yo.

—¿Me trajiste un chaleco salvavidas?

Me encogí de hombros.

—No es la gran cosa.

La verdad es que fue algo bastante grande, porque después de que el curioso empleado de la caja me viera con los ojos entrecerrados, tuve que mentirle a la cara y decirle que era para mi hermana.

Sylvie se lo puso y yo la ayudé a ajustar los tirantes para que le quedara bien. Le di una palmadita en el costado, dejando que mi meñique rozara el trozo de piel desnuda de su cintura.

—Te queda perfecto.

Canturreó en señal de acuerdo y volvió a jugar con las correas mientras yo me ponía mi propio chaleco y me echaba la mochila al hombro.

Sylvie tiró del pequeño silbato atado a su chaleco por un cordón elástico.

—¿Un silbato?

—Bueno, no puedo perderte ahí fuera.

Levantó una ceja esculpida.

—Bueno, no pienso alejarme mucho de ti, así que espero no tener que usarlo.

No pienso alejarme de ti.

Eso me gustó.

Me gustó demasiado.

Ella me siguió mientras vadeaba las frescas aguas del lago Michigan. Cuando pasamos los primeros metros rocosos de la orilla, el fondo del lago se transformó en suave arena. Mis dedos se enroscaron en ella.

Una vez que nos llegaba hasta las rodillas, me detuve y coloqué la tabla de paddle entre nosotros. Desde el extremo de la tabla, pasé la mano por la cuerda hasta llegar a la correa del tobillo.

—Esto es lo que mantiene la tabla cerca de ti si te caes. —Di unos golpecitos con los dedos en la parte superior de la tabla—. Apoya la pierna aquí.

Me vio a los ojos, pero hizo exactamente lo que le dije. Vi cómo el agua corría en riachuelos por su pantorrilla y se encharcaba bajo sus pies.

Jesucristo, es solo un tobillo.

Tranquilicé mi respiración mientras abría la correa del tobillo y la enrollaba alrededor de ella, asegurándola en su sitio. Pasé el extremo de la cuerda por encima de la tabla y Sylvie volvió a meter la pierna en el agua.

Sus ojos parecían un poco preocupados.

—¿Es difícil?

Como una puta roca.

Incliné la cabeza hacia un lado encogiéndome de hombros.

—No es fácil, pero estoy aquí para ayudarte. La mantendré firme mientras te abres camino hacia la cima.

Sujeté la tabla por los bordes y la guie de modo que el punto central de la tabla quedara frente a ella.

—Vas a querer mantener las manos a los lados de la tabla para estabilizarla, pero yo te ayudaré a mantenerla firme. Ponte de rodillas sobre la tabla.

Sylvie arqueó las cejas con determinación y asintió una vez. Cuando estabilicé la tabla, hizo exactamente lo que le ordené. Su mano derecha se interpuso entre las mías y la izquierda se agarró al lado opuesto. Con cuidado, se subió a la tabla hasta arrodillarse.

Dejó escapar un resoplido de satisfacción.

—Eso estuvo perfecto. Ahora mantén las manos a los lados y mueve lentamente un pie cada vez. No vas a levantarte de inmediato. Vas a empezar manteniendo las rodillas flexionadas -casi en cuclillas-, hasta que te sientas estable.

—¿Así? —Sylvie levantó lentamente una rodilla mientras yo luchaba por mantener un contacto visual respetuoso. Los músculos de sus piernas trabajaron mientras se tambaleaba y dejó escapar un pequeño chillido.

—No te preocupes. Te tengo.

Soltó un suspiro tembloroso mientras intentaba mover la otra pierna hasta ponerse en cuclillas.

Manteniendo mi voz calmada, continué con mis instrucciones.

—Ahora, cuando estés lista, levántate lentamente.

Sylvie empezó a levantarse y, al soltar las manos, empezó a tambalearse. Instintivamente, una mano salió disparada, agarrando la pierna de Sylvie por la parte inferior de su pantorrilla. Su piel suave era como una marca en mi palma mientras mi pulgar la acariciaba.

—Te tengo, estás bien. Lento y constante.

—Okey. —Ella asintió—. Okey.

Cuando se levantó en toda su altura, la miré y vi que el sol iluminaba su bonita cara.

—Lo hice. —Sus palabras salieron en un suspiro—. ¡Mierda, lo hice! —Levantó los puños en el aire. Su movimiento inesperado sacudió la

tabla y, aunque intenté estabilizarla, sus pies bailaron de puntillas hasta que se desplomó sobre mi hombro.

—Mierda. —Refunfuñé y metí la mano en el agua para levantarla por el chaleco. Esperaba que estuviera enojada por haberse empapado y frustrada por haberse caído, pero cuando su risa sonó en el agua, la felicidad bailó bajo mi piel.

Mientras agarraba los lados de su chaleco, sus manos encontraron mis hombros.

—Eso fue increíble. ¿Puedo hacerlo otra vez?

La vi fijamente a sus ojos dorados y sonreí.

11

Sylvie

Me costó unos cuantos intentos más mantener el equilibrio, pero lo conseguí. No importaba cuántas veces me tambaleara o me olvidara de todos los pequeños ajustes que Duke me indicaba: nunca se frustró ni se enojó cuando no lo hice bien.

En lugar de eso, me sonrió y me dejó intentarlo de nuevo hasta que estuve satisfecha. Finalmente, cuando me estabilicé, pude remar unos cuantos círculos mientras Duke me seguía hacia aguas un poco más profundas y me daba ánimos. La última vez que tropecé y caí al agua, volví a subirme a la tabla y me senté, dejando colgar las piernas y observando cómo las olas me pasaban por encima de las rodillas.

Duke se deslizó a mi lado, sosteniendo la tabla en el agua hasta la cintura. Las gotas se pegaban a su espeso cabello oscuro y goteaban sobre sus hombros esculpidos. Las gotas recorrieron su pecho y su espalda, y luché contra el impulso de arrastrar la lengua por esa línea solo para ver a qué sabía el agua fresca del lago en su piel. Me convencí a mí misma de que el beso detrás del Sugar Bowl fue una especie de sueño febril. Deseaba desesperadamente que volviera a hacerlo, pero hasta ahora se mantuvo a una distancia irritantemente respetuosa.

Señalé un pequeño macizo arenoso a lo lejos.

—¿Qué es ese sitio de ahí?

Duke siguió mi mirada, pero yo no podía dejar de pensar en la proximidad de su bíceps a mi pierna. Ensanché con cuidado la rodilla y lo toqué en la parte exterior de su brazo. Cuando no se apartó de mi contacto, me relajé al sentir el calor de su piel sobre la mía.

—¿Quieres ir a ver?

Asentí con la cabeza mientras la emoción bailaba en mi interior.

—Hagámoslo.

—Muy bien, quédate quieta.

Me agarré al borde de la tabla con una mano para mantener el equilibrio y vi cómo Duke se subía a la tabla sin esfuerzo. Ensanchó la postura, mostrando los músculos de sus piernas, y me tendió una mano. Apoyé suavemente mi mano en la suya y solté un gritito cuando me levantó para ponerme de pie. Mi mano libre se aferró a su cintura. Me quedé viendo las líneas de sus abdominales, y a esa pequeña V que, al parecer, volvía estúpidas a todas las mujeres, incluida yo.

Duke carraspeó y, cuando mis ojos se posaron en los suyos, una sonrisa sexy se dibujó en la comisura de sus labios. Tomó la pala que tenía en la otra mano y lo solté.

Duke se centró y me vio por encima del hombro.

—Trata de mantenerte firme y nos llevaré hasta ahí.

Apoyé las manos en sus caderas.

—¿Esto está bien? —susurré.

Él gruñó en respuesta.

—Sí. Está bien, Sylvie.

El calor se acumuló entre mis piernas mientras me acerqué y apoyé la frente en su espalda. Odiaba que nuestros chalecos salvavidas me impidieran captar su calor. Estaba jugando con fuego, pero el aislamiento de la playa y la libertad del lago hacían que no me importara.

Los músculos de Duke ondulaban mientras nos conducía por el agua hacia la pequeña isla. A pesar de ver la playa a lo lejos, parecía que estábamos a kilómetros de la civilización, a kilómetros de una vida que nos decía que estar aquí juntos era un error.

Debajo de nosotros, las aguas cristalinas del lago Michigan revelaban formaciones rocosas bajo la superficie, mientras los peces nadaban a nuestro alrededor y se dispersaban cuando él nos movía por el agua.

Cuando nos acercamos lo suficiente, volvió a girar la cabeza hacia mí.

—Okey, baja. Podemos caminar desde aquí.

Salté suavemente de la tabla, me dejé hundir bajo la superficie antes de que el chaleco me hiciera salir y me limpié el agua de los ojos. Duke siguió observándome. El calor subió a mis mejillas y bajé las pestañas. Lo seguí y, cuando llegamos a la playa, era más suave y arenosa que la costa principal. Larga hierba lacustre salpicaba la zona y conducía a pequeñas agrupaciones de árboles alrededor de la isla.

Disfruté de su aislamiento.

—¿Crees que hay alguien más aquí?

Se encogió de hombros.

—Lo dudo. La única forma de llegar es en barco o en tabla, y no vi a nadie más por aquí.

Era un oasis isleño para nosotros solos. La emoción me recorrió mientras caminaba con Duke hacia la playa. Una vez ahí, Duke dejó caer la tabla y el remo, junto con su chaleco y su mochila, cerca del borde de la arboleda. Me desabroché el chaleco salvavidas y me lo quité del cuerpo, dejando que la fresca brisa me helara la piel.

—¿Tienes frío? —Por un breve instante, los ojos de Duke bajaron hacia mis pezones duros, y no tuve la audacia de decirle que estaba ardiendo, y que era estar tan cerca de él lo que los había convertido en guijarros necesitados.

Negué con la cabeza y él apartó la mirada. Mientras caminábamos, explorando la pequeña isla, no pude evitar acercarme más a Duke. Su beso me demostró que sentía algo por mí -sin duda había algo más que una amistad casual entre nosotros-, pero la indecisión y los nervios mantuvieron mis manos a los lados.

Finalmente, la palma ancha y áspera de Duke recorrió el interior de mi brazo desde el codo hasta la muñeca antes de estrechar mi mano entre las suyas y apretar suavemente.

Se elevó sobre mí y vio nuestras manos unidas.

—¿Esto está bien?

Tragué con fuerza mientras *gritaba* internamente.

—Sí, está bien.

Le sonreí. No tenía ni idea de lo bien que estaba.

Juntos caminamos de la mano, explorando la pequeña y apartada isla. Con Duke no había silencios incómodos, simplemente tramos tranquilos en los que dejaba vagar mi mente e imaginaba *qué hubiera pasado si...*

Me incliné hacia él y me agarró la mano con más fuerza. Con él me sentía viva. Libre.

Me sentía como *yo*.

Poniendo un poco de distancia entre nosotros mientras caminábamos por la playa, levanté un poco de agua, salpicándolo. Su ceño fruncido me hizo soltar una carcajada, y su mandíbula se tensó antes de gruñir.

Me reí, le solté la mano y eché a correr. No había dado ni cinco pasos cuando su brazo me rodeó la cintura y me elevó en el aire.

Solté una carcajada desenfrenada. Duke me echó por encima del hombro, provocándome un ataque de risa. Pataleó y chapoteó en el agua, empapándonos a los dos. Su risa juguetona se mezcló con la mía y no recordaba un sonido más dulce.

Me deslicé por su torso mientras él colocaba mis pies en el agua. Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, eran oscuros e intensos.

—¿Estás saliendo con Charles Attwater?

Mis mejillas se sonrojaron. Me tomó de la mano mientras negaba con la cabeza.

—Después del remix de la cita de la subasta, enseguida nos dimos cuenta de que no había magia. No había chispa, así que nos separamos como amigos...

Antes de que pudiera terminar, las manos de Duke estaban en mi cara y su boca en la mía. Se me escapó un chillido suave y sorprendido, que él aprovechó para profundizar el beso. Me fundí con él, apretando el pecho contra él mientras me levantaba el cuerpo. Me rodeó la cintura con una mano y me apretó contra su pecho.

No era un sueño. Duke Sullivan me está besando.

El beso iba en contra de todo lo que me enseñaron a hacer, y no me importaba. Todos y todo se disolvió a mi alrededor en burbujas efervescentes.

El gruñido gutural de Duke me hizo saltar chispas de electricidad, encendiendo mi necesidad y me puse resbaladiza cuando su boca se movió sobre la mía. Su beso era cálido, profundo y *mío*, mientras su lengua se movía contra la mía. Mis manos recorrieron los duros planos de su cuerpo. El tiempo y el trabajo físico habían endurecido cada parte de él, y mis manos exploraron sus músculos.

Mis pezones rozaban su duro pecho mientras el calor me invadía. Las olas bañaban nuestras piernas. En mi cadera, Duke estaba duro como una roca.

Y enorme.

Una nueva oleada de necesidad me recorrió mientras imaginaba todo lo que quería que me hiciera con ese monstruo de polla.

Con las manos en los costados de mi cuello, detuvo el beso y me vio fijamente.

—Sé que esto es inesperado. ¿Quieres que pare?

Sacudí la cabeza, sin aliento.

—Diablos, no.

Era todo el permiso que Duke necesitaba. Dobló las rodillas, me rodeó los muslos con las manos y me empujó contra él. Mis piernas se

colocaron a horcajadas sobre su cintura y sus manos se movieron sobre mi trasero, apretándome contra él. Incliné las caderas, apretando mi clítoris contra cualquier parte que pudiera.

Las poderosas piernas de Duke nos sacaron del agua y me bajó a la arena al borde de la arboleda, donde se encontraba la suave playa. Me acostó en la tabla de paddle junto a nuestra mochila y chalecos desechados. Cuando me vio, sus ojos revelaron una cosa.

Posesión.

Y yo quería ser poseída por él, poseída de la mejor manera posible. Volvió a tomar mi boca mientras sus manos patinaban sobre mis pechos. Cuando rompió el beso, yo era un desastre jadeante y necesitado.

—Saca esas tetas y déjame verlas.

Nunca había imaginado a Duke siendo tan atrevido y sucio conmigo. Me encantaba.

Envalentonada, me eché hacia atrás, separando lentamente la parte superior del bikini y mostrándole mis pechos.

Me encantó la llamarada de calor en sus ojos cuando por fin los vio. Su cuerpo cubrió el mío, empujándome contra la tabla. Su gruesa polla me apretó y yo lo rodeé con las piernas, clavándole los talones y pidiéndole más. Su mano se enredó en mi cabello mientras profundizaba el beso.

Me pellizcó un pezón y presionó sus caderas contra mí. Deslicé mis manos por su espalda, patinando sobre sus músculos y tendones. Era ancho y poderoso. El suave vello de su pecho me acarició la piel sensible y quise sentirlo entero, explorar su cuerpo mientras lo besaba, lamía y chupaba.

—Duke —jadeé.

Rompió el beso para verme fijamente.

—Por favor —le supliqué, y mis manos se movieron hacia la banda de su traje de baño. En sus ojos brillaba el hambre. Sacudí la cabeza—. Sé que es una imprudencia, pero te deseo. Te necesito. —Moví la palma de

la mano a través del traje de baño y él reprimió un gemido—. En este momento.

En su rostro, el deseo y la necesidad se enfrentaban a las consecuencias de mis ruegos.

—Solo esta vez —añadí antes de que pudiera rebatirme—. Y no se lo diremos a nadie.

Sus ojos oscuros me vieron fijamente mientras se sentaba sobre sus talones y me miraba, extendida y suplicante por él.

—Cuando acabe contigo, tendrás suerte si no te oyeron gritar mi nombre.

Volvió a besarme de forma oscura y posesiva. Duke se apartó de mí e inmediatamente me quité el bikini y la braga azul del bikini. Duke se movió rápidamente para quitarse el traje de baño y, cuando vi su polla a la perfección, se me apretó el estómago.

Era larga, gruesa y venosa. Quería sentir mi lengua recorrer su longitud, pero metió la mano en su mochila y sacó un condón. El hecho de que hubiera traído un condón, de que lo deseara tanto como yo, me excitó aún más.

Observé con asombro cómo sus hábiles manos desenrollaban rápidamente el rollo a lo largo de su cuerpo.

—Abre las piernas, muéstrame dónde quieres esta polla.

Apoyándome en los codos, ignoré el mordisco de la arena mientras dejaba caer las rodillas y Duke aspiró mientras me miraba el coño. De rodillas, se acercó a mí. Arrastré las yemas de los dedos por su pecho y vi cómo sus abdominales se tensaban al contacto.

—Quiero tomarme mi tiempo contigo. Tocarte y saborearte, saborear cada gota.

Sacudí la cabeza.

—No quiero que vayas despacio. Te necesito. En este momento.

Su mandíbula se tensó.

—Si lo necesitas duro y sucio, puedo dártelo. Te juro que puedo darte todo lo que necesites.

Mi cabeza se inclinó hacia atrás mientras Duke arrastraba la cabeza de su polla por mi coño. Estaba adolorida y mojada. Rodeó mi clítoris con la punta y mis caderas se inclinaron hacia arriba, suplicando que me llenara.

No quería corazones ni flores ni promesas. Lo quería *a él*.

Su mano recorrió mi pecho, se deslizó por mi vientre y se detuvo entre mis piernas.

Me apretó el clítoris con el pulgar mientras se acariciaba la polla con la otra mano.

—Llevo semanas soñando con tu apretado y húmedo coño. Cada noche me corro con mi polla entre mis manos y tu nombre en mis labios.

La imagen de Duke tocándose mientras pensaba en mí era demasiado. Me arqueé hacia él, inclinando las caderas y guiando su polla hacia mi entrada.

—Fóllame. Por favor —le supliqué.

Me apretó la cadera con una mano mientras bajaba su polla. Lentamente, presionó hacia delante, abriendo mi coño hasta que la cabeza estuvo justo dentro. Era gruesa y larga, y siseé al ver cómo me abría.

Sin esperar a que me adaptara, me dio más.

Echó la cabeza hacia atrás y me quedé viendo la musculosa columna de su cuello mientras me llenaba. Emitió un gemido gutural.

—*Mierda.*

Mi coño se apretó a su alrededor mientras él movía las caderas y yo me deleitaba con el arrastre y el tirón de su polla deslizándose a través de mí. Gemí mientras Duke me follaba en la playa, ocultos únicamente por los imponentes árboles que nos dominaban.

Cubrió mi cuerpo con el suyo, inclinándose hacia adelante para besarme. Su calor, su olor, me tenían en vilo. Cuando me pellizcó el pezón, el placer rozó el dolor y grité.

—¡Sí! Más.

Hincó sus caderas en mí, mis manos se movían sobre su pecho mientras sus músculos ondulaban con cada empuje. Hacía tanto tiempo que no estaba con nadie y *nunca* fue así. El deseo y la necesidad se entrelazaban, y solo podía pensar en *más. Más. MÁS.*

Necesitaba más de él. De nosotros. *De esto.*

El placer me recorrió la espalda y supe que estaba cerca.

—Mierda. Duke. Sí. —Mis palabras eran casi incoherentes, y recé para que supiera lo que quería decir.

Él me vio fijamente, el intenso surco de su ceño no hizo otra cosa que excitarme aún más mientras me penetraba con fuerza. Me agarró el muslo y lo jaló contra su cadera. Bastó un ángulo más profundo para que mi coño se aferrara a él y el orgasmo me desgarrara. Apreté y solté mientras él seguía metiéndome y sacándome la polla con embestidas largas y profundas.

En su garganta se formó un gruñido, y luego sus caderas se sacudieron hacia adelante y se aquietaron. La base de su polla me acarició el clítoris mientras palpitaba en mi interior. Gemimos al unísono y él se estremeció.

Cubriendo mi cuerpo, se desplomó sobre mí, apoyando su peso en los codos y mirándome. Con la polla aún dentro de mí, nos miramos fijamente. A escasos centímetros el uno del otro, lo vi a los ojos. Sin decir palabra, su boca se posó suave y dulce en la mía. Movió sus brazos, los metió debajo de mí y me abrazó contra su ancho pecho.

Su cuerpo pesaba de la mejor manera.

Duke levantó la cabeza, y la expresión feroz que llevaba antes se había transformado en algo diferente. Más suave.

¿Satisfacción, tal vez?

Pasó su nariz por la mía con una ternura que nunca había experimentado. Volvió a besarme antes de separarse lentamente de mí. Inmediatamente extrañé su calor y su peso. Su mano recorrió mi cuerpo como si memorizara cada curva. Suspiré y cerré los ojos, observando cómo la luz del sol bailaba detrás de mis párpados mientras los árboles se mecían en lo alto. Me deleité con su calor mientras me calentaba la piel, deseando poder detener este momento y conservarlo para siempre.

Cuando abrí los ojos, Duke me miraba fijamente, pero la mirada de satisfacción que había tenido momentos antes fue sustituida por algo... más triste.

—Vamos a limpiarte.

Asentí con la cabeza y me incorporé. Había arena *por todas partes*. Recogí mi bikini, sacudiéndolo mientras Duke se ocupaba del condón. Se puso el traje de baño y caminó hacia el agua, dándome la oportunidad de vestirme en privado.

Una sensación de hundimiento me oprimió el vientre y me dolía el pecho. La idea de tener que volver a hablar con él solo en secreto era insoportable. Lo observé mientras miraba las aguas del lago Michigan y me pregunté si estaría sufriendo la misma crisis interior o si tal vez se trataba de algo totalmente distinto para él. Quizá no le había cambiado tanto la vida como a mí.

Después de volver a vestirme, me puse a su lado, viendo hacia el lago mientras el sol de la tarde se cernía pesadamente en la distancia. El inmenso vacío del agua reflejaba mi interior.

La mano de Duke encontró brevemente el centro de mi espalda, pero la soltó con la misma rapidez.

—Deberíamos llevarte de vuelta.

Asentí con la cabeza. Se me hizo un nudo en la garganta y, aunque deseaba desesperadamente suplicarle respuestas, averiguar qué debíamos hacer a continuación, dejé que el silencio se extendiera entre nosotros.

Solo esta vez, y no se lo diremos a nadie.

Estúpida.

Estúpida.

Estúpida.

¿Por qué dije eso?

Deseaba poder retirar las palabras, pero también sabía, en el fondo, que no podíamos decírselo a nadie. Nadie lo entendería, pero también me dolió un poco que Duke no hubiera estado en desacuerdo conmigo.

En mi mente se reproducían mil escenarios, y ninguno de ellos terminaba sin que uno de los dos se rompiera.

Después de recoger la tabla y la mochila, el viaje de vuelta a la playa principal fue tranquilo. Me puse detrás de él mientras remaba y me apoyé en él, cerrando los ojos y deseando que las cosas fueran diferentes.

Mi único consuelo era su cálida mano cubriendo la mía. Cerré los ojos con fuerza.

¿Qué hice?

12

Duke

Solo esta vez, y no se lo diremos a nadie.

Las palabras de Sylvie, susurradas en la playa justo antes de que pusiera mi mundo de cabeza, se repetían sin cesar.

Cuando las dijo, me quedé de piedra. Enojado.

Fui un maldito idiota.

Debería haberle dicho que eso no funcionaría conmigo, pero en lugar de eso me entró el pánico. Sabía en mis entrañas que aceptaría a Sylvie de cualquier forma que me permitiera, incluso si eso significaba mensajes secretos y conversaciones susurradas.

Pero no tenía por qué gustarme.

Puede que mi silencio me hiciera cómplice, pero no me iba a rendir. Ni con ella ni con *nosotros*, fuera lo que fuera.

Después de nuestra cita secreta en la playa, Sylvie consumía mis pensamientos más que nunca.

El otoño se agitaba en el aire de agosto. La recolección de bayas se había ralentizado y los trabajadores se dedicaban a escardar entre las hileras y a prepararse para el inevitable descenso de las temperaturas. El caos en la granja no era nada comparado con la espesa marejada de emociones que residía en mi pecho.

Tiene que haber una manera.

Russell King era un hombre de negocios despiadado y un hijo de puta, pero seguía siendo el papá de Sylvie. No había forma de evitarlo.

Además, sus entusiastas hermanos eran un problema aparte. No derramaría lágrimas si dejaran de existir, pero sabía que volver al patrón de suspirar por Sylvie desde la distancia no funcionaría.

Simplemente no podía hacerlo.

—¿Puedo ayudarte a encontrar algo? —Bug King me vio mientras deambulaba sin rumbo por las estanterías de la biblioteca pública de Outtatowner. Tenía los labios fruncidos y los brazos cruzados, como si le causara dolor físico tener que ayudar a un Sullivan.

—Estoy buscando... —La ceja de Bug se levantó y mi mano cayó—. ¿Sabes qué? No. No necesito ayuda.

Giró sobre sus talones y se alejó de mí. Seguía sin fiarme de ella ni de ninguno de los King, salvo de Sylvie. Había una razón detrás de la enemistad entre los Sullivan y los King y por qué había persistido durante tanto tiempo.

Cuando Kate descubrió el bar clandestino escondido en el sótano de la granja de Tootie, alguien estaba merodeando por la propiedad, y seguro que no éramos nosotros. Si a eso le añadimos las huellas de neumáticos que encontré cerca del prado oeste *y* las pesquisas sobre los derechos minerales de las tierras de los Sullivan, todo era demasiado.

Quería respuestas.

Annie estudió minuciosamente viejos artículos de prensa y registros públicos para ayudarnos. En su búsqueda, descubrió que los King y los Sullivan fueron aliados, amigos y vecinos. Algo se torció y yo estaba dispuesto a apostar a que un King estaba detrás.

Cuando me encontré con una bibliotecaria más joven, carraspeé para llamar su atención. Ella me vio, subiéndose los lentes por la nariz.

—¿Podrías indicarme dónde están los archivos del pueblo?

Dejó caer un bolígrafo sobre su escritorio y me hizo un gesto para que la siguiera.

—Por aquí.

El olor a humedad de los libros viejos llenó mis fosas nasales, y doblamos una esquina hacia una escalera que conducía al sótano.

—Casi todo se guarda digitalmente, eso facilita las búsquedas. —Vio hacia atrás—. ¿Qué estás buscando?

Me encogí de hombros.

—No estoy muy seguro.

Suspiró.

—Bueno, eso lo hará más difícil, pero las cosas están ordenadas por tipo de publicación periódica y por fecha. —Señaló dos ordenadores en el centro del espacio y extendió el brazo hacia las estanterías de la pared del fondo—. Todo lo que aún no se haya convertido a formato digital estará en esas estanterías. No se puede sacar nada de aquí, pero se pueden imprimir o fotocopiar. Diez céntimos por hoja.

Asentí y le di las gracias a la mujer antes de que desapareciera escaleras arriba. El aire estaba viciado y la habitación desprendía serias vibraciones asesinas. Consulté mi teléfono.

Sin servicio. Genial.

Gracias a la investigación de Annie, sabía que los Sullivan y los King fueron muy unidos, lo que coincidía con una foto que Kate encontró en el bar clandestino de tres personas: Philo Sullivan, Helen Sinclair y James King. También podría explicar por qué había ahí una botella de licor de contrabando con la etiqueta King Liquor.

Tras indagar un poco más, Annie descubrió que las tres familias -probablemente los abuelos del trío, si mis cálculos no me fallaban-, compraron intencionadamente parcelas de tierra adyacentes a través de la Homestead Act de 1862. Parecía que sus familias compartían una estrecha amistad. Años más tarde, Philo y Helen se casaron. Después de eso, la cronología se volvió confusa.

Algo que destrozó a las familias.

Era una posibilidad remota, pero tal vez si entendía lo que había pasado, podría encontrar un camino hacia la paz entre nuestras familias.

y hacer que funcionara lo que fuera que se estaba gestando entre Sylvie y yo.

Empecé por las estanterías, pero a pesar de las afirmaciones de la bibliotecaria de que estaba organizado, todo lo que encontré fue un puto desastre. Las carpetas estaban dispuestas en filas desordenadas sin orden aparente. En ellas había actas de nacimiento, escrituras de propiedad y recortes de periódico. Las páginas se caían, algunas estaban pegadas, y una sensación de agobio se apoderó de mí.

Esperaba que algo, *cualquier* cosa, me diera algo para continuar, pero no había nada.

Frustrado y cansado, me senté en la vieja silla de oficina frente a uno de los ordenadores. Golpeé el teclado un par de veces y empezó a cobrar vida. Los zumbidos y ruidos eléctricos procedentes del interior del viejo ordenador no eran alentadores, pero al final volvió a la vida.

Pasé unos minutos introduciendo los nombres de la fotografía en el ordenador, con mayor o menor éxito. En la mayoría de los casos se trataba de información que Annie ya había descubierto o de un montón de nada.

Mis ojos se fijaron en un nombre que no reconocí. El documento era una esquela en la que figuraba Helen Sinclair como hermana superviviente de un hombre llamado Thomas "Slick" Sinclair. Imprimí la esquela antes de volver a casa.

Pensaba compartir la información con mi familia más tarde y ver si recordaban haber visto el nombre. Por alguna razón se me quedó grabado, y no podía quitarme la sensación de que ahí había algo más.

Tenía los hombros tensos cuando salí a la luz del sol de la tarde. Cerré los ojos y me troné el cuello, con la esperanza de aliviar la tensión que se me acumulaba entre mis omóplatos. Era algo más que el estrecho sótano lo que provocaba el dolor.

Eché un vistazo a la calle principal antes de sacar mi teléfono.

Yo: *Dato Gatuno #217: Aoshima es una isla japonesa donde los gatos superan en número a los humanos en una proporción de seis a uno.*

Necesitaba hablar con ella, oír su voz y saber que las cosas entre nosotros iban a estar bien. Odiaba el hecho de que me consumiera tanto. La gente buscaba respuestas en mí. Yo era el hombre que podía solucionar problemas y obtener resultados, pero con ella, estaba indefenso.

Daryl Hall: *Lo siento.*

Me rechinan las muelas.

Yo: *No hay problema.*

Daryl Hall: *¿Puedo llamarte esta noche?*

Yo: *Cuando estés libre.*

Pasé las horas siguientes intentando por todos los medios dejar de pensar en Sylvie King. Era jodidamente inútil. Cuando sonó el teléfono, intenté contestar a tientas.

—¿Hola? —Tosí, intentando disimular la tirantez que se apoderaba de mi voz.

—Hola. —Sylvie estaba en silencio, su saludo apenas por encima de un silencio susurrado.

—¿Todo bien?

—Sí, es que es difícil tener algo de intimidad por aquí.

Gruñí como respuesta. A pesar de ser adultos, nos movíamos a hurtadillas como un par de adolescentes.

Sabía que la realidad era que la aceptaría en cualquier versión de esta vida en la que pudiera tenerla. Estaba inusualmente callada, y la pesadez del día anterior flotaba entre nosotros.

Ella sabía lo que quería, lo dejó muy claro cuando se aseguró de reiterar que el sexo entre nosotros era cosa de una sola vez.

—Lo de ayer fue... —Un suspiro llegó a través del teléfono.

—Sí. —No estaba muy seguro de cómo terminar esa declaración.

Increíble.

Confuso.

Altera la vida.

Complicado.

Me llevé los dedos a los ojos para aliviar la presión.

—Estaba un poco desanimado por no saber de ti esta mañana.

Su suave risa fue como un bálsamo para mi alma.

—Bueno, yo tampoco tuve noticias tuyas.

Sonreí ante su descaro. No se equivocaba.

—Me quedé viendo el celular un rato, pero al final decidí darte espacio. Cada vez que mi teléfono sonaba, esperaba que fueras tú.

Sylvie volvió a reír.

—Dios, somos tan tontos, ¿no?

Hice una mueca pero reprimí otra carcajada.

—Sí, supongo que tienes razón en eso.

—Me gustas, Duke. —La suavidad de su voz al pronunciar mi nombre -la forma en que sonaba casi temerosa de admitir esas palabras en voz alta-, me dio de lleno en el pecho.

—Tú también me gustas, mucho más de lo que debería. —Exhalé y me pasé una mano por el cabello mientras me inclinaba hacia adelante en mi asiento, apoyando los codos en las rodillas. A mi lado, Ed estaba acurrucado y dormido. Duck estaba acurrucado a su lado con su pequeño pico apoyado en la pata delantera de Ed.

Me reí para mis adentros ante la escena.

—Debería haberte llamado esta mañana. Eso es cosa mía. No quiero que te cuestiones nunca lo que siento por ti.

—Me gusta compartir mi día contigo. Me gusta echar un vistazo a lo que el 'viejo y malo Duke Sullivan' hace en su tiempo libre.

—No soy tan malo.

Sylvie volvió a reír y el sonido me ayudó a relajarme un poco. Podía llamarme malo todo lo que quisiera si eso significaba que seguiría riéndose.

Por la timidez de su voz, me di cuenta de que estaba nerviosa. Vulnerable.

—Solo no quiero perder esto, ya sabes.

—No iré a ninguna parte —la tranquilicé. Nunca había dicho palabras más ciertas. Sin duda, cualquier relación que empezara con pies de plomo nunca sería un buen comienzo. Nuestras familias se odiaban y todo el pueblo apoyaba una enemistad creada para mantenernos separados, pero lo cierto era que aceptaría a Sylvie de cualquier forma que ella quisiera. Tal vez los mensajes secretos y las conversaciones telefónicas susurradas eran suficientes para ella. Si eso significaba que podía oír su risa y enterarme de los detalles mundanos de su día, que así fuera.

Yo aprendería a que eso fuera suficiente.

Tendría que ser así, no quería que ella sintiera tristeza, especialmente en lo que a mí respecta.

Vi a Duck y a Ed y cambié de tema.

—Resulta que Ed Tres Patas adoptó al patito. Parece que se quedará por aquí.

Sylvie chasqueó la lengua y arrulló al teléfono.

—Es lo más dulce que he oído nunca. Sabía que eras un gran blandengue.

Me reí entre dientes y negué con la cabeza.

—No soy un blandengue. Todo esto es obra de Ed.

Sylvie se rio.

—Si tú lo dices. —Algo sonó detrás de ella y susurró al teléfono—: Mierda, tengo que irme.

Quería preguntarle qué le pasaba y asegurarme de que estaba bien, pero no tuve ocasión.

—Hablaremos mañana. Buenas noches, Duke.

La llamada se cortó antes de que pudiera desearle buenas noches. Dejé el teléfono sobre el cojín de la silla que tenía al lado y vi hacia Sullivan Farms. Sabía que no debía involucrarme con una King, pero ninguna parte de mí sentía que todo lo relacionado con Sylvie fuera un error.

No tenía ni idea de cómo íbamos a resolver esto, pero no importaba. Se acercaba el día en que reclamaría a Sylvie como mía, si ella me aceptaba. Toda mi vida dejé de lado mis deseos y necesidades para ocuparme de los demás.

Si podía sobrevivir a una vida así, sobreviviría a esto. Si ella no me quería, aprendería a tapar el enorme agujero del tamaño de Sylvie que tenía en el pecho por el bien de su felicidad.

13

Sylvie

—Oye, ¿tienes un tampón? —susurró Rebecca por encima de mi hombro durante una pausa de clientes en el Sugar Bowl—. Acabo de recibir una encantadora visita sorpresa y no hay nada en el baño de empleados.

Sacudí la cabeza.

—Debería haber algo ahí. Siempre repongo cuando me llega el mío.... —Mi cerebro se detuvo. Acababa de reponer el baño para las empleadas. *¿No?* Parecía que mi menstruación era la única que había por aquí como un reloj, y era más fácil mantenerlo abastecido que tener que cubrir las mesas de las meseras cuando tenían que correr a la tienda a mitad de turno.

—Está vacío, acabo de revisar. ¿Puedes cubrirme mientras cruzo la calle hasta la tienda?

—Por supuesto. —Mi voz era hueca mientras intentaba recordar cuándo tuve *mi periodo* por última vez. Pensé y pensé pero me quedé en blanco.

Qué. Demonios.

Después de apresurar al siguiente cliente y recibir una merecida mirada sucia, me excusé para ir a la cocina trasera. Huck estaba preparando sus famosas mini tartaletas de hojaldre para el próximo festival anual de Outtatowner.

Me apresuré a llegar a la esquina y saqué mi teléfono para ver la aplicación del calendario y contar, luego volví a contar, y volví a contar.

No, no, no, no.

Cuando mi cerebro no pudo concentrarse en la sencilla tarea de contar fechas, me acerqué al calendario de cocina que Huck colgó en la pared. Avancé y retrocedí. Seguía encontrándome con el mismo calendario desgarrador.

—¿Estás bien? —preguntó Huck detrás de mí mientras agitaba un pequeño soplete de butano sobre la parte superior de las tartas para tostarlas ligeramente.

Mi voz no funcionaba. Asentí con la cabeza y volví a pasar las páginas. No había manera. *De ninguna maldita manera*.

Quería gritar. Correr. Quería fundirme en un charco o esconderme detrás de una roca y no salir jamás.

Mi jefe se acercó a mí mientras yo miraba el calendario.

—Si no te encuentras bien, podemos cubrirte.

Tragué saliva.

—No. Estoy bien. Rebecca salió pero volverá. Estoy bien.

No estaba nada *bien*.

Apresuradamente, le escribí un mensaje a MJ, rogándole que nos viéramos en casa cuando terminara su turno de enfermería.

MJ: *¡Voy a Fireside esta noche! ¿No vienes?*

Palidecí. Todo el mundo en el pueblo esperaba con impaciencia la bienvenida anual del otoño en Outtatowner. Los turistas disfrutaban de carpas con aperitivos, artesanos y comida, además de degustaciones de cerveza y vino. A medida que avanzaba la tarde, la playa se llenaba de fogatas y música.

Era una de mis noches favoritas del año.

Yo: *Lo siento, lo olvidé. Sí, ahí estaré.*

MJ: *¿Lo olvidaste? ¿Estás bien?*

Ignoré su mensaje y me metí el teléfono en el bolsillo. Tenía que estar exagerando. Había mil razones por las que mi periodo podía retrasarse.

Pasé el resto de mi turno en el Sugar Bowl como un robot con los ojos muertos. Mi cabeza nadaba con posibilidades, e hice todo lo que pude para mantener la calma. Necesitaba estar segura. Necesitaba hechos. Necesitaba una señal clara de que estaba exagerando y de que, definitivamente, *no* estaba embarazada de Duke Sullivan.

Había pasado un mes desde nuestra cita secreta en la isla. Acordamos mantener oculta nuestra amistad y no volvimos a vernos en secreto desde aquel día en la playa.

Observé la calzada antes de cruzar y correr hacia la tienda. La calle a mi alrededor ya bullía de energía. Las tiendas aprovechaban el Festival de la Franela para ofrecer descuentos, colgar pancartas de cuadros escoceses y colocar pequeñas mesas en las aceras para atraer a los transeúntes. Por todo el pueblo había carteles de pizarra que indicaban a la gente que se dirigiera al paseo marítimo, y a lo lejos podía ver tiendas de campaña y alboroto a medida que el festival se ponía en marcha.

El dueño del almacén, un primo lejano de los King, me saludó mientras recorría los pasillos de la tienda. Los clientes ya estaban vestidos de franela para el festival. Sus sonrisas alegres y despreocupadas contrastaban con la sensación de hundimiento que sentía en el estómago.

Siempre tenía cuidado. *Nunca* tenía relaciones sexuales sin protección.

¡Jodidamente usamos condón!

Estaba oficialmente en espiral.

Doblé la esquina hacia el pasillo de cuidado femenino, pero me quedé corta cuando casi choco contra la dura pared de hombre. Las duras

facciones de mi hermano Royal se desdoblaron en una sonrisa tonta cuando se dio cuenta de que era yo.

—Jesús, Syl. ¿Dónde está el fuego?

Vi a mi hermano a los ojos.

Dios, ¿qué diría si supiera que pensaba que estaba embarazada de un Sullivan? ¿Intentaría *siquiera entenderlo?*

De todos mis hermanos, Royal era el más blando. Su exterior duro y tatuado se oponía al alma sensible que se esforzaba por mantener oculta. También era el hermano al que le encantaba molestar a los Sullivan. Era una de las principales razones por las que las bromas y la rivalidad habían continuado durante tanto tiempo. Le encantaba vengarse cada vez que podía.

—Hola, ¿qué haces? —Intenté sonar despreocupada y tranquila, pero fracasé estrepitosamente.

Los ojos de Royal se entrecerraron hacia mí.

—¿Qué estás haciendo *tú*?

Cubriéndome el trasero, lo rodeé y tomé la primera caja de tampones que tocó mi mano.

—Los necesitaba. ¿Por qué? ¿Quieres comprármelos?

Sin inmutarse, Royal se rio entre dientes.

—¿Por qué iba a molestarme comprar tampones? Te los compro desde que éramos adolescentes.

Maldita sea. Mi estúpido hermano progresista y sus estúpidas ideas progresistas sobre la igualdad de género.

—¿Por qué estás en este pasillo?

En su rostro se dibujó una mueca de diversión mientras sostenía la cajita de condones con una sonrisa burlona.

Puse los ojos en blanco.

—Qué asco. —Lo espanté con los dedos mientras los nervios zumbaban en mi interior—. Lárgate. Tengo otras cosas que buscar y no es asunto tuyo.

Se rio de nuevo y negó con la cabeza.

—¿Te veré esta noche? MJ dijo que irías al festival.

Asentí y tragué saliva. No tenía ni idea de lo mucho o poco que iba a cambiar mi vida en los próximos diez o quince minutos.

Royal sonrió, y el afecto por mi hermano mayor se apoderó de mí.

—Te invitaré una cerveza cuando llegues. Nos vemos esta noche.

Mi hermano se dio la vuelta y se dirigió a la caja registradora. Todavía con la caja de tampones en la mano, vi el surtido de pruebas de embarazo. Nunca había necesitado usar una, así que no tenía ni idea de qué comprar. En mi indecisión, la señora Tiny entró en el mismo pasillo. Me dio un escalofrío y me puse a buscar en otra sección.

Definitivamente debería haber ido a la farmacia de las afueras, donde todo el mundo se ocupaba de sus putos asuntos. Cuando pensé que no miraba, tomé la primera caja de pruebas de embarazo que pude y la puse detrás de la caja de tampones. Al pasar junto a la señora Tiny, la saludé con la cabeza y me apresuré hacia la caja registradora.

La tienda estaba abarrotada, pero gracias a Dios existía la auto caja. Escondí las cajas en el pliegue del brazo mientras esperaba en la cola. Me golpeé el muslo con la mano mientras reprendía mentalmente a los lentos clientes que tenía delante. Las náuseas me revolvían el estómago.

Dios, ¿eso es un síntoma?

Respiré lenta y pausadamente. Cuando llegó mi turno, examiné rápidamente mis cosas y recé para necesitar los tampones dentro de uno o dos días.

Cuando volví a casa, mi dolor de estómago no había mejorado. Por suerte, MJ seguía trabajando y Bug estaba en la biblioteca. La fría y amplia casa estaba inquietantemente silenciosa.

Mientras subía corriendo las escaleras y me encerraba en el baño, tiré la bolsa y la caja de tampones al lavabo y me senté en el asiento del baño, sujetando la caja con la prueba de embarazo.

La abrí y saqué el folleto. Estaba segura de que era a prueba de idiotas -solo había que orinar en el palito-, pero leí y releí las instrucciones dos veces para asegurarme. Antes de hacer la prueba, me llevé la mano al bajo vientre e inspiré profundamente. Aparte del nudo en el estómago, los primeros síntomas del embarazo que busqué en Google no aparecían. No estaba mareada, mis pechos estaban bien y, salvó el retraso menstrual y la preocupación que me invadía, no había otros signos evidentes de que pudiera estar embarazada. Estaba agotada, pero no *creía* que eso fuera nuevo.

Cerré los ojos e intenté sentir algo. Me vino a la mente la imagen ficticia de mi vientre hinchado, redondo por el embarazo. Vi a Duke sonriéndome mientras me frotaba el vientre hinchado. Me vino a la mente un niño con su sonrisa y mis ojos, cabalgando alegremente sobre sus anchos hombros y un zumbido me recorrió mientras abría los ojos.

Mierda. ¿Quiero estar embarazada?

Exhalé y abrí los ojos.

Era un mundo de fantasía, un mundo en el que la rivalidad King-Sullivan no existía. Un tiempo y un lugar donde me sentía libre para tomar mis propias decisiones sobre mi vida sin los juicios de todos los que me rodeaban. También supuse que Duke querría tener algo que ver con este bebé. En el fondo, sabía que era un buen hombre y esperaba que apoyara cualquier decisión que tomara.

Pero, ¿y si ni siquiera yo sabía qué decisión tomar?

Con los nervios a flor de piel, levanté la tapa del baño y seguí las instrucciones para hacerme la prueba de embarazo. Puse la prueba boca abajo en el lavabo y programé un temporizador en mi teléfono. Mi pie daba golpecitos mientras mi cerebro se inundaba de posibilidades, algunas divertidas, otras aterradoras y otras francamente confusas.

Me sobresalté cuando sonó el temporizador.

one

Tras una rápida inhalación, le di la vuelta a la prueba y se me paró el corazón.

Dos líneas rosas.

Cuando recibí el cuarto mensaje de MJ preguntándome dónde estaba, supe que no podía seguir escondiéndome antes de que enviara un equipo de búsqueda. Sin saber qué más hacer, me peiné, me maquillé y me puse una camisa de franela para protegerme del frío de mediados de septiembre y, después de todo, porque era el Festival de la Franela junto al Fuego. La camisa de franela era prácticamente obligatoria.

Yo: *Voy para allá.*

MJ: *Los chicos están montando la fogata y Abel está trabajando en la carpa de la cerveza. Nos vemos ahí y lo convenceremos para que nos deje beber gratis.*

Yo: *Okey.*

No necesitaba decirle a mi hermana por mensaje de texto que definitivamente no bebería esta noche.

Cuando llegué al pueblo, opté por estacionar en el estacionamiento trasero del Sugar Bowl en lugar de pelearme con el tráfico por un sitio cerca de la playa. La música flotaba por encima del estruendo del festival y de las olas, mientras la multitud se iba llenando de gente que disfrutaba de la noche.

Avancé entre la multitud hasta llegar a la orilla de la playa. A la derecha, había tiendas con aperitivos, artesanos, comida y degustaciones de cerveza y vino que salpicaban el pequeño estacionamiento. Más adelante, un largo muelle se adentraba en el lago Michigan, con un faro al final.

En el largo tramo de playa de arena, salpicados a lo largo de la orilla, había montones de leña, esperando a que cayera la noche. A lo largo de

la playa habría fogatas y música. En algún lugar allá abajo, sabía que mis hermanos estaban ocupados preparando una fogata épica.

Observé continuamente a la multitud en busca de Duke. Era raro que el granjero gruñón saliera, pero normalmente sus hermanos conseguían convencerlo para que asistiera a los actos más importantes del pueblo. La probabilidad de que Duke estuviera en el festival era alta, y no tenía ni idea de lo que haría o diría si lo veía.

En cuanto entré en la carpa de la cerveza, busqué a MJ. Cuando la vi, sonrió ampliamente y agitó el brazo por encima de la multitud. Me abrí paso a través de la fila, ofreciendo disculpas y *excusas* a medida que avanzaba.

Cuando por fin llegué hasta mi hermana, me puso en la mano un vaso de plástico lleno de cerveza fría y dijo por encima del hombro.

—Gracias, Abe. Eres el mejor.

Levantó su vaso en señal de salud, mientras nuestro hermano mayor solo gruñía como respuesta y se daba la vuelta para seguir sirviendo bebidas a los impacientes clientes.

—¿Puedo hablar contigo? —dije por encima del parloteo de la música.

MJ le dio un buen trago a su cerveza.

—Sí —gritó y siguió observando a la multitud.

Sacudí la cabeza.

—Aquí no. Necesito un sitio más tranquilo.

MJ me vio atentamente y luego hizo un gesto con la cabeza hacia un lado de la tienda de cerveza. Cuando iba a salir por detrás de la mesa, Abel la vio con curiosidad.

—Charla de chicas —gritó MJ y agitó una mano en señal de despido mientras desaparecía tras la carpa.

La seguí fuera de la tienda.

Antes de que pudiera girarse, las palabras salieron de mí.

—Creo que estoy embarazada. —Me tapé la boca, horrorizada por haberlo dicho.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Dios. *¿Qué?* ¿Cómo?

La fulminé con la mirada... *en serio*.

MJ negó con la cabeza.

—Quiero decir, sé *cómo*, pero ¿con quién? ¿Estás segura?

—Estoy segura. —Las lágrimas ardían detrás de mis párpados.

MJ frunció el ceño.

—¿Cuándo tuviste tu periodo?

Me encogí de hombros.

—¿El 6 de agosto?

—¿Cuánto tienes de retraso?

Hice una mueca.

—¿Dos semanas... más o menos?

Abrió mucho los ojos. Mi hermana sabía que de entre las dos, yo era la regular.

—Mierda.

Tragué saliva.

—También me hice una prueba. Definitivamente estoy embarazada.

Se dio cuenta de repente y se llevó la mano a la boca.

—Dios... ¿Es de Duke? Por favor, dime que es de Duke.

El calor subió a mis mejillas y asentí, incapaz de pronunciar las palabras en voz alta.

—Mierda, Sylvie.

—Lo sé. —Un patético gemido salió de mí mientras rebotaba sobre mis talones—. *Lo sé.* —Me sudaban las palmas de las manos y el pánico

se estaba apoderando de mí—. Créeme, quedarme embarazada de Duke Sullivan definitivamente *no* estaba en mi cartón de bingo. ¡Mierda!

Su mano firme encontró mi hombro, y tomé aliento.

—¿Él lo sabe?

Rápidamente negué con la cabeza.

—No se lo he dicho a nadie. Solo a ti.

MJ tiró rápidamente su cerveza a una gran papelera y tomó la mía de mi mano antes de tirarla después de la suya.

—Okey. —Ella asintió con decisión—. Okey. Podemos con esto. Podemos hacerlo. —Pude ver sus ruedas girando mientras consideraba mentalmente la bomba que acababa de soltar—. Quiero decir, conozco a Duke. Claro, es un granjero gruñón y solitario, y *es* un Sullivan, lo cual es un gran contratiempo... pero es un tipo decente. Se preocupa mucho por su papá, y creo que hay un buen tipo escondido en alguna parte. —Sus labios formaron una línea decidida—. Todo saldrá bien.

Asentí con la cabeza, dejando que sus palabras me invadieran y me reconfortaran un poco.

MJ exhaló un suspiro mientras sus ojos se abrían de par en par y sus mejillas se inflaban con una dramática exhalación.

—Papá y los chicos van a ser una historia diferente. —Su mirada se clavó en la mía—. ¿Qué demonios vas a hacer?

Las lágrimas ardían en mis ojos.

—No lo sé.

Sus hombros se enderezaron.

—Okey. Todo va a estar bien. Todo está bien.

Mi hermana menor me tomó de la mano y empezó a arrastrarme hacia la parte delantera de la tienda.

—No tenemos que hacer esto ahora. Podemos tener una noche de chicas hasta que decidamos qué vamos a hacer.

Decidamos.

Una pequeña chispa de esperanza brotó en mi interior al pensar que, después de todo, quizá no estuviera tan sola en esto. Tragué saliva y asentí. Ir a casa y hacer una pausa antes de pensar cómo decírselo a Duke podría ser exactamente lo que necesitaba. Me apoyé en MJ y dejé que me guiara entre la multitud hacia la calle principal.

Cuando mis pies tocaron la arena, vi hacia la playa salpicada de fogatas que echaban chispas mientras el sol se ocultaba bajo el horizonte del mar. Mis ojos se posaron en Royal, que estaba terminando de encender una fogata con JP y algunos de sus otros amigos y nuestros primos. Inclinó la barbilla en señal de saludo, pero mis ojos siguieron moviéndose.

Mi mirada se desplazó unas fogatas más abajo y me quedé helada. Silueteados por la puesta del sol, los anchos hombros y la postura tensa de Duke eran inconfundibles. Tenía el ceño fruncido y las manos metidas en los bolsillos.

Me estremecí al ver lo fuerte, poderoso y masculino que era.

En contra de todas mis advertencias internas, en contra de todos mis pensamientos, avancé por puro instinto, soltando el brazo de MJ y dejándola a mi paso. Respiraba agitadamente mientras cruzaba la arena, sin detenerme a reconocer al grupo de los King que me miraba fijamente mientras pasaba junto a ellos.

Llamé la atención de Duke, que se puso rígido durante una fracción de segundo antes de que me abalanzara sobre él. Lo rodeé por en medio con los brazos y rompí a sollozar. Se oyeron jadeos y murmullos entre la multitud, mientras los King y los Sullivan nos veían boquiabiertos.

El cuerpo de Duke estaba duro y rígido mientras un nuevo sollozo salía de mí.

Luego, muy despacio, sacó las manos de los bolsillos, me rodeó con los brazos y me apretó.

—Okey. Está bien.

19

Duke

Así que... esto está pasando.

Sylvie se veía hermosa, y su cabello olía bien. Esos fueron los dos primeros pensamientos que me vinieron a la cabeza, hasta que me di cuenta de que estaba llorando. *Duro*.

Mis brazos la rodearon y la estreché contra mí.

—Okey. Está bien.

Viendo a mi alrededor, vi un mar de caras en diversos estados de conmoción, asombro y enojo. JP y Royal King parecían a punto de reventar sus vasos sanguíneos, y Royal incluso tenía una pequeña pala en la mano de cavar para la fogata.

A mi lado, Wyatt miraba con los ojos muy abiertos mientras Lee murmuraba *amigo.*

Agarré a Sylvie por los hombros y la alejé para verla.

Sus ojos color caramelo estaban enrojecidos y le temblaba el labio.

—Necesito hablar contigo.

Me invadió un sentimiento de protección y apreté los labios en una línea plana antes de asentir. Wyatt se adelantó y lo fulminé con la mirada.

—Ahora no.

Me aparté de la multitud, tomé a Sylvie bajo el brazo y la alejé de las bocas abiertas de los curiosos. En el camino hacia mi camioneta, los

llantos de Sylvie se redujeron a sollozos silenciosos. La ayudé a subir al asiento del copiloto y rodeé el capó.

Una vez adentro, arranqué la camioneta y me detuve.

—Entonces, ¿a dónde?

Sylvie miraba fijamente hacia adelante. Tenía las rodillas juntas y las manos le subían y bajaban por los muslos.

—Solo... lejos. ¿A algún sitio donde podamos hablar?

Los nervios se apoderaron de mí, pero puse la camioneta en marcha.

Tras unos minutos de silencio, me estacioné en la entrada de mi casa. Sylvie vio a su alrededor y abrí la puerta mientras ella empezaba a salir. Por lo que yo sabía, ella nunca había estado en Sullivan Farms. Una parte de mí esperaba que le gustara, aunque la vista era una mierda en la oscuridad.

Ed ladró desde la ventana y Sylvie me siguió hasta el porche. Dejé salir a Ed, que nos olisqueó a los dos antes de salir trotando hacia el granero. Señalé al viejo sabueso.

—Tengo que ir a ver a su hijo.

Ella resopló y yo fruncí el ceño. Subimos en silencio los escalones del porche.

—¿Quieres sentarte aquí afuera, o hace demasiado frío?

Sylvie tragó saliva y se sentó en un gran sillón acolchado. Yo me senté a su lado, apoyé los codos en las rodillas y estudié su rostro.

Todavía no me había mirado.

—¿Qué está pasando, Hall, yo...

—Estoy embarazada.

Estudié su rostro. *¿Embarazada?*

Sylvie negó con la cabeza.

—Lo siento. Yo…

—Estás embarazada. —Estaba probando las palabras, viendo cómo se sentían cuando las decía en voz alta—. Es mío.

En la oscuridad no podía distinguir los tonos ámbar de sus ojos, pero irradiaban tristeza. Miedo.

—Sí —susurró.

Le tomé la mano.

—Okey.

Sus ojos rebotaron entre los míos.

—¿Okey?

Tragué más allá del nudo seco alojado en mi garganta.

—Todo va a estar bien. —No tenía ni puta idea de lo que estaba hablando, pero ella parecía que necesitaba consuelo, y eso era algo que yo podía darle.

Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras su barbilla temblaba. Al darme cuenta de que tal vez Sylvie no quería quedarse con el bebé, me invadió una oscura sensación de hundimiento. En cuestión de segundos, todo mi mundo se vino abajo. Sylvie me vio con incertidumbre y una vulnerabilidad que nunca había visto antes.

Elegí mis palabras con cuidado. No quería asustarla, pero también sabía que sería una conversación que me perseguiría el resto de mi vida si la cagaba.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Suspiró y se limpió la nariz con la manga de su franela.

—¿Unas horas? Surgió algo en el trabajo y me di cuenta de que no recordaba la última vez que tuve el período, lo cual es *muy* inusual en mí.

Asentí con la cabeza. Mi hermana, Kate, era muy reservada con todas esas cosas, pero podía imaginar que una mujer conocería su propio cuerpo.

—Tal vez debería haber esperado para decírtelo. Hasta que fuera al médico para confirmarlo, pero...

—No. —Ella parpadeó mientras yo negaba con la cabeza—. No, me alegro de que me encontraras.

Exhaló una risa acuosa.

—En realidad no te *encontré* tanto como te vi, y tu bebé tomó el volante.

Mi bebé.

Fue entonces cuando me di cuenta de que hice lo peor que podía haber hecho. Dejé embarazada a la hija del rival de mi familia... y ni siquiera lo lamentaba.

Respiré hondo, aterrorizado por las siguientes palabras que tenía que decirle.

—Sé que no tengo derecho a pedírtelo, que es demasiado, y quiero que sepas que respetaré tu decisión, pero... ¿considerarías tenerlo? —Me vio en un silencio atónito mientras yo continuaba—: Si no te interesa ser mamá, puedo respetarlo, pero a mí me gustaría.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Querrías el bebé aunque yo no lo quisiera?

—Claro. —No había ninguna duda. Podría lidiar con las consecuencias, pero pasara lo que pasara, cuidaría de mi hijo, lo querría como mis papás nos habían querido a nosotros.

Observé cómo se movían los delicados músculos de su cuello al tragar saliva.

—Quiero quedarme con el bebé.

Me hundí aliviado.

—Okey.

La espalda de Sylvie se enderezó mientras sus ojos rebotaban en las tablas bajo sus pies.

—No tengo expectativas. Usamos condón, y o se rompió o tienes súper esperma o algo así, pero ocurrió. —Me reí ante su intento de aligerar la intensidad de la conversación.

Asentí con la cabeza, tratando de tranquilizarla.

—Son cosas que pasan, supongo. Podemos manejar esto.

Sylvie bajó la mirada.

—Gracias por no interrogarme. Si quieres una prueba de ADN o algo así, no me enojaría.

Apreté los dientes, molesto porque supusiera que iba a interrogarla. La *conocía*. Llevábamos casi un año haciéndonos amigos y sabía que no me mentiría. Ese bebé era mío. En lugar de eso, le tomé la mano.

—Ya lo resolveremos.

Dejó escapar un suspiro tembloroso antes de secarse los ojos hinchados.

—¿Puedes llevarme a casa?

Luché contra el impulso de señalarle la dirección de mi granja y, en lugar de eso, la acompañé hasta mi camioneta y la llevé a donde me pidió ir.

El sol del mediodía se proyectaba sobre mi mesa, creando un ambiente cálido e íntimo mientras mi familia se reunía para cenar. El tintineo de los cubiertos contra los platos iba acompañado de una corriente subterránea de tensión, como si el aire estuviera conteniendo la respiración, esperando a que se revelara lo que no se había dicho. Después de que Sylvie revelara nuestra amistad en Fireside, enfrentarme a todos a la vez parecía mi mejor opción.

Me removí incómodo en mi asiento, con la mirada fija en el estrecho comedor, donde apenas cabíamos alrededor de la mesa. Recordé lo alterada y asustada que estaba, incluso ahora, casi un día después, quedaban restos de su presencia: un leve rastro de su perfume y el fantasma de su sonrisa sorprendida cuando le dije que quería que se

quedara con el bebé. El recuerdo de su confesión entre lágrimas seguía sonando en mi mente, un bucle constante que se negaba a desaparecer.

—Duke, ¿me pasas las judías? —La voz de la tía Tootie cortó el silencio, y me apresuré a obedecer, con las manos delatando la inquietud que sentía.

—Has estado callado. —La voz de Wyatt estaba cargada de preocupación, sus cejas estaban fruncidas mientras me observaba de cerca—. ¿Qué demonios está pasando, hombre?

Mi sobrina, Penny, ahogó una risita al oír las palabras de su papá, pero él la silenció con una mirada.

Respiré hondo, luchando contra la confusión que me invadía. Sabía que todo el mundo hablaba de la escena que Sylvie y yo montamos la noche anterior.

—Sí, hay... algo.

Lee se inclinó hacia adelante, con sus penetrantes ojos fijos en mí.

—No nos mantengas en suspenso, hombre. Suéltalo.

Una mirada nerviosa alrededor de la mesa confirmó que toda la familia estaba viendo, con una expresión mezclada entre curiosidad y aprensión. Las cejas melancólicas de Lark y Annie subieron por sus frentes. Wyatt se cruzó de brazos y se reclinó en la silla.

—Es Sylvie —admití finalmente, con la voz tranquila pero segura al cortar el aire afilado como una cuchilla.

Tootie abrió los ojos de par en par e intercambió una mirada cómplice con Lark. El tenedor de Wyatt se detuvo a medio camino de su boca, y él intercambió una rápida mirada con Lee antes de fijar su mirada en mí.

—¿Qué pasa con ella?

Mi corazón latía con fuerza y me encontré con su mirada colectiva, el peso de su atención era casi sofocante.

—Somos amigos desde hace tiempo.

Las cejas de Wyatt se fruncieron.

—¿Amigos?

Apreté la mandíbula, molesto porque sentía la necesidad de explicar mi relación porque ellos no podían entenderlo.

—Sí. Mensajes de texto y hablar por teléfono.

A Lee se le dibujó en la cara una sonrisa de mierda. Llevaba un rato jodiéndome con Sylvie, así que estaba seguro de que se estaba dando palmaditas en la espalda, el muy imbécil.

Solté un suspiro.

—Está embarazada.

La revelación cayó con un ruido sordo, y el silencio que siguió fue palpable. Jadeos y ojos muy abiertos escucharon mis palabras, y casi pude oír los engranajes girando en sus mentes.

—¿Embarazada? ¿Sylvie King está embarazada? —La voz de Lark estaba impregnada de incredulidad, con sus dedos rozándose la clavícula.

La mano de Annie se deslizó hacia la de Lee, sus labios formaron una O de sorpresa.

—Oh, wow.

Tootie dejó escapar un suspiro, su expresión era una mezcla de preocupación y resignación.

—¿Entonces es tuyo?

Asentí, con un nudo en la garganta.

—Anoche, en el Festival de la franela, se acababa de enterar y ya no podía contenerse.

La tensión en la sala se intensificó, con el peso de nuestra historia con la familia King y el legado de mi propia familia pesando sobre nosotros.

—Los King sabían que pasaba algo. —La voz de Lee retumbó en voz baja, con la mandíbula apretada—. Hubo muchas preguntas airadas después de que te fueras. —Se señaló la mandíbula y un pequeño moretón en el que no me había fijado.

Mis ojos se entrecerraron.

—¿Qué pasó?

Lee puso los ojos en blanco. Le gustaba meterse en peleas con los King, así que un golpe en la mandíbula no era gran cosa para él.

—Royal y JP se apretaron las bragas. Exigiendo respuestas que no teníamos. —Se encogió de hombros—. Un pequeño empujón, eso es todo.

A su lado, Annie sacudió la cabeza y frunció el ceño. Por dentro, mi corazón se hundió. Mis hermanos limpiaron mi desastre, me defendieron, sin saber siquiera por qué.

Los ojos de Lee se ablandaron, su agarre de la mano de Annie se mantuvo firme.

—Duke, esto lo cambia todo.

La verdad flotaba en el aire: el embarazo de Sylvie era una complicación que no podíamos ignorar, un recordatorio de los lazos que nos unían y de las consecuencias que podían derivar.

Tootie me sostuvo la mirada, con la preocupación grabada en sus rasgos.

—¿Has pensado en ti, Duke? ¿Qué quieres?

Vi a mi familia, con el corazón dividido entre la lealtad hacia ellos y el creciente afecto que sentía por Sylvie.

—Quiero estar ahí para ella. Para ellos.

La severa fachada de Wyatt vaciló, sus ojos se ablandaron mientras exhalaba pesadamente.

—Estamos contigo, Duke. No importa lo que venga después.

Alrededor de la mesa le siguieron los asentimientos y las sonrisas tranquilizadoras, como una promesa silenciosa de unidad frente a la incertidumbre.

—¿Crees que ellos lo saben? —preguntó Lark.

Solo pude asentir con la cabeza, y la agitación que sentía en mi interior se reflejó en la inquietud que reinaba en la mesa.

—MJ lo sabe seguro. Creo que todos lo saben ya.

Esta mañana no sabía nada de Sylvie, y lo odiaba. Mi mensaje de texto deseándole buenos días y comprobando si estaba bien había quedado sin respuesta.

Annie hizo una mueca.

—No estuvo en el Sugar Bowl esta mañana, pero se habló mucho de ella. —Sacudió la cabeza—. Todo el mundo hablaba de eso. Los rumores dicen que Russell King perdió la cabeza. —Levantó ambas manos—. Ya sabes cómo son los rumores de pueblo. Yo me lo tomaría con cautela, pero la gente decía que estaba *desquiciado*, que rompía cosas y que, en general, estaba siendo un imbécil.

A su lado, mi sobrina se rio, y Wyatt la regañó con otro ceño fruncido.

La espalda se me puso rígida. Al levantarme, la silla rozó el suelo de madera.

—Duke, cálmate. —La voz calmada de mi tía hizo poco por tranquilizarme—. Todos sabemos que Russell es impulsivo, pero no haría nada para dañar a su hija. En este momento todos estamos un poco conmocionados.

Me acerqué al lavabo y apoyé las manos en el borde, dejando colgar la cabeza antes de suspirar y apartarme de él.

—Sí, lo sé.

Aun así, mi instinto me decía que algo no iba bien. Necesitaba hablar con ella para asegurarme de que estaba bien.

—Ven a terminar de cenar. —La mano de Tootie encontró mi espalda, y dejé que me guiara de vuelta a la apretada mesa de la cena.

Penny se las arregló para adueñarse de la conversación, y nunca había amado tanto a esa niña. Aun así, no podía pensar en otra cosa que no fuera Sylvie y cómo demonios íbamos a resolver esto.

Sylvie King va a tener a mi bebé.

La singular verdad de esa afirmación era mi único consuelo. Eso, y saber que la protegería con mi vida.

15

Sylvie

Yo: *Solo un recordatorio de que la cita es a las dos.*

John Oates: *Ahí estaré.*

Me quedé viendo el mensaje, preguntándome si debía actualizar de una vez el nombre de Duke en mi teléfono. Decidí no hacerlo, lo metí en el delantal, cerré los ojos y quité la nueva oleada de náuseas.

La primera semana de octubre pasó borrosa mientras el otoño descendía sobre Outtatowner. Los visitantes de la playa fueron sustituidos poco a poco por conductores vagabundos a la caza de las señales del follaje otoñal, los huertos de manzanas y los huertos de calabazas.

Aunque Huck se negaba a servir *nada* con calabaza, lo convencí para que apostara por las acogedoras vibras otoñales que atraían a nuevos clientes a la panadería, incluso me impresionó el cartel "Hojas de otoño y café, por favor" que pinté a mano en la pizarra de la acera de enfrente.

Por lo que me dijeron las cuatro calculadoras de embarazo en línea, estaba embarazada de unas nueve semanas, y *mierda,* el agotamiento era real. También lo eran las náuseas matutinas que parecían aparecer de la nada, sobre todo si tenía demasiada hambre. Los pechos me producían un extraño cosquilleo, ¿y los cambios de humor? Hola, Satanás, me alegro de volver a verte hoy.

Mi papá solo me hablaba con la nariz encendida y comentarios de mierda. Mis tres hermanos se pasaron las últimas semanas turnándose

para fingir que toda la situación no existía. Tía Bug apenas podía verme sin culpabilizarme y expresar su conmoción y decepción. *Como si yo no lo supiera.*

Mientras tanto, MJ era mi roca.

Bueno, MJ y *él*.

Duke y yo seguíamos enviándonos mensajes y hablando a diario, pero con la agitación de mi vida, mantuve las distancias. Él me dejó espacio para navegar por el campo de minas que era mi familia disfuncional. Odiaba vivir en esa casa. Savannah parecía cada vez más un sueño lejano, pero ahorraba un poco más con cada pago. Ignoré el pavor que me invadía cuando pensaba en cómo iba a decirle a Duke que pensaba irme. Que *tenía* que irme. En lugar de afrontarlo, metía los pensamientos en un compartimento etiquetado como *Futuros problemas de Sylvie* y hacía lo que podía para sobrevivir cada día. No podía caminar ni un metro sin que me vieran de reojo y escuchara susurros a mis espaldas.

Estaba a punto de convertirme en una mamá soltera cuyo bebé era del rival más odiado de mi familia. Era egoísta, y lo peor era que lo hice con una *alegría* desenfrenada sin importarme una mierda las consecuencias.

Choca esos cinco. Buena elección, Syl.

Suspiré y vi el celular. Los mensajes de texto que intercambiábamos eran el único punto positivo de un día sombrío y lleno de náuseas. Cuando por fin terminó mi turno de la mañana, me detuve en la entrada de la casa de mi tía. Me llamó la atención el ruido de un vehículo que giraba detrás de mí y mi corazón martilleó contra mis costillas cuando vi la camioneta de Duke entrando por el largo camino de entrada.

Una vez que se estacionó, salió y se quedó junto a la puerta del conductor.

—Pensé que tal vez podría llevarte.

Me aparté un mechón de cabello de la cara.

—Oh... okey, gracias. —Me vi la camiseta del Sugar Bowl y los pantalones cortos espolvoreados de harina—. Solo tengo que cambiarme y estaré lista.

Duke se metió las manos en los bolsillos y asintió. Me apresuré a subir los escalones y atravesar la puerta principal, dejándolo de pie junto a su camioneta.

Me detuve cuando encontré a mi tía echándose el bolso al hombro.

—Será mejor que te des prisa. No quiero llegar tarde.

Hice una pausa, viendo solo un segundo por encima del hombro.

—En realidad, Duke está aquí. Piensa llevarme a la cita.

Las cejas de la tía Bug subieron por su frente.

—Oh, no lo sabía. —Dejó el bolso sobre la encimera y vio el reloj—. Se está haciendo tarde.

Dejé a un lado mis sentimientos de preocupación y subí corriendo las escaleras hasta mi dormitorio. Tiré la ropa de trabajo al cesto antes de sacar una blusa limpia y unos pantalones cortos, incluso ahora, los pantalones abotonados empezaban a apretarme. Los foros sobre el embarazo que consulté decían que probablemente era hinchazón y, al verme la barriga en el espejo, era difícil negarlo. En realidad, mi barriga no había cambiado, pero parecía que me había metido dos burritos del bar de burritos de Chula. Los pantalones cortos de lino que elegí tenían la elasticidad justa para acomodar mi creciente bebé burrito.

Cuando volví a bajar, Bug no estaba por ninguna parte y se me revolvió el estómago. De vuelta a la luz del sol de la tarde, Bug estaba de pie frente a Duke, con las manos plantadas en sus anchas caderas. Él tenía sus manos colgando a los lados y miraba a mi tía. Su rostro era ilegible cuando ella movió un dedo hacia él, y él solo asintió.

Aceleré el paso. Cuando me acerqué, solo oí el gruñido bajo de Duke:

—Entiendo.

—¡Listo! —dije alegremente, intentando disimular el revoloteo de preocupación en mi estómago.

Sin decir nada más, Duke se dirigió a mi lado de su camioneta y me abrió la puerta.

Bug levantó una ceja.

one

—Buena suerte, y llámame más tarde.

—¡Lo haré! —Seguí sus movimientos mientras Duke cerraba mi puerta y caminaba hacia el lado del conductor antes de deslizarse en la camioneta. Puso la reversa—. ¿Sobreviviste a la Inquisición?

La comisura de sus labios se crispó.

—Algo así.

El trayecto hasta el consultorio del obstetra solo duraba unos quince minutos en dirección a una ciudad más grande de la zona. No había estado tan cerca de Duke desde que le dije que estaba embarazada, y estaba llena de nervios. Mi tacón repiqueteaba a un ritmo intermitente mientras él conducía hacia el consultorio de la doctora.

—¿Nerviosa?

Me pasé las manos por las piernas.

—Un poco.

—Yo también.

Me llevé la mano al estómago mientras conducía. Duke me vio y yo me reí suavemente.

—He tenido un poco de náuseas.

Duke se inclinó sobre la cabina de la camioneta y abrió la guantera. Sacó algo y puso el puño delante de mí.

—Toma.

Le tendí la mano y, cuando abrió la suya, una pequeña menta cayó sobre mi palma. Me quedé mirándola.

—Se supone que la menta ayuda con las náuseas. El jengibre es mejor, supongo, pero es algo.

Parpadeé antes de ver el caramelo de menta. *¿Cómo demonios lo sabía?*

Cuando llegamos al consultorio, la recepcionista me registró, el consultorio estaba tranquilo y en pocos minutos nos llamaron para que pasáramos a la habitación. Antes de entrar, la enfermera me entregó un vasito de plástico para dejar una muestra de orina e instrucciones sobre

dónde colocarla cuando terminara. Me sonrojé y me excusé para ir al baño mientras Duke se quedaba afuera de él.

Cuando terminé, nos condujo a la sala. En un rincón había un ecógrafo cuadrado y una larga mesa con estribos en los extremos. La realidad de nuestra situación me golpeó.

—Aquí está tu bata, la abertura debe estar delante. A la doctora Hokum le gusta hacer todas las primeras consultas de bebés, así que vendrá en unos minutos. Puedes sentarte al final de la mesa mientras esperas.

Le di las gracias a la enfermera y vi a Duke mientras sujetaba mi bata. Su enorme cuerpo ocupaba la mitad de la pequeña habitación. Se movió sobre sus pies.

—Te daré un minuto.

Antes de que pudiera responder, salió de la habitación. Me desvestí rápidamente y doblé la ropa, guardé la ropa interior entre las capas de ropa y la coloqué en una pequeña pila junto a la silla. Abrí la puerta de golpe y le hice saber a Duke que estaba decente.

Sentada en el borde de la mesa, observé a Duke sentado en la silla. Sus hombros eran demasiado anchos para el estrecho asiento, y la tensión se desprendía de él en oleadas. Unos instantes antes de que la puerta volviera a abrirse, alguien tocó suavemente.

La doctora Hokum era una mujer de voz suave que aparentaba unos cincuenta años. Su presencia tranquila y segura no contribuía a calmar mis nervios. Me hizo algunas preguntas sobre mi última menstruación y los síntomas que tenía, me aseguró que las náuseas y los pechos sensibles eran signos de que el embarazo progresaba con normalidad, me indicó que me acostara mientras se preparaba para la ecografía.

—Haremos una ecografía interna. Nos ayuda a hacernos una mejor idea de lo avanzado que está el desarrollo del bebé y tomaremos unas cuantas imágenes. —Sonrió mientras colocaba los instrumentos, uno de los cuales parecía un delgado consolador robótico. El calor inundó mis mejillas. No tenía ni idea de por qué me sentía tímida -después de todo,

ya había visto la perfecta polla de Duke-, pero toda la situación me parecía más que extraña.

La doctora Hokum agitó un frasco de lubricante y, al apretarlo, el frasco dejó escapar un sonoro y húmedo pedo.

—¡Oh! —Se rio—. ¡Vaya, qué sonido más tonto!

Una risita efervescente y burbujeante brotó de mí al captar la mirada de Duke. Un brillo juguetón suavizó sus rasgos típicamente duros mientras ambos luchábamos por mantener el control de nuestra risa. Finalmente, su carcajada cubierta de tos me hizo estallar en un ataque de risa. La tensión se disolvió y suspiré sobre la mesa. Duke se levantó, se acercó y me puso una mano en el hombro.

Levanté la vista hacia él y le dediqué una pequeña sonrisa.

Sus ojos oscuros sostuvieron los míos.

—Todo va a salir bien.

Apreté los labios.

—Lo sé.

La doctora Hokum introdujo la varita y la imagen de la pantalla cobró vida. Un pequeño osito de goma apareció ante nosotros y oí la respiración agitada de Duke. Su mano me apretó el hombro mientras contemplábamos maravillados la pequeña vida que crecía en mi interior. La doctora Hokum narraba sus clics y medidas mientras tecleaba en el gran ordenador. Los ojos de Duke permanecían fijos en la pantalla, como si memorizara cada palabra que pronunciaba la doctora.

La presión de la sonda era aguda mientras la doctora la presionaba sobre mi vientre y la movía de un lado a otro.

—La cronología parece buena según tu última menstruación. ¿Hace aproximadamente siete semanas que tuviste relaciones? ¿Más o menos?

Podía sentir el calor encenderse en mis mejillas cuando la doctora Hokum me vio en busca de confirmación.

—Sí. —Mi voz estaba oxidada y tensa.

La doctora asintió.

—Perfecto. Estás de nueve semanas. Parece que el bebé está bien ahí adentro.

Duke soltó un suspiro. *¿También estaba nervioso?*

La doctora Hokum vio entre nosotros.

—¿Les gustaría escuchar el latido del corazón?

Asentí y, al pulsar un botón, un *silbido* reverberante llenó la pequeña habitación. Cuando volvió a mover la sonda, el zumbido fue sustituido por un *ba-dum* constante.

Ba-dum. Ba-dum. Ba-dum. Las lágrimas pincharon mis ojos.

—Es rápido.

La doctora Hokum sonrió mientras Duke me apretaba el hombro.

—El latido del bebé es de unos 160 latidos por minuto. Totalmente normal.

Vi furtivamente a Duke, que tenía los ojos muy abiertos y miraba fijamente la pantalla. La doctora Hokum levantó la mano y trazó un círculo alrededor de la imagen borrosa en blanco y negro.

—Ahí está. Ese pequeño parpadeo de aquí es el corazón.

—Wow. —Me quedé viendo el pequeño parpadeo.

Un bebé.

Mi bebé.

Nuestro bebé.

Estaba aterrorizada, pero al ver el latido del corazón del bebé, algo cambió. Había un ser humano creciendo *dentro de mí*. Tenía que proteger a ese precioso ser humano. Una lágrima resbaló por mi mejilla mientras el estrés y el agobio se apoderaban de mí.

La doctora Hokum pulsó unos cuantos botones más en el ordenador y un rastro de imágenes en blanco y negro salió de la impresora. Me quitó la sonda, me cubrió y me ayudó a limpiarme. Bajé de los estribos, apoyé los pies y me senté.

—El bebé está sano y creciendo, mientras los síntomas sean manejables, no tendrás que volver hasta dentro de cuatro semanas. Lo importante que debes recordar es comer alimentos variados y saludables para el embarazo, tomar las vitaminas prenatales e intentar mantener bajos los niveles de estrés.

Se me escapó una ligera burla antes de que pudiera detenerla.

La doctora Hokum nos miró a Duke y a mí.

—Si experimentas algún cambio significativo en los síntomas -náuseas extremas, hemorragias, ese tipo de cosas-, llama al consultorio. —La doctora Hokum me apretó suavemente la rodilla antes de excusarse para permitirme volver a vestirme.

Duke me esperó en el pasillo y, cuando salí de la habitación, estaba viendo las imágenes de la ecografía. El corazón me dio un vuelco doloroso en el pecho.

En el camino de vuelta a casa de mi tía, estudié las imágenes y me pregunté si alguna vez una decisión tan imprudente me había hecho más feliz. Aún quedaban muchas cosas por averiguar, pero por primera vez sentía que tal vez no tendría que hacerlo sola.

Cuando la camioneta de Duke entró por el camino de entrada, la sensación de calidez del consultorio de la doctora se evaporó.

16

Sylvie

El Porsche de mi papá estaba estacionado delante de casa y se me formaron nudos en el estómago. Me desabroché con cuidado el cinturón de seguridad y me desplacé hacia la puerta.

—Gracias por llevarme.

Necesitaba entrar lo antes posible, antes de que mi papá se enfrentara a Duke e hiciera una escena.

La mano de Duke se extendió y me rozó el brazo, impidiéndome salir.

—¿Estás bien?

Me concentré en no ver hacia el auto o la casa.

—Sí. Gracias de nuevo. —La hueca alegría infundida en mi voz era mentira, pero necesitaba que Duke se fuera. *En este momento.*

Sin ver atrás, cerré la puerta de la camioneta y subí a toda prisa los escalones del porche. La pesada puerta me traicionó, gimiendo cuando la abrí.

—Sylvie. —La voz de mi papá rebotó en los altos techos y resonó por el pasillo.

Templando los nervios, levanté la barbilla y me dirigí hacia la sala. Mis dedos se enroscaron en el papel encerado de las imágenes de la ecografía.

En la sala, Russell King iba vestido con pantalones oscuros, un caro polo azul marino y brillantes zapatos de vestir. Ni un cabello fuera de lugar, parecía un hombre que gobernaba su reino.

Porque lo hacía.

Me quedé de pie, con los hombros hacia atrás y la barbilla alta mientras esperaba, tal y como me enseñaron.

Me vio una vez antes de volver a pasear por la sala. Sus ojos se movieron sobre mí, pero nunca *me* vieron realmente. Sabía que veía a mi mamá cuando me miraba. ¿Cómo no iba a hacerlo? Podríamos haber pasado fácilmente por hermanas. Hacía tiempo que dejé de intentar demostrar lo diferente que era de ella. No importaba lo que hiciera, él siempre me miraba y *la veía a ella* devolviéndole la mirada.

—Hablé con Bug esta mañana, me dijo que planeas quedarte con el bebé.

Tragué saliva y recé para que no se me quebrara la voz.

—Sí.

Se detuvo y se giró hacia mí como si aún estuviera sorprendido de oír que me quedaría con un bebé que era mitad Sullivan. Mi papá nunca tuvo cara de póquer, y el sutil asco que se dibujó en sus facciones era evidente.

Unas punzadas calientes y sudorosas me hormigueaban en el nacimiento del cabello mientras él me miraba fijamente.

Con un gesto seco de la cabeza, siguió caminando.

—Bien, entonces. Nos aseguraremos de que sepa que es un King, críalo bien.

Díselo. Dile que te mudas a Savannah y que nunca volverás.

—Sí, señor.

Odiaba lo pequeña e insignificante que me hacía sentir. Odiaba no poder llevarle la contra, ni siquiera ahora.

Suspiró aliviado y se pasó una mano por la cara bien afeitada, dejando escapar un suspiro audible. Mi papá se balanceó sobre sus talones.

—Y no te preocupes, yo me ocuparé del chico Sullivan.

Me habría reído de que alguien llamara chico a Duke hasta que las palabras de mi papá calaron hondo.

—¿Ocuparte de él? ¿Qué...?

Mi papá levantó una mano, cortándome.

—Ese bebé es un King. Será criado como un King por los King. Se acabó la discusión.

—Duke tiene todo el derecho a estar involucrado con este bebé. —Me burlé incrédula de tener que pronunciar esas palabras. Me llevé la mano al vientre—. Como mamá de este niño, puedo elegir.

—Renunciaste a tu derecho a elegir cuando te abriste de piernas para un Sullivan. —Sus palabras furiosas me abofetearon en la cara—. *No* permitiré que otra mujer entre en mi casa y me falte al respeto. —Los dos sabíamos exactamente a quién se refería cuando sus palabras enérgicas y airadas llenaron la sala.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y me temblaron los labios de dolor y furia.

—No te atrevas —escupió—. No te atrevas a llorar y actuar como si fueras la víctima. —Señaló hacia la escalera—. Sube, arregla esa cara y mantén la cabeza bien alta. ¡Eres una King y te comportarás como tal!

—Sylvie. —El calor y la ira en la voz de Duke me hicieron girar la cabeza para verlo irrumpir en la puerta de la casa de mi familia.

Mi papá balbuceó.

—¿Quién demonios te crees que eres para irrumpir aquí así? Ya has hecho bastante.

Los ojos oscuros de Duke clavaron a mi papá en su sitio.

—Soy el único aquí al que le importa tu hija, eso es lo que estoy haciendo aquí. —La tensión llenó el aire mientras Duke apretaba y aflojaba los puños—. Ahora, odiaría faltarle el respeto a un hombre en su propia casa, pero es la mamá de mi hijo con la que estás hablando. Si no puedes hablarle con respeto, entonces háblame a mí.

Mi papá echó la cabeza hacia atrás, horrorizado de que alguien, y sobre todo un Sullivan, se atreviera a hablarle así. Mis ojos se abrieron de par en par. *Nadie le hablaba* así a Russell King. Duke se acercó a mí y me puso suavemente la mano en la parte baja de la espalda. Los ojos de mi papá bajaron hasta su brazo y luego volvieron a verme.

—Fuera.

Di un paso adelante para discutir con él, para suplicarle, quizá para calmar la situación, pero cuando me di cuenta de que me hablaba a mí, cerré la boca.

Mientras respiraba profunda y temblorosamente por la nariz, la voz de Duke bajó hasta convertirse en un susurro malhumorado.

—Ven, vámonos.

Me cuadré de hombros y tragué el vómito que amenazaba con salir.

Me di la vuelta, la terquedad y el dolor impulsaron mis pies hacia adelante cuando las palabras de mi papá me detuvieron.

—Siempre supe que eras como ella.

Una puta. Una mancha negra en el apellido King.

No tuvo que decir esas palabras en voz alta, porque lo oí hablar de mi mamá suficientes veces como para saber exactamente lo que sentía por ella y lo que, al parecer, siempre sintió por mí.

Me giré para ver el rostro frío y duro de mi papá, con hielo corriendo por mis venas.

—Quizá yo sea como ella, pero hay un denominador común en estas situaciones. De la única persona de la que huimos es de ti.

Bajé los escalones del porche, crucé el césped y llegué hasta la camioneta de Duke antes de echarme a llorar.

Una vez dentro, Duke se echó de reversa y salió de la entrada. No tenía ni idea de a dónde se dirigía, lo único que sabía era que la vida que siempre conocí estaba hecha de yesca, y en un solo instante, encendí una cerilla y la prendí ante mis ojos.

La camioneta de Duke apuntaba hacia un tranquilo acantilado bordeado de dunas. A lo lejos, las olas golpeaban la costa mientras las altas hierbas de la playa se mecían con la brisa de octubre. Mis lágrimas se habían secado, y aparte de unas leves náuseas, estaba entumecida. Envolví los brazos para abrazar mi centro.

—¿Qué quieres hacer?

Me quedé estupefacta y solo pude pestañear mientras miraba furtivamente en dirección a Duke. Resoplé y me di unas palmaditas en las mejillas pegajosas.

—Nadie me ha preguntado eso nunca.

—Bueno, yo te lo estoy preguntando. —La dureza de su voz era innegablemente sexy.

Tragué saliva.

—Me mudaré. A Savannah. Bueno, me *iba a mudar*. Tenía planes de mudarme. Tengo que salir de aquí.

Duke se quedó quieto, excepto sus manos, que apretaban el volante de la camioneta.

—¿Cuándo?

—El plan era primavera, pero... —Me señalé la barriga—. Los planes cambiaron.

—¿Tiene que ser Georgia?

Mis cejas se hundieron en el centro.

—Mmm... no. N-no lo creo.

Sus labios se apretaron en una fina línea y su cabeza se sacudió.

—¿Quieres quedarte? Cuando nazca el bebé, podremos resolver lo demás, pero ya escuchaste a la doctora. El estrés adicional no es bueno para ninguno de los dos, y parece que en esa casa no hay más que estrés. Si te quedas conmigo, aunque sea unos meses después del parto, podré pasar algún tiempo con el bebé antes de que te vayas.

La mirada torturada de su rostro era insoportable. El plan *siempre* fue irme. Salir. Ser libre *por fin*.

Pero ahora irme significaría quitarle el hijo a Duke. ¿Podría hacerlo? ¿Incluso si quedarme significaba perder una parte de mí misma?

Estudió mi rostro mientras yo luchaba por encontrar las palabras adecuadas.

—Mira, sé lo que es querer irse y no poder. Lo único que te pido es tiempo para ayudarte mientras lo averiguas. No te lo estoy pidiendo para siempre.

No estoy pidiendo para siempre.

Sus palabras no deberían escocer. Ninguno de los dos planeó que quedara embarazada y un bebé nos uniría para siempre. Además, era innegable que estaría bien contar con su ayuda una vez que llegara el bebé si el sueño mínimo que proclamaban los libros sobre bebés era realmente cierto. Savannah siempre estaría ahí.

Inspiré y enderecé los hombros.

—Okey, pero tal vez debería haber algunas reglas.

Asintió con la cabeza.

—¿Cómo?

—Voy a pagar renta.

La cabeza de Duke hizo un pequeño movimiento.

—No, no lo harás.

—Pero yo...

Suavizó su mirada.

—Tú misma lo dijiste, estás ahorrando dinero. No necesito la renta, y tú estás haciendo *todo* el trabajo llevando al bebé. Un lugar seguro donde vivir es lo menos que puedo hacer. Insisto.

La firme determinación de sus palabras me produjo una oleada de calor. Tragué grueso y asentí.

—Está decidido entonces. Te tengo mientras estés embarazada, y una vez que nazca el bebé, resolveremos el resto. ¿Algo más?

—Me gustaría que mi familia pudiera venir a verme. Sé que mi papá es un hombre difícil, pero el resto de mi familia.... —Me interrumpí. En realidad, mis hermanos también podían ser difíciles. Tenía que controlarlos si quería que esto funcionara.

Su mandíbula se tensó como si supiera que mis hermanos serían un grano en el trasero.

—También será tu casa. Podrás pasar tiempo con quien quieras. —Me vio—. Pero te respetarán, eso no es negociable.

—Por supuesto. —Asentí, esperando que fuera cierto. Respirando hondo, me hundí en el asiento de cuero—. ¿Entonces realmente estamos haciendo esto?

Vio hacia las violentas olas.

—Eso parece. —El silencio se extendió entre nosotros. Dejé que su aroma masculino me envolviera y el calor de su cuerpo calmó mis nervios.

Finalmente, su profunda voz rompió el silencio.

—Sabes que puedes hacerlo, ¿verdad? —Lo vi, interrogante—. Eres más fuerte de lo que crees. No necesitas a nadie, pero lo que quiero decir es que no tienes que hacerlo sola.

Duke era un hombre que se tomaba la responsabilidad en serio, eso lo sabía. No estaba segura de si mi afecto por él se debía a que iba a tener un hijo suyo o a otra cosa, pero sí sabía una cosa: con Duke me sentía segura.

Por ahora, eso tendría que ser suficiente.

17

Duke

Nunca había vivido con una mujer. Demonios, yo mismo era todavía un niño cuando colgué mis sueños en el armario de atrás para hacerme cargo de la granja familiar. Di un paso al frente. Fui firme y estable mientras veía a mi familia desmoronarse delante de mí.

Yo fui impotente contra eso.

Después de volcarme en el trabajo, vivir en la parcela principal, en la antigua granja, era lo que tenía más sentido. Con el tiempo, me esmeré en actualizarla y hacerla confortable. Era rústica y masculina. Sin florituras.

Eché un vistazo a la sala de estar, de techos altos con vigas de madera y decoración sencilla.

Debería haber comprado una puta vela o algo.

Con la ayuda de MJ, Sylvie planeó meter algunas de sus pertenencias en el auto y reunirse conmigo en la granja esa misma tarde. Me inquietaba que volviera a casa de su tía, pues me preocupaba que su papá estuviera preparado para el segundo asalto. Sylvie me aseguró que estaba bien y que la presencia de su hermana ayudaría a ablandar a su papá.

Aun así, no me gustaba.

Después de dejarla, me puse en contacto con Cisco y me puse a mover cosas por la casa para que Sylvie estuviera más cómoda.

Tenía cuarenta minutos que me envió un mensaje diciendo que llegaría en unos quince minutos. Vi mi reloj y el de la chimenea. Desde

entonces me había paseado junto a la ventana, ignorando el café que se enfriaba rápidamente en mis manos. Ed lloraba a mis pies, inseguro de mi ansioso estado de ánimo. Eché un vistazo a la granja. Estaba limpia, pero era sencilla, nada que ver con la casa que Sylvie compartía con su familia.

La puerta principal se abría a un pequeño vestíbulo para botas y abrigos. Hacía años le di un mazazo a una pared del antiguo salón, abriéndolo a la sala de estar. Un dormitorio de la planta baja se convirtió en mi oficina, y la cocina estaba en la parte trasera de la casa, con una gran ventana que daba a los campos de arándanos que se veían a lo lejos. El verdadero atractivo de la casa era el porche. En él comía muchas veces, pero la mayor parte del tiempo me sentaba a disfrutar del paisaje tranquilo y ondulado.

En lugar de ver por la ventana esperando su llegada, salí al exterior. Aspiré el aire otoñal y contemplé el paisaje. El sol colgaba bajo en el cielo mientras los primeros dorados del otoño se tornaban ámbar, iluminando los árboles que bordeaban mis campos. Los arbustos ya habían empezado a adquirir el tono burdeos del otoño. El caleidoscopio de colores se extendía por las hileras y se prolongaría durante el mes siguiente. El inconfundible olor a pino otoñal, a leña quemada y a hojas secas me acompañó mientras me dirigía al establo para ver cómo estaba Duck. Ed trotaba alegremente detrás de mí, ansioso por ver a su polluelo.

Una vez que Ed se aseguró de que Duck estaba a salvo en el granero, centró su atención en el crujido de los neumáticos sobre la grava. Con un ladrido profundo, salió del establo y cruzó el camino de entrada. Se me oprimió el pecho cuando el auto de Sylvie se detuvo en el camino. Ed se acercó peligrosamente a los neumáticos mientras daba vueltas alrededor del auto en movimiento.

Ese perro nunca aprenderá.

Una pequeña bola de tensión se desató cuando Sylvie salió del auto. Ya no parecía afligida: sus ojos dorados brillaban bajo el sol de la tarde y llevaba el cabello rubio recogido sobre la cabeza.

Apoyó un brazo en la puerta abierta del auto y sonrió tímidamente.

—Hola, roomie.

Una pequeña carcajada salió de mi nariz. Levanté mi taza.

—Invasora.

Me clavó una mirada molesta, pero las comisuras de sus labios se inclinaron hacia arriba. El estrés y la tensión desaparecieron de mis hombros. Odiaba ver llorar a Sylvie y el alivio de verla de mejor humor me animó. Me acerqué a su auto, vi en el asiento trasero y me sorprendió ver que no había traído mucho.

Quizá ya haya cambiado de opinión.

Vio detrás de ella hacia donde yo miraba sus pequeñas maletas.

—Solo traje lo básico. Desgraciadamente, no hay mucho que me quede cómodo. —Se encogió de hombros y se pasó una mano por el vientre que apenas tenía, y un atizador caliente me pinchó el pecho.

Cuando iba a sacar las maletas del auto, la detuve.

—Yo me encargo.

Entré en la casa y dejé sus maletas junto a la puerta.

—Duke... wow.

Me removí en las botas.

—Sé que no es mucho, pero...

—Es perfecto. —Su mano tocó brevemente mi brazo antes de retirarla y estrecharla con la otra—. ¿Me das un recorrido?

Me metí las manos en los bolsillos. No confiaba en no inclinarme hacia ella y rozarle la espalda con la mano. La primera planta, diáfana, era breve, y la conduje por las anchas escaleras hasta el segundo piso.

Abrí la puerta del dormitorio principal y le hice un gesto para que entrara.

—Esta puede ser tu habitación. Puedes decorarla como quieras, pero por ahora tiene lo básico.

Sylvie recorrió la habitación con la mirada, observando la gran cama King size, el vestidor y el cuarto de baño. Frunció el ceño.

—Esto parece el dormitorio principal.

Asentí con la cabeza.

—Así es.

—¿No debería ser tu habitación?

—Lo era, pero me mudé. Quería que tuvieras el baño adjunto. Además, está más cerca de la habitación pequeña, que pensé que podría funcionar bien para un cuarto de niños, en este momento es solo un almacén.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras me miraba.

—Oh...

Me aclaré la garganta.

—Si no te gusta —señalé el pasillo—, hay otros dos dormitorios. Puedes elegir.

—Esto es perfecto, pero ¿puedo ver las otras?

—Por supuesto. —Asentí y caminé por el pasillo. Al otro lado del pasillo estaba el pequeño dormitorio. Estaba vacío, salvo por una cama y una pequeña cómoda. La usaba como habitación de invitados por si algún amigo o uno de mis hermanos necesitaban un sitio donde pasar la noche.

Una mirada melancólica se dibujó en los rasgos de Sylvie mientras observaba la habitación, se llevó la mano al vientre, era como si pudiera verla transformada en la habitación de nuestro bebé. La emoción se apoderó de mi garganta. Los bebés, el cuarto del bebé y la vida con Sylvie eran algo nuevo. Aún no sabía exactamente cómo iba a salir todo, pero tener un lugar seguro donde ella pudiera vivir era mi máxima prioridad.

Más adelante, señalé la otra habitación que reclamé como mía.

Las yemas de los dedos de Sylvie presionaron sus labios.

—Oh, Duke. —Una pequeña risa se escapó detrás de sus dedos—. Esa cama es demasiado pequeña.

La cama estaba arrinconada y, con mi complexión, probablemente sería cómicamente pequeña, pero no me importaba.

—Va a estar bien.

En los estrechos límites de la puerta, quería tocarla, abrazarla contra mí y asegurarle que todo estaría bien. Olía tan jodidamente bien y durante semanas me imaginé explorando su cuerpo, arrancándole suaves gemidos mientras encontraba todo tipo de nuevas formas de hacerla correrse. Me sentía innegablemente atraído por ella.

Saber que mi hijo crecía dentro de ella solo me hacía desearla *más*. Solo ese hecho me hacía odiarme a mí mismo. Desde nuestra cita en la playa, Sylvie no dejó entrever que estuviera interesada en algo más que una amistad. Dada nuestra situación familiar, salir con ella ya era bastante difícil, y añadir un bebé a la mezcla era una temeridad.

Sabía que tenía que tener cuidado con ella.

Me aparté de la puerta, necesitaba espacio.

—Subiré tus maletas y dejaré que te instales.

Antes de que pudiera irme, me retuvo con una mano suave en el antebrazo.

—Gracias por esto. Sé que no es fácil, pero si significa algo.... —Sus ojos suaves me vieron, y mi corazón rodó—. Creo que vas a ser un gran papá.

Apreté la mandíbula para contener mis emociones.

—Sylvie, me gustabas antes de que pasara esto. Eres divertida y dulce y estás llena de fuego, estoy dispuesto a aceptarte en cualquier forma que estés dispuesta a darme. Tienes mi palabra de que seré el mejor papá para nuestro hijo. —Me aclaré la garganta mientras la tensión se apoderaba de mí—. Vamos a instalarte.

Sin ver atrás, me apresuré a trasladarla a mi casa y, con un poco de suerte, a sacarla de mi corazón antes de que lo rompiera definitivamente.

18

Sylvie

Gemí y me estiré cuando las últimas imágenes borrosas de mi sueño se desvanecieron. El suave resplandor del sol matutino se filtraba a través de las cortinas y proyectaba un halo dorado sobre la habitación de Duke.

Mi habitación.

Aún no podía creer que se hubiera mudado del dormitorio principal para dármelo.

Rodé sobre mi espalda y me quedé viendo las paredes, pintadas en un sereno tono azul cielo. Su frío color parecía susurrar promesas de paz y calma. Puse suavemente mis pies con calcetines sobre el suelo de madera desgastada por el tiempo. Crujió suavemente bajo mis pasos cautelosos, como si compartiera los secretos de este refugio mientras me dirigía al baño. Las mañanas se habían vuelto duras, las náuseas burbujeaban a los pocos segundos de despertarme si no conseguía engullir unas cuantas galletas. Tragué con fuerza y aspiré por la nariz. En el aire flotaba un leve aroma a hojas recién caídas, mezclado con el olor leñoso y masculino de Duke, un recuerdo del hombre que una vez reclamó este espacio como suyo.

La cama, envuelta en mullidas sábanas blancas, se erguía como un centinela silencioso contra una de las paredes. Su amplia extensión me invitaba a acostarme, relajarme y encontrar consuelo. Podría dormir en esa cama todo el maldito día si no tenía cuidado. Imaginé que la desgastada colcha que cubría la silla de respaldo alto, escondida en un rincón, había pasado noches tranquilas envuelta en sueños y

confidencias susurradas. No pude evitar preguntarme cuántas otras mujeres habían tenido la suerte de ver el dormitorio de Duke. Mi instinto me decía que no muchas. Parecía el tipo de hombre que reservaba un espacio así solo para él. Un respiro.

Mientras me dirigía al cuarto de baño, recorrí con los dedos los bordes rugosos de los muebles de madera y sentí un escalofrío de vulnerabilidad. Duke, con su exterior rudo y sus manos callosas, labró un refugio que hablaba de ternura oculta.

Mi corazón se hinchó con una mezcla de asombro y temor, una tormenta de emociones que no me atrevía a expresar en voz alta. Cada mirada, cada caricia, me hacían desearlo.

Estoy dispuesto a tomarte en cualquier forma que estés dispuesta a darme. Tienes mi palabra de que seré el mejor papá para nuestro hijo.

Tal vez eran las hormonas del embarazo, como sugería Internet, pero fuera lo que fuera, no podía quitármelo de la cabeza. Estaba aprendiendo que Duke protegía ferozmente a los de su círculo. La gente acudía a él en busca de respuestas, y él sentía que era su trabajo producir resultados. Cargaba con la presión de cuidar de su papá, de su familia, de la granja y de sus trabajadores. Se levantaba antes que el sol y trabajaba más antes de comer que nadie que yo conociera.

Cuando Duke dijo que daría un paso adelante y sería un buen papá para nuestro hijo, le creí de todo corazón.

Las náuseas matutinas por fin asomaron la cabeza y, una vez vaciada, me lavé la cara y me preparé para el día. Por suerte, metí unas cuantas galletas en la mesita de noche, y los carbohidratos fueron suficientes para poder bajar las escaleras sin volver a vomitar. Aprendí que si conseguía desayunar, mi estómago se asentaba lo suficiente como para pasar el día con náuseas leves y persistentes.

El aire era gélido, así que me metí los brazos en la franela forrada de piel que tanto me gustaba. Cuando metí las manos en los bolsillos, un papel se arrugó contra las yemas de mis dedos. Saqué una nota adhesiva, junto con unos cuantos caramelos ácidos, etiquetados específicamente para las náuseas matutinas relacionadas con el

embarazo. Me metí uno y leí la nota, escrita con la apresurada letra de Duke:

Daryl:

El té está listo para preparar si te apetece. Hay más caramelos agrios en la alacena por si sirven.

~Oates

Me hizo gracia que usara nuestros ridículos apodos. Si hubiera sabido que se convertirían en *algo habitual*, probablemente habría elegido otros mejores. Algo más sexy o menos masculino cuando pensara en mí.

Eché un vistazo a la encimera y vi una taza y una bolsita de té esperándome, junto con mi frasco de vitaminas prenatales. Mis dedos se deslizaron por la superficie fría de la encimera de cuarzo. En la cocina, la tetera ya estaba llena y esperaba a que la calentara. Los caramelos ácidos asentaron mi barriga burbujeante mientras esperaba. Cuando estuvo lista, dejé que el té me calentara el estómago. De alguna manera, sabía mejor porque Duke pensó en preparármelo. En las dos semanas que llevaba viviendo aquí, aprendí que Duke a menudo se iba antes del amanecer, pero encontraba formas sutiles y diminutas de pensar en mí o de anteponer mis necesidades.

Fue la primera vez desde que me enteré que estaba embarazada que me permití creer que al final las cosas podrían salir bien. Duke parecía decidido a copaternizar conmigo y a ser un compañero activo durante todo mi embarazo. Con una sonrisa, saqué el celular.

Yo: *¿Cómo supiste lo de los caramelos?*

John Oates: *Tengo Google.*

Sonreí ante su respuesta brusca y sin rodeos. Puede que a él no le pareciera gran cosa, pero que alguien se anticipara a tus necesidades era

algo nuevo y a lo que *sin duda* podría acostumbrarme. Sabía que Duke estaba probablemente en algún lugar de la granja, pero mi lento despertar significaba que ya me estaba retrasando en el trabajo.

Cuando llegué al pueblo, el Sugar Bowl acababa de abrir. Unos cuantos clientes mayores se arremolinaban en torno a la entrada mientras Huck la abría y les daba la bienvenida. El aroma a café recién hecho era tentador, pero aprendí que, aunque olía de maravilla, era duro para el estómago y reaparecía con la misma rapidez. También intentaba tener cuidado con la cafeína, ya que mi doctora me dijo que no tomara más de una o dos tazas al día.

Con una sonrisa alegre, me até el delantal sobre la camisa y los jeans del Sugar Bowl antes de entrar en el comedor principal. Como mi primer trimestre estaba llegando a su fin, mi bebé burrito se transformó sutilmente en un pequeño bulto de embarazo. Solo esperaba que mis náuseas matutinas remitieran al entrar en el segundo trimestre. El libro sobre bebés que leí decía que era posible.

Promesas. Promesas.

Las suaves conversaciones se filtraban entre el sonido de la caja registradora y el gorgoteo de la máquina de café. Limpiaba las mesas abiertas, atendía a los comensales y sonreía amablemente a los que pasaban por delante del gran escaparate.

—... la echó. Le dijo que ningún bebé Sullivan viviría bajo un techo que él pagaba.

Me detuve en seco mientras la conversación continuaba a mis espaldas. Mis oídos se agudizaron y el calor inundó mi pecho.

—¿Con todas sus peleas familiares? ¿Las bromas? Ese niño va a estar hecho un desastre, seguro.

—El niño tendrá que elegir un bando, eso es todo lo que sé...

Los susurros no tan silenciosos de los chismosos me ponían de los nervios. No podía evitar imaginarme sus caras de asombro mientras gritaba las respuestas a todos los cuchicheos que oí a mis espaldas en las últimas semanas.

¡Sí! ¡Estoy embarazada de once semanas del bebé de Duke Sullivan! ¡SÍ, ESO SIGNIFICA QUE TUVIMOS SEXO! Por supuesto que fue increíble. Sí, estoy viviendo con él. No, no seguimos follando. Sí, ¡ojalá lo hiciéramos!

Oh, mierda.

No dejé que mi mente vagara en esa dirección. Sabía que las hormonas del embarazo eran la causa de que no pudiera retener mucha comida, pero también las culpaba de los sueños salvajes que tenía con Duke.

Sueños calientes, desnudos e *intensos*.

El problema era que sabía que la realidad de la gigantesca y hermosa polla de Duke era incluso *mejor* que los sueños.

Frustrada, giré sobre mis talones y me dirigí a las señoras con la sonrisa más dulce que pude reunir. Mi mirada se desvió hacia sus tazas de café vacías.

—¿Terminaron o les doy unos minutos más para hablar de la gente y fingir que no los oyen? —Sus ojos atónitos se abrieron de par en par—. ¿No? —Tomé las tazas de café de un tirón—. ¡Que tengan el día que se merecen!

Huck me vio fijamente cuando pasé a su lado y entré en la cocina. Tiré las tazas al fregadero con estrépito y apoyé las manos en la encimera. Detrás de mí, oí el familiar chirrido de las puertas del salón.

Me giré hacia mi jefe y levanté las manos.

—Ya sé. Lo siento. Perdí la calma.

Huck negó con la cabeza y señaló hacia el comedor.

—Por lo que a mí respecta, no hiciste nada malo. Les hice saber que si no pueden hablarle amablemente a mi personal, pueden buscarse otra cafetería.

Huck se cruzó de brazos y me vio con amabilidad, no con lástima. Se me llenaron los ojos de lágrimas y me lancé hacia él para abrazarlo. Sus brazos cruzados se interpusieron entre nosotros mientras yo luchaba por rodear con mis brazos su ancha figura.

Cuando lo solté, me vio con las cejas fruncidas.

—¿Estás bien?

Se me escapó una carcajada. *¿Quién demonios sabe cómo estoy?*

—Sí, estoy bien.

Cuando terminé mi turno, me dolían los pies y la espalda. Se había convertido en mi ritual nocturno meterme en un baño caliente, y esta noche no podía ser lo bastante pronto.

Mi cuerpo no podía decidir si quería estar enferma o acostada hasta la semana que viene.

Probablemente ambos.

A través de Duke me enteré de que la granja tenía 325 acres, 125 de los cuales eran las hileras e hileras de campos de arándanos. La granja lo mantenía ocupado, y a menudo trabajaba muchas horas: recorría los campos, reparaba el equipo. También parecía tener una estrecha relación con sus trabajadores. Los trataba con amabilidad y respeto, y ellos acogían mi presencia en la granja con cálidas sonrisas y saludos amistosos.

Por las tardes, me gustaba hacer un poco de ejercicio paseando por los campos. Duke me dijo que, aunque técnicamente era su propiedad, consideraba que la sección dedicada a las viviendas de los trabajadores emigrantes era su espacio personal. Los visitaba cuando era necesario, pero en general les permitía vivir en paz y privacidad sin que su jefe estuviera pendiente de todos sus movimientos.

Aparte de MJ, nadie de mi familia había venido a visitarme a la granja. Algunos días era como nuestra propia burbuja de intimidad y un oasis frente a las miradas de reojo y los susurros que me seguían a todas partes en el pueblo.

Después del trabajo, Sloane me invitó a pasar un rato. Llevó a sus gemelos al parque local y aproveché para tomar el aire y sacudirme el fastidio de los chismosos de antes. Duke también me envió un mensaje

de texto para avisarme que había un problema con un equipo de la granja, así que probablemente no estaría para la cena.

Sloane y yo compramos algo para nosotras y los niños, y me acordé de lo agradable que era tener una amiga con la que hablar. Ella aún no se había recuperado del incendio que se lo había arrebatado todo, pero por suerte -y para sorpresa de todos-, mi hermano Abel accedió a darle trabajo en la fábrica de cerveza. Mi hermano mayor podía parecer insensible y duro, y tenía su propio pasado oscuro, pero en algún lugar de su interior había un buen hombre. Estaba ahí, en la forma en que apoyó a mi amiga sin dudarlo.

Cuando volví a casa de Duke -aún no podía considerarla nuestro hogar-, el sol se ocultaba tras la línea de árboles. Me había acostumbrado a la forma en que Ed Tres Patas ladraba y rodeaba mi auto, pero aún así casi me daba un infarto cada vez. Cuando abrí la puerta del auto, me recibieron sus fuertes ladridos y besos de perro.

Me agaché y aplasté la cara de Ed entre mis manos y me incliné para susurrarle:

—Eres tan tonto. —Sacó la lengua y me vio con afecto. Yo me reí—. Pero eres lindo.

En dirección al granero oí movimiento y ruido metálico, pero no vi a Duke.

—¿Dónde está tu papá? ¿Eh? ¿Dónde está papá? —Ed soltó un fuerte ladrido—. ¡Vamos! Ve a buscarlo. —Hice un gesto hacia el granero, pero Ed solo dio unos pasos antes de darse la vuelta y ladrarme, como preguntando: *Bueno, ¿vienes?*

La casa estaba a oscuras, así que me colgué el bolso al hombro, tomé la bolsa de papel del auto y seguí a Ed hacia el granero. Los murmullos y una retahíla de maldiciones se hicieron más fuertes a medida que nos acercábamos. Me ceñí más el jersey para protegerme del frío de finales de octubre.

Cuando nos acercamos al granero, Ed se separó de mí para trotar y ver cómo estaba Duck, que yo estaba segura de que estaba escondido en algún lugar dentro del granero. La enorme máquina recolectora de

one

arándanos estaba estacionada afuera de la gran entrada del granero. Era enorme y plateada, con los laterales lisos. En la parte superior había una plataforma bordeada por una barandilla de metal azul. En un extremo había un asiento y un panel de mandos para el conductor.

Duke me explicó una vez que la máquina era lo bastante alta como para pasar por encima de las hileras de arándanos. En su interior, unas suaves cerdas de goma sacudían los arbustos con la fuerza necesaria para dejar caer las bayas sobre las bandejas, pero con la suavidad suficiente para no dañar las propias plantas. Él seguía prefiriendo recoger las bayas a mano en Sullivan Farms, pero a menudo usaba las máquinas hacia el final de la temporada si había amenaza de heladas.

Ahora que la temporada de recolección de bayas había terminado oficialmente, incliné la cabeza, preguntándome si esto no sería más que una especie de mantenimiento rutinario.

—¡Pedazo de mierda! —La voz irritada de Duke resonó por toda la granja, seguida de cerca por un fuerte estruendo. Vi cómo Duke se deslizaba por debajo de la gran máquina. Tenía la espalda apoyada en una tabla rodante que le permitía moverse libremente bajo la recolectora de arándanos.

Se incorporó y se me quedó la boca seca. Tenía cortadas las mangas de la camiseta, lo que me permitió ver sus hombros y bíceps tonificados, a pesar del tiempo otoñal. Duke se encorvó, apoyando los codos en las rodillas, y una v de sudor se le pegó a la espalda. Observé su ceño fruncido y su gorra de béisbol echada hacia atrás mientras el calor florecía entre mis piernas. Me palpitaba el clítoris y tuve que contener el gemido que casi se me escapa.

Los pensamientos de acostarme con Duke, de sentir su cuerpo grande y duro encima de mí, me consumían. Verlo vestido con jeans y una camiseta recortada con esa gorra hacia atrás no solo me ponía cachonda, sino que *me resultaba irresistible.* Quería sentarme a horcajadas sobre él, sentir sus manos en mis caderas mientras me apretaba contra él.

¿Qué haría si le suplicara que aliviara este dolor que ni mis dedos ni un vibrador parecen poder hacer desaparecer?

Duke y yo tuvimos conversaciones sobre lo útil que era estar cerca el uno del otro, que seguiríamos conociéndonos antes de que naciera el bebé. En teoría, tenía sentido, pero en realidad era una tortura. Estoy segura de que Duke pensaba que yo era reservada y que me gustaba mi espacio, pero la verdad era que me quedaba en mi habitación porque no me cansaba de él. El mero hecho de estar en la misma habitación que él era suficiente para disparar mi deseo sexual.

Definitivamente voy a correrme con la idea de él con esa jodida gorra esta noche.

Mis movimientos llamaron su atención y vio hacia mí.

—Hola.

Mantuve la sonrisa tensa en un esfuerzo por evitar que se me fuera la lengua al verlo. Levanté la pequeña bolsa de papel marrón.

—No sé si ya comiste, pero compré el pulled-pork de Momma Faye's Barbecue. Las papas fritas estarán empapadas. —Me encogí de hombros—. Pero es mejor que nada.

Sus ojos oscuros me recorrieron y las llamas bailaron bajo mi piel.

—No tenías que hacer eso.

Le sonreí y me giré hacia la casa, luego me detuve y vi por encima del hombro con una sonrisa.

—Lo sé. Buenas noches, Duke.

Cerré los ojos y respiré mientras daba los familiares pasos hacia la granja. Podía sentir sus ojos clavados en mi espalda.

—Buenas noches, Sylvie.

Una vez dentro, dejé la cena en la encimera y subí directamente a dejarme caer en la cama con un suspiro. Me quité los zapatos y me quedé viendo al techo, dejando que la imagen de Duke sudoroso y musculoso se repitiera en mi mente. Mi mano patinó sobre mis pezones sensibles y bajó, acariciando la tela de mis pantalones y entre mis piernas. Había intentado, *realmente intentado*, pensar en alguien más cuando mis hormonas estaban tan descontroladas, pero era inútil.

Modelos calientes, porno en mi teléfono, *nada* podía siquiera acercarme al alivio. Nada excepto Duke, claro.

Reproducir de nuevo en mi mente nuestra cita en la playa, o imaginar nuevos escenarios, como uno en el que yo estaba apretada contra la encimera, con el trasero al aire mientras él me devoraba por detrás, era suficiente para hacerme llegar al orgasmo en cuestión de minutos. Imaginaba sus manos ásperas y callosas pellizcándome los pezones mientras su boca recorría mi piel con un delicioso fuego.

Sentí una profunda presión entre las piernas mientras me palpitaba el clítoris. Deslicé la mano por debajo de la cintura de mis pantalones y bajé hasta mi botón adolorido. Sabía que mis dedos no eran un buen sustituto de él, pero estaba desesperada. En el piso de abajo oí el clic de la puerta principal y el ruido familiar de las uñas de Ed sobre la madera. Él estaba cerca, bajo el mismo techo, y prácticamente podía oler su colonia subiendo las escaleras. Apuesto a que esta noche olía a su colonia mezclada con un delicioso toque de sudor.

Mi respiración jadeante era desesperada y pesada mientras oía sus pisadas subiendo las escaleras. En mi mente, Duke gruñía mientras devoraba mi coño. Rodando sobre mi estómago, enterré la cara en una almohada mientras sus pensamientos me acercaban cada vez más al alivio. Tenía una imagen de Duke escondida: sentado en la sala junto al fuego con lentes negros mientras leía un libro.

Oh, Dios. ¿Por qué Duke con lentes se veía tan jodidamente sexy?

El orgasmo me invadió en oleadas deliciosas y, al imaginarme a Duke con esos lentes mientras me llenaba, me acosté de lado con las manos aún metidas en la ropa interior, intentando recuperar el aliento. El débil sonido de la ducha en el pasillo me hizo gemir de nuevo al imaginarme a Duke empapado y desnudo.

Hice un mohín y gemí.

Aún insatisfecha, incluso mi cuerpo sabía que nada podría reemplazar al auténtico.

19

Duke

—¡Feliz Acción de Gracias, tío Duke!

Mi sobrina Penny saltó las escaleras del porche de Highfield House. Mi hermano Lee y su ahora novia Annie se habían mudado y estaban convirtiéndola en una hermosa casa. Al otro lado del camino de entrada, Sand Dune Art Barn estaba cerrado, pero escondido en su interior estaban los inicios del estudio de arte soñado por Annie. Juntos planeaban convertirlo en un lugar de encuentro para nuestra comunidad y los turistas.

—¡Trajiste a Duck! —Penny navegó a mi lado hacia la camioneta.

Me encogí de hombros.

—Ed no irá a ninguna parte sin él.

—Ed, ¿eh? —Mi hermano me vio con una sonrisa burlona y me estrechó la mano—. Feliz Acción de Gracias. —Me vio por encima del hombro—. Hola, papá.

Nuestro papá cerró la puerta del copiloto tras de sí y envolvió a Penny en un abrazo.

—Hola, hijo. —Papá vio a Penny—. Vamos a bajar ese pato. ¿Qué dices, niña?

Papá y Penny sacaron a Duck del asiento trasero y lo dejaron en el suelo. Nos reímos mientras se arrastraba junto a Ed y seguía al perro hasta el patio. Vi a través del amplio césped hacia los campos en la distancia. Un sendero de piedra caliza triturada formaba parte de una antigua vía férrea de treinta y cuatro millas que se había convertido en

un camino para caminantes, ciclistas y caballos. De forma indirecta, también conectaba Highfield House con Sullivan Farms.

Una a una, las hojas habían caído en silenciosa rendición. En el prado, las hierbas silvestres palidecían y los tonos miel y ámbar me recordaban el oro y el ámbar de los ojos de Sylvie. Me alegró ver que en este extremo de la propiedad el manto de invierno aislaba la base de los arbustos. Hicimos un buen trabajo, y los arbustos de bayas podían descansar mientras el invierno se acercaba rápidamente.

Fragmentos de inquietud se apoderaron de mí. A principios de semana, mientras inspeccionaba el manto, volví a encontrar huellas desconocidas en la hierba helada. Cisco no podía explicarlas, y eso me inquietó. La esbelta parcela lindaba con una zona de propiedad municipal usada como espacio abierto de recarga de aguas subterráneas.

Los vehículos nunca frecuentaban la franja de tierra. Diablos, quizá eran adolescentes aburridos buscando un lugar donde meterse en líos. Aun así, no me gustaba la idea de que alguien se acercara a Sullivan Farms, sobre todo ahora que Sylvie vivía ahí.

—¿Vienes o piensas morirte de frío? —La voz de mi papá me sacudió de los oscuros pensamientos que empezaban a invadirme.

—Sí. —Tomé la tarta que compré del Sugar Bowl y me dirigí a la casa.

El aire fresco del otoño se me pegó al cruzar el umbral de la casa de Lee y Annie, donde el sabroso aroma del pavo asado y la salsa hirviendo a fuego lento envolvía la habitación. El tintineo de los cubiertos contra la vajilla resonaba en las cálidas paredes de madera, y la luz parpadeante de las velas proyectaba un suave resplandor ámbar sobre la familia reunida.

Penny condujo a papá por la casa hacia el comedor. Sus ojos, antes agudos, estaban algo distantes y nublados, pero recé para que tuviera un buen día. No pude evitar sentir una punzada de tristeza al captar su mirada vacía.

Las risas de Lark y Penny surgieron de la esquina, donde entretenían a la tía Tootie con historias de aventuras en el patio de la escuela. La sonrisa familiar de Annie me saludó mientras se paseaba con el delantal

espolvoreado de harina. Ella y Lee intercambiaron una mirada juguetona cuando pasó a su lado, y él le apretó el trasero. Sus rizos rebotaron mientras ella se reía y lo apartaba de un manotazo.

Tenía el pecho apretado, la ausencia de Sylvie era un vacío que me roía el pecho. Cerré los ojos brevemente, imaginando su risa mezclada con la de los demás mientras sus delicados dedos acariciaban el bultito del bebé que acababa de empezar a formarse.

Deseaba que estuviera aquí, compartiendo esta reunión imperfecta pero hermosa. No hacía mucho tiempo que había renunciado a que mi familia volviera a sentirse completa, ahora estaba enredado con una King, y amenazaba con deshacerlo todo de nuevo.

Sabía que Sylvie ya estaba al otro lado del pueblo, rodeada de su opulento mundo, probablemente disfrutando de un lujoso Día de Acción de Gracias que contrastaba con la sencillez del nuestro.

Quizá el año que viene.

Me reprendí en silencio mientras tomaba asiento entre risas y charlas. El año que viene Sylvie y nuestro bebé estarían en Savannah.

Tootie me puso una mano suave en el hombro.

—¿Cómo lo llevas? —Sus ojos amables lo decían todo.

Fruncí el ceño.

—Todo va bien.

Me dio una palmadita en el hombro, pero no insistió. Mi familia se reunió alrededor de la mesa de Annie y Lee. Chocamos los codos y cambiamos los platos de sitio mientras nos pasábamos la comida, llenando nuestros platos.

Con un panecillo metido en la boca, Penny se inclinó hacia adelante.

—¿Te vas a casar?

—Pickle... —Mi hermano movió la cabeza y sus ojos se desviaron hacia abajo.

—No. —Levanté un hombro hacia mi hermano, haciéndole saber que estaba bien que mi sobrina tuviera preguntas. Sabía que *todos* tenían preguntas.

Penny se encogió de hombros.

—Eso tiene sentido. Papá dice que los papás no tienen por qué estar casados. Los papás de mi amigo Peter tampoco están casados. —Sus ojos se iluminaron al recordar más cosas—. ¡Oh! Y Eloise, de la escuela, tiene dos mamás. Ella dice que las familias deben ser lo que tu alma necesita.

Sonreí al ver lo progresista e incluyente que era mi sobrina.

—Es una forma inteligente de verlo.

Wyatt aprovechó la oportunidad.

—¿Piensan tener un acuerdo de paternidad conjunta?

Me removí en el asiento al sentir las preguntas de mi familia en el aire.

—En realidad no hemos hablado de nada legalmente vinculante o formal.

Sacudió la cabeza, frunciendo el ceño.

—Deberías hacerlo. Tiene que haber algo que proteja tus derechos, lo que sea, para que ella no pueda retener al bebé ni irse sin más. No volverías a ver a tu hijo.

Pensé en Sylvie mudándose a Savannah. *¿Era egoísta arrodillarme y rogarle que lo reconsiderara?*

Planeaba abordar el tema con ella de nuevo. *Pronto.* No podía dejar que mis miedos o la falta de comunicación me impidieran estar con mi hijo.

—Nunca la apartaría de algo que era importante para ella. Acordamos que yo la ayudaría durante el embarazo y durante unos meses una vez que el bebé estuviera aquí. Después, volveremos a evaluar y trazaremos un plan.

—¿Qué hay de su familia? ¿Viene de buena familia? —La pregunta de papá flotó en el aire. Aún no le había dicho que la mujer con la que iba a

tener un hijo era una King. No estaba seguro de cómo se lo tomaría, y yo estaba siendo un cobarde.

—Está bien.

Lark, Tootie y Annie me abrazaron con los ojos muy abiertos ante la dura finalidad de mi tono. Wyatt negó con la cabeza, pero no discutió conmigo. La única solidaridad que encontré vino del otro lado de la mesa, donde Lee apretó los labios y asintió.

La tensión se hizo latente en la sala hasta que Lee habló.

—Oye, Rata... —Mi sobrina sonrió al otro lado de la mesa al oír el tonto apodo que le puso su tío favorito—. Pásame esas papas.

Pasé el resto de la tarde enfurruñado en un segundo plano. Me pregunté si Sylvie estaría disfrutando de su día, si habría estado aquí si las cosas hubieran sido diferentes en este pueblo. Me pregunté si mi hijo llegaría a vivir un Día de Acción de Gracias con los Sullivan.

Papá se cansó, y yo lo usé como excusa para llevarlo de vuelta a Haven Pines y regresar temprano a casa. El cielo oscuro de noviembre se extendía sobre la granja cuando bajé por el camino de entrada. Se oía actividad y voces alegres procedentes de la sección de tierra donde mi personal seguía celebrando su propio Acción de Gracias. Cuando bajé, vi el auto de Sylvie y me estacioné junto a él. Bajé a Ed y dejé a Duck en el suelo. Juntos se dirigieron hacia el granero, donde Ed lo arroparía para que pasara la noche antes de regresar a la casa. Su rutina nocturna era como un reloj.

Estiré la espalda y vi hacia mi casa. Estaba oscura, y me pregunté si Sylvie ya se habría ido a la cama o si tendría la suerte de encontrarla acurrucada en el sofá con un libro. A veces se aventuraba a salir de su habitación y pasábamos unas horas leyendo junto al fuego o viendo algo de televisión sin sentido.

Mientras subía los escalones, rocé con una mano los coloridos crisantemos que ella plantó en macetas y colocó en cada escalón. Me gustaba cómo se veía y mañana se lo diría.

Dejé sonar un silbido agudo para Ed. Cuando corrió hacia el otro extremo del granero, esperé a que me siguiera hasta la casa. Agotado por la emoción de una reunión familiar en Highfield House, hizo un círculo alrededor de su cama para perros, gimió una vez y se dejó caer en el centro.

La casa estaba en silencio, pero una pequeña luz brillaba en la cocina. Guardé con cuidado los envases para llevar que Tootie me dio y saqué un papelito de un cajón y le escribí a Sylvie una nota rápida.

Daryl:

Tootie insistió en que te trajera algo de comida y la pusiera en el refrigerador. Dijo que necesitabas extras porque estabas comiendo por dos. Al parecer, ella piensa que nuestro bebé es del tamaño de Orson Welles y no un aguacate.

~Oates

Hice una pausa y fruncí el ceño ante mi nota.

Esperaba que supiera que intentaba ser gracioso y no que pensara que parecía un actor sobredimensionado de antes de nuestra era.

Coloqué cuidadosamente la nota junto a mi taza de café favorita y una bolsita de té. Llené la tetera y la puse al fuego para que estuviera lista si quería té por la mañana.

El Sugar Bowl cerraba el día después de Acción de Gracias, pero el trabajo en la granja no se detenía por el relax postvacacional. Tenía ganas de llegar al fondo de quien estaba explorando nuestra tierra.

Hice una pausa y volví a escuchar. Me aguzaron los oídos, pero solo oí el silencioso crujido de una vieja granja. Rodé los hombros, me pasé una mano por la nuca y la apreté, con la esperanza de liberar el nudo de tensión que se había formado ahí. Puede que Sylvie y yo viviéramos juntos, pero existíamos separados, un hecho que me roía las entrañas.

Me desabroché las botas y las dejé junto a la puerta trasera antes de subir las escaleras. No me apetecía nada pasar otra noche apretado en

aquella cama demasiado pequeña, pero me consolaba saber que Sylvie no se quejaba de haber ocupado el dormitorio principal.

Sus náuseas parecían haber disminuido un poco, pero me dijo riendo que fueron sustituidas por unas ganas casi constantes de ir al baño. Puede que fuera un pequeño gesto, pero ceder mi dormitorio fue la decisión correcta, era lo menos que podía hacer.

Las escaleras crujieron bajo mi peso al subir al segundo piso. Las paredes de la vieja granja eran delgadas y podía oír el débil zumbido de un ventilador y el susurro de las sábanas.

Me detuve frente a su puerta, con la indecisión carcomiéndome. Levanté el puño dispuesto a tocar suavemente y desearle *Feliz Acción de Gracias* y buenas noches.

Un ruido desconocido me paró en seco. Me detuve a medio golpe, oyendo un gemido gutural que flotaba a través de la puerta. Se me hizo un nudo en la garganta y la sangre me subió a la polla. Mi polla cobró vida cuando me di cuenta de que el zumbido procedía de Sylvie.

Volví a escuchar. *No* era el zumbido de un ventilador... *Un vibrador.*

La sangre me latía entre las orejas mientras mi polla se engrosaba. Me invadió una oleada irracional de celos.

¿Estaba ahí con alguien?

—Oh, Duke...

Tenía la polla dura como una piedra y me la palpé a través de los jeans. Oír mi nombre en susurros entrecortados en los labios de Sylvie era demasiado, me incliné más para distinguir las palabras amortiguadas.

—Más, Duke. Sí. Dios. *Sí.*

Mierda.

A menos que Sylvie estuviera detrás de la puerta con alguien que compartiera mi nombre, lo más seguro es que se estuviera tocando y pensando en *mí*.

Mi mano se detuvo sobre el picaporte. Quería irrumpir y tocarla de verdad, pero su zumbido necesitado me detuvo. Si realmente hubiera querido que la tocara, me habría dicho algo, me habría dicho de alguna manera que me deseaba como aquel día en la playa.

Pero *mierda*, si quería excitarse pensando en mí, también me parecía bien.

En lugar de abrir la puerta, me desabroché rápidamente el cinturón y los jeans y me bajé la cremallera. En un rápido movimiento, liberé mi adolorida polla y le di un fuerte tirón. Apoyé una mano en el marco de la puerta, soportando mi peso, y la madera crujió bajo mi palma. Me detuve a escuchar.

—Sí, Duke, por favor sigue.

—Oh, seguro que sí —susurré.

Conseguí no gemir. El vibrador de Sylvie zumbaba de fondo mientras me escupía en la palma de la mano y empezaba a acariciarme. Mi polla palpitaba, protestando por no sentir algo real. Quería enterrarme en su coño caliente y apretado, oír sus gemidos desesperados mientras la acariciaba uno tras otro.

Cuando sus gemidos se apagaron, imaginé que tenía la cara enterrada en la almohada.

Mi almohada.

—Duke... —El grito ahogado de Sylvie diciendo mi nombre mientras se tocaba fue mi perdición.

Las yemas de mis dedos rozaron la puerta de madera mientras mi palma se aplastaba contra ella.

—Sylvie. —Soné más enojado de lo que pretendía.

Su respiración agitada me hizo detenerme.

—No te detengas —le ordené, acariciándome la polla mientras cerraba los ojos e imaginaba estar en la habitación con ella.

Su voz era tensa pero segura.

—No lo haré.

Luché por mantener el control mientras me acariciaba. Mis abdominales se flexionaban mientras bombeaba en mi puño.

—¿Sigues ahí? —susurró.

—Sí —gemí, odiando la distancia que nos separaba.

—¿Te estás... Estás tocándote?

—Seguro que sí.

—Estoy cerca... por favor no pares. Lo siento. Solo necesito...

Me estaba acercando al borde del abismo, así que me eché la mano al cuello y me quité la camisa mientras le hablaba a través de la puerta.

—No lo sientas. Yo también lo necesito.

Su gemido, ya no sofocado, retumbó en la oscuridad. No podía respirar. El aire se me pegaba a los pulmones en gruesas bocanadas. Apreté la mandíbula y se me formó un nudo en la base de la columna. Cada vez que mi pulgar rozaba la cabeza de mi polla, una sacudida de calor la recorría. Cerré los ojos e imaginé a Sylvie desnuda ante mí.

—Duke.

Mi nombre en sus labios me impulsó con más fuerza. Apreté los dientes y me consumió, ahogándome en ella.

Sylvie gritó y luego soltó el aire de sus pulmones con un resoplido de satisfacción. Gruñí unos últimos tirones antes de contener un gemido y correrme detrás de ella. Incliné las caderas, inclinando la polla para que el semen se acumulara en mis abdominales inferiores.

Mi respiración era tan agitada como la suya. Pequeños puntos negros llenaban mi visión y me temblaban las rodillas.

—Gracias. —De repente sonaba tímida e insegura.

Agotado, apoyé la frente en la puerta.

Necesito decírselo. Decirle que la quiero y que existir codo con codo me está matando.

—Buenas noches, Duke.

Me enderecé y me tragué mi confesión.

—Buenas noches, Sylvie.

Cuando las sábanas crujieron detrás de la puerta, me enderecé, volví a meterme la polla en los jeans y me dirigí al segundo cuarto de baño.

Cerré la puerta en silencio y accioné el interruptor. La luz dura y cegadora me hizo entrecerrar los ojos. Reprimí una maldición y me vi en el espejo.

Bueno, mierda.

Acababa de correrme junto a Sylvie, escuchándola mientras se daba placer pensando en mí. Tal vez estaba mal, pero mierda, fue sexy.

Una parte de mí esperaba que la tensión que se fue creando entre nosotros se disolviera por fin. Tal vez entonces ella no consumiría cada rincón de mi mente. Eché un último vistazo a mi reflejo antes de sacudir la cabeza y apagar la luz.

Maldito idiota.

De algún modo, Sylvie se abrió camino hasta el corazón que yo cuidé de mantener endurecido. Saber que me deseaba tanto como yo a ella lo hacía aún peor. Me odiaba a mí mismo por fingir que me deseaba como yo la deseaba a ella: con todas mis fuerzas. Desesperado y hambriento de más.

Si Sylvie fuera cualquier otra persona, probablemente ya habría desnudado mis sentimientos, pero ella tenía planes de irse, escapar de este pueblo y no volver nunca la vista atrás. Era un sueño que no podía imaginarme robándole. Ella nunca había tenido elección, y no se la iba a quitar.

Pero una cosa sabía con certeza, cuando ella y nuestro hijo se fueran, Sylvie se llevaría con ella los últimos restos de mi alma.

20

Sylvie

Dormí como un muerto.

Se podría pensar que ser atapada por un hombre mientras gritaba su nombre y luego correrme mientras él se acariciaba detrás de la puerta de la habitación me tendría despierta contemplando las decisiones de mi vida durante horas, pero *no*. Después de asearme, volví a acurrucarme en la cama de Duke y pasé la mejor noche de sueño que había tenido en meses.

Si la dura luz que entraba por la ventana servía de indicación, incluso dormí hasta tarde.

No te detengas.

El recuerdo de su voz tensa y ronca mientras ambos nos tocábamos me estremeció. Tomé una almohada y me la puse en la cara mientras gritaba y pataleaba. Solo de pensarlo se me aceleraba la sangre y mi cuerpo se preparaba para el segundo asalto.

Dios. ¿Cómo iba a enfrentarme a él?

¿Tenía que acercarme, tenderle la mano e inventarme algo que decirle? *Oh, sí. Pues sí, hola. Buenos días, señor. De hecho me atrapaste masturbándome y gritando tu nombre cuando pensaba que estaba sola en casa, y en vez de mortificarte, te uniste a mí y te corriste a mi lado. Que tengas un buen día.*

Bajé las piernas de la cama, me levanté y me acerqué a la ventana. Me asomé por la cortina y, si me inclinaba lo suficiente hacia la derecha,

apenas podía distinguir la esquina del granero. La gran puerta del granero estaba abierta y me senté sobre los talones con un suspiro.

¿Ese hombre descansa alguna vez?

Aliviada de que tendría al menos unos minutos para recomponerme, me restregué ambas manos por la cara.

Una imagen de la noche anterior pasó por mi mente. Lo tensa y desesperada que era la voz de Duke, la dureza de su susurro fue lo que me llevó al límite.

Me tomé mi tiempo para prepararme para el día, incluso me maquillé un poco ahora que mi color subyacente no era un tono permanente de verde.

A las diecisiete semanas, ya no usaba pantalones normales, pero no podía negarlo: la cintura elástica de los pantalones premamá era bastante cómoda. Una blusa vaporosa seguía ocultando mi barriguita, pero últimamente había renunciado a esconderla. Ahora que era algo más que un bebé burrito, pensaba que la barriguita quedaba muy bien en mi cuerpo.

Quizás esto es lo que internet quería decir con el resplandor del segundo trimestre.

Bajé de puntillas las chirriantes escaleras. De hecho, fueron esas escaleras las que me ayudaron a darme cuenta de que Duke volvió a casa anoche. Oí sus pesadas pisadas sobre la vieja madera, y cuando vi que su sombra se detenía en mi puerta y no se iba, supe que estaba ahí.

Podría haber parado o haberme callado, pero no lo hice. No *pude*.

La cocina de la granja estaba en silencio y sonreí en cuanto vi la taza de café y el té junto con una nota de Duke. Se había convertido en un ritual matutino tácito que esperaba con impaciencia cada día.

Encendí la estufa y, mientras se calentaba la tetera, abrí el refrigerador para echarle un vistazo a las sobras que me trajo Duke. Cuatro recipientes desechables estaban apilados a la altura del estante del refrigerador. Adentro había una plétora de pavo asado, puré de papas y

salsa, camotes, judías verdes y *dos* tipos diferentes de relleno. En el último contenedor di con el premio gordo: Tarta.

Jodidamente. Tanta. Tarta.

Decidida a que desayunar tarta no era tan diferente de atiborrarme de panes de Huck, tomé un tenedor y le di un enorme bocado a la tarta de manzana fría directamente del envase.

No me sentía orgullosa.

—Mmm —tarareé encantada. A veces los restos fríos de tarta recién sacados del refrigerador eran casi tan buenos como un orgasmo.

Casi.

La tetera silbó, vertí el agua caliente en la taza de *Sullivan Farms* y empecé a remojar el té. Le di un último bocado furtivo a la tarta antes de sostener la taza caliente entre las manos.

Desde la ventana podía ver que el tiempo de finales de noviembre estaba sufriendo una crisis de identidad. La hierba relucía escarchada mientras el sol de la mañana se deslizaba por el césped. La nieve de la semana pasada ya se había descongelado, pero yo no era tonta.

Sabiendo que el aire estaría fresco mientras tomaba el té en el porche, me puse mi abrigo, me tapé la cabeza con un gorro de punto y me puse un par de guantes sin dedos.

Fruncí el ceño ante mis botas de invierno. Agacharme para atármelas empezaba a ser un poco incómodo, y solo quería estar fuera unos minutos para absorber algo de vitamina D mientras me tomaba el té de la mañana.

Si tenía suerte, podía esconderme detrás de la taza y echarle un vistazo furtivo a Duke mientras trabajaba en la granja. Con un resuelto movimiento de cabeza, metí los pies en un par de viejas y gastadas botas de trabajo de Duke.

Sus enormes y pesadas botas no hacían ruido cuando salí por la puerta y entré en el porche. Había empezado a decorarlo poco a poco para el otoño y me alegré de que a Duke no parecieran importarle los sutiles cambios femeninos de su casa de soltero.

Los robustos crisantemos aún aguantaban, pero las reservas de maíz seco habían visto días mejores. Al terminar ayer las fiestas de Acción de Gracias, lo tomé como una señal para empezar a decorar para Navidad.

Me pregunté qué opinaba Duke de las luces de Navidad. ¿Prefería las de colores o las blancas? Me reí. El granjero gruñón probablemente disfrutaba de una Navidad sin lujos ni luces.

Bueno, no este año, Oates.

Me paré en el último escalón, viendo hacia Sullivan Farms, con una mano protegiéndome los ojos del brillante sol de la mañana. El corazón se saltó un latido cuando lo vi. Desde sus pesadas botas hasta la forma en que sus gruesos muslos ponían a prueba los límites de sus jeans, pasando por la gruesa chaqueta de lona que llevaba desabrochada a pesar del frío invernal, Duke Sullivan era todo un hombre.

Sus zancadas se comieron la distancia que nos separaba mientras yo levantaba la mano en un tímido gesto.

Venía hacia mí, y rápido.

Intenté sonreír amistosamente.

—Buenos días, yo...

En tres zancadas subió los escalones del porche y su boca se estrelló contra la mía. Con una mano agarré la taza y con la otra me apoyé en su bíceps duro como una roca, incluso bajo la ropa y las capas de invierno, era duro y exigente.

Mis huesos se volvieron líquidos. Sus dientes me rozaron el labio y, mientras jadeaba, su lengua se deslizó sobre la mía. Lo agarré con más fuerza, inclinándome hacia el beso. Quería más, más de él, más de esto, más de todo.

Jadeé cuando rompió el beso y apretó su frente contra la mía.

—Buenos días.

Su voz profunda me produjo escalofríos.

—Ya lo creo que sí.

Un burbujeo estalló justo debajo de mi ombligo. Me eché hacia atrás, con los ojos muy abiertos. Las cejas de Duke se unieron por la mitad mientras mi mano volaba hacia el bajo vientre.

—Creo que... —Tanteé a mi alrededor, esperando volver a experimentar la sensación efervescente—. Creo que el bebé se acaba de mover.

Sus ojos volaron a mi estómago y volvieron a los míos. Su mano se flexionó al extenderla tentativamente.

—¿Puedo?

Tragué saliva pero asentí.

La ancha palma de su mano cubrió casi toda la parte inferior de mi vientre, y yo cubrí mi mano con la suya.

—No estoy segura, no es la primera vez que siento algo así, pero esto fue... más. —Levanté los hombros—. Diferente. Los libros que estoy leyendo dicen que probablemente pasarán unas semanas más antes de que alguien más pueda sentirlo también.

—Está bien. —Su voz apenas superaba un susurro, y sus palabras estaban impregnadas de asombro.

Dejé que el calor de su mano se filtrara en mí y recé para volver a sentirlo. No tuve valor para decirle que no estaba segura de si era el bebé o una burbuja de gas. Me dejé caer sobre él, intentando evitar que mi té se derramara por el borde, y los brazos de Duke me rodearon.

—No deberías quedarte aquí mucho tiempo. Hace demasiado frío esta mañana.

Moví la cremallera abierta de su abrigo arriba y abajo.

—¿Y tú?

—No te preocupes por mí. —Duke me soltó y sonreí a aquel hombre tan guapo—. ¿Comiste?

Mi sonrisa se volvió tímida.

—Desayuné tarta.

Se rio, y crujió en su garganta como si estuviera oxidada por el descuido. Me enamoré de su sonido rico y cálido.

—Eso sirve. —Me guiñó un ojo mientras se le escapaba una risita. Su mano se movió desde mi hombro hasta mi codo antes de agarrar mi muñeca—. Cena conmigo. Tengo trabajo que hacer hoy en, pero me encantaría cenar contigo esta noche.

El vértigo me recorrió, pero me encogí de hombros.

—Es una cita.

Me di la vuelta para volver a entrar y escapar del frío que empezaba a hacer cuando me dio una rápida nalgada en el trasero. Chillé y giré la cabeza para captar su sonrisa juguetona.

Observé a Duke mientras caminaba a grandes zancadas por el césped y volvía al granero. Las burbujas de mi estómago volvieron a burbujear y me llevé una mano temblorosa al vientre.

—Lo sé, bebé. Lo sé.

John Oates: *Terminando aquí. Todavía me gustaría llevarte a cenar. ¿Puedes estar lista para las seis?*

Para nuestra cita, elegí un suave vestido de punto en un delicado color crema. El vestido era lo suficientemente amplio como para que me cupiera, y el cinturón acentuaba mi creciente barriguita. El vestido era corto, me llegaba justo por encima de las rodillas, y lo combiné con unas botas altas de piel con tacón plano. Era cómodo, pero también bonito. Nerviosa por la cita, incluso me tomé más tiempo para maquillarme un poco y ondularme el cabello.

Bajé las escaleras y doblé la esquina de la cocina para encontrarme a Duke de pie, con la mano agarrada al respaldo de una silla, y me detuve. Aún con botas y jeans, cambió su típica camiseta por un jersey de punto azul marino. Los dos botones de carey estaban desabrochados, lo que me permitió ver su clavícula. El jersey se extendía sobre su pecho

musculoso y se pegaba a sus bíceps. Sus jeans estaban limpios y llevaba un cinturón de cuero marrón.

Se me secó la boca al verlo.

Duke me vio y suspiró, frotándose las manos como si se sintiera tan nervioso como yo.

—Te ves impresionante, Sylvie.

Sonreí y mis ojos se posaron en el suelo.

—Tú también te ves muy bien.

Me ayudó a ponerme el abrigo y, mientras caminábamos hacia su camioneta, me abrió la puerta del auto y se aseguró de que estuviera adentro antes de cerrarla. Seguí sus elegantes movimientos mientras rodeaba el capó y subía.

—Pensé que podríamos ir a Rivale, a menos que te apetezca algo diferente.

Rivale Familiare era uno de los restaurantes que quedaban en el pueblo que no había elegido un bando King o Sullivan, a pesar del nombre. Era algo bueno y malo a la vez. Significaba que había las mismas posibilidades de toparse con cualquiera de los dos miembros de nuestra familia, pero tenían el mejor pan de ajo del pueblo, y mi estómago gruñó al pensarlo.

—Es perfecto.

El trayecto hasta Rivale fue agradable, aunque un poco callado. Llevaba semanas viviendo en casa de Duke, pero una cita con él en público me parecía un gran paso.

Se me escapó una risita mientras me llevaba la mano al vientre y me reía de lo ridículo de aquel pensamiento.

—¿De qué te ríes?

Sacudí la cabeza.

—Nada. Solo pensaba en lo nerviosa que me pone esta cita cuando, bueno.... —Señalé mi barriga.

Se rio entre dientes y se le frunció la cara.

—Sí, es un poco *poner el auto delante de los bueyes*, ¿no? —Se pasó una mano por el muslo vestido de mezclilla—. Lo siento.

Sintiéndome valiente, le tomé la mano.

—Yo no.

Tragué con fuerza y mi garganta se cerró. Él movió la mano, la puso encima de la mía y la sujetó.

Rivale estaba lleno para ser un viernes por la noche, y al estar fuera de la temporada turística principal, los ojos que seguían nuestra entrada eran todos de pueblerinos. Las bocas estaban abiertas. La gente se inclinaba para susurrar y fingir que no estaban señalando. En el pueblo, todo el mundo sabía que un Sullivan había embarazado a una King, pero ahí estábamos nosotros, exhibiendo mi barriguita delante de todo el mundo. Éramos carne de chisme.

La suave mano de Duke en la parte baja de mi espalda fue mi único consuelo, y dejé que me guiara mientras seguía a la anfitriona hasta nuestros asientos. Él me acercó la silla y, cuando la movió hacia delante, prácticamente pude oír el desmayo colectivo que venía de detrás de mí.

Duke fue el perfecto caballero, permitiéndome pedir primero y escuchando atentamente mientras le contaba mi tranquilo día con un largo baño caliente y un libro lleno de vapor.

Gran error, por cierto. No podía dejar de imaginarme a Duke como el malhumorado protagonista que en ese momento follaba a su niñera hasta el olvido. *Corrección: él me follaba* a mí *hasta el olvido.*

—Estaba tan cansada después de un día tan ocupado ayer, ¿sabes?

Duke tarareó en señal de acuerdo, pero no me vio.

—¿Qué tal tu Acción de Gracias?

Suspiré y me pasé una frambuesa por los labios.

—Oh, ya sabes. Típica reunión familiar King.

Sus ojos se posaron en los míos.

—Oh. —Me reí entre dientes—. Yo... supongo que no lo sabes, de hecho. Bueno, resumiendo, mi papá no se molestó en aparecer. JP tuvo la nariz en su teléfono todo el tiempo, trabajando en algún negocio. —Puse los ojos en blanco mientras citaba al aire *negocio*. JP siempre se tomaba a sí mismo demasiado en serio, y odiaba admitirlo, pero se estaba volviendo igual que mi papá—. Abel estaba ahí, lo cual fue agradable, pero es tan callado. Es difícil entenderlo. MJ no tenía trabajo, así que me encantó, pudo estar con nosotros, y Royal estaba... —Me reí—. Bueno, él es Royal.

Duke apretó la mandíbula al oír hablar de mis hermanos, pero no me interrumpió.

—Royal no paraba de hablar de que alguien puso la dirección de la tienda de tatuajes para un encuentro de furry local. —Vi fijamente a Duke—. Tú no sabes nada de eso, ¿verdad?

No pasé por alto el pequeño tirón en la comisura de sus labios antes de que negara con la cabeza.

—No.

Levanté una ceja.

—Ajá.

Levantó ambas palmas.

—Prometo que no tuve nada que ver, pero no puedo asegurarlo cuando se trata de Lee. Le encanta esa mierda.

Me reí y me pasé la servilleta por el regazo.

—Lo juro, si lo piensas de verdad, es increíble lo parecidos que son todos.

Mis hombros se hundieron ante la realidad de nuestra situación. Nuestras familias no se parecían, ni de lejos. De hecho, se *odiaban*, y nosotros íbamos a traer un bebé al centro de esa dinámica negativa. Se me llenaron los ojos.

Duke se acercó y puso su mano sobre la mía.

—Hey.

Dejo escapar un suspiro tembloroso.

—Lo sé, solo desearía que hubiera alguna forma de que todos se llevaran bien. Ni siquiera tienen que gustarse, pero algo un poco más suave que el *odio* estaría bien, ¿sabes?

Sus rasgos eran duros. No conocía todos los detalles, pero sabía que los orígenes de la disputa entre los King y los Sullivan se remontaban a varias generaciones. Solo conocía las historias del lado de los King. Mentiras. Secretos. Tratos comerciales subrepticios. Enfrentamientos constantes. Líneas trazadas en la arena mientras se hacían alianzas.

Solo podía imaginar lo que contaba el lado de Sullivan de esa historia.

Vi a Duke.

—¿Cómo vamos a hacer que esto funcione?

Frunció el ceño y vio nuestras manos.

—Creo que el truco está en encontrar dos piezas que conecten, así tendremos por dónde empezar.

—¿Qué quieres decir?

Me vio con ojos esperanzados y se encogió de hombros.

—Quizá MJ. Es posible que ella pueda ser nuestra pieza del rompecabezas. Empezamos a construir ahí, y el resto caerá en su sitio.

Reflexioné sobre sus palabras. MJ sentía debilidad por Duke, y toda mi familia sentía debilidad por ella. También mantuvo en secreto mi amistad con Duke. Tal vez ella *podría* ser la pieza que ayudara a cerrar la brecha entre nuestras familias.

—¿De verdad crees que podría funcionar?

Sus ojos oscuros se clavaron en los míos.

—A pesar de todos en este pueblo -en el mundo entero-, en realidad solo somos nosotros. ¿Por qué dejamos que ellos decidan cuándo podemos ser felices?

Cuando lo decía así, con tanta seguridad, parecía tan sencillo.

Por primera vez, me aferré a algo nuevo.

Esperanza.

one

21

Duke

Daryl Hall: *Dato gatuno #227: Tu gato te marca frotándose contra ti para combinar su olor con el tuyo y reclamarte como de su propiedad.*

Yo: *¿Me volviste a robar la sudadera?*

Daryl Hall: *Seguro que sí.*

La corteza erosionada de los arbustos de arándanos era plateada y gris. Las mañanas eran inquietantemente silenciosas. Había nevado y los campos estaban cubiertos de polvo. La granja necesitaba ese duro reajuste. El letargo no hacía más que prepararlos para la próxima temporada, ya que sus cañas rojas contrastaban con el crujiente cielo invernal. Con los campos preparados para el invierno y el equipo guardado, se ofrecía la oportunidad de revisar los libros, comparando los beneficios y las pérdidas de años anteriores.

Sullivan Farms había superado otro año de éxitos.

Me recosté en la silla, dejé los lentes sobre el escritorio y me presioné la cuenca de los ojos con el pulgar. Necesitaba salir de casa, de la granja y despejarme. Vi el reloj y me di cuenta de que era tan buen momento como cualquier otro para ver qué hacía papá, así que tomé las llaves y me dirigí hacia las afueras del pueblo.

Nunca podrían ocultar el inconfundible olor a antiséptico, por mucho ambientador que echaran en Haven Pines. Mis botas pisaban fuerte en un camino familiar hacia el ala de cuidados de la memoria de la

residencia de ancianos. Asentí con la cabeza y saludé escuetamente a las enfermeras de rostro familiar.

El ensayo clínico de papá iba por buen camino y, aunque seguía habiendo días difíciles, poco a poco los días buenos habían empezado a superar a los malos. Era nuestro primer rayo de esperanza de que no lo perderíamos del todo, al menos no tan rápido como pensamos.

Cuando me llevaron al ala de cuidados de la memoria, me di cuenta de que la luz del porche de la habitación de papá estaba apagada. Eso significaba que no recibía visitas o que estaba fuera de casa.

Levanté el puño para llamar, esperando que fuera lo segundo.

—Buenos días, Duke —cantó MJ, y me giré hacia ella. Llevaba una bata rosa y empujaba un carrito de ordenador por el pasillo hacia mí.

—Hola, MJ. —Asentí con la cabeza—. ¿Has visto a Red?

Su cara se torció de asombro.

—¿Quién? Dios, perdimos uno de nuevo, ¿no?

La vi aburrido y ella soltó una carcajada. Se apoyó en el carrito mientras reía. Siempre he sentido debilidad por MJ, aunque nunca se lo diría a nadie.

—No lo sé, Duke, ese chiste nunca pasa de moda. —Con un suspiro exagerado, apoyó la barbilla en la mano—. Fue con Fred, nuestro hombre de mantenimiento. Están en el nuevo barrio de Haven Pines. Creo que están pintando.

Asentí con la cabeza.

—Bien. Eso es bueno para él.

El trabajo físico siempre parecía hacer que mi papá se sintiera mejor. Despejar algunas telarañas de su mente.

MJ señaló la radio que llevaba en la cadera.

—¿Quieres que llame a Fred por ti?

Negué con la cabeza.

—No, no quiero distraerlo si está teniendo un buen día.

—Está teniendo un gran día. —Sonrió—. Estoy esperanzada con este ensayo clínico. Parece que está funcionando bien.

Quería tener esperanzas, de verdad, pero también conocía la realidad del diagnóstico de papá.

—Así que... —MJ empezó a pulsar el teclado de su ordenador, pero sus ojos se desviaron hacia mí—. Escuché que necesitas un espía dentro.

Movió las cejas en mi dirección y puse los ojos en blanco.

—Veo que hablaste con Sylvie.

Se enderezó y me sonrió.

—Claro que sí. Es mi única hermana, y mira, sé que estás haciendo esto por ella, así que te quiero por eso. Si necesitas que adule a los brutos de mi familia, haré lo que pueda.

—Me conformaría con que no le hicieran las cosas más difíciles a Sylvie.

Me guiñó un ojo juguetonamente mientras me señalaba.

—Sabía que había un gran viejo blandengue ahí.

—No soy blando —gemí.

Se enderezó y movió los hombros.

—¿En serio?

Suspiré y empecé a caminar.

—Adiós, MJ.

Su carcajada resonó en el pasillo y volvió a reírse cuando un residente la hizo callar. Probablemente, aliarse con otro King era un puto error, pero lo haría por Sylvie.

Con el papeleo hecho y sin mucho que hacer en el campo, me acomodé en un sillón reclinable con un viejo libro de bolsillo. Necesitaba cualquier cosa para distraerme del hecho de que a Sylvie se le escapó que se dirigía al piso de arriba para darse un baño caliente en mi bañera.

Luché contra la imagen mental de la parte superior de sus pechos asomando por encima de la línea de agua, rodeados de deliciosas burbujas.

Maldita sea, el embarazo le había puesto las tetas redondas y llenas, y yo quería tocarlas. Probarlas.

Me propuse salir con Sylvie, ayudarnos a conocernos y ver si éramos capaces de resolver lo de la paternidad compartida. Quizá Savannah le resultara menos atractiva si supiera que no tendría que hacerlo sola, que habría alguien aquí que se preocuparía por ella y haría todo lo que estuviera en su mano para cuidar de los dos.

Me sorprendí cuando Sylvie bajó las escaleras y entró en el salón en pijama holgado y con mala cara.

Levanté la vista de mi libro y sus hombros se hundieron.

—Me acaloré, luego me puse a sudar y no podía relajarme. Estoy.... —Levantó las manos y las dejó caer petulantemente sobre la parte exterior de sus muslos—. Incómoda.

Me quité los lentes por la nariz y los coloqué encima del libro de la mesita auxiliar. Ella era adorable y perfecta, y odiaba no poder hacer nada para que se sintiera mejor cuando se estaban produciendo tantos cambios en su propio cuerpo.

—Tengo una idea. —Me levanté, me acerqué al sofá y lo señalé con la mano—. Siéntate bien.

Me vio con los labios fruncidos, pero se dejó caer en una esquina del sofá con un resoplido. Ahogué una risita y subí corriendo a tomar una loción del cuarto de baño.

Cuando volví, me acerqué al extremo opuesto del sofá y me di una palmada en el regazo.

—Dame tu pie.

Me eché un poco de loción en la palma y me froté las manos antes de deslizarlas por su pie. Mis pulgares se clavaron en su arco y su cabeza cayó hacia atrás con un gemido. El sonido gutural y primitivo me hizo moverme en el asiento.

—¿Qué estás haciendo?

Reprimí una sonrisa.

—Te estoy enseñando lo que significa que te cuide un hombre como yo.

Antes de que pudiera responder, le presioné el pie con los pulgares.

—¿Ahí? —pregunté mientras mis pulgares se clavaban en un punto de presión en la parte inferior de su arco.

Sus manos se agarraron a los lados del sofá.

—Dios, sí.

Me encantaba arrancarle esos gemidos jadeantes. Solo deseaba que fueran porque me deslizaba dentro de ella y no por un simple roce de pies.

No seas el idiota que finge que un masaje en los pies no es una trampa para meterse en sus pantalones.

No. Lo. Hagas.

Le apliqué la loción en la piel y me tomé mi tiempo para frotarle los dos pies antes de pasar a los músculos de las pantorrillas. Movió las piernas y me vi recompensado con un tentador destello de su coño desnudo bajo el endeble pantalón corto del pijama.

Mierda.

Mi mandíbula se tensó mientras apretaba los dientes y me concentré en su cara y en ayudarla a relajarse.

—Solo quiero que te sientas bien. Tu cuerpo está trabajando mucho.

Mis manos se movieron por encima de su pantorrilla y sobre su rodilla.

—Estoy tan... —Hizo una pausa y mis ojos se encontraron con los suyos—. Caliente —susurró.

Tragué saliva con dificultad mientras mis resbaladizas palmas se movían más arriba en su pierna, y me moví.

—Puedo ayudarte con eso. —Apreté los músculos suaves y firmes de sus muslos—. Si lo necesitas.

La respiración de Sylvie se convirtió en jadeos superficiales. Debajo de la camisa del pijama, sus pezones eran duros guijarros que se clavaban en la fina tela. Volvió a retorcerse, mis largos dedos se acercaron al dobladillo de sus diminutos pantalones cortos, pero no más. No sin su permiso.

—¿Eso es lo que quieres, bebé? ¿Necesitas correrte?

—Mierda, Duke. —Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el reposabrazos del sofá. Sus caderas se inclinaron hacia arriba—. Sí. —Tragó saliva y susurró—: Por favor, haz que me corra.

Me aferré con fuerza al último hilo de control que me quedaba mientras me lamía los labios y me arrodillaba. Moví sus caderas con cuidado de ser suave, pero lo bastante brusco como para moverla exactamente donde quería. Mis ojos recorrieron su hermoso y cambiante cuerpo mientras las yemas de mis dedos patinaban sobre la tela exterior de su pijama.

Mis dedos se engancharon en la cintura de sus pantalones cortos y los arrastré con tortuosa lentitud por sus suaves muslos. Sus dedos tantearon los botones de la camisa mientras yo levantaba con cuidado sus piernas y jalaba los pantalones a un lado.

Seguí un camino de besos por su muslo antes de detenerme para respirar hondo por la nariz.

—*Mierda,* qué bien hueles. —Estaba temblando y necesitada incluso antes de que la hubiera tocado—. Voy a destrozarte hasta que todo tu cuerpo se relaje. Mis dedos, mi lengua, mi polla.... —Me palpé la polla a través del pantalón deportivo—. Lo que necesites para correrte, te lo daré.

—Sí —respiró—. Sí a todo.

Sonreí con satisfacción y bajé la cabeza. Con los dedos, la abrí para mí antes de meterle la boca. Había soñado con el sabor de Sylvie, pero nada comparado con la realidad: estaba caliente y húmeda. La devoré como

un hambriento, aprovechando cada jadeo y cada suspiro para saber exactamente lo que le gustaba.

Le di una palmadita en la parte posterior de un muslo, empujando su pierna hacia arriba e intensificando el ángulo. Gritó, su coño se apretó contra mi lengua y sus caderas se agitaron. Le acaricié el clítoris con el pulgar opuesto y dejé que mis dedos se deslizaran por su vientre hinchado.

Mi polla, dura como una roca, palpitaba. Una de sus manos se enredó en mi cabello y lo jaló. Gruñí dentro de ella y disfruté del escozor y el tirón de su mano en mi cabello. Golpeé su clítoris, y ella explotó a mi alrededor. Devoré su orgasmo con avidez mientras ella se disolvía. Deslicé un dedo dentro de ella, disfrutando del arrastre y el tirón de su coño mientras los pequeños músculos temblaban alrededor de mi dedo.

—Sí. —Tenía los ojos cerrados y las mejillas sonrojadas mientras le metía un dedo en el coño.

»Más —gimió.

Sonreí satisfecho. *Esa es mi pequeña chica codiciosa.*

—¿Sí? —pregunté mientras volvía a acariciarme la polla—. Aún no has terminado, ¿verdad? Creo que tendrás suficiente cuando te recuerde cómo se estira tu coño alrededor de mi polla.

Se ruborizó cuando me incliné para succionar el duro y sonrosado capullo de su pezón. Mientras mi lengua lo rozaba, enganché mis dedos en su interior hasta encontrar el punto que la hizo apretarlos de nuevo.

—Mierda, te ves tan sexy —grité.

Saqué los dedos de su interior y los lamí mientras sus ojos bailaban de deseo. Me llevé una mano a la nuca y me quité la camisa por el cuello. La aprobación ansiosa de sus ojos me hizo sentir un orgullo primitivo. Me metí la mano en el pantalón y liberé mi polla. Incliné la cabeza hacia su coño y la arrastré por su humedad.

—Puedo ponerme un condón —dije mientras le acariciaba la entrada con la punta.

—No. —Jadeó—. Mierda, no. Quiero sentirte todo.

—¿Desnudo? —La idea de que no hubiera nada entre nosotros mientras la empalaba con mi polla era demasiado.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios mientras se retorcía.

—No puedes dejarme embarazada dos veces.

Acuné sus caderas entre mis manos mientras miraba su hermosa figura.

—Tienes que decírmelo: si el ángulo no es el correcto o algo no te gusta, quiero que me lo digas.

—Lo haré, solo... por favor. Por favor.

Su coño estaba tan jodidamente apretado mientras deslizaba mi polla desnuda dentro de ella. Gemimos al unísono.

Mientras me enterraba hasta la empuñadura, apreté las yemas de mis dedos, haciendo hendiduras en la suave piel de sus caderas mientras me controlaba.

—No tienes ni idea de lo difícil que es no follarte duro en este momento.

Su mano me agarró la nuca y apretó.

—Hazlo. No quiero suavidad ahora. Quiero que me folles. Fóllame como si no tuvieras suficiente de mí.

Sus palabras eran todo el permiso que necesitaba. Puse la palma de mi mano en el centro de su pecho, inmovilizándola contra el sofá mientras empujaba mis caderas hacia adelante y la embestía una y otra vez. Mi polla bombeaba dentro de su calor apretado. Mis pelotas me gritaban, rogándome que la siguiera follando hasta que me corriera.

Quería que se corriera, quería sentir cómo Sylvie se deshacía bajo mis manos con mi polla enterrada en su interior. La penetré con movimientos largos y sedosos. Le apreté los pezones y los hice rodar entre mis dedos como la había visto hacerse antes. Sus caderas se sacudían golpe a golpe.

Ella jaló sus rodillas hacia su pecho, profundizando el ángulo mientras yo me alzaba sobre ella y martilleaba su apretado y húmedo coño. La dureza del suelo bajo mis rodillas no era rival para mi deseo de arrancarle otro orgasmo.

Me concentré en los delicados rasgos de su rostro hasta que sus ojos color miel se encontraron con los míos. Me perdí en ellos, en ella, mientras la follaba una y otra vez.

—Mía. —La palabra se escapó de mis labios mientras me la follaba—. Tú eres mía.

Me agarró por la nuca y no rompió el contacto visual.

—Sí. Sí, soy tuya.

Desplacé mi peso y rechiné mi pubis contra su clítoris mientras mi polla penetraba más profundamente en su interior. Se le pusieron los ojos vidriosos y los apretados pulsos rítmicos de su coño apretaron mi polla mientras se corría. Su orgasmo se deslizó por la base de mi polla hasta mis pelotas.

Tan jodidamente sexy y toda mía.

Mi polla palpitaba mientras me vaciaba dentro de ella. Apoyé los brazos a ambos lados, manteniendo mi peso sobre el sofá y alejado de ella. Nuestras respiraciones jadeantes se mezclaban en el espacio que nos separaba.

De mala gana, me senté sobre los talones y le saqué mi polla. Ella se apoyó en los codos, mordiéndose el labio inferior mientras veía cómo le escurría el semen.

Levanté una ceja mientras estiraba la mano hacia adelante, atrapando mi liberación mientras se deslizaba por su muslo y subía.

—Te gusta eso.

Le pasé los dedos cubiertos de esperma por el coño y respiró entrecortadamente.

—Te sientes tan bien. *Me* siento tan bien. —Se dejó caer en el sofá con un suspiro de satisfacción.

Besé su rodilla y me senté riendo.

—Me alegro de haber sido útil.

—Oh, qué servicial. —Se rio—. Cinco estrellas. Diez de diez. Altamente recomendado.

Ella era tan linda y yo estaba muerto de miedo. Me estaba enamorando de la mamá de mi hijo y no tenía ni idea de qué hacer al respecto.

22

Duke

El ajuste de su cuerpo no debería haber sido tan perfecto mientras me acurrucaba a su alrededor. Después de recuperarme del mejor sexo que había tenido en un sofá, la llevé arriba, le preparé un baño de burbujas y traté de ayudarla a relajarse.

Me senté detrás de ella en la bañera, frotándole los hombros tensos mientras ella tarareaba y se apoyaba en mí. Dejé que mis labios rozaran la curva mojada donde su cuello se unía a su hombro mientras me contaba lentamente su día. Cuando las burbujas se disiparon y el agua por fin se enfrió, pasamos al segundo round en el dormitorio. Ella era insaciable y yo la deseaba como un muerto de hambre.

Yo era un alumno ambicioso y ansioso por aprender lo que le gustaba a Sylvie en la cama. Cuando terminamos, su cuerpo flexible se amoldó al mío.

Dejó escapar un zumbido de satisfacción mientras se acurrucaba más, empujando su trasero contra mí.

—El bebé se mueve otra vez.

Le acaricié el vientre con la mano y le acaricié el cabello con la nariz. Quería memorizar cada pequeño detalle de la mujer que tenía entre mis brazos: cómo olía su cabello a canela y a sol, cómo su risa pasaba de una risita tímida a una carcajada de vientre cuando algo la emocionaba, la curva de su cadera y la ondulación de su vientre.

Necesitaba memorizar todos los detalles.

Su voz llenó la habitación en penumbra.

—¿Siempre quisiste ser granjero?

Una risa sin humor salió de mí.

—No.

Prácticamente podía oír cómo le daba vueltas la cabeza y cómo fruncía la comisura de los labios.

—Eso me sorprende. Parece que te encanta: cómo recorres los campos cada día, cómo tratas a la gente con la que trabajas con tanta amabilidad y compasión. Puedo ver lo mucho que la granja significa para ti. Supongo que pensé que era algo natural, ya que tu papá dirigió la granja antes que tú.

Me quedé callado, luego le ofrecí la simple verdad.

—Aprendí a amarla.

Su silencio paciente y la suave caricia de su mano en mi antebrazo me dieron valor para abrirme a ella.

—Cuando murió mamá, fue duro para todos. Kate y Lee eran muy pequeños. Wyatt estaba absorto en el fútbol y las chicas. Mamá era el pegamento. Era una mujer especial. —No me molesté en ocultar el temblor de mi voz, incluso después de tantos años, me dolía muchísimo hablar de ella.

—La amabas. —Sylvie suspiró suavemente.

Asentí con la cabeza.

—Todavía la amo, pero la vida siguió adelante. Papá hizo lo que pudo para arreglárselas sin ella. La tía Tootie intervino y ayudó en lo que pudo. —Me escocían los ojos y me dolía el pecho, pero seguí—. Cuando papá enfermó, las cosas cambiaron de verdad.

—No puedo ni imaginar cómo debe ser. MJ ha hecho comentarios de que es muy dulce, pero a veces tiene días malos....

Sylvie tenía curiosidad y no la culpaba.

—Sí. Todo sucedió tan sutilmente, ¿sabes? Pequeños deslices aquí y allá. Llamaba a Kate por el nombre de nuestra mamá u olvidaba el día de la semana. Papá siempre fue optimista, pero se ponía malhumorado y

huraño. Empezó a afectar a la granja. Las cuentas no se pagaban, la gente dejaba de trabajar con él o se negaba a hacerlo a causa de sus cambios de humor erráticos. Fue duro. —Suspiré—. Me di cuenta de que no había nadie más que asumiera las responsabilidades. Todo dependía de mí.

Estaba callada. Le acaricié el brazo y me dejé reconfortar por su calma tranquilizadora.

Sylvie respiró hondo y contuvo la respiración durante una fracción de segundo.

—Fue tan diferente cuando mi mamá se fue. Me desperté una mañana y ya no estaba. Ni una nota, ni un abrazo de despedida. Simplemente nos dejó.

Me imaginé a la joven Sylvie, sola y confundida cuando se dio cuenta de que su mamá no iba a volver.

—Jesús.

Se le escapó una carcajada acuosa y la rodeé con mis brazos.

—¿Lo triste? Le tenía *envidia*. —Su voz se calmó hasta apenas superar un susurro—. Nadie más lo sabe.

Besé suavemente su hombro desnudo y consideré su confesión.

—Gracias por confiar en mí.

—¿Lo más extraño de todo esto? Toda mi vida he sido invisible. Nunca fui lo bastante especial como para merecer la atención de mi papá, y mi propia mamá se fue sin siquiera despedirse. Antes me aliviaba ser invisible, pero ahora solo se habla de mí.

Mi mano se movió hacia la suave curva de su cadera.

—Lo siento.

Sylvie nunca fue invisible, al menos para mí. Siempre había *algo* en ella que no me permitía apartar la mirada, incluso sus ridículos hermanos imbéciles deberían ser capaces de ver eso.

Sylvie levantó un hombro.

—No pasa nada. Con suerte, pronto vendrá alguien y suscitará mejores chismes. —Suspiró y volvió a centrar la conversación en mí—. Entonces, si no estabas destinado a ser granjero, ¿a qué aspiraba el joven Duke?

Solté una risita, medio riéndome de los sueños de un chico que no tenía ni idea de quién se suponía que era.

—Iba a dejar atrás este pueblo en una nube de polvo de rodeo.

—¿Un jinete de toros?

—No. Siempre fui demasiado grande para eso. Aunque era un bulldogger condenadamente bueno.

Su espalda se apretó contra mí en un codazo.

—¿Qué es eso?

—El término técnico es *lucha de novillos*.

La risa y la incredulidad bailaban en su voz.

—¿Lucha de novillos?

Me reí con ella.

—Sí. El novillo toma ventaja, entonces tú lo persigues, te deslizas por el lateral de tu caballo y luchas con él hasta tirarlo al suelo. Lo agarras por los cuernos y lo bajas.

—Eso suena un poco mezquino.

Me eché a reír.

—Supongo que sí. Aunque el rodeo cuida muy bien de los animales. De hecho, cuando gané un título bastante importante, compré ese novillo y lo retiré aquí a la granja. Vivió el resto de su vida en un prado sin usar.

Sylvie rodó hacia mí, pero seguí abrazándola.

—¿Ves? Te dije que eras un blandengue.

Me burlé.

—Lo que sea. Soy un tipo duro.

Su mano me alisó la cara.

—También puedes serlo. —Me estudió—. ¿Alguna vez te lastimaste?

Vi sus ojos castaños claros. Me perdí en ella, susurrando viejos secretos en la oscuridad.

—Una o dos veces. Nada serio. Solo dura unos segundos como mucho.

—Me gustaría haberte visto hacerlo. Seguro que te veías súper sexy.

Sonreí satisfecho y pasé mi nariz por el costado de la suya antes de darle un suave beso en los labios.

—Algunas chicas lo pensaban.

Levantó las cejas y se apartó para verme a los ojos.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste novia?

—¿Novia de verdad? —Fruncí el ceño, pensando todo lo que pude—. Bueno, probablemente no desde Nicole. Hace unos años.

—¿Le rompiste el corazón?

Resoplé.

—Más bien al revés. Rompió conmigo, y aunque trató de ser amable, fue más bien el discurso de *no soy yo, eres tú*.

—Ouch. —La risita de Sylvie me estrujó el corazón.

Me reí entre dientes y me acurruqué más.

—Fue un golpe para mi ego, pero mejor a la larga.

Los ojos de Sylvie buscaron los míos. En la oscuridad, era difícil leer su expresión.

¿Cómo le digo a esta mujer que nadie que la haya precedido ha estado a su altura? ¿Que nadie lo haría jamás?

Un suave golpe en la puerta me hizo volver de mi puesto de trabajo. Sylvie estaba en el umbral del cobertizo con una tímida sonrisa y las manos juntas en el pecho.

—Esto parece interesante.

Me alegré de que me encontrara aquí y no trabajando en el proyecto secreto que había empezado en el granero principal.

Me limpié las manos en el paño de cocina y lo dejé sobre la encimera.

—Entra.

Su sonrisa se ensanchó, cruzó el umbral y dejó que la puerta se cerrara tras ella, expulsando el duro viento invernal. Su abrigo de invierno la envolvía, casi camuflando su creciente barriguita. El cabello rubio le caía por debajo del gorro de punto. Sus piernas estaban cubiertas por unos ajustados leggins negros y sus pequeños pies estaban metidos en un par de mis viejas botas.

Sonreí para mis adentros, sin importarme en lo más mínimo que a menudo se pusiera un par de mis botas.

—No sabía que este sitio estuviera aquí fuera. —Sylvie pasó un dedo por la encimera de acero inoxidable de la cocina industrial—. Vi la luz encendida y vine a explorar.

—Hice convertir este cobertizo hace unos años para poder obtener una licencia de cocina comercial. —Incliné la cabeza hacia las ollas de la gran cocina profesional—. Puedo hacer cosas para vender en el mercado de agricultores y usar algunas de las bayas de final de temporada que congelamos. —Me encogí de hombros—. Además, me da algo que hacer.

Sylvie sonrió.

—Muy doméstico de su parte, señor Sullivan.

Le devolví la sonrisa, di un paso adelante y agarré la trabilla de sus pantalones para atraerla hacia mí, ella tarareó de placer mientras la acercaba.

—Estás hermosa. —Le pasé las manos por los costados hasta la parte baja de la espalda antes de posarlas en su trasero. El rubor rosado de sus mejillas se acentuó cuando se inclinó hacia mí.

Sus manos se posaron en mis bíceps.

—Huele increíble aquí. ¿Qué estás haciendo?

—Terminé un poco de mermelada de arándanos y limón. Es la favorita de Annie y se vende mucho en el mercado. Planeo hacer dos nuevos sabores. Pequeños lotes de un bourbon de arándanos y un lavanda de arándanos. —Me encogí de hombros, sintiéndome un poco tímido por dejar que otra persona viera esta parte oculta de mí—. Pensé en probar algo diferente.

Sus ojos color caramelo me vieron.

—¿Puedo ser tu probador?

Golpeé la punta de su nariz respingona con el nudillo.

—Solo si te portas bien —bromeé—, entonces quizá te lo lama y lo pruebe.

Se acicaló y se arqueó en mi abrazo.

—Tentador, pero podrías cambiar de opinión después de que te diga quién está aquí.

Fruncí el ceño y ella apretó el labio inferior entre los dientes. Sylvie arrugó la cara como si estuviera nerviosa por contarme lo de nuestro visitante. No era frecuente que la gente entrara en nuestra pequeña burbuja, y yo lo prefería así.

—Es Royal. Estaba de visita, pero dijo que quería hablar contigo antes de irse.

Me enderecé. Royal era un grano en el trasero, uno grande cuando se trataba de los King. Era engreído y le gustaba causar problemas. En muchos aspectos me recordaba un poco a mi hermano Lee. Refunfuñé, pero bajé la mirada hacia sus ojos grandes y esperanzados. Hablaba en serio cuando dije que haría todo lo posible para que las cosas

funcionaran entre ella y yo, así que eso incluía a sus molestos hermanos, por lo visto.

Vi el temporizador de la encimera.

—A estos tarros les quedan unos minutos de elaboración y luego tengo que limpiar. —Vi el reloj—. Si sigue aquí dentro de treinta minutos, podemos charlar un rato.

Sus nervios se disolvieron ante mis ojos, como *si alguna vez pudiera decirle que no a esta mujer.*

—Gracias. —Sylvie se puso de puntillas y me pasó una mano por la barba incipiente antes de darme un beso en los labios.

Quería alargar el beso para atraerla contra mí y sentir su cuerpo contra el mío en aquella pequeña cocina. En lugar de eso, se dio la vuelta y salió por la puerta. Había entrado aquí a toda prisa y no me dejó más que irritación y una erección furiosa.

Fiel a mi palabra, volví a la casa principal en menos de media hora. Subí los escalones traseros sacudiéndome la nieve recién caída de las botas. Los inviernos de Michigan eran conocidos por su inconstancia, y después de un período de clima templado, nos habían golpeado con temperaturas bajo cero y quince centímetros de nieve y hielo unos días después de Acción de Gracias.

La casa era acogedora y olía al té de Sylvie mezclado con café recién hecho. Me quité el pesado abrigo y lo colgué en el gancho junto al de Sylvie. Me quité las botas y las coloqué ordenadamente junto a las otras de la talla doce que ella siempre robaba.

Cuando rodeé la entrada de la cocina que daba al comedor, la irritación me subió por la espalda. Royal King estaba tirado en el sofá con las botas sobre la puta mesa de centro. Sylvie se levantó y rápidamente golpeó el hombro de su hermano con el dorso de la mano.

Él se puso de pie.

—Sullivan.

Di tres pasos hacia adelante e hice una de las muchas cosas que mi papá nos inculcó cuando éramos adolescentes, y le tendí la mano.

—Royal.

Con los hombros erguidos, lo vio fijamente durante un tiempo, luego dos.

Este hijo de puta...

Desde mi periferia, pude ver el pánico en la cara de Sylvie mientras sus ojos pasaban de mi mano extendida a él. Después de lo que me pareció una eternidad, su mano se aferró a la mía. Su agarre era firme, pero no agresivo.

Tras el rápido apretón, le solté la mano y me crucé de brazos.

—Sylvie dijo que querías hablar. —Señalé hacia él—. Pues habla.

Tuvo las pelotas de sonreírme antes de meterse las manos tatuadas en los bolsillos.

—Maldita sea, no me gustas.

—Royal —Sylvie siseó.

Levantó una mano para hacer callar a su hermana, y mi mano se cerró en un puño, pero la voz de Royal se suavizó.

—Puede que no me gustes, pero quiero a mis hermanas, y ellas parecen pensar que te he entendido mal. ¿Estoy feliz con esto? Mierda, no, pero Sylvie es la mejor jueza de carácter que conozco, y ella dice que eres un buen tipo, así que... —Extendió las palmas de las manos—. Supongo que eso significa que eres un buen tipo.

—¿Eso es todo? —Mis ojos escudriñaron los suyos, buscando un atisbo de mentira.

Royal sonrió satisfecho. Puede que me sorprendiera con su aceptación general de mi relación con Sylvie, pero seguía siendo un hijo de puta engreído.

—Tú eres el hombre hasta que Sylvie diga que no lo eres. Entonces aprenderé a que me guste al próximo hijo de puta. Ella es mi hermana. Es tan simple como eso.

Se me desencajó la mandíbula de solo pensar en ese inexistente próximo alguien. Necesitaba controlar mis celos irracionales y concentrarme en lo que Royal me ofrecía.

—¿Así que esto es una tregua o algo así?

La carcajada de Royal llenó la sala.

—Mierda, no. Lo único que significa es que no vamos a partirte la cara si te vemos por el pueblo. Pondré a mis hermanos a bordo, y te agradecería que hicieras lo mismo.

Me parece justo. Asentí con la cabeza.

Royal se giró hacia su hermana.

—Muy bien, Syl, me voy de aquí.

Se inclinó hacia adelante y abrazó a Sylvie, luego me tendió la mano. Se la estreché con un movimiento de cabeza. Sylvie me siguió mientras acompañaba a su hermano hacia la puerta principal.

—Ah, ¿y oye, Duke? —Royal se giró con una sonrisa de mierda en la cara—. Me di cuenta de que había un carrito de compras en el estanque congelado por ahí. Quizá quieras echarle un vistazo. —Se encogió de hombros, fingiendo inocencia—. O no. Solo pensé que deberías saberlo.

Suspiré y negué con la cabeza mientras Sylvie reprimía una risita y arreaba a su hermano hacia la puerta.

Jesús jodido Cristo.

23

Sylvie

Pasé por delante del cartel de madera que ponía *Cerrado para las Bluebirds* en el exterior de Bluebird Books. Las mujeres de Outtatowner se arremolinaban alrededor, recogiendo aperitivos y bebidas antes de hundirse en los sofás, sillas y otomanas disparejos que se encontraban dispersos al azar en la parte trasera de la librería. El ambiente era acogedor e íntimo, con una suave luz de velas que proyectaba sombras danzantes y una relajante melodía que sonaba en un altavoz de fondo. Era como entrar en un club privado y elegante, donde se comparten secretos e historias bajo la atenta mirada de los lomos ajados de los libros.

Mientras me acomodaba en un cómodo sillón, MJ me lanzó una sonrisa maliciosa.

—¿Sacó Duke el carrito de compras del estanque? —Sus ojos brillaron divertidos y no pude evitar reírme. Sin embargo, el recuerdo no dejaba de ser doloroso. La broma del carrito de compras fue una espina clavada en el costado de Duke hasta que sus hombres consiguieron rescatarlo del estanque medio congelado. Fue divertido para el pueblo, claro, pero a Duke no le hizo mucha gracia.

—Eventualmente —respondí, con una sonrisa irónica en los labios—. El estanque no estaba lo bastante helado como para aguantar el peso de una persona, así que recuperarlo fue un suplicio. Al final, uno de sus hombres echó el lazo y sacaron el carrito del hielo. Fue una tarde muy entretenida.

MJ se echó a reír y la conversación derivó con naturalidad hacia las continuas bromas entre los King y los Sullivan. Kate Sullivan estaba sentada cerca y se inclinó hacia ella. Su voz seguía siendo baja, pero cortante.

—Tenemos un problema mayor que los carritos de compra. —Su tono estaba cargado de preocupación y frustración—. Alguien ha estado husmeando, investigando los derechos mineros de la granja.

El corazón me dio un vuelco. Duke no me había mencionado nada de eso. El malestar burbujeaba bajo mi sonrisa, invisible para las demás.

—En el bar clandestino de los Sullivan —continuó Kate—, encontramos una botella con la etiqueta *King Liquor*, y ha habido intrusos tanto en la propiedad de Tootie como en algunos de los pastos.

Desde el otro lado de la sala, Bug King intervino.

—No se puede probar que era un King y no solo un curioso buscando tratando de conseguir un poco del drama.

La respuesta de Kate fue un acuerdo de mala gana.

—Puede ser.

En medio de la charla, la voz de Annie Crane se elevó como un pájaro cantor, llena de esperanza.

—Los King y los Sullivan solían ser amigos, ¿sabes? Conectados de formas que parecen haber sido olvidadas. Hice algunas investigaciones que demostraron, sin lugar a dudas, que eran amigos. Simplemente no puedo entender qué pasó, ¿saben? —Vio alrededor de la habitación—. ¿Alguien sabe lo que pasó? —Sus ojos recorrieron los rostros de la sala. Su pregunta permaneció como una sombra sobre todas nosotras—. ¿Viejas historias, rumores? ¿Algo?

Mabel, una presencia antigua en el pueblo, se aclaró la garganta y tomó la palabra. Las arrugas de su rostro parecían contener el peso de décadas de secretos.

—Puede que recuerde algo. —Mientras empezó a hablar, su voz adquirió un tono bajo y conspirativo, atrayéndonos a todas como polillas a una llama.

—Recuerdo un viejo rumor —comenzó, sus palabras rozaban el aire como un suave susurro. La vacilante luz de las velas proyectaba sombras danzantes sobre sus rasgos, dándole un aire casi místico—. Tres familias compartían tierras adyacentes. Los King, los Sullivan y los Sinclair eran tan unidos como parientes. Dos familias se fusionaron, pero las cosas empezaron a desmoronarse.

Me incliné hacia ella, cautivada por la expectación que flotaba en la habitación. La voz de Mabel tejió una historia de amor y negocios que se torcieron, de un romance que floreció en nuestro pequeño pueblo.

—Fue muy dramático, por lo que recuerdo. Mis papás hablaban de la amistad entre Helen, James y Philo. Eran uña y carne. Cuando llegó la Ley Seca, el trío empezó a contrabandear.

—Eso explica la botella de licor con el apellido King que encontramos. —Kate se encogió de hombros mientras las piezas empezaban a encajar en su sitio.

A Mabel se le escapó un suspiro, un suspiro melancólico con el peso de los recuerdos de toda una vida.

—Era muy ilegal, pero se las arreglaron para fabricar licor y venderlo en otros estados. El negocio hizo mella en la amistad. Mi papá siempre hablaba de cómo los malentendidos echan raíces —reflexionó, con la voz teñida de tristeza—. Una mirada robada, una palabra susurrada mal oída, y de repente su amistad fue reescrita por las manos del destino.

Casi podía sentir el dolor en sus palabras, el dolor de un pueblo que una vez estuvo unido, ahora desgarrado por la misma amistad que alimentó.

—Helen y Philo estaban casados y esperando su primer hijo. Querían dejar el negocio del contrabando —continuó Mabel—. Los King y los Sullivan eran como dos barcos que se cruzan en la noche, con las velas ondeando por los sueños compartidos, ahora atrapados por los vientos de la rivalidad, el orgullo y la codicia.

La sala pareció contener la respiración, el aire mismo cargado con el peso de la historia y la habilidad de Mabel para contar historias.

—Se dice que James y Helen nunca dejaron de quererse, pero le dieron la espalda a su amigo. —La mirada de Mabel se clavó en la mía como si pudiera ver la confusión que había en mi interior—. El amor por sí solo no puede reparar los puentes que quemamos, ni curar las heridas que el tiempo ha grabado.

Cuando la voz de Mabel enmudeció, la habitación pareció exhalar y el hechizo de su historia se disipó poco a poco. Me quedé pensativa, con los ecos de su historia resonando en mi mente. La historia de amor de Helen y Philo y la dolorosa pérdida de una amistad tan profunda me recordaron lo que se puede perder por culpa de los malentendidos y el orgullo, y que las decisiones que tomamos pueden marcar no solo nuestro destino, sino el de las generaciones venideras.

No pude evitar sentir que Duke y yo éramos simplemente actores de un drama mayor, una historia de amor y rivalidad que se había desarrollado durante generaciones en nuestro pueblo. Mientras observaba el acogedor enclave de Bluebird Books, las velas parpadeantes y los rostros llenos de curiosidad y empatía, supe que la historia de Outtatowner estaba lejos de terminar, y que tal vez -solo tal vez-, el amor que sentía por mi bebé podría algún día reparar las fracturas que nos habían dividido durante demasiado tiempo.

Las tensiones entre los King y los Sullivan estaban en su punto álgido y yo me encontraba en medio de ellas. La vida que crecía en mi interior era un testimonio del vínculo que nos unía a Duke y a mí, pero también me ataba a una enemistad que parecía tan antigua como el tiempo mismo. La incertidumbre me carcomía y los pensamientos sobre lo que podría significar para el futuro me atormentaban.

A medida que avanzaba la conversación, me perdí en mis pensamientos. Los aromas de libros antiguos, pasteles dulces y la leve brisa del lago me envolvieron como una manta reconfortante.

A medida que la velada se acercaba a su fin, mis ojos se fijaron en Bug y Tootie, que me veían con determinación. Bug se sentó a mi lado y me puso la mano en la rodilla.

—Concéntrate en cuidarte. —Me dio unos golpecitos suaves en la punta de la nariz—. Nosotras nos ocuparemos del resto.

Con una inclinación de cabeza insegura, vi cómo caminaban en direcciones opuestas, cada paso como testimonio del apoyo tácito que me rodeaba. En un pueblo donde las rivalidades eran profundas, no podía evitar preguntarme si el amor y la unidad acabarían triunfando sobre viejos rencores y secretos enterrados en las arenas del tiempo.

Duke Sullivan quería *salir* conmigo.

Públicamente.

Desde nuestra salida a Rivale, que nos vieran juntos por el pueblo era algo habitual, pero Duke me dejó otra nota en la cocina invitándome a una cita nocturna *en casa*. La emoción bailaba bajo mi piel mientras me tomaba mi tiempo para prepararme con una ducha. Con poco más de dieciocho semanas de embarazo, ocultar mi barriga ya no era una opción, y disfrutaba de la forma suavemente redondeada en que sobresalía.

Para la cita de esta noche, elegí un vestido envolvente que resaltaba mi barriga. Cada vez que lo hacía, Duke parecía no poder quitarme las manos de encima, y eso no me importaba en absoluto. Además, hacía demasiado frío para ponerme ninguno de los bonitos vestidos premamá que me compré, así que para una cita en casa era perfecto.

Vi por la ventana de mi habitación, el suave resplandor de las luces de Navidad iluminando las hileras de arándanos cubiertas de nieve. Era principios de diciembre y Duke consiguió sorprenderme una vez más. No solo con su rudo encanto y sus intensos ojos marrones, sino también con su habilidad para leerme la mente. Nunca habría imaginado que mencionar de pasada las luces de Navidad lo llevaría a decorar toda la casa y el porche con ellas.

No pude resistirme a la atracción magnética de Duke y, a pesar de los chismes que corrían a nuestras espaldas, con él me sentía *segura*.

Me sobresalté cuando llamaron a la puerta y, al abrirla, me encontré con él, con una camisa bien ajustada que parecía haber sido diseñada únicamente para mostrar sus anchos hombros y sus fuertes brazos. Mi

mirada se desvió hacia sus labios, un movimiento peligroso, porque podría perderme en sus besos durante horas.

—Hola —dijo, apareciendo esa sonrisa ladeada—. ¿Lista?

Asentí, enlazando mi brazo con el suyo mientras me ofrecía su codo. Cuando entré en el vestíbulo, el ambiente acogedor me envolvió. Una suave lista de canciones románticas subía las escaleras y, cuando llegamos al último escalón, levanté los dedos para ocultar mi suave jadeo. La habitación estaba adornada con luces parpadeantes y velas. Duke hizo todo lo posible, y el gesto me hizo vibrar el corazón.

—¿Tú hiciste todo esto? —Mi corazón se hinchó con una mezcla de sorpresa y afecto.

Duke se rascó la cabeza, adorablemente avergonzado.

—Sí, pensé que nos vendría bien un cambio de aires. Ven.

Había preparado una cena sencilla a base de filetes al romero y ajo, papas asadas y una ensalada. Conociendo mi creciente lista de *extraños antojos durante el embarazo*, también preparó una tabla de embutidos con aceitunas, espaguetis fríos y uvas congeladas.

Para desmayarse.

Después de comer, nos acomodamos en el lujoso sofá y nuestra conversación fluyó sin esfuerzo, como si lleváramos años haciéndolo. Historias, anécdotas y risas llenaban la habitación, y era fácil olvidarse del mundo exterior, un mundo que bullía hablando de nosotros, la *pareja prohibida.*

—Entonces, espera —dije, con los ojos muy abiertos por la incredulidad—. ¿De verdad intentaste convencer a Kate de que había ríos de leche con chocolate en el parque del pueblo?

Duke soltó una risita y sus ojos oscuros se arrugaron en las comisuras.

—Sí, bueno, ella me estaba molestando ese día, y me imaginé que una historia salvaje como esa la mantendría ocupada durante unas horas.

Me eché a reír, imaginando a un joven Duke hilando una elaborada historia para cautivar la imaginación de su hermana.

—¿Y te creyó?

Su sonrisa se volvió traviesa.

—Lo hizo, hasta que fue al parque con una pajita y una taza.

La risa brotó de lo más profundo de mi ser, y no pude evitar imaginarme la cara de decepción de su hermana menor cuando se dio cuenta de que no había ríos de leche con chocolate. Era en momentos como ése cuando veía un lado diferente de Duke: el adolescente despreocupado que tenía un don para provocar problemas de las formas más creativas.

A medida que avanzó la velada, seguimos intercambiando anécdotas, cada una de las cuales nos unía más. Ya fuera mi embarazoso intento de hacer una tarta que acabó pareciéndose a un castillo de arena torcido o la aventura de Duke de quedarse atascado en un árbol durante la construcción de una casa en un árbol mal planificada, nuestras risas llenaban la habitación. El peso de la enemistad entre nuestras familias parecía desvanecerse en el fondo a medida que descubríamos más y más puntos en común.

Hablamos y reímos, y me sentí más cómoda con Duke de lo que nunca me había sentido con nadie. Era como si, durante esas fugaces horas, estuviéramos los dos solos contra el mundo, y nuestra conexión se hiciera más fuerte con cada historia intercambiada y cada risa compartida, y en medio de todo el drama y los rumores, me di cuenta de que esta risa, esta conexión genuina, era la verdadera magia que tenía el poder de salvar incluso las divisiones más grandes.

No podía quitarme de encima los rumores que salieron a la luz en el club de lectura. Bajo las risas, una corriente de tensión persistía en mis hombros. El rumor, susurrado por los siempre ávidos chismosos, sobre una conexión entre nuestras familias. Una vez nos habíamos *amado* y una codicia que corría por mi sangre lo había destrozado todo. La rivalidad de nuestras familias ya era bastante enmarañada, ¿y ahora esto?

Me encontré jugando nerviosamente con el dobladillo de mi vestido, con los rumores que oí en el club de lectura pesando mucho en mi

mente. En este pueblo, los chismes corrían más rápido que la pólvora y yo sentía la extraña responsabilidad de sacarlos a la luz.

Respiré hondo, tratando de armarme de valor.

—¿Sabías que nuestras familias eran contrabandistas?

Duke frunció el ceño.

—Escuché algo parecido, pero nunca nos dieron muchos detalles. ¿Por qué?

Sacudí la cabeza.

—Fue algo que surgió en el club de lectura. Supongo que es parte de la razón por la que nuestras familias están enfrentadas. Sentimientos heridos y malos negocios. —Resoplé—. Un poco extraño, ¿no? Que ni siquiera lo supiéramos.

Se encogió de hombros.

—Dejé de preocuparme por lo raro en este pueblo hace mucho tiempo.

Me reí y asentí. Compartí con él todo lo que la señora Mabel dijo en las Bluebirds: cómo nuestras familias se querían como amigos íntimos, el contrabando, el deseo de los Sullivan de formar una familia, la furia y la ira de los King. Aún no encajaban todas las piezas, pero era un comienzo. Cuando terminé, suspiré.

—Supongo que no entiendo cómo dos familias que una vez se cuidaron mutuamente pueden aferrarse al odio durante tanto tiempo. Sé que hay algo más.

Lo pensó, y sus labios formaron una línea plana.

—Estoy de acuerdo. Pensaba que había algo más en la historia, pero.... —Duke se inclinó más—. He estado más centrado en averiguar por qué has estado evitando mencionar algo que claramente te molesta. Nunca tienes que esconderte de mí, Sylvie.

Sus palabras me tomaron desprevenida y enrojecí de vergüenza.

—Supongo que pensé que podría ser un rumor tonto. No quería darle demasiada importancia.

Se acercó, su mano encontró la mía y la apretó tranquilizadoramente.

—Ven aquí.

Con su mano en la parte baja de mi espalda, Duke me llevó a un ritmo lento y oscilante. El aroma de la cena aún persistía, mezclándose con el de su colonia.

Con un brillo travieso en los ojos, Duke me acercó un poco más y nuestros pies se movieron a un ritmo lento y cómodo.

—¿Sabes? He tenido esta fantasía —me confesó, con voz grave e íntima.

—¿Eh? —Levanté una ceja juguetona.

—Sí. —Sonrió—. Implica bailar con una hermosa mujer en mi cocina.

No pude evitar una risita, sintiendo mariposas en el estómago mientras el bebé aleteaba.

—¿Y esta mujer de tu fantasía tiene nombre?

Inclinó la cabeza, y sentí su aliento caliente contra mi oreja.

—Sylvie —susurró, sus labios rozaron mi piel.

Mi corazón se aceleró y la tensión entre nosotros se hizo palpable. La música giraba a nuestro alrededor, llenando el espacio entre latidos y, antes de que me diera cuenta, los labios carnosos de Duke se apretaron contra mi frente en un beso dulce y prolongado. Fue un gesto que lo dijo todo: su ternura, su anhelo y la promesa tácita de lo que había entre nosotros.

En aquel momento de intimidad, rodeados por el suave resplandor de las luces parpadeantes y la calidez del abrazo de Duke, todo el drama y los chismes parecían lejanos e insignificantes. Solo estábamos Duke y yo, por el tiempo que pudiera retenerlo.

29

Duke

En medio de la gélida mañana de diciembre, el sonido de la música country se mezclaba con la emocionada charla del público mientras el pabellón cubierto cobraba vida. Me quedé de pie en el borde, viendo a Sylvie con los ojos muy abiertos. Era como mirar a un niño ver las luces de Navidad por primera vez, con las mejillas sonrojadas por una mezcla de asombro y curiosidad.

Maldita sea, extrañaba este lugar.

El rodeo siempre fue mi santuario, un lugar donde me sentía vivo y libre, antes de que las responsabilidades me atenazaran.

—¿Estás bien? —exclamé, dándole un codazo.

Parpadeó, su mirada se giró hacia mí, y una tímida sonrisa curvó sus labios.

—Sí, solo que... es mucho más grande de lo que imaginaba.

Sonreí, rodeé sus hombros con un brazo y la acerqué a mí.

—Sí, bueno, todo en este lugar es grande: los sueños, las ganancias, los toros, los corazones.

Sus ojos brillaron y esperé que comprendiera, no solo lo del rodeo, sino quizá también lo nuestro. Metí la mano en el bolsillo y mis dedos rodearon el frío metal de la hebilla del cinturón que gané años atrás. La guardé como un trozo de mí mismo, sin imaginar que algún día se la daría a una King.

—Cierra los ojos —murmuré, sosteniendo la hebilla en mi puño frente a ella.

Levantó una ceja, con un reto juguetón bailando en sus ojos.

—¿Por qué? ¿Planeas vendarme los ojos y robarme?

Me reí entre dientes, negando con la cabeza.

—Aunque suene tentador, sígueme la corriente.

Sus pestañas se cerraron y coloqué con cuidado la hebilla en la palma de su mano.

Cuando abrió los ojos, sus dedos rozaron el intrincado diseño del premio.

—Duke, esto es... no puedo aceptarlo.

Me encogí de hombros, con las comisuras de los labios levantadas.

—Considéralo un préstamo. Algo para recordar este día. No se puede ser una vaquera sin una hebilla adecuada. —Le di un golpecito en la punta de la nariz con el nudillo mientras me sonreía.

Un torno me apretó el pecho.

Cuando empezaron las pruebas del rodeo, eché un vistazo a la pista y mis ojos se posaron en algunas personas que aún conocía del circuito. Me incliné hacia ellos.

—Ven. Hay algunas personas que me gustaría que conocieras.

En el borde del rodeo estaban Tom, un jinete de toros que se había roto la pierna al menos tres veces y seguía sin rendirse, y Jess, la corredora de barriles con una risa enérgica capaz de iluminar el cielo más oscuro. Los de seguridad intentaron evitar que nos acercáramos demasiado cuando Tom me vio. Levanté la mano en señal de saludo y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Mierda, qué me jodan! —gritó por encima de la multitud y avanzó hacia nosotros.

Apreté los dientes mientras Sylvie cubría su risa. Le tendí la mano.

—Tom.

Me estrechó la mano con impaciencia e hizo un gesto con la cabeza al guardia.

—Que entren.

Puse suavemente la mano en la espalda de Sylvie, guiándola hacia la zona donde estaba la verdadera acción. Nos detuvimos en el borde que daba a los preparativos del espectáculo.

—No pensé que te vería por aquí —retumbó Tom, dándome una palmada en la espalda con la fuerza suficiente para hacerme sonar los dientes. Vio a Sylvie—. O con compañía.

Sonreí, rodeé la cintura de Sylvie con un brazo y la atraje hacia mí.

—Tom, te presento a Sylvie King. Sylvie, este es Tom. Es el tipo que está decidido a hacer que cada hueso de su cuerpo tenga un tono diferente de roto.

Tom sonrió, con los ojos arrugados en las comisuras.

—Hoy en día es más fácil de lo que parece. —Extendió una mano polvorienta—. Encantado de conocerte.

Sylvie se sonrojó, esbozó una tímida sonrisa y le tomó la mano.

—Gracias. Encantada de conocerte a ti también.

Mientras charlábamos y reíamos, Tom me puso al día de todo el drama que conllevaba la vida en el rodeo. Pronto Jess se unió a nuestro pequeño círculo, su chaqueta de cuero con olor a caballo anunciaba su llegada incluso antes de hablar.

—¡Duke, perro viejo! Nunca nos dijiste que vendrías, y mucho menos que traerías una acompañante hoy.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza ante su exagerado guiño.

—Jess, esta es Sylvie. Sylvie, te presento a Jess. Es la más rápida sobre cuatro patas, aparte de su caballo, claro.

Jess soltó una risita y saludó amistosamente a Sylvie con la cabeza.

—Un placer conocerte, Sylvie. Duke puede ser un gruñón, pero es de la familia.

Las risas de Sylvie se mezclaron con las suyas y una oleada de calor me llenó el pecho. No era exactamente incómodo, sino... desconocido. Estas personas, estos momentos, eran el tejido de mi pasado, entretejido en el presente que estaba construyendo con Sylvie. Mientras seguíamos charlando, de vez en cuando me fijaba en el vientre de Sylvie. Era sutil, pero conocía a esas personas lo suficiente como para reconocer su curiosidad.

Jess me dio un codazo y me sonrió burlonamente.

—Duke, ¿hay algo que no nos estás contando? Nuestra tímida amiga parece esconder un secreto bajo ese abrigo.

Le lancé una mirada mitad de fastidio, mitad de agradecimiento por no andarse con rodeos.

—Ningún secreto.

Mi pecho se hinchó con una mezcla de orgullo y protección. Ella era mía y yo era suyo, le gustara o no a nuestro pueblo natal. Cuando llegó el momento de exponerlo todo, sentí una oleada de incertidumbre.

No se me daban bien las palabras, sobre todo delante de una multitud, pero maldita sea si no iba a intentarlo.

—Sylvie es mi... —*¿Amiga? ¿Novia? ¿Compañera de sexo? ¿Compañera de piso? Jesucristo, hombre*—. Sylvie es mi chica.

Mi chica. Dejé que las palabras rodaran por mi cabeza durante un segundo. *Diablos, sí.*

Era la única etiqueta que me parecía adecuada. Rodeé la cintura de Sylvie con el brazo. Ella se acurrucó contra mí, con una pizca de rubor en las mejillas. Tal vez era un poco posesivo, pero vi que le gustaba.

Demonios, a mí también me gustaba.

—Pues que me condenen. —Jess sonrió a Sylvie—. Hiciste lo impensable. Ensillaste al viejo Duke Sullivan.

La conversación fluyó mientras los competidores empezaban a situarse para sus pruebas, y Sylvie inclinó la cara hacia mí.

—Tu chica, ¿eh? —Se rio burlonamente.

Me incliné hacia ella, con la voz lo bastante baja para que solo ella me oyera.

—Eres mía, Sylvie King. Acostúmbrate.

Con un brazo alrededor de sus hombros, asimilé la acción. Tuve que reprimir mis sentimientos de pérdida y tristeza. Toda una vida atrás pensé que estaría en lo más alto del podio de los ganadores.

Un par de veces tuve suerte.

Cuando empezó a mostrarse inquieta y un poco cansada de estar de pie, guie a Sylvie hasta nuestros asientos.

Sin apartar los ojos del rodeo, me incliné hacia ella.

—Creía que los rodeos eran cosa de verano.

—La temporada regular suele terminar en octubre, pero hay mucho dinero que ganar antes de que empiece el ajetreo veraniego. —Me encogí de hombros—. El mundo del rodeo no tiene temporada baja. Una buena carrera invernal puede marcarte todo el año. —Señalé a los hombres y mujeres que se arreglaban los cueros y recibían charlas de ánimo de sus equipos—. Los chicos salen hambrientos, con el martillo en ristre y listos para empezar. —Los inviernos fueron el combustible de algunas de mis mejores temporadas. Creaban impulso y confianza—. El número de rodeos en los meses de invierno es menor, pero los pocos eventos que se celebran suelen tener mayores premios.

La camaradería era tangible, el aire bullía de energía y expectación.

Cuando volteé, sus suaves ojos marrones me veían, estudiando mi rostro.

—Lo extrañas.

Mi reacción instintiva fue negarlo. Reprimir los sentimientos que no me permitía sentir. En lugar de eso, asentí con la cabeza y dije la verdad.

—A veces.

Sylvie enlazó su brazo con el mío y apoyó su cabeza en mi hombro cuando comenzaron los eventos. Me invadió una oleada de gratitud hacia quienes fueron mis rivales y compañeros de equipo. La vida en el rodeo fue hace mucho tiempo y, a pesar de los baches y los giros, me trajo hasta aquí.

Ella era mía a pesar de los obstáculos que nuestras familias nos ponían por delante, y en este mundo donde se veneraba la fuerza y la garra, sabía que Sylvie era más dura que cualquier toro al que me hubiera enfrentado.

25

Sylvie

John Oates: *¿Sabías que a las veinte semanas el bebé tiene el tamaño de un muñeco troll?*

Yo: *¿Incluyendo el cabello o no? Oh, Dios... ¿y si parece un troll en la pantalla? Estoy carcajeándome.*

¿Con una gema para el ombligo? ¡Actualización! Supongo que lo averiguaremos. Nos vemos en un rato.

Una semana después de que Duke me llevara al rodeo, sonreía viendo el celular antes de entrar en el consultorio de la doctora Hokum. A pesar de sus quejas por no llevarme -unos cuantos problemas en la granja obligaron a Duke a reunirse conmigo en el consultorio-, las cosas por fin iban bien. Conseguí llegar al punto dulce del embarazo del que me hablaba internet, en el que tenía menos náuseas y más energía de la que había tenido en *meses*.

El viento de mediados de diciembre azotaba mis mejillas. El cielo se inclinaba con nubes densas y oscuras que amenazaban aún con más nieve.

Al menos tendremos una Navidad blanca.

Suspiré y me pasé una mano por el vientre. Parecía que las semanas pasaban volando, pero al mismo tiempo eran increíblemente lentas. El trabajo en el Sugar Bowl era ajetreado, ya que atendíamos a nuestros clientes habituales además de aceptar los pedidos de los días festivos. Huck me relegaba a menudo a sentarme y empacar cajas de pasteles,

tartas y tartaletas. Me quejaba de él, pero algunos días me sentaba bien tener los pies en alto.

Los masajes nocturnos de Duke en los pies fueron de gran ayuda. Ya no me escondía en su dormitorio, sino que pasaba las tardes acostada sobre él mientras leía un libro o veíamos una película en la sala. Duke volvió a instalarse en el dormitorio principal y, lo juro, su mera presencia disparaba mi libido.

Los momentos tranquilos eran mis favoritos. Los momentos en los que Duke me miraba y sus ojos se suavizaban después de llegar de revisar los campos o de trabajar en cualquier proyecto que mantuviera en secreto en el granero. Oh, sí, sé perfectamente que está tramando algo, pero le hago creer que no tengo ni idea. Las primeras veces que le pregunté, se ruborizó -sí, *se ruborizó*-, se puso nervioso y cambió de tema. Sabiendo que cada uno ha sufrido una buena dosis de cambios dramáticos en los últimos cuatro meses, pensé que podía darle un respiro.

Tras registrarme con la recepcionista, colgué el abrigo y esperé a que me llamaran.

Unos minutos después, Duke irrumpió por la puerta y se dirigió hacia mí. Tenía las cejas fruncidas y la cara dura.

—Siento mucho llegar tarde.

Justo a tiempo, el pequeño bebé que llevaba dentro empezó lo que parecía una rutina de gimnasia de medalla de oro. Siempre que Duke estaba cerca, era como si el bebé pudiera sentir su mera presencia: una flecha de neón que parpadeaba *¡Oye, tú! ¡Mírame! ¡Ven aquí!*

La mano de Duke se movió sobre mi vientre y mi corazón se saltó un latido. Duke aún no había sentido moverse al bebé, pero eso no nos impedía a los dos tener esperanzas.

Le sonreí.

—Llegas justo a tiempo.

Resopló y se deslizó en la silla demasiado pequeña que había a mi lado y se inclinó hacia mí.

—Te ves hermosa.

Dejé que mis ojos vagaran sobre él, respirando descaradamente su aroma terroso y masculino.

—Pareces cansado.

Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—Gracias.

—¿Señorita King? —Una enfermera dobló la esquina mientras ambos estábamos de pie, y luego seguí a la joven enfermera, que tenía un rostro amable.

Me acerqué a Duke.

—¿Estás nervioso?

Su mano encontró mi espalda baja mientras caminábamos por el pasillo hacia la habitación.

—Ni siquiera un poco.

Me mordí el labio inferior. La semana pasada, en algún momento, había caído en la pesadilla de la ecografía de las veinte semanas. Claro, todo el mundo la anunciaba como la *más importante*, la que te permitía saber si ibas a tener un niño o una niña, pero también era el momento de saber si el desarrollo del bebé iba por buen camino y si todas sus partes y piezas estaban formadas correctamente. No podía evitar preocuparme.

Después de que la enfermera me pesara -Duke tuvo la decencia de apartar la mirada después de que le dirigiera una mirada de muerte-, me entregó la bata y se marchó en silencio. Me desnudé y me puse la bata de flores. En lugar de apartar la mirada, sus ojos se comieron cada centímetro de mí, desde mis senos hasta mis pies. Sus ojos oscuros brillaban mientras me observaba. Una pequeña parte de mí se preguntaba si me encontraba *más* atractiva ahora que mi vientre estaba redondeado con su bebé. Me recordé a mí misma que, cuando llegáramos a casa, le tomaría el cabello diciéndole que tenía un fetiche reproductivo. Eso me garantizaría un gruñido y un cosquilleo en el clítoris.

Duke se quedó de pie como un centinela mientras mis piernas se balanceaban en el extremo de la mesa.

—Creo que estoy un poco nerviosa —admití finalmente.

Sus ojos se intensificaron al verme.

—¿Sobre qué?

Mis dedos se retorcieron.

—No sé. ¿Todo? ¿Quieres saber qué vamos a tener? Yo no estoy segura. ¿Y cómo lo averiguamos? ¿La doctora lo dice de sopetón y ya está? Eso parece tan... abrupto. Además, en Internet dicen que esta ecografía es *importante*. Es la única en la que podrían detectar algo que no parece típico. ¿Y si algo va mal? Creo que comí carne de cerdo antes de saber que estaba embarazada, ¿y sabías que podría estar infectada de listeria? —Mi voz se alzaba con cada afirmación.

La palma gruesa y áspera de Duke se deslizó sobre mi rodilla expuesta mientras se cernía sobre mí.

—Oye. —Me acarició el muslo de arriba abajo—. Todo va estar bien. Te he visto tener cuidado y tomar tus vitaminas e incluso dejar de usar esmalte de uñas por ese artículo que leíste.

Vi mis tristes uñas desnudas.

—Lo estás haciendo muy bien, mamá. —Me besó la parte superior de la cabeza, y mi centro se encendió—. Además, a nuestro hijo no le pasa nada. Si algo *es* atípico —se encogió de hombros—, no importa. Los querremos de cualquier manera. Somos tú y yo.

Su severa seguridad no solo me excitaba, sino que era todo lo que necesitaba para enamorarme perdidamente de él. Parpadeé viendo a Duke. Quería ser valiente, tomarle la cara y plantarle un beso en aquellos labios carnosos y admitir *por fin* lo que llevaba tiempo diciendo en mi cabeza.

Te amo.

Quería tanto a Duke que sentía un pellizco en el pecho si pensaba demasiado en eso. Abrí la boca para dejar salir por fin las palabras

cuando sonaron dos suaves golpes, seguidos de la melena oscura de la doctora Hokum asomando por la puerta.

Los ojos marrones de Duke la vieron y yo me incorporé en mi asiento. Tras unas cuantas preguntas superficiales, la doctora Hokum dispuso el gran carrito del ordenador y el monitor para poder realizar la ecografía y permitirnos ver al bebé.

Duke estaba encorvado en un taburete con los codos apoyados en las rodillas y los ojos profundos estudiando el monitor. La sonda se deslizaba por el gel frío de mi vientre mientras la doctora Hokum elegía distintos ángulos para comprobar las medidas y tomar notas. Me habló brevemente de cada parte del bebé: la columna vertebral, los órganos, el flujo sanguíneo. Era realmente fascinante.

Me ardía el puente de la nariz al contemplar la silueta perfecta del bebé que crecía en mi interior. Ya no era un osito de goma, sino una personita perfecta. Pude ver el contorno de la nariz de botón del bebé y se me escapó una carcajada cuando las volteretas que estaba dando dificultaron que la doctora Hokum tomara algunas medidas.

—Ahí dentro es un revoltoso. —La doctora Hokum rio entre dientes y deslizó la sonda para probar un ángulo diferente.

Vi a Duke, cuyos ojos no se apartaban de la pantalla. Su expresión era dura y difícil de leer, pero sus ojos recorrían la pantalla absorbiendo cada detalle.

—¿Decidieron si les gustaría saber el sexo del bebé hoy?

Me quedé con la boca abierta mientras mi mente daba vueltas.

—Mmm... yo... —Mis ojos se desviaron hacia Duke, que me veía expectante. No habíamos hablado de eso y me arrepentí de no haber tenido el valor de mencionarlo antes.

Estudió mi cara y luego se giró hacia la doctora.

—Todavía estamos indecisos, pero nos gustaría tener la opción. —Vio alrededor de la pequeña habitación—. ¿Podría prestarme un trozo de papel?

La doctora Hokum vio al corpulento hombre que ocupaba mucho espacio en la pequeña sala de observación y sonrió antes de girar su taburete hacia el escritorio. De un cajón sacó un bloc de papel y un bolígrafo y se lo entregó a Duke. Él escribió rápidamente algo en el papel y se lo devolvió.

Bajó la mirada y sonrió.

—No hay problema. —Cuando se recolocó, ajustó el monitor—. Si miras hacia otro lado, haré algunas mediciones finales, y habremos terminado aquí.

Aparté la cabeza del monitor y Duke se colocó en el lado opuesto de la camilla. Se inclinó a mi lado para que estuviéramos a la altura de los ojos, pero yo no podía ver la pantalla.

—¿Qué escribiste? —le pregunté.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Ya lo verás. —Su gran mano me acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja—. Intenta relajarte.

La doctora Hokum solo tardó un momento en apagar el monitor y empezar a limpiarme el gel del vientre antes de colocarme la bata para cubrirme.

—Todo listo. El bebé crece según lo previsto. Todos los rasgos físicos que buscamos parecen desarrollarse con normalidad. —Su sonrisa floreció—.Ninguna preocupación.

Exhalé, profundamente reconfortada por sus palabras. Dobló el papelito en cuatro y se lo entregó a Duke. Él lo tomó y se lo metió en el bolsillo de la camisa de franela.

—Envié algunas de las imágenes a recepción, pueden recogerlas ahí. —La amable sonrisa de la doctora Hokum fue tranquilizadora mientras se echaba un poco de espuma antibacteriana en las manos y se la frotaba—. Que pasen unas buenas Navidades y nos vemos el mes que viene. Buena suerte.

Duke me ayudó a incorporarme y me vestí rápidamente. Caminamos juntos hasta la recepción, donde concerté mi próxima cita y la

recepcionista me entregó las imágenes de nuestra ecografía. Vi hacia abajo, trazando el contorno de la nariz de nuestro bebé y vi a Duke.

—¿Qué? —me preguntó cuando me detuve en el vestíbulo.

Sonreí.

—Nada, solo intento averiguar si el bebé tiene tu nariz o la mía.

Duke reprimió una sonrisa mientras se le movía un músculo de la mandíbula. Jugó con mi abrigo, me lo pasó por los hombros y lo jaló alrededor del vientre. Tenía el cabello enredado en la suave bufanda que me puso, y las ásperas manos de Duke se metieron detrás del cuello para liberarlo.

Duke estiró la mano para tomar su abrigo del perchero y me quedé embelesada por un gesto tan sencillo e inocuo. Era todo movimientos suaves y pasos seguros.

Puse mi mano sobre su pectoral.

—No lo veas sin mí.

Duke se inclinó para dejar caer un beso en mi mejilla.

—No me atrevería.

Me agarré a su brazo y dejé que me acompañara hasta el auto y me metiera dentro. Insistió en que lo siguiera directamente a casa, porque las carreteras parecían más resbaladizas que antes de la cita. La verdad era que me aliviaba tener un poco de espacio con él después de una ecografía tan emotiva. No podía confiar en no caer rendida a sus pies y admitir por fin lo perdidamente enamorada que estaba de él.

Pero no podía hacerlo. Aún no.

Las cosas entre Duke y yo iban bien, pero una vez nacido el bebé, se acabó vivir dentro de nuestra pequeña y tranquila burbuja. Tarde o temprano iba a tener que decidir si podía renunciar a mi sueño de dejar mi pueblo natal y empezar de nuevo en Savannah, cuando cada día que pasaba me resultaba más y más difícil recordar por qué alguna vez quise marcharme.

26

Duke

El metal raspaba contra la cerámica, y era el único sonido que llenaba el comedor. Eché una mirada furtiva a mi derecha y me di cuenta de que Sylvie tenía los ojos cálidos fijos en su plato. Se movía en su asiento y empujaba en círculos la comida que no había tocado. Parecía como si estuviera a medio segundo de salir corriendo hacia la puerta y escapar a la mezcla invernal de temperaturas gélidas y el viento azotador de diciembre.

Yo sentía más o menos lo mismo.

A pesar de que sentía como si me estuvieran succionando el alma a través de los globos oculares en Nochebuena, solo estaba aquí por Sylvie. Haciéndolo por ella.

Estaba embarazada de veintiuna semanas y tenía un resplandor que parecía iluminar cada rincón de mi casa. Con el paso de los días, me di cuenta de que ese sentimiento -esa calidez y esa ternura punzante bajo mis costillas-, era mucho más que una amistad o una paternidad inminente. Cada noche me acurrucaba a su alrededor y deseaba que las cosas hubieran sido diferentes. Que en lugar de un Sullivan y una King, fuéramos simplemente dos personas que chocaron y se lanzaron juntas a esta aventura.

Pero esos pensamientos ridículos estaban guardados bajo llave, como tesoros preciosos que no le mostraría al mundo. Nadie de por aquí lo entendería de todos modos.

Acción de Gracias separados fue miserable, y basándome en la cantidad de nuevos adornos navideños que parecían aparecer en la casa

cada día, tenía la ligera sospecha de que la Navidad era importante para Sylvie.

Los recuerdos de mamá inundaron mi cerebro: a ella también le gustó siempre la Navidad, incluso en los años de vacas flacas, se enorgullecía de elegir el regalo perfecto para todos. Ahora me daba cuenta de que mis papás probablemente habían prescindido de todo para que aquellas mañanas de Navidad fueran tan memorables.

Así que podría aguantarme y sufrir una cena de Nochebuena con los hermanos de Sylvie mirándome con el ceño fruncido en *mi mesa* si eso significaba que le traía felicidad.

La Navidad apesta.

Al menos, así era antes de que Sylvie irrumpiera en mi vida y la trastocara. El invierno se instaló en la granja como una manta acogedora, el aire teñido con el aroma del pino y la mordedura helada del aire nocturno. Todos, excepto Cisco y algunos miembros de su familia, se trasladaron a otras granjas del sur, y no volvería a ver sus rostros familiares hasta la primavera. Eso, si decidían volver.

Un flash de la cara del pequeño Nico pasó por mi mente, y me pregunté si vería su sonrisa de dientes separados al llegar el deshielo, si estaría crecido o cambiado, o incluso si se acordaría de mí.

Abel carraspeó desde el otro lado de la mesa y mis ojos se clavaron en los suyos. No levantó la vista mientras se acomodaba la servilleta en el regazo. Una silla gimió bajo el peso de Royal mientras Ed lanzaba un suspiro de satisfacción desde la sala.

La tensión era palpable.

Mi instinto me decía que esta gente era un mundo aparte de mi propia familia. Cuando eché un vistazo a la mesa, vi el ceño fruncido de JP en y sus ojos pasando de mí a su hermana menor. Reprimí una carcajada y le puse la mano en el muslo, solo para enojarlo un poco.

Capté la mirada de Sylvie, que me dedicó una sonrisa forzada y vacilante.

Vio más allá de sus hermanos.

—¿Y papá?

JP se echó hacia atrás y sacudió la cabeza.

—Trabajando.

Sus cejas se fruncieron.

—¿En Navidad?

—No se conquista el mundo tomándose un día libre. —Royal saltó, mientras que Abel solo ofreció un gruñido.

Puede que me guste ese tipo.

No me pasó desapercibida la forma en que el rostro de Sylvie se descompuso ligeramente al darse cuenta de que su propio papá eligió el trabajo por encima de su familia. Sospechaba que no era la primera vez.

La voz de Bug cortó la incomodidad, actuando como distracción mientras le sonreía a su sobrina.

—La cena es encantadora, Sylvie.

Las palabras eran sencillas, pero fueron como un salvavidas que desvió momentáneamente la atención del cargado ambiente. La tía de Sylvie tenía la extraña habilidad de rebajar la tensión con una sola frase, y le di una pequeña inclinación de cabeza, agradecido.

Mientras observaba el comedor, fijándome en el ceño perpetuo de Abel y en las miradas recelosas que se intercambiaban los hermanos, no pude evitar pensar que tal vez los Sullivan y los King tuvieran más en común de lo que creíamos. Proteger lo que era suyo parecía ser un rasgo universal, aunque naciera de una rivalidad centenaria.

Abel frunció el ceño y no pude evitar una risita interior. Era como un bulldog vigilando su territorio, siempre nervioso. Lo vi a los ojos y levanté una ceja en señal de silencioso reconocimiento, una especie de tregua entre nosotros. Tal vez, en el fondo, estaba tan cansado de la animosidad como yo.

Las miradas cargadas que se intercambiaban a través de la mesa eran como una conversación silenciosa en sí misma. La expresión severa de JP, la sonrisa medio divertida, medio preocupada de Royal, e incluso los

gruñidos de Ed Tres Patas desde el salón... era como una sinfonía de la dinámica familiar que se desarrollaba ante mí. Tenía que reconocer que eran muy leales, aunque esa lealtad viniera acompañada de cierta tensión.

Mis ojos se desviaron hacia el molde de gelatina que me dio Bug. Venía directamente de un molde redondo de color verde pistacho que era más viejo que yo, y ella lo dejó caer sobre una charola blanca con un sonido de sorbo húmedo. La gelatina de color rojo intenso se estaba derritiendo sobre la mesa, y lo que fuera que flotara en ella parecía directamente vómito. Royal se sirvió una porción en el plato y la hurgó con cautela mientras el tenedor de Sylvie raspaba la gelatina suelta, sacando lo que fuera que hubiera dentro.

Sintiendo un extraño arrebato de valentía, carraspeé y me removí en el asiento, captando la atención de la habitación. Todas las miradas se giraron hacia mí y esbocé una sonrisa que esperaba que pareciera más encantadora que nerviosa.

—Bueno, ya que estamos todos aquí mirándonos como una vaca viendo una puerta nueva, ¿qué tal si hacemos una tregua? Solo por esta noche.

La sala se sumió en un silencio atónito, con el peso de generaciones de hostilidad flotando en el aire, y entonces estalló la risa de Bug, un sonido tan contagioso que incluso Abel esbozó una sonrisa. A Sylvie le brillaron los ojos y me tomó la mano por debajo de la mesa, dándome un apretón tranquilizador.

Royal sonrió satisfecho y levantó su copa, sus tatuajes oscuros se filtraron en el dorso de sus manos.

—Por las treguas, por temporales que sean.

—Por las treguas —gritó el coro, las copas chocaron en un brindis colectivo que se sintió como una pequeña victoria contra la marea de la historia.

La tía de Sylvie me sonrió con los ojos brillantes de picardía.

—¿Sabes, Duke? Probablemente había otras formas de romper el ciclo que poner tus ojos en nuestra Sylvie.

Me reí entre dientes, sintiendo que me invadía un calor que nada tenía que ver con el crepitante fuego de la chimenea.

Vi la gelatina aguada que tenía delante.

—Bueno, Bug, si romper ciclos implica sobrevivir a tu cocina, creo que estoy preparado para el reto.

Tomé una buena cucharada de gelatina y me la metí en la boca.

Oh. No está mal...

Los ojos muy abiertos me vieron fijamente mientras las risas estallaban alrededor de la mesa y la tensión de la noche se disipaba como la niebla al sol de la mañana.

Cuando la tensión se fue, los King compartieron historias, bromearon unos con otros y se enzarzaron en un animado debate sobre los méritos de los postres navideños mientras yo me sentaba y observaba en silencio cómo se desarrollaba todo. Me di cuenta de que tal vez -solo tal vez-, esta Nochebuena tenía el potencial de ser el punto de inflexión que nunca vimos venir.

Entre bromas y risas, eché un vistazo a Sylvie. Sus ojos contenían una profunda emoción que reflejaba la mía, un reconocimiento silencioso de que estábamos juntos en esto, sin importar las probabilidades. A medida que avanzó la velada, me sentí aún más atraído por ella, con el corazón inexplicablemente unido a la mujer que puso mi mundo de cabeza.

Cuando todos se fueron, nos quedamos codo con codo en la cocina. Sylvie se negó a sentarse después de la cena, así que la apoyé en la encimera y me hizo compañía mientras enjuagaba y apilaba los platos en el lavavajillas.

—Gracias por lo de esta noche. —Me vio—. Por tener a mi familia en casa, quiero decir. Podríamos haber hecho algo por separado.

Sacudí la cabeza y tiré los cubiertos a la cesta del lavavajillas.

Sonrió, con la mano apoyada en el vientre, como si el bebé pudiera oírla.

—Sé que mi familia puede ser... difícil, pero significa mucho para mí que estuvieras dispuesto a hacer esto.

Le dediqué una media sonrisa, con el corazón latiéndome demasiado fuerte.

—Bueno, supongo que es bueno que Bug tenga sentido del humor, ¿no?

Sylvie resopló y soltó una carcajada, un sonido melodioso que hizo que todo pareciera un poco más brillante.

—No lo podía creer. —Volvió a reír y dejó caer un suspiro—. Esa gelatina nos ha estado persiguiendo durante *años*. Es tan... extraña.

Volví a los platos con una sonrisa cuando Sylvie me agarró del brazo.

—¡Oh!

Mis ojos, preocupados, buscaron su rostro mientras ella se inclinaba hacia adelante y me pasaba la mano por el brazo, atrapando mi mano y presionando mi palma contra su vientre. Escudriñé sus rasgos para intentar averiguar qué le ocurría.

Entonces lo sentí.

Tap-tap-tap.

Mis ojos volaron a los suyos y volvieron a bajar.

—¿Eso... eso es el bebé?

Su mano me apretó la muñeca y luego desplazó mi palma a otra zona de su vientre.

—¿Lo sentiste? El bebé siempre se vuelve loco a tu alrededor.

Mis dedos se extendieron más, mi mano encapsuló una gran parte de su vientre mientras buscaba de nuevo.

Vamos, chico. Solo una vez más...

Esperé sin atreverme a apartar los ojos de Sylvie.

Tap-tap-tap.

Se me cortó la respiración y me temblaron las rodillas. Vi a Sylvie y me quedé en silencio.

Su mano encontró mi mejilla.

—Feliz Navidad, Duke.

Me coloqué entre sus rodillas, apoyé mi frente en la suya y entretejí mis dedos en su sedoso cabello. Aspiré por la nariz y, egoístamente, me impregné de su aroma.

Me levanté y la vi a los ojos color miel antes de meter la mano en el bolsillo trasero y sacar la cartera. Ella bajó la mirada, y la confusión se transformó en conciencia al reconocer el papelito del consultorio de la doctora Hokum.

—¿Lo has estado llevando todo este tiempo?

Asentí con la cabeza.

—No lo vi, lo juro, pero estaba demasiado nervioso para perderlo.

Le entregué el papel y ella lo sostuvo, dándole la vuelta al pequeño cuadrado entre sus manos.

—¿Quieres saberlo? Creo que yo quiero saberlo. —Se encogió de hombros—. Para estar preparada.

—Quiero lo que tú quieres. —Las palabras eran pura grava mientras pasaban por el nudo de mi garganta.

—Okey. —El susurro de Sylvie fue apenas audible mientras me miraba a los ojos y desdoblaba el papel.

27

Sylvie

Niño.

Mis ojos bailaron sobre las palabras *Vas a tener* ____. Justo ahí, con la eficiente caligrafía de la doctora Hokum, la palabra *niño* terminaba la frase que Duke escribió en un papel en la cita.

Duke leyó las palabras boca abajo mientras yo sostenía el papel entre los dos. Un peso de mil libras se asentó en mi pecho mientras me empapaba de las palabras.

Nuestro bebé es un niño.

Cuando levanté la vista, Duke tenía los rasgos serios y concentrados, como si también estuviera procesando la realidad de nuestra situación. Me fijé en sus ojos oscuros, sus rasgos afilados, su nariz fuerte y su mandíbula afilada.

—Espero que sea como tú.

Duke parpadeó y me vio.

—No. —Tragó saliva con dificultad mientras repasaba mis facciones y me apartaba un cabello rebelde de la sien—. Espero que sea como *tú*. Espero que tenga tu risa, esa que se contagia a la habitación de al lado e irradia calidez. Espero que no pierda la esperanza en sus sueños y deje volar su imaginación. Espero que sea tan fuerte como tú y que sus emociones sean profundas. Espero que sea exactamente como tú y amarlo será lo más fácil que he hecho nunca.

Amarlo será lo más fácil que he hecho nunca.

Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras hundía la cara en el pecho de Duke. El estrés y la preocupación de que él no fuera capaz de querer al bebé porque era medio King me atormentaron durante meses, pero ahí estaba él, poniéndolo todo sobre la mesa y prometiéndome que nuestro hijo sería amado, que esperaba que el bebé fuera como *yo*.

Se me escaparon las palabras, así que rodeé su fuerte cuello con mis brazos y me aferré para salvar mi vida.

Días después, aún sonreía al recordar que Duke y yo íbamos a tener un niño. Ya había empezado a hacer una lista en mi teléfono con los nombres que me gustaban y, a medida que la lista iba aumentando, no pude evitar preguntarme qué quería hacer con el apellido del bebé.

¿Sería un King o un Sullivan?

El acuerdo original entre Duke y yo fue que él me ayudaría durante el embarazo y los primeros meses de vida del bebé, pero aún no hablábamos sobre qué pasaría después. Si realmente iba a mudarme a Savannah, una parte profundamente maternal de mí quería asegurarse de que mi bebé compartiera mi apellido. Tampoco podía imaginarme la tormenta de mierda que me esperaba si mi familia se enteraba de que no le había puesto el apellido King... pero cuando me imaginé la mirada de dolor que inevitablemente cruzaría la cara de Duke si le decía que no pensaba apellidar al bebé Sullivan, se me cortó la respiración. Siempre sentía un doloroso pinchazo en el pecho.

De pie en la puerta de la habitación de invitados, que serviría de cuarto del bebé, suspiré. Según Internet, estaba anidando, porque después de mi turno en el Sugar Bowl, sentí el intenso deseo de limpiar todas las paredes del cuarto del bebé. Eso se transformó en limpiar los rincones y lavar las ventanas. Debería haberme sentido cansada, pero tenía una inexplicable explosión de energía y satisfacción.

Desde detrás de mí, el suelo crujió y Duke me envolvió en un abrazo, enterrando su nariz en mi cuello.

—Huele bien.

Dejé que el trapo mojado cayera al suelo mientras me aferraba al grueso antebrazo que rodeaba mi vientre. Me encantaba la forma en que su mano se extendía por mi vientre de embarazada, incluso los días en que me sentía hinchada y gorda, Duke nunca dejaba de hacerme sentir preciosa y hermosa.

Inspiré, empapándome de la calidez de su abrazo.

—Hoy me dio por limpiar. —Volví a apoyarme en él.

—Hablaba de ti. —Me gruñó al oído, y un hormigueo me recorrió desde el cuero cabelludo hasta los dedos de los pies.

Las hormonas del segundo trimestre no eran ninguna broma. Dejé que la yema de mi dedo recorriera una vena de su antebrazo mientras mis ojos se paseaban por la habitación del bebé. Aún necesitaba muebles y una mano de pintura, pero me divertí soñando con las posibilidades y colgando en un tablero de Pinterest todo tipo de fotos de habitaciones de bebé elegantes.

—Me gustaría pintar aquí, pero creo que no debo hacerlo.

El abrazo de Duke me apretó ligeramente mientras su cuerpo se enroscaba alrededor del mío.

—Déjamelo a mí. Puedo ocuparme de todo.

Incliné la cabeza para intentar devolverle la mirada.

—No estarás pensando en cabezas de ciervo y cuadros escoceses, ¿verdad?

Una carcajada profunda y sincera retumbó en él, haciéndome vibrar la espalda y llenándome de calor.

—¿Qué tienen de malo las cabezas de ciervo? Son masculinas. Se ven geniales.

—Oh, Dios, no importa. Me arriesgaré con los gases.

Fui recompensada con otra carcajada mientras me balanceaba ligeramente.

—Te prometo que haré esta habitación perfecta para ti y el pequeño Coot.

Se me torció la cara.

—¿Coot?

Sentí sus hombros encogerse detrás de mí.

—Solo estoy probando opciones. ¿Grenade?

—Paso.

—¿Qué hay de Athol? Es un nombre irlandés fuerte.

Se me escapó una risita.

—No vamos a llamar al bebé *Athol*. Suena a matón con ceceo. ¿Acaso eres irlandés?

—Probablemente. —Duke se rio con otro encogimiento de hombros—. En algún momento.

Mis palmas se apoyaron en el dorso de sus manos mientras él me frotaba el vientre, y mi risa se calmó.

—Tenemos algo de tiempo. Lo resolveremos, pero te prometo... —Duke dejó caer un tierno beso en el punto donde la base de mi cuello se unía con mi hombro—. Si confías en mí, haré que esta habitación sea perfecta.

Si confías en mí.

El profundo murmullo de su voz sonó en bucle en mi cabeza antes de que finalmente susurrara:

—Confío en ti.

Un zumbido feliz sonó detrás de mí cuando Duke movió sus manos desde mi vientre por mi espalda hasta acariciar mi trasero.

—Bien, ahora que tenemos eso resuelto, prepárate. —Su mano aterrizó con un *thwack* en mi trasero—. Te voy a llevar afuera.

Me giré, mirándolo con ojos grandes y redondos.

—¿Una cita? ¿Una cena?

Dios, era absurdo lo obsesionada que me volví con la comida.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en la comisura de sus labios.

—Una cita. —Pasó la punta de su nariz por la mía—. Pero también incluirá comida. No soy tonto.

Le sonreí.

—¿Puedes estar lista en treinta?

La emoción me recorrió mientras el bebé pataleaba encantado.

—Si incluye algo frito, puedo estar lista en veinte.

La mano de Duke bajó por mi mejilla antes de posarse suavemente en mi cuello mientras me daba un beso en los labios.

—Trato hecho.

El festín de Fried Fisherman's se sentó en mi barriga deliciosamente llena mientras Duke mantenía abierta la gran puerta de madera del Grudge. Solo unos días después de Navidad, todavía tenía el encanto rústico de un honky-tonk vestido para las fiestas. El escenario estaba adornado con guirnaldas. El espejo de detrás de la barra sostenía una gran corona, pero si te fijabas bien, había pequeños esqueletos con gorros de Papá Noel que hacían juego con el logotipo del Grudge.

Mis ojos se desviaron hacia los lados este y oeste del bar. Era bien sabido que cuando los pueblerinos entraban en el Grudge Holder, elegían un bando. Me quedé helada al suponer que Duke elegiría obviamente el lado oeste, cómodamente acurrucado entre un montón de Sullivan y sus aliados. En el lado del King, primos y amigos de la familia nos veían, con las copas a medio camino de la boca mientras se quedaban boquiabiertos.

La escena se desarrolló en cuestión de segundos. Duke solo se detuvo una fracción de ese tiempo antes de dirigirse directamente hacia una mesa alta abierta cerca del centro de la habitación y me sentí aliviada cuando sacó la silla de respaldo alto y me ayudó a sentarme.

—¿Estás bien? —Sus ojos buscaron mi cara.

—¡Sí! —gorjeé un poco demasiado alto y agarré el menú de plástico para hacer algo con mis manos temblorosas. Duke acomodó su corpulento cuerpo en el asiento de enfrente y se echó hacia atrás. Parecía completamente a gusto en aquel ambiente tenso, como un rey en su trono.

Se me escapó una pequeña carcajada. No se me escapó la ironía de aquel pensamiento. La barbilla de Duke se inclinó en mi dirección como una pregunta silenciosa. En lugar de responder, dejé caer los ojos sobre el menú y empecé a ojearlo.

—¿Brutus está listo para cenar?

Le lancé una mirada aburrida con ojos firmes.

—Paso duro.

Él se rio mientras yo me acomodaba contra el respaldo del taburete y me frotaba distraídamente el bulto.

—Creo que sigue feliz con los quince kilos de camarones que me acabo de comer.

Bajó los ojos y los volvió a subir cuando una mesera se acercó a nuestra mesa.

—Hola, amigos, ¿qué puedo servirles esta noche? —Los nervios se apoderaron de ella cuando su sonrisa vaciló y sus ojos pasaron entre nosotros.

Él me indicó con la cabeza que empezara y pedí.

—Una limonada de fresa con un chorrito de Sprite, por favor.

Él frunció los labios antes de volver a prestar atención a la mesera.

—Tomaré lo mismo y una cesta de pepinillos fritos.

Ella asintió con la cabeza y recogió nuestros menús antes de marcharse a toda prisa.

Duke me guiñó un ojo.

—Por si acaso.

Las mariposas estallaron en mi vientre al mismo tiempo que el bebé daba patadas. Claramente, la comida frita era el lenguaje de amor de este niño.

Era un jueves por la noche temprano, lo que significaba que aún no había un grupo en vivo, pero la música sonaba en la máquina de discos. Mis dedos seguían el ritmo de una vieja canción country de los noventa mientras observaba a las parejas que bailaban a dos pasos en la pista. Vi cómo Annie y Lee, el hermano de Duke, bailaban en círculos alrededor de todos los habitantes del pueblo. Lo habían hecho durante años, pero hacía poco que dejaron de negar la atracción magnética que sentían el uno por el otro.

Vi a Duke y me pregunté si tal vez estábamos haciendo lo mismo: dejar que nuestros apellidos y nuestra historia familiar definieran lo que fuera que había entre nosotros, cuando era innegable que había una cuerda invisible que me unía a él. Una cuerda que no podía imaginar que se rompiera jamás.

La gran mano de Duke capturó la mía, a medio latir. Se deslizó de su silla y se colocó junto a la mía, jalándome para que me levantara. Inclinó la cabeza hacia la pista de baile.

—Vamos.

Lo vi mientras me rodeaba la cintura con un brazo y me sujetaba la mano con el otro en la posición correcta para bailar. Tuve que inclinar la barbilla para verlo a los ojos.

—Me encanta bailar.

Era tanto una afirmación general como una advertencia a este hombre estoico al que había visto una y otra vez en el Grudge, pero ni una sola vez en la pista de baile.

Me sonrió con satisfacción, y sentí un tirón en mi vientre.

—Lo sé.

Sin mediar palabra, Duke me condujo a un impecable paso doble. Con mi mano bien sujeta a la suya y la otra pegada a mi espalda, me empujó

y jaló de un modo que hizo que nuestro baile fuera fluido, como si lleváramos años juntos. La euforia se apoderó de mí.

Cuando la canción se terminó, lo agarré de los antebrazos y lo vi. La risa burbujeó en mi pecho mientras mis ojos bailaban por sus apuestos rasgos.

—Duke Sullivan, ¡me has estado engañando! Te he visto en este bar durante años, y ni una sola vez te vi poner un pie en esta pista de baile.

Se balanceó conmigo en brazos mientras la canción cambiaba a una balada melancólica.

—Que no baile no significa que no *sepa* bailar.

—Estás lleno de secretos.

Me acercó para susurrarme al oído.

—¿Quieres saber otro secreto?

El deseo se apoderó de mí.

—Sí.

—Nunca había bailado, porque nunca podría bailar contigo. —Luego, como si no acabara de destrozar mi mundo, Duke siguió abrazándome contra su pecho.

Este hombre.

¿Cómo pasé tanto tiempo sin ver la sensualidad pura y sin filtros de Duke Sullivan? Era crudo, puro y poderoso. Me sentía atraída por él inexplicablemente. Cada parte de mí, corazón y alma, ansiaba a este hombre. Me balanceaba con él, perdida en él.

Cuando la música volvió a cambiar a un ritmo alegre, mis ojos le suplicaron.

—¿Un baile más?

Sus melancólicos ojos se desviaron hacia abajo mientras consideraba mi pregunta.

—¿No estás muy cansada?

Una sonrisa maliciosa se dibujó en mis facciones.

—¿Te preocupa hacerte daño en la espalda, viejo? —bromeé.

Sus ojos se volvieron casi negros en la tenue iluminación del bar mientras se inclinaba y dejaba que su profunda voz acariciara la concha de mi oreja.

—No soy yo quien me preocupa, cariño, luego también te dolerá la espalda.

Respiré hondo mientras lo miraba, mordiéndome el labio inferior para no sonreír. Quería ser tímida, pero estaba segura de que parecía una gata salvaje en celo, dispuesta a abalanzarme sobre él y hacerle cumplir su deliciosa promesa.

Solo bailamos dos canciones más antes de salir dando tumbos por la puerta principal, convertidos en una maraña de miembros, besos descuidados y gemidos. Duke siempre sabía exactamente cuánta presión aplicar en cada parte de mi cuerpo para encenderme y hacerme tararear. Su boca succionó el punto del pulso en la base de mi cuello, mientras yo gemía con la espalda pegada a la puerta.

—Por favor —le supliqué.

Duke apoyó las manos en la madera detrás de mí, con los dedos apretados en un puño.

—Estoy tan empalmado por ti en este momento. —Como prueba, apretó su polla contra mi cadera mientras yo me arqueaba contra él—. No quiero hacerte daño, pero no puedo....

Su voz se apagó en un gemido ahogado mientras yo palpaba su miembro a través de los jeans.

—No lo harás —le aseguré. Sabía en el fondo de mi alma que Duke nunca me haría daño físicamente, pero no quería que lo hiciera con delicadeza—. Te necesito... —Tragué con fuerza, dispuesta a ser valiente y pedir exactamente lo que necesitaba. Sabía que si se lo pedía, él me lo daría—. Duro.

Se echó hacia atrás, clavándome sus ojos oscuros como si estuviera confirmando que me oyó bien: que lo deseaba tanto como él a mí. Apoyé los hombros y levanté la barbilla, demostrándole a él y a mí misma que podía aguantar todo lo que él me diera, que ansiaba ese desenfreno salvaje.

Se apartó de mí con un gruñido. Duke se agachó para sostenerme las piernas mientras me levantaba contra él. Dejó un amplio espacio para mi vientre mientras giraba y subía las escaleras hasta nuestro dormitorio. En lugar de depositarme en la cama y follarme hasta dejarme sin sentido, como yo creía que haría, me puso de pie con suavidad y me giró por los hombros para que viera al largo espejo del armario de la esquina.

Observé el reflejo de Duke mientras se colocaba a escasos centímetros de mí. Empezó por mi cuello, apartando mi cabello rubio hacia un lado mientras sus dedos encontraban la cremallera de mi vestido. Me quedé boquiabierta cuando bajó la cremallera con una lentitud dolorosa. Cuando llegó a la parte baja de mi espalda, las yemas de sus dedos rozaron la sensible piel y un escalofrío me recorrió. Me pasó las palmas de las manos por los hombros, dejando la parte superior del vestido al descubierto.

Mis tetas se habían puesto enormes durante el embarazo y disfruté viendo cómo sus ojos hambrientos recorrían el sujetador transparente, los pezones se me pusieron rígidos. Sus manos siguieron deslizando el vestido de sobre mi vientre hinchado hasta que se soltó y cayó a mis pies. Me dispuse a bajarme los leggins de punto que me puse para protegerme del frío, cuando su mano me detuvo.

—Permíteme. —Duke se arrodilló y me bajó suavemente la tela por los muslos.

Usé su hombro para estabilizarme mientras salía de los leggins, dejando que las yemas de mis dedos bailaran por el corto mechón de cabello que tenía detrás de la cabeza.

Sus ojos pasaron del lugar desnudo entre mis piernas a mi cara.

—¿Sin bragas?

Moví la cabeza hacia un lado.

one

—Están empezando a apretar y se ponen incómodas.

Vi cómo sus grandes palmas subían por mi pierna, deslizándose por mi abertura. Con un arrastre, recorrió mi abertura con el lateral de su dedo índice, deteniéndose para presionar su pulgar en mi clítoris. Mis rodillas amenazaron con doblarse y mis ojos querían rodar hasta la nuca, pero no podía dejar de vernos en el espejo. Duke de rodillas, adorando mi cuerpo mientras yo lo miraba, era un espectáculo precioso.

Retiró la mano, se metió el dedo índice en la boca y gimió a su alrededor.

—Siempre tan jodidamente dulce.

Inspiré agudamente ante sus tortuosas palabras. Me vio y se dio cuenta de que mis ojos no se habían apartado del espejo mientras observaba la escena que se desarrollaba ante mí.

Vio por encima del hombro y sonrió satisfecho.

—¿Te gusta ver, cariño?

Su mano volvió a frotarme el coño y mis caderas empezaron a moverse por voluntad propia.

—Dilo —exigió mientras deslizaba un dedo dentro de mí y yo gemía—. Quieres ver cómo te follo duro.

—Sí. Eso quiero.

—Buena chica. Voy a dejarte ver mientras te lleno y te llevo al límite antes de dejar que te corras. —Vi cómo deslizaba un segundo dedo dentro de mí, usando su pulgar para acariciar mi clítoris y acercarme cada vez más al orgasmo que mi cuerpo pedía.

Eché la cabeza hacia atrás, pero mis ojos permanecieron fijos en el espejo. Sus dedos bombeaban dentro y fuera de mí. Era burdo, vulgar y absolutamente delicioso.

—Quiero... —Apenas pude pronunciar las palabras entre jadeos—. Quiero correrme en tu polla.

Su risita oscura apretó la espiral en mi centro mientras me mordía el cuello.

—No te preocupes. Lo harás.

Cada terminación nerviosa de mi cuerpo ardía mientras lo veía provocarme el orgasmo. Con la boca abierta y una mano agarrada a su cabello, me corrí alrededor de sus gruesos dedos. Solo cuando sentí los últimos escalofríos, Duke se levantó, se arrancó la camisa y se quitó el cinturón y los pantalones.

Seguí mirándolo mientras se bajaba los bóxers negros por los muslos gruesos y musculosos y apretaba con el puño su enorme y dura polla.

—Ven aquí. —Sin dejar de acariciarse, me tomó de la mano y me guió hacia el borde de la cama. En la esquina, me apartó de él antes de sentarse en el borde. Aún podía verlo en el espejo, con su erección sobresaliendo entre aquellos muslos fuertes. Con mis caderas en sus manos, me guió un paso hacia atrás antes de arrastrar la cabeza de su polla por mi coño.

Grité su nombre, pero él no detuvo su lento y tortuoso asalto. Bajé un centímetro, preocupada por si se me doblaban las rodillas por el intenso placer.

—Eso es, cariño. —Su agarre se hizo más fuerte en mis caderas—. Siéntate sobre mi polla y déjame por fin sentir tu dulce y apretado coño.

Nunca imaginé que palabras tan sucias fueran tan jodidamente calientes, pero yo quería *más*. Lo quería a él.

—Relájate —me instó mientras mis muslos temblaban, intentando sostener la mayor parte de mi peso sobre él—. Húndete hasta el fondo. Quiero sentir cómo rechinas contra mí.

Suspiré aliviada mientras dejaba caer el resto de mi peso sobre su regazo. Él me penetró hasta el fondo.

—Sí, sí... —Jadeé al ritmo que marcaban mis caderas.

Duke usó sus manos para marcar el ritmo. Movía mis caderas mientras gruñía detrás de mí. Su boca se aferró a mi cuello, sus dientes eran un delirante rasguño contra mi sensible piel.

—Mira —me exigió.

Mis ojos volaron hacia el espejo de la esquina. Los intensos iris marrones de Duke se encontraron con los míos mientras me penetraba con las piernas abiertas alrededor de la parte exterior de sus muslos. Pude ver cómo su polla desaparecía dentro de mí. Era lo más erótico y hermoso que había visto nunca.

—Maldita sea, eres tan jodidamente perfecta. Quiero que veas cómo encajamos. Cómo fuimos hechos el uno para el otro.

Mis sentidos estaban sobrecargados, el sudor bañaba mi piel. Mi clítoris ansiaba liberarse, mis ojos absorbieron la deliciosa visión de Duke bombeando dentro de mí, sus gruesos y musculosos brazos soportaban nuestro peso mientras yo lo cabalgaba.

—Más, Duke. Necesito más.

Con un movimiento rápido, nos levantó a los dos mientras estaba de pie y me hizo girar suavemente, sin separarnos en ningún momento. Sus movimientos eran suaves pero seguros.

—Las rodillas en la cama —me exigió mientras su largo brazo se extendía hacia adelante, jalando una almohada para que apoyara mi cabeza y el pecho en ella.

Me puse de rodillas. Esa misma mano se metió en mi cabello, jalando mi cara hacia un lado.

—No dejes de ver.

En el espejo, nos vi. Con mis rodillas sobre la cama, el trasero al aire, el pecho sobre el colchón con el vientre flotando a salvo sobre la cama mientras Duke sacaba su larga polla de mí. Brillaba con mi excitación y ambos gemimos. Con una lentitud dolorosa, observé cómo entraba en mí. Una y otra vez bombeó en mi interior mientras su cuerpo se enroscaba sobre mi espalda.

Nunca imaginé que el sexo pudiera ser tan travieso y estimulante, pero con Duke *lo era todo*. Sabía que me daría todo lo que pudiera, cualquier cosa que le pidiera, lo que me dio el valor para pedir exactamente lo que quería.

—Azótame el trasero —jadeé—. No seas suave.

one

En el espejo, sus ojos oscuros se encendieron antes de que su mano se levantara y su crujido mi piel llenara el dormitorio. Inmediatamente, su áspera palma masajeó el escozor y una nueva oleada de humedad cubrió su polla.

—Mierda, sí. —Gimió mientras seguía bombeando dentro de mí—. ¿Otra vez?

Solo pude asentir temblorosamente. Sus manos y su polla me llevaron al borde del clímax.

Crack.

—¡Sí!

Otro roce. Sus cortas uñas se arrastraban por la curva de mi trasero.

Crack.

El intenso placer se mezcló con el dolor y me hizo estallar en un orgasmo. Tras unos cuantos movimientos más de sus caderas, Duke se desplomó justo detrás de mí. Su polla se sacudió y se hinchó en mi interior mientras se vaciaba profundamente.

Me temblaban los brazos mientras el calor se filtraba por el interior de mis muslos después de que Duke se deslizara fuera de mí. Me tomó en brazos con cuidado, sosteniendo el peso de mi cuerpo, ya que estaba demasiado débil para mantenerme en pie. Cuando estuve acostada de lado en la cama, su enorme cuerpo se desplomó detrás de mí y me abrazó con suavidad.

—Mierda. —Su aliento era caliente mientras jadeaba detrás de mí.

—Gracias —dije en voz baja—. Fue... increíble. —Se me quebró la voz. Me quedé tan sin aliento como él.

Sus manos se movieron sobre la curva de mi trasero, donde sin duda habría una marca de color rojo brillante. Una parte tortuosa de mí no podía esperar a ver si se quedaba hasta mañana como recordatorio del orgasmo más intenso que había experimentado jamás.

Duke se movió, apoyándose en la cadera, y se dobló por la mitad para inclinarse y darme un suave beso en el trasero.

—¿Fue demasiado? —murmuró, preocupado.

Tarareé con una sonrisa.

—Fue la cantidad exacta.

No tuve el valor de decirle que sabía que el tiempo que pasábamos juntos nunca sería suficiente.

28

Duke

El amargo invierno de Michigan a mediados de febrero era innegable. A pesar del viento furioso, los sonidos solitarios de una paloma rompían la quietud del campo. Tras meses de silencio, me di cuenta de lo mucho que extrañaba el canto de los pájaros en mis paseos diarios. Me quedé quieto, con los pies firmemente plantados en el suelo helado, y escuché.

El ángulo bajo del sol invernal de última hora de la tarde proyectaba sombras largas y ominosas sobre la nieve inmaculada. El crujido de mis botas en la nieve ahogó al pájaro mientras caminaba hacia la granja. Dentro de un mes estaríamos podando los arbustos para que salieran de su letargo y, por primera vez desde que supervisaba la granja, no estaba preparado. Cada día que me precipitaba hacia la primavera era un día menos con la mujer que amaba.

La mujer que aún planeaba irse.

La rabia -conmigo mismo por ser un cobarde y no poner mi maltrecho corazón a sus pies-, brillaba junto al escalofrío que me recorría.

Tenía que haber una manera.

Mi mano rozó la carta que me metí en el bolsillo. Mis pensamientos eran tan turbulentos como las olas que rompían contra la costa, negándose a calmarse a pesar del frío. Apreté y aflojé los puños, dividido entre la lealtad a mi familia y el amor que sentía por Sylvie y la vida que crecía en su interior.

Los rumores de investigaciones sobre los derechos mineros de las tierras Sullivan añadieron un toque siniestro a la ya tensa atmósfera de

nuestro pueblo. Mi mente se agitaba mientras analizaba las implicaciones para mi familia. Hacía meses que le pedí a Joss Keller, mi amigo y abogado local, que investigara a quien quiera que estuviera husmeando cuando por fin envió la carta. Si a eso le añadíamos las misteriosas huellas de neumáticos que seguían apareciendo en las tierras de los Sullivan, me ponía nervioso.

La mera idea de que alguien buscara minerales en *mis tierras* me enfurecía. La reputación de JP King como ambicioso empresario no me ayudaba a deshacerme de la sensación de que los King estaban detrás de todo esto, avivando las llamas de la enemistad que dividió a nuestras familias durante generaciones.

Adiós a las treguas temporales.

Sabía que Sylvie pertenecía a su bando, pero a pesar de la animosidad entre nuestras familias, me enamoré de ella. Mi corazón se apretaba cada vez que pensaba en ella y, sin embargo, no encontré el valor para decirle la profundidad de mis sentimientos, de decirle lo locamente enamorado que estaba de ella, y rogarle que renunciara a su sueño y *se quedara*.

No podía evitar saber que ella diría que sí. Una pregunta y probablemente lo dejaría todo. *Por mí*, pero no podía soportar saber que le haría a ella lo que me hicieron a mí, así que reprimí las palabras y dejé que mis acciones hablaran por mí.

No podía luchar contra la persistente sensación de que si pudiera averiguar dónde había empezado la enemistad, por qué había persistido durante tanto tiempo, Sylvie y yo tendríamos una oportunidad de acabar con ella. Si encontrábamos la forma de reparar la relación entre nuestras familias, las peleas, las miradas de reojo y los murmullos podrían terminar. Podríamos existir sin el escrutinio de un pueblo dividido.

Seguía sin ser fácil, incluso sabiendo todo el pueblo que Sylvie vivía conmigo. Hace solo unos días, alguien del pueblo me paró para intentar emparejarme con su sobrina o algo así. *Una buena chica de* buena *familia.*

La puta *audacia*.

A medida que el sol se ocultaba en el horizonte, mi determinación se endurecía. Tenía que afrontar esta situación sin rodeos, no solo por mi familia, sino por la mujer a la que amaba y por el hijo al que pronto le daríamos la bienvenida al mundo. Dependía de mí tender un puente entre los Sullivan y los King, aunque solo fuera para garantizar un futuro mejor para nuestro hijo.

El problema era que necesitaba ayuda.

Durante *años* se rumoreó que el Bluebird Book Club era mucho más que una oportunidad para que las mujeres del pueblo hablaran de libros: discutían, planeaban eventos, *maquinaban*.

Mi mano se posó sobre el picaporte de la puerta y esperé que fuera cierto y que no estuviera a punto de colarme en una reunión de un club de lectura al que solo se admiten hombres con invitación.

Supongo que estoy a punto de averiguarlo.

Me pasé por Haven Pines y le supliqué a MJ un favor. Necesitaba que encontrara cualquier excusa para que Sylvie faltara a su club de lectura. Ella sonrió y me dijo que no me preocupara. Sin embargo, un escalofrío me recorrió la espalda al entrar en la librería.

El olor a libros antiguos se mezclaba con el café recién hecho. Una charla silenciosa flotaba por encima de las estanterías mientras caminaba por los estantes hacia la tranquila conversación. Algunos ojos muy abiertos me vieron mientras un silencio colectivo se apoderaba de las mujeres reunidas en la trastienda de Bluebird Books.

—Duke. —La tía Tootie se adelantó, y colocó su taza de café en una barra improvisada antes de acercarse a mí.

—Tía Tootie. —Vi más allá de ella y asentí al grupo de mujeres—. Señoritas.

Reconocí a casi todas: a las leales a los King, a las Sullivan y a algunas de mis primas. Se sentaban juntas en pequeños grupos, recostadas en acogedoras sillas o en afelpados pufs redondos. Las suaves lámparas

añadían un cálido resplandor y creaban un espacio acogedor para sentarse juntas.

Enderecé los hombros y levanté la barbilla. Pedir ayuda estaba tan lejos de mi zona de confort que ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Corre el rumor de que las Bluebirds pueden hacer realidad lo imposible. —Me aclaré la garganta—. Estoy en un aprieto y me vendría bien un milagro.

Un suave murmullo recorrió el grupo de mujeres y los ojos de mi tía Tootie se suavizaron.

Los ojos duros y evaluadores de Bug King recorrieron mi frente y luego volvieron a subir antes de girarse hacia mi tía.

—Ha tardado bastante.

Tootie resopló y le dio un manotazo a Bug.

—Ya basta. Ya está aquí. Eso es lo que importa.

Mi tía me sonrió antes de entrelazar sus brazos con los míos y acariciarme la mano.

—Nos preguntábamos cuándo ibas a aparecer.

Unas cuantas mujeres me ofrecieron asiento, lo agradecí con un escueto movimiento de cabeza y me senté en una otomana demasiado pequeña. Apoyé los codos en las rodillas, junté las manos y me pregunté por dónde empezar.

Bug no era la única mujer con los brazos cruzados y una mirada escéptica cuando empecé.

—Los King y los Sullivan han estado enfrentados desde que tengo uso de razón. He participado en bastantes bromas. —Me burlé mientras una letanía de travesuras infantiles recorría mi memoria—. Es prácticamente una característica definitoria de este pueblo. —Unas cuantas risitas educadas y asentimientos me animaron a continuar.

Pensé en Sylvie y en su naturaleza tranquila, su corazón blando y sus ojos amables. Fruncí el ceño y me vi las manos.

—Ahora las cosas son diferentes.

—¿Diferentes? —insistió Bug.

La vi directamente a los ojos.

—Sí, señora.

—¿Por Sylvie? —*Maldita sea, esa mujer es un hueso duro de roer.*

Apreté la mandíbula y le ofrecí la única verdad que podía.

—Me enamoré de ella. Sabía que no debía. Intenté por todos los medios no hacerlo, pero.... —El suspiro colectivo que recorrió la habitación me hizo cruzarme de brazos—. Ella es todo para mí.

Mis ojos se desviaron hacia Bug, que me miraba por debajo de su nariz y cuya fría expresión no delataba nada.

—Todavía tenemos un largo camino por delante. —Vi a mi alrededor, al grupo reunido—. Sylvie no puede hacer su trabajo en el Sugar Bowl sin murmullos a sus espaldas. —Vi directamente a la señora Tiny, que era una infractora atroz y una conocida chismosa—. Ella está embarazada, no sorda. —La señora Tiny frunció los labios—. Y Martha. —Vi directamente a los ojos muy abiertos de Martha Kensington—. No me gustó mucho que intentara emparejarme con su sobrina. No estoy soltero, estoy fuera del mercado. —Martha se sonrojó y apartó la mirada—. No soy tan ingenuo como para pensar que mis sentimientos por Sylvie cambiarán la opinión de todo un pueblo, pero me vendría bien un poco de ayuda para hacer correr la voz de que esta disputa ya no nos involucra a Sylvie y a mí. No tomaremos parte en bromas, comentarios malintencionados o mentiras descaradas. —Me puse de pie para insistir—. Si alguien tiene algo que decir, que me lo diga a mí, y si saben lo que les conviene, mantendrán el nombre de Sylvie fuera de sus bocas, o se las verán conmigo.

Lark parecía a punto de echarse a llorar, y yo quise que mis ojos se movieran sobre el resto de la multitud.

—¿Puedo contar con las Bluebirds?

Vi a mi alrededor, expectante, esperando que alguien se pronunciara, con la esperanza de que decir mi verdad bastara para obtener el más mínimo apoyo de la gente que sabía que dirigía este pueblo.

—Oh, mierda. —Mi hermana, Kate, se puso en pie de un salto, viendo el celular con profundas arrugas en la frente.

Okey... no es exactamente la avalancha de apoyo que esperaba de mi hermana.

Sus ojos llenos de pánico se clavaron en los míos.

—Tenemos que irnos.

Di un paso hacia ella.

—¿Qué pasa?

—Problemas.

—¿Qué? —El pánico me recorrió mientras pensaba en Sylvie.

Kate pasó una mano frustrada por el aire.

—No. —Sacudió la cabeza—. No lo sé, pero algo está pasando en King Tattoo. Algo malo. Wyatt me envió un mensaje de texto que hay una multitud, una pelea o algo así.

Un gruñido de frustración me atravesó la garganta mientras me daba la vuelta y caminaba hacia la entrada de la librería.

—¡Espera! —gritó la tía Tootie, pero yo la ignoré y Kate se apresuró a ponerse a mi lado, tecleando un mensaje en su teléfono mientras Lark se metía en los brazos el abrigo de Kate y se deslizaba sobre el suyo.

—¿Qué está pasando? —No necesité que Kate me contestara, porque en cuanto salimos de Bluebird Books se oyeron gritos en dirección a la tienda de tatuajes de Royal. Una pequeña multitud se había reunido en semicírculo, señal inequívoca de una pelea, ya que en el centro había una maraña de cuerpos que se empujaban y gritaban unos a otros.

Reconocí a mi primo pequeño Matty en medio de la refriega. Estaba siendo retenido por Wyatt mientras señalaba y le gritaba algo a Royal King, que parecía a punto de explotar. La saliva burbujeaba en la comisura de la boca de Matty mientras escupía obscenidades en dirección a Royal.

La adrenalina se apoderó de mí cuando me abrí paso entre la multitud. En medio del caos, parecía que se había desatado una pelea a empujones entre los King y Sullivan. Mientras Matty le gritaba a Royal,

éste se limitaba a ver, iracundo, mientras empezaba a arremangarse las mangas de la camisa, dejando al descubierto los intrincados diseños de los tatuajes que le cubrían desde los nudillos hacia arriba.

Matty era un maldito idiota. Royal podría tumbarlo de un puñetazo si quisiera, pero él era joven e impulsivo

—¡Hey! —Mi voz profunda retumbó por encima de la multitud—. ¿Qué demonios está pasando?

—¿Por qué no le preguntas a tu jodida familia? —Royal inclinó la barbilla en dirección a mi primo, lo que provocó una nueva andanada de lenguaje colorido por parte de Matty.

Me giré hacia el idiota de mi primo.

—Cállate.

Se le encendieron las fosas nasales, pero cerró la mandíbula. El público se agolpaba detrás de nosotros, decepcionado por no ver la pelea entre Matty y Royal.

Extendí los brazos a los lados, con las palmas hacia arriba, con la esperanza de demostrarle a Royal que no quería pelear.

—¿Qué está pasando?

La rabia se apoderó de Royal.

—Matty y sus amigos pensaron que sería jodidamente gracioso enjabonar el escaparate.

Vi por encima del hombro de Royal y, efectivamente, alguien llevó una pastilla de jabón al escaparate, oscureciendo el meticuloso trabajo de pintura.

Volví a ver a Royal y me burlé.

—Vamos, es una broma inofensiva. No puedes decir que no nos hemos hecho estupideces uno al otro. —Señalé a Matty—. Fue lo bastante tonto como para que lo atraparan. Eso es culpa nuestra.

Royal me señaló el pecho.

—Sean más creativos, más sigilosos, o crezcan de una puta vez.

Apreté la mandíbula mientras lo miraba fijamente, pero asentí. Tenía razón. La broma era bastante tonta e infantil, y no tan creativa. Definitivamente sería una decepción a los ojos de Lee, eso seguro.

Sintiendo que la situación se había apaciguado, le di la espalda a Royal, aunque la multitud seguía incitando a sus respectivos bandos con la esperanza de que hubiera más discusión. Me acerqué a Matty, que seguía con los ojos desorbitados.

Le puse la mano en el pecho para hacerlo retroceder unos pasos cuando me esquivó, inclinándose para tomar algo de la jardinera que había cerca del borde de la acera.

—¿Qué te parece esto para ser creativo, hijo de puta?

El tiempo se ralentizó.

Por el rabillo del ojo no vi el ladrillo en la mano de Matty hasta que fue demasiado tarde. Solo pude girarme y ver cómo echaba el brazo hacia atrás. El ladrillo voló por encima del hombro de Royal y casi le rozó la oreja. Éste se sobresaltó y se agachó antes de que el ladrillo le diera de lleno en la sien.

En su lugar, el ladrillo se estrelló directamente contra el escaparate de King Tattoo. El cristal se hizo añicos y se oyeron gritos.

—¡Mierda! —La furia corrió por la voz de Royal mientras se lanzaba hacia adelante, abordando a Matty.

Wyatt y yo nos movimos para quitárselo de encima al idiota de nuestro primo cuando oí un grito.

—¡Oh, Dios!

Se me paró el corazón. Conocía esa voz, aunque nunca la había oído mezclada con tanto pánico.

Sylvie.

La acera estaba llena de trozos de cristal. Muchos de los escaparates del centro eran reliquias en sí mismos y no fueron actualizados con cristales anti rotura.

El ladrillo hizo un agujero en el escaparate y rebotó por el suelo de la tienda de tatuajes. Una enorme tela de araña se abrió paso por el cristal restante.

Sylvie y MJ estaban agachadas en la acera bajo la ventana. Ni siquiera me di cuenta de que estaba ahí, pero supuse que, por la forma en que viajan las noticias en este pueblo, ella y MJ decidieron acercarse al enterarse de que estaba ocurriendo algo.

MJ abrazó a Sylvie mientras ésta se agarraba a su brazo, por debajo de la punta de los dedos, con la cara pálida y los ojos muy abiertos.

—Oh, mierda, Sylvie —gritó MJ, alarmada.

Mis pies no pudieron llevarme hasta ahí lo bastante rápido mientras veía a MJ arrancarse su pesado abrigo y ponerse inmediatamente en modo enfermera. Sylvie llevaba una chaqueta fina. Era la única que le quedaba bien y se negó a que le comprara una nueva. Decía que no tenía sentido porque no le iba a servir de mucho después del embarazo. Cuando se cayó, un trozo de cristal atravesó la fina tela y se clavó en su antebrazo.

La mano de MJ se aferró por encima de donde Sylvie sangraba.

Me agolpé en su espacio.

—¿Qué tan malo es?

—No lo sé, bastante malo. Nos agachamos para apartarnos del ladrillo y Sylvie resbaló. —No me perdí el fugaz destello de pánico en los ojos de MJ antes de que lo reprimiera y se pusiera manos a la obra, enrollando el cinturón de su propio abrigo alrededor de la parte superior del antebrazo de Sylvie.

Sylvie se hundió sobre los talones, extendiendo el brazo como si no quisiera mancharse el vientre con su propia sangre.

Tomé el celular para llamar al 911 cuando la mano de Kate me detuvo.

—Ya llamé. Están de camino.

Los aullidos zumbaban en mis oídos mientras yo miraba, impotente. Royal se puso al lado de su hermana mientras Kate, Lark y Wyatt se

esforzaban por dispersar a la multitud. En nuestro pequeño pueblo, era cuestión de minutos que llegaran los paramédicos, incluido mi hermano.

Lee solo dedicó una rápida mirada al escaparate antes de tomar el relevo y correr al lado de Sylvie. Me sentí aliviado de que fuera inmediatamente a ayudarla en lugar de echarle en cara su apellido.

Incapaz de ayudar, hice lo único que sabía que podía hacer. Me giré hacia mi primo y lo jalé por el cuello.

—Levántate de una puta vez.

—Duke, lo siento. No quise... No pensé que...

—Sí, no me digas, no pensaste. —Lo acerqué a la ventana para que viera lo que hizo y también que había personas heridas.

No solo personas, mi persona.

—Vamos, hombre, suéltame. Solo era una broma.

—Esto no es una puta broma. —Estaba desquiciado, la rabia me arañaba la garganta.

Royal se puso a mi lado.

—Ella está bien, no está tan mal como parece. Lee la está vendando.

Seguí viendo a mi primo, pero hablé con Royal.

—Llama a la policía.

—¿La policía? ¿Me tomas el pelo? —se quejó Matty—. Sabes que Amy King tendrá mi trasero si tiene la oportunidad de arrestarme. Vamos, hombre. —Le suplicó a Royal—. No vas a presentar cargos, ¿verdad? Fue un accidente.

Apreté el cuello de su camisa y lo atraje hacia mí.

—Me importa una mierda si él presenta cargos por lo de la ventana. *Yo* voy a presentar cargos por agresión. Me importa una mierda si eres un Sullivan o no.

Eso era todo. La línea. El momento en que *lo supe*.

Nada ni nadie importaba más que ella. Elegiría a Sylvie por encima de todos los demás, incluso de un Sullivan.

Royal me puso una mano en el hombro.

—Ella pregunta por ti. —Mi cabeza giró en su dirección—. Me aseguraré de que se quede hasta que llegue Amy. Vete.

Lo vi a la cara y, con un movimiento de cabeza, solté a Matty y me dirigí hacia donde mi hermano le daba los últimos retoques a un vendaje en el antebrazo de Sylvie. Alguien le puso una manta de lana en sobre los hombros, pero seguía temblando contra el gélido aire de febrero.

Lee la vio con una amabilidad que me di cuenta que reservaba para todos sus pacientes. Era muy bueno en su trabajo y amaba lo que hacía. El orgullo me llenó el pecho por mi hermano menor.

Cuando Sylvie levantó la mirada hacia la mía, las lágrimas que se acumulaban en sus pestañas inferiores se volcaron y corrieron por sus mejillas.

Le quité una con el pulgar mientras me agachaba frente a ella.

—Casi me da un ataque al corazón, mujer.

Su suave risa fue el bálsamo que mi corazón necesitaba.

—No sé qué pasó. Creo que el cristal ya estaba en el suelo cuando tropecé y lo tomé en el ángulo justo.

—No es profundo, solo un corte superficial que le dio en el punto justo —me aseguró Lee—. A veces esos sangran como el infierno. —Lee esbozó una sonrisa encantadora y le guiñó un ojo a Sylvie. Mi hermano se giró hacia mí—. Aun así, me gustaría que entrara. Que la examinen y se aseguren de que todo va bien con el bebé, ya que se ha dado un buen golpe. —Volvió a centrar su atención en Sylvie—. ¿Te duele algo? ¿Tienes cólicos? ¿Puntos sensibles? —La agarró suavemente por el codo y ella negó con la cabeza—. ¿Crees que puedes ponerte de pie?

Ella asintió y permitió que MJ y Lee la pusieran de pie. Di un paso adelante y ella se fundió conmigo.

—¿Qué estabas haciendo aquí?

La abracé y me balanceé lentamente.

—Debería preguntarte lo mismo.

—Sloane me envió un mensaje diciendo que había un drama en la tienda de Royal. —Hizo un gesto con la cabeza—. Estábamos en el café tomando un trozo de tarta.

—¿De pinta de las Bluebirds? —le pregunté, tratando de ayudarla a pensar en otra cosa que no fuera mi imprudente primo y lo que pasó esta noche.

—¿Cómo lo sabes?

Ahogué una sonrisa, no quería que se enterara de mis intrigas con MJ ni de mi reunión secreta con las Bluebirds. Al menos todavía no.

—Solo una suposición. —Vi a mi hermano por encima de la cabeza de Sylvie—. ¿Necesita ir en ambulancia?

Terminó de escribir algo en su portapapeles y me vio.

—Eso dependerá de ella, pero no. Creo que estaría bien que fuera a que la revisaran.

La vi para ver qué quería hacer y le sonrió a Lee.

—Duke puede llevarme.

—Me parece bien. —Lee chasqueó su bolígrafo—. Supongo que veré si hay algún otro idiota que necesite atención médica.

—Matty va a necesitar que lo revisen por una contusión —le ofrecí.

Lee se enderezó con una mirada curiosa hacia nuestro primito, justo cuando yo me giré y le di un puñetazo en la mandíbula a Matty, dejándolo inconsciente.

29

Sylvie

Dos horas después, estaba deseando que todo el mundo dejara de verme con ojos de lástima. Duke me llevó al hospital pero no me daba ni cinco centímetros de respiro. MJ lo siguió y estaba interfiriendo en el pasillo, ya que mis sobreprotectores hermanos no paraban de llamar.

La olla a presión de Outtatowner emitía un estridente grito de que *algo* estaba a punto de explotar.

Le eché una mirada furtiva al papá de mi hijo, cuya pierna rebotaba mientras miraba el descolorido suelo de linóleo. Quizá era más bien *alguien*. Duke parecía a punto de estallar.

Solo esperábamos los papeles del alta después de una revisión exhaustiva y de que nos aseguraran que el bebé estaba bien. El tictac del segundero del reloj era ensordecedor mientras esperábamos.

—¿Crees que podrías traerme agua? —Al oír mi voz, Duke se puso en pie y me vio de pies a cabeza. Ahogué un pequeño giro de ojos de *estoy bien* y luego esbocé una pequeña sonrisa. Sin mediar palabra, Duke salió furioso de la sala de urgencias.

MJ asomó la cabeza por la puerta.

—¿Todo despejado?

—Lo envié a hacer un recado. —Me hice a un lado para que mi hermana menor compartiera la cama conmigo.

Se acostó a mi lado, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Es como un guardián sexy y malhumorado. —Su cuerpo se agitó con un escalofrío exagerado y juguetón.

—Siempre fue malhumorado —le recordé.

—Es peor contigo.

Una pequeña bola de calor floreció en mi pecho. No se equivocaba. Duke era gruñón y probablemente un poco autoritario, pero viniendo de él, no era sofocante. Sobre todo me hacía sentir querida.

No es que me quiera.

Unas lágrimas frescas se clavaron como pequeños cuchillos detrás de mis párpados, y exhalé lentamente.

MJ se incorporó para verme.

—¿Te duele otra vez? ¿Debo llamar a la enfermera?

Negué con la cabeza, ajustándome el brazo vendado.

—No es eso. Es que... —Mis manos se movieron sobre la hinchazón de mi vientre—. ¿Cómo pude ser tan tonta? —Mi voz era diminuta. Me odiaba a mí misma por admitirlo en voz alta.

MJ se acurrucó más.

—No eres tonta. Estás enamorada.

Una risa sarcástica y congestionada brotó de mi pecho mientras me pasaba la manga por la nariz moqueante.

—Eso es lo más tonto de todo. —Amar a Duke era la peor traición de un King—. Es que parece demasiado. Todo se está desmoronando, ¿y se supone que debo traer un bebé a este caos? Sabes que hay cero posibilidades de que los chicos dejen pasar esto. Una vez que papá se entere, estará en pie de guerra.

—Papá apesta.

Me reí. Era raro que MJ expresara su opinión sobre nuestro intenso e intimidante papá. Él adoraba a MJ, pero su admisión me hizo preguntarme si su atención no era solo una presión añadida, una presión de la que mi invisibilidad me ayudaba a escapar.

—Mierda... —MJ frunció el ceño mientras miraba su teléfono. Me ajusté para verla mientras sus dedos volaban sobre la pantalla.

—¿Qué pasa?

MJ jugó con su labio.

—Papá lo sabe. —El pavor me revolvió el estómago y me tragué las ganas de vomitar—. Está molesto por lo del escaparate.

El escaparate. No es que su hija embarazada resultara herida. *Genial.*

Las yemas de los dedos de MJ martillearon otro texto y se llevó el teléfono a la oreja. Sus ojos compasivos se dirigieron a los míos.

—JP.

Por el altavoz no podía entender lo que decía mi hermano, pero los gritos al otro lado eran claros.

—JP, cálmate. Fue un accidente. —MJ me dio la espalda, pero seguí escuchando—. Ella está bien... unas vendas de mariposa y un chequeo completo. Sí, el bebé está bien. —Su mano golpeaba nerviosa la parte exterior de su muslo—. No hagas nada... bien. Okey, pero sigo pensando que son una bola de idiotas.

—Dame el teléfono. —Extendí mi mano buena mientras MJ se giraba para verme—. Déjame hablar con él.

MJ vio su teléfono.

—Espera, Sylvie quiere decir algo.

Cuando se acercó lo suficiente, le arrebaté el teléfono y me lo llevé a la oreja.

—JP, ¿qué está pasando?

La suave voz de mi hermano mayor sonaba firme al otro lado.

—No quiero que te preocupes por nada. Solo estamos arreglando esto.

—¿Arreglando o vengándome? —pregunté.

JP resopló en mi oído.

—Es lo mismo.

—Por favor, no lo hagas. Te lo ruego...

—Royal, Whip y yo solo vamos a tener una pequeña charla. —No pasé por alto la malicia que se entretejía entre sus palabras.

—¿Una charla? ¿Qué significa eso? ¿Y dónde está Abel?

Esperé a que JP respondiera, y finalmente admitió con un suspiro:

—Abel tiene antecedentes. No puede estar involucrado.

—¡JP... por favor!

—Mira, nos hemos estado conteniendo por la situación en la que estás, pero eso ya se acabó. Las cosas cambiaron, y ya tenemos nuestras órdenes. Lo siento, Syl. —La línea se cortó mientras mi corazón golpeaba contra mis costillas.

—¡Ese imbécil me colgó! —Tiré el teléfono de MJ a la cama y me quité las sábanas de las piernas antes de sentarme—. Tenemos que irnos. Tengo que irme. —El pánico me apretó más la garganta.

—No vas a ir a ninguna parte. —Duke me vio fijamente, con un pequeño vaso desechable entre las manos—. No hasta que los médicos nos den el visto bueno.

—Yo iré. —Los ojos de MJ comunicaban claramente que iría e intentaría interferir antes de que mis hermanos hicieran algo épicamente estúpido en represalia por la ventana rota. Dejó caer un beso sobre mi cabeza. MJ apretó el bíceps de Duke antes de tomar su abrigo. Volvía a enviar mensajes de texto furiosamente y yo esperaba que fuera para detener lo que sea que estuvieran planeando mis hermanos.

Estaba cansada, agotada de que no me vieran, o escucharan. Exhausta de que todos a mi alrededor tomaran decisiones *en mi beneficio*.

A. La. Mierda. Con. Eso.

Contemplé mi enorme barriga y mi brazo vendado, y me invadió la impotencia. Me hundí en la cama mientras se me saltaban las lágrimas. Duke se sentó a mi lado y el peso de su cuerpo me hizo inclinarme hacia él, me rodeó con un brazo musculoso.

—¿Quién estaba al teléfono? —La voz de Duke era suave, pero insistente.

—Mi hermano JP. Creo que va a pasar algo malo. —Duke se tensó a mi lado, sus sentimientos claramente en guerra entre escucharme y enviar una advertencia a su familia—. Intenté razonar con él, pero me ignoró totalmente, y luego el muy idiota *me colgó el teléfono*.

—Yo me encargo. —MJ se abrochó el abrigo y salió a toda prisa de urgencias.

—A la mierda con ellos. —Las palabras de Duke estaban impregnadas de ira. Todo este tiempo había tenido cuidado de no hablar mal de mi familia, pero el hombre que estaba a mi lado parecía haber estallado—. Tienes que defenderte a ti misma.

Parpadeé y tragué saliva por el dolor que me causó aquella afirmación.

—*Lo intenté*.

—Esfuérzate más. —Duke se levantó y se pasó las manos por el cabello y la cara. Mientras paseaba por la habitación, su frustración crecía—. Dejas que te pisoteen y te traten como a una mierda. ¿Cómo puedes estar de acuerdo con eso?

La defensiva y la furia se agolparon en mí mientras levantaba la barbilla.

—¿Perdón?

Duke extendió las manos.

—¿Me equivoco?

Parpadeé.

—Bueno... no, pero no es asunto tuyo.

Resopló.

—No es... —Los pasos de Duke golpearon el linóleo—. ¿No es asunto mío? ¿Me estás tomando el pelo? ¿Por qué no puedes defenderte?

El impulso de replegarme sobre mí misma era intenso. *Odiaba* ser el blanco de la frustración de Duke, y mi yo del pasado se habría sumido en las sombras hasta que pasara la tormenta, pero se había encendido una pequeña chispa de rebeldía. Esa brasa chisporroteante me hacía un agujero en las entrañas y estaba dispuesta a incendiar toda mi vida si era necesario.

Me empujé para ponerme a su altura. Cuadré los hombros y levanté la barbilla para verlo a los ojos.

—No puedes soportarlo, ¿verdad? —Duke frunció las cejas, pero yo seguí adelante—. Estás tan acostumbrado a decir *salta* y ver cómo todo el mundo salta alegremente por los aires. —Me señalé el pecho—. Pues yo no soy así. ¿Quieres que me defienda? Pues aquí me tienes. *No* soy una persona más a la que tienes que cuidar. Esto no es una asociación. ¿No lo ves?

—¿Qué hay de malo en querer cuidar de la gente? —La voz de Duke sin duda se extendió por el pasillo, pero yo estaba más allá de la preocupación.

Mi piel estaba caliente y el bebé daba volteretas contra mi caja torácica.

—No podemos vivir en un mundo de fantasía para siempre. No viviré en la granja, escondida donde me proteges de los rumores, los susurros y las miradas sucias. Acéptalo, no tratas a *nadie* como a un igual, y menos a mí.

Duke parpadeó como si mis palabras fueran una bofetada. Los músculos de su mandíbula se tensaron mientras sus puños se flexionaban.

—¿Qué quieres de mí?

Mi burla aguda resonó en la pequeña habitación.

—No quiero nada *de* ti. Quiero algo *contigo*. ¿Por qué es tan difícil de creer?

Unas emociones fugaces se reflejaron en sus rasgos oscuros cuando mis palabras calaron en él. Sus labios se cerraron en una fina línea. Me

quedé viendo sus anchos hombros con incredulidad mientras me daba la espalda y me dejaba sola en la habitación del hospital.

30

Duke

Le envié un mensaje rápido a MJ y me aseguré de que Sylvie volviera a casa sana y salva. Tampoco quería que MJ se viera involucrada en la pelea si las cosas se torcían. Odiaba dejar a Sylvie en aquella habitación pequeña y estéril, pero sus hermanos eran una bomba de relojería y los Sullivan eran el objetivo. Tenía que moverme rápido.

No tratas a nadie como a un igual, y menos a mí.

La verdad de las palabras de Sylvie me cortó.

Profundamente.

Mi reacción instintiva fue negarlo, pero en el fondo una pequeña parte de mí sabía que tenía razón. El problema era que ella no tenía ni idea de que yo no la consideraba una igual porque nunca sentí que pudiera estar a *su altura*. Ella era mucho mejor de lo que yo jamás podría ser.

Le fallé. Sabía que eso era cierto.

Toda mi vida se había convertido en filas de personas y cosas de las que tenía que ocuparme: papá, mis hermanos, la granja. En lugar de que Sylvie formara parte de esa fila, se puso a mi lado y me apoyó. No sabía muy bien qué hacer con esa información.

Sylvie merecía mucho más que las migajas de atención que su familia le reservaba. Me enfurecía ver cómo la ignoraban y pisoteaban su corazón bienintencionado. Aunque vi cómo se encendía una chispa en su interior cuando se lo reproché. También se centró en un antiguo moretón que yo intenté ocultar toda mi vida.

Consideraba mi deber, y un honor en realidad, cuidar de la gente a la que quería, pero, ¿realmente ignoraba sus sentimientos y seguía adelante con el plan que consideraba mejor?

Mis dedos apretaron el volante hasta que se me pusieron blancos los nudillos. *Mierda, probablemente también tenía razón en eso.*

Mi camioneta traqueteaba por la tranquila carretera de camino a la fortaleza de los King. Animosidad y adrenalina me recorrían mientras mis pensamientos dispersos intentaban descarrilarme. No lo permitiré.

Estaba singularmente concentrado en acabar con cualquier problema que tuvieran nuestras familias. Por lo menos, sacándonos a Sylvie y a mí de la ecuación.

Estábamos juntos. Ella era mi mujer, y si tenían algún problema con eso, que se jodieran. Podían traerme sus problemas a mí en vez de estar constantemente machacándola por las decisiones que *ambos* habíamos tomado.

Todos los pensamientos de reconciliación salieron volando por la ventana cuando rodé por el camino de entrada y vi la enorme camioneta negra de mi hermano menor Lee ya torcida en la entrada.

El aire invernal me abofeteó las mejillas y cerré de golpe la puerta del conductor. Mis botas hicieron crujir la nieve helada mientras me dirigía hacia las voces de atrás. Mi cuerpo estaba tenso, listo para luchar. Los hombros echados hacia atrás y la barbilla alta.

Cuando rodeé la gran propiedad, los King y los Sullivan ya se habían cuadrado. Royal, Whip y JP se enfrentaban a Wyatt y Lee. Beckett se arremangaba la camisa y los miraba fijamente. Incluso Abel King estaba ahí, de pie en la parte de atrás con sus brazos de tronco de árbol cruzados sobre su pecho de barril. Al parecer, sus antecedentes penales no le impedían meterse en la refriega a pesar de las preocupaciones de su hermana.

MJ se situó entre la fila de idiotas, con las palmas de las manos viendo a cada lado mientras le suplicaba a sus hermanos.

night

—Hazte a un lado, Julep. —Russell King vio desde su posición de poder en la terraza trasera. Vio por debajo de su afilada nariz a la reunión de King y Sullivan.

—Papá, esto es infantil y peligroso y... —MJ suplicó, pero la voz de su papá atravesó el aire gélido.

—Dije que te apartes.

Resignada, MJ bajó los hombros y caminó hacia mí. Le brillaban las lágrimas en los ojos al pasar a mi lado.

—Voy por Sylvie. —Se le quebró la voz y me armé de valor. Russell King era un matón y un imbécil. Estaba harto de que menospreciara a los Sullivan por ser trabajadores y honrados, y aún más cansado de verlo mangonear a las mujeres King solo porque eso lo hacía sentirse un pez gordo.

Los gritos y las obscenidades se amontonaban y los insultos se lanzaban a través de una línea invisible que separaba a mis hermanos de los suyos. Me acerqué a mi familia y JP me vio con los ojos entrecerrados. La ira me calentó en las tripas y me quité la chaqueta, sin inmutarme por el frío del aire.

Confiaba en que las Bluebirds acallarían las habladurías del pueblo, pero esos hijos de puta eran sus hermanos. Sin ellos a bordo de una relación entre Sylvie y yo, ella nunca encontraría la paz. A ella le importaban y su opinión, un hecho que deseaba que no fuera cierto, pero sabía que lo era. Sylvie siempre querría a sus anárquicos y temerarios hermanos.

—¡Hey! —grité, llamando la atención del grupo. Whip gruñó en mi dirección pero cerró la boca para escuchar lo que tenía que decir—. No estamos aquí para discutir como niños.

—Sí, podemos acabar esto como hombres. —Royal esbozó su sonrisa de mierda mientras sus tatuajes contrastaban con la blanca nieve que caía a nuestro alrededor.

Reprimí las ganas de rodar los ojos. Siempre estaba buscando problemas. Señalé a Royal.

one

—Sabes que no se trata del escaparate. Nos estamos ocupando de Matty... y de la sustitución del escaparate.

La mandíbula de Royal se tensó como si estuviera en parte sorprendido y en parte molesto por no poder sostener más tiempo la ventana rota sobre nuestras cabezas.

—Es más que una puta ventana. —Detrás del grupo, el profundo gruñido de Abel era parecido a un gruñido. En solo el suave resplandor de un reflector, era un hijo de puta intimidante, lo reconozco. Me apuntó directamente—. Deberías haberle quitado las manos de encima a mi maldita hermana. No es un peón que puedas usar para jodernos a todos.

Espera... ¿qué?

¿En serio pensaba que estaba usando a Sylvie en algún engaño para vengarme de ellos por años de bromas infantiles?

Apreté el puño, con el único deseo de clavarlo en su afilada mandíbula. Di un paso adelante, listo para atacar, pero Wyatt se puso delante de mí.

—No vayas ahí —le advirtió—. Dudo que incluso un King caiga tan bajo. Duke ha estado al margen de esta disputa desde que tenemos edad para hacer nuestras propias travesuras.

—Ella tampoco es inocente. —Los astutos ojos de JP recorrieron al grupo mientras una ceja se inclinaba hacia arriba—. Tal vez ella es la inteligente. Atrapar a un Sullivan en una vida de servidumbre. Es más lista que el resto de nosotros, diría yo.

Beckett murmuró algo parecido a *jodido idiota*, pero yo no podía apartar mi atención de los King. Hervía de rabia, odiando el hecho de que me planteé brevemente esa misma idea durante el principio de mi amistad con ella.

JP se encogió de hombros.

—Si no, es una traidora al apellido King. —Detrás de él, Russell King gruñó de acuerdo como el pedazo de mierda que era. Enfrentar a sus propios hijos parecía avivar su hostilidad.

—Ninguno de ustedes la merece. —Las palabras salieron de mi boca mientras la cuerda de mi rabia se deshilachaba como un cordón muy gastado.

—¿Qué dijiste? —Royal se llevó una mano a la oreja y fingió ignorancia.

—No se merecen respirar el mismo aire que ella. —Me moví hasta estar pecho con pecho con Royal, mirándolo a los ojos y preguntándome cómo podía ella preocuparse por esa gente.

—¿Y tú sí? —Royal se burló en mi cara mientras estábamos mano a mano.

—Mierda, no. Sé que no la merezco. —Su expresión vaciló ante mi admisión—. Pero, ¿se dan cuenta de cuánto la está perjudicando esta mezquina disputa? —Dejé que mis ojos rozaran a los hombres King—. Ella *no* ha hecho *nada* malo, y ustedes la rechazan como si no significara nada para ustedes. *Si* encuentran tiempo para reconocer su presencia, de alguna manera encuentran la forma de hacerla sentir pequeña, así que no, no merecen su amor más que yo. Solo están enojados por mi apellido. Yo adoro el suelo que ella pisa, así que ¿cuál es su puto problema?

El aire helado era delgado y nuestras respiraciones formaban nubes blancas que se mezclaban y flotaban sobre nosotros como gélidas nubes de tormenta. Sentía que el círculo de hombres se acercaba a mí y los observé. Lee avanzó pateando una roca, que rebotó por el aire y aterrizó con un golpe en la espinilla de JP.

Mierda.

La tensión se rompió y los puños volaron. Whip se abalanzó sobre Beckett, pero éste le propinó un codazo en la espalda antes de caer al suelo nevado. Empujé a Royal hacia atrás, y me alcanzó en el ojo con un gancho de derecha barato. El calor y el dolor florecieron en mi mejilla.

Cuando me lancé sobre él, me mantuvo a distancia mientras el resto de los hermanos se peleaban. Abel se mantuvo al margen, con su enorme cuerpo vibrando de indecisión. Russell no hizo nada para

detenerlo; más bien, lo observó desde su posición en el porche cerrado con una sonrisa.

—¡Basta! —Mi grito resonó en la oscuridad y, *gracias a Dios*, todos se detuvieron mientras yo me inclinaba, aspirando aire—. No vamos a hacer esto. —Levanté las manos y esperé que Royal no volviera a golpearme. Bajó las manos y yo exhalé un audible suspiro de alivio—. ¿Por qué estamos haciendo esto? —Señalé a JP—. ¿Acaso lo sabes? —Vi al resto—. ¿Alguno de nosotros?

Las manos de JP se apretaron a los lados cuando Lee soltó el cuello de su camisa con más fuerza de la necesaria.

—Quiero hacer un trato —continué entre respiraciones pesadas—. A todos los efectos, Sylvie y yo estamos fuera de todo lo que tenga que ver con la disputa. —Me puse en pie, equilibrándome y aspirando dolorosamente aire frío—. También quiero que desistan de cualquier investigación sobre las tierras de los Sullivan y los derechos minerales que ahí se poseen. —JP enarcó una ceja y no tuve tiempo de descifrar la expresión de sorpresa que se dibujó en sus facciones.

—¿Qué ganamos nosotros? —Abel levantó la barbilla desafiante.

La puerta del porche crujió cuando Russell King la abrió de un empujón y bajó los inmaculados escalones.

—Puedes tener tu trato si… —su voz rezumaba condescendencia como la de un vendedor de aceite de serpiente al acecho de su próxima víctima estúpida, y levantó un dedo—, ese niño tuyo lleva el apellido King.

Una nueva furia me desgarró. *No había una puta oportunidad.*

—No. —El profundo retumbar de Wyatt se me adelantó mientras permanecía en un silencio atónito y enfurecido—. Es ridículo que pienses que es una opción, viejo.

Russell se apoyó sobre sus talones y juntó las manos.

—Entonces dejaremos que las fichas caigan donde puedan. —Quería borrarle para siempre esa sonrisa de suficiencia—. Sylvie volverá arrastrándose. Siempre lo hacen.

Con eso, se dio la vuelta y entró en la casa sin decir una palabra más. A pesar de los golpes frescos que florecían en sus rostros, no pasé por alto las miradas incómodas que compartieron los hombres King. Russell King era un monstruo del más alto calibre, y el dominio que ejercía sobre sus hijos era insondable.

—Nos vamos. —Wyatt agarró mi hombro tenso y me guió lejos. Beckett nos siguió en silencio. Quise ponerle *fin* a la disputa, pero no conseguí nada. Me invadieron olas de pena y derrota. No me molesté en ver a sus hermanos mientras se retiraban a la casa.

Nos paramos junto a la camioneta de Lee mientras yo respiraba entrecortadamente.

—Estoy tan cansado de esto.

Beckett apretó la mano como si le doliera, y Wyatt hizo rodar el hombro.

Lee estaba visiblemente disgustado, un pequeño corte en el labio ya tenía costras de sangre.

—Lo intentaste, hombre. Nadie te culparía si decidieras que no vale la pena.

Mis ojos se desviaron hacia él.

—La elijo a ella. *Siempre* la elegiré a ella.

Lee tragó saliva, con los ojos muy abiertos.

—No quise decir… Jesús, hombre, yo…

Sacudí la cabeza y aparté la mano de Wyatt de mis bíceps, dándome el espacio que tanto necesitaba para respirar. Para sentir cómo se desbordaba mi furia.

—No. Los dos necesitan oír esto. ¿Esta relación? ¿La vida que Sylvie y yo intentamos desesperadamente crearnos? Es lo *único* que he tomado para mí. —Me pasé la mano por el cabello y solté una risita sin gracia—. No tienen ni idea, ¿verdad? Ni idea de cuántos años he suspirado por ella en deferencia a *sus* sentimientos. Ya no lo haré más.

Les di la espalda y subí a mi camioneta, cerrándola de un portazo. Mis hermanos tuvieron el buen sentido de ver atónitos y avergonzados mientras los dejaba en la fría oscuridad.

31

Sylvie

Papá: *Tuve que darle una lección a tu perro guardián. ¿Así que ese es el tipo de hombre al que te estás atando?*

Me paseé por el suelo de madera de la sala. Me sorprendería que no hubiera un surco bajo mis pies de tanto preocuparme por Duke. Pasé de rezar para que estuviera bien a sentirme completamente sorprendida de que me hubiera dejado en el hospital para poder alimentar esta rivalidad ridícula e infantil.

Por fin estaba *jodidamente enojada.*

El crujido de los neumáticos sobre la nieve me hizo arrastrarme hacia el sofá y dejarme caer. No quería que pensara que estaba *preocupada*. Tomé la revista de la mesita auxiliar y la hojeé con un agresivo movimiento de muñeca y una sonrisa de oreja a oreja.

Ni siquiera levanté la vista cuando la puerta se cerró tras él.

Flick. Mis ojos recorrieron las brillantes páginas sin comprender siquiera las palabras. Sabía que era mezquino ignorar su presencia, pero no iba a ser yo la primera en romper el silencio. Su cálido aroma masculino llenó la sala, y me llevé una mano al vientre después de que nuestro hijo decidiera dar volteretas para saludar a su papá.

Apreté los párpados. *Ahora no, niño. Se supone que debemos estar enojados.*

La presencia de Duke era palpable. En contra de mi buen juicio, mis ojos se deslizaron hacia él y me puse de pie.

Estaba estoico, con los hombros caídos, en el umbral de la puerta. Un hombre derrotado en los zapatos de mi fuerte y resistente Duke.

Se me apretó el corazón e inspiré suavemente cuando levantó la cabeza para verme.

El shock me invadió.

Los moretones de su cara estaban adquiriendo un color púrpura rojizo y un ojo estaba peligrosamente a punto de cerrarse. Un pequeño corte en la ceja sangraba.

Me apresuré a encararlo y lo agarré de las solapas de la chaqueta.

—¿Quién te hizo esto?

Sus ojos tristes y oscuros se posaron en los míos y una sonrisa de satisfacción se dibujó en su labio.

—Se supone que esa es mi frase.

Apreté la mandíbula, luchando contra la oleada de lágrimas que amenazaba con desatarse. Nunca había visto a Duke tan... *destrozado*. Estaba confundida, dolida y enojada con todos ellos, con todo el maldito pueblo por perpetuar una rivalidad que dejó de tener sentido hacía mucho, mucho tiempo.

Cuando mis ojos recorrieron sus hombros caídos y su rostro maltrecho, mi corazón se ablandó. Lo jalé suavemente hacia adelante.

—Ven aquí.

Duke me siguió en silencio mientras lo conducía al sofá y lo obligaba a sentarse. Rápidamente, recogí el pequeño botiquín que guardaba bajo el fregadero de la cocina y me arrodillé ante él. Con dos dedos, le levanté la barbilla para examinar el pequeño corte que le atravesaba la ceja. Era superficial, pero incluso después de unos cuantos toques de un algodón empapado en agua oxigenada, me di cuenta de que dejaría una pequeña cicatriz.

—¿Cuál de ellos? —Quería saber exactamente cuál de mis estúpidos hermanos iba a recibir el fuego infernal que planeaba hacer caer sobre ellos.

—No importa. —Su voz ronca parecía más íntima en el ambiente silencioso de su tranquila sala de estar.

—Voy a adivinar. Royal —musité con un suspiro—. JP suele usar sus palabras o su dinero para reducir a la gente. A Whip le agrada Lee, y espero que Abel no haya sido tan tonto como para involucrarse. Queda Royal y su impulsividad.

Duke solo gruñó, consolidando mi creencia de que Royal iba a recibir una gigantesca mordida en el trasero cuando terminara aquí.

La ira se mezcló con la frustración mientras seguía limpiando a un solemne Duke. Mi aliento salió por mi nariz en un agudo suspiro.

—¿Cómo es este el mundo al que vamos a traer a un *niño*?

Apreté los dientes, deseando no llorar porque no estaba triste, estaba *furiosa*. La impotencia que se me clavaba en el pecho era un nudo que no podía deshacer. Odiaba ver sufrir al hombre que amaba. Odiaba que nuestro milagro naciera en medio del odio familiar.

¿Así que ese es el tipo de hombre al que te estás atando?

Mi papá no tenía ni idea de la clase de hombre que era Duke Sullivan. Ninguno de ellos la tenía.

Cuando terminé de limpiarlo, usé su rodilla para impulsarme y ponerme de pie. Sus ojos me siguieron, el marrón chocolate se arremolinó con intensidad. Odiaba ver su rostro perfecto manchado de moretones y sangre.

Me alejé dando pisotones y tiré los algodones a la basura con un insatisfactorio plop. Me apoyé en la encimera y traté de respirar de manera uniforme mientras mi ira se cocinaba a fuego lento antes de desbordarse por completo.

—Ir ahí y dejarme en el hospital fue un error.

—No lo fue. —Su voz profunda estaba más cerca, y me giré para encontrar sus pies plantados en el umbral entre la sala y la cocina. El suave resplandor de la luz de la cocina se reflejaba en sus apuestos rasgos, y odié que mi cuerpo se sintiera atraído por él tan rápidamente.

—Estoy *embarazada*. —Mis brazos se abrieron para mostrar mi visible barriguita—. ¡Y tú *me dejaste en el hospital*!

Un músculo se tensó en su mandíbula mientras su cuerpo se ponía rígido.

—Los médicos te dieron de alta. Me aseguré de que te trajeran a casa. Mis hermanos estaban a punto de *empeorar* las cosas, así que... sí, tomé una decisión.

Duke Sullivan, damas y caballeros, siempre solucionando problemas y produciendo resultados. Lo juro, ese hombre debería tatuarse *Haz algo o quítate de en medio* en su maldita frente.

Crucé los brazos como una niña petulante para no estrangular al hombre que amo.

—¿Así que tu genial decisión fue elegir la *violencia*?

—¡Yo no elegí nada de esto! —Su voz retumbó en la oscuridad y mi barbilla se inclinó en señal de desafío.

Mis ojos se desorbitaron.

—¡Exactamente! Ninguno de los dos elegimos esto. Entonces, ¿por qué? *¿Por qué* te haces pasar por esto? ¿Por qué vale la pena? —Mi voz se quebró. *Maldita sea.* Tragué más allá del nudo que me dificultaba la respiración.

—¡Por ti! —Su voz retumbó en la cocina. Señaló hacia mí—. ¡Porque *tú* lo vales!

Me quedé con la boca abierta, pero no pronuncié palabra. En dos pasos, Duke se apoderó de mi espacio. Me tomó la cara y me inclinó la cabeza para que pudiera verlo y asimilar las emociones que bullían en sus ojos oscuros.

—Eres testaruda, mujer, pero me escucharás. Puede que hayas pasado toda tu vida sin que la gente te diera prioridad, pero eso se acaba conmigo. —Sus ojos recorrieron mis facciones mientras mi labio temblaba—. Sylvie, eres tú o nadie. *Siempre* has sido tú.

Una lágrima caliente se deslizó por mi rostro y parpadeé sin mucho éxito mientras otra caía con la misma rapidez. Llevaba toda la vida desvaneciéndome en el trasfondo de la vida pueblerina, pero este hombre me daba prioridad, no solo con sus palabras, sino con cada uno de sus actos, cada día.

—No llores, bebé. Estoy intentando decirte que te amo, que te he amado durante demasiado tiempo sin decírtelo. Antes de quedarnos embarazados, me enamoré de tu sonrisa, de tu humor, de tu corazón. Solía imaginarme un mundo en el que Outtatowner no existiera y pudiera coquetear contigo, conquistarte y llevarte a tomar un café. Presumir de ti ante mi familia. No me importa cuál sea tu apellido mientras al final se convierta en Sullivan.

Se me escapó un sollozo mientras hundía la cabeza en su ancho pecho. Sus brazos me envolvieron, atrayéndome hacia su calor. Entre nosotros, nuestro bebé se volvió loco, bailando y pataleando como si instara: *¡Dilo! ¡Papá nos ama! ¡Nos ama!*

Le sonreí y lo apreté más fuerte.

—Yo también te amo. Por favor, no me sueltes nunca.

Sus brazos se apretaron más.

—Nunca.

Con la mirada fija en la opulenta puerta de entrada de la casa de Bug, me armé de valor.

Bajo el pretexto de que la tía Bug necesitaba ayuda en su casa, mis hermanos estaban cautivos. Los tenía quitando el polvo de los espacios altos, moviendo y reordenando muebles, y cualquier otra cosa que se le ocurriera para mantenerlos ocupados antes de que yo llegara.

Detrás de la pesada puerta de madera, podía oír sus voces gruñonas y revoltosas superponiéndose mientras sufrían la ira de la tía Bug. Reprimí la pequeña y mezquina alegría que eso me producía.

Giré el picaporte, levanté la cabeza y atravesé la puerta. Todos mis hermanos se detuvieron para prestarme atención. Tuvieron la sensatez de parecer más humildes que engreídos cuando crucé el umbral y me quité mi nuevo abrigo de invierno.

—¡Hola, Syl! —Royal dijo con un gesto de la mano y una sonrisa en su rostro magullado.

Sacudí la cabeza.

—No me digas 'Hola, Syl'. Estoy aquí para hablar. —Vi como el humor se derretía de su cara—. Con todos ustedes.

Crucé los brazos sobre el pecho. Lentamente, mis hermanos dejaron los muebles de la sala y se acercaron a mí. No me pasó desapercibida la oleada de confusión que recorrió la fila de hombres que estaban ante mí. Estaba segura de que nunca habían visto a una mujer embarazada, enloquecida y cargada de hormonas, sobre todo si conocía todos sus secretos y estaba a punto de estallar.

Sus heridas iban desde moretones a cortes leves y nudillos llenos de costras. Respiré hondo.

Idiotas, todos ellos.

Ni siquiera sabía por dónde empezar. De repente, sentí la necesidad imperiosa de replegarme sobre mí misma y esconderme. Era mucho más fácil ser la King suave y callada que se desvanecía en el fondo.

No conseguí nada positivo desapareciendo, así que enderecé los hombros.

—¿Dónde está el fuego? —Whip se rio de su propio chiste y yo puse los ojos en blanco.

—El fuego —hice comillas en el aire mientras seguía—, es que me acosté con Duke Sullivan.

—Eh... —El ceño de Abel se frunció cada vez más mientras señalaba mi vientre—. Recibimos el memo.

Royal disimuló una carcajada con una tos a medias, y yo lo fulminé con la mirada.

—Tuve sexo con Duke Sullivan porque compartimos una amistad secreta durante casi un año, y ambos desarrollamos sentimientos reales.

Se quedaron inmóviles ante el secreto que guardé durante tanto tiempo. Me aferré a ese secreto con tanta fuerza y aún así no era capaz de guardarlo. Estaba lista para que toda la verdad saliera a la luz. No más escondites.

—Estoy enamorada de él, y él me ama. —Mis palabras se volvieron acuosas a medida que mis emociones se hinchaban, pero seguí adelante—. Nunca quise elegir entre mi familia y él, pero su comportamiento mezquino me está obligando.

Whip se ablandó mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas.

—Solo estábamos cuidando de ti, Syl.

Mi mirada se clavó en él y me invadió la furia.

—¡Soy una mujer adulta! No necesito que mis hermanos actúen como si tuvieran algo que decir en mi vida *o* en mis decisiones.

Vi cada uno de sus rostros, estableciendo contacto visual con cada uno de los hombres inmaduros de la habitación. A una parte enferma de mí le hizo gracia que parecieran un poco desmejorados. Al menos Duke no era el único que parecía un saco de boxeo; al parecer, los Sullivan también habían dado algunos golpes.

Bien merecido se lo tienen.

—Esta es la línea. —Señalé al suelo—. Si quieren algún tipo de relación conmigo o con mi hijo, no volverán a hacer esto. Si quieren comportarse como niños, envolver en plástico los retretes de los demás o lo que sea que hagan, *bien.* ¿Pero violencia? ¿Peleas por cosas que literalmente no les incumben? Absolutamente no. —Levanté la barbilla—. No les harán daño a las personas que formarán parte de mi familia, y ellos no les harán daño a ustedes. Ya me cansé de esto.

Giré sobre mis talones, dispuesta a salir corriendo, cuando un lento aplauso empezó a sonar detrás de mí. Atónita, me giré lentamente para ver a mis hermanos. Royal estaba de pie, aplaudiendo. Solo que... no se estaba burlando de mí. Estaba *sonriendo*.

Entrecerré los ojos.

—Ven aquí. —Abrió los brazos y me hizo un gesto para que aceptara su abrazo—. Esa fue la proclamación más ruda, Syl. Das mucho miedo. Se me frunció el trasero.

No pude contener la carcajada que rompió la tensión y puse los ojos en blanco ante Royal antes de cruzar la habitación para caer en su abrazo. Me abrazó fraternalmente y mis palabras quedaron amortiguadas en su camisa.

—Te odio.

—Yo también te amo. —Me sostuvo mientras me encontraba con su mirada—. Todos te amamos. —Royal vio alrededor a mis hermanos, que tuvieron el buen sentido de parecer debidamente escarmentados—. Creo que hablo en nombre del grupo cuando digo que todos lo sentimos. Las cosas se nos fueron de las manos.

Abel apartó a Royal.

—Habla por ti. —Me abrazó tan fuerte que se *me* escapó la respiración—. Pero lo siento. Debería haber hablado e intervenido para detenerlos.

Vi fijamente a mi hosco y estoico hermano. Pasó por tantas cosas, perdió tanto que a menudo parecía que nosotros también lo habíamos perdido a él, pero seguía ahí. Con su gran corazón y todo. Volví a apretarlo.

Whip se acercó.

—Me moría por reventarle la boca a Lee Sullivan desde hace tiempo. No puedo decir que lo sienta, pero siento que te haya causado dolor.

Me reí mientras me abrazaba.

—Esa es la peor disculpa de hermano mayor que he escuchado.

Finalmente me giré hacia JP. Estaba de pie, observando cómo el resto de nuestros hermanos hacían las paces y se responsabilizaban de su participación en la pelea con los Sullivan. Se me apretó el pecho. JP se parecía tanto a nuestro papá: reservado y autoritario, nunca era capaz de

relajarse. El niño con el que solía pisar charcos hacía tiempo que se fue, pero por una fracción de segundo me pareció verlo ahí dentro. Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios, y examinó el nudillo que estaba agrietado por la pelea. Levantó la barbilla.

—Lo siento, Syl. No deberíamos haber traído esto a tu puerta.

Tragué saliva. Aquello era lo máximo que podía esperar de JP King. Exhalé un fuerte suspiro de alivio.

JP se aclaró la garganta y se adelantó cuando me giré.

—¿Sabes?... él trató de detenerlo.

Lo vi, con mil preguntas luchando por liberarse.

—Duke —continuó JP—. Estaba ahí para hacer las paces. Te defendió. No solo con nosotros, sino también con sus propios hermanos.

Whip sonrió y asintió.

—Yo también oí la paliza que les dio. —Whip sacudió la cabeza—. Fue jodidamente aterrador, prácticamente echaba espuma por la boca.

JP suspiró.

—Un hombre así, uno que honrará su relación por encima de su propia sangre, es alguien a quien podría llegar a respetar.

Se me dibujó una sonrisa en la cara. Por primera vez, tenía la esperanza de que mi hijo con Duke pudiera nacer en una vida que fuera, bueno, quizá no totalmente normal, pero sí amorosa. Duke me defendió e intentó detener la pelea. Pensó en mí y en cómo afectaría a nuestra relación.

Me dolía el corazón por él.

—Una última pregunta... —La cara de Royal bailaba de alegría—. ¿Vas a odiarme cuando te diga que *puede* que haya orquestado una entrega de las galletas favoritas de Wyatt pero cambiando el azúcar por sal...?

—Me largo de aquí. —De una carcajada, me di la vuelta, levanté la mano por encima de la cabeza y salí por la puerta principal.

32

Sylvie

Todos los años, en el Medio Oeste, había un día de marzo en el que el sol calentaba y uno se ilusionaba irracionalmente con que por fin llegó la primavera. Por desgracia para todos nosotros, y a pesar de que sabíamos que esto ocurría todos los años, el invierno se aferró a nuestros huesos durante unas semanas más, pero a mediados de abril, los primeros signos de la primavera se mantuvieron durante más de unos días en Outtatowner.

Me paré en medio de la acera con la cara inclinada hacia el cálido sol de la tarde y respiré el aire fresco de abril. Podía oler el agua del lago Michigan en la brisa y tarareé para mis adentros mientras suspiraba. Mis leggins negros me cubrían el vientre y las dos aberturas laterales de mi acogedor jersey color camel me dejaban un amplio espacio para moverme por el Sugar Bowl sin pasar calor. A pesar de que Huck me acosaba constantemente para que me sentara, mis tenis blancos eran cómodos, y me había acostumbrado por completo a amar lo que el embarazo le hizo a mi cuerpo.

Duke también lo amaba.

Sentí una excitante emoción al pensar en las nuevas y creativas posturas que Duke había ideado. Esa misma mañana, me quitó los leggins y me folló por detrás mientras me tomaba el té caliente que me preparaba todas las mañanas. La forma en que sus ásperas manos se deslizaban por la parte posterior de mis muslos casi hizo que se me doblaran las rodillas. Fuera por las hormonas o no, me sentía insaciable cuando se trataba de ese hombre, y a Duke no parecía importarle en lo más mínimo. No podía quitarme las manos de encima.

night

Los pájaros cantaban en los árboles que bordeaban la calle principal del pueblo, y era nuestro recordatorio anual de que pronto nuestras tranquilas calles estarían repletas de turistas en busca de una escapada a nuestro acogedor pueblo costero.

—¿Cómo es que estás tan linda? —La voz de Sloane cortó mis ensoñaciones del deslumbrante Duke cuando abrí un ojo para verla.

Le sonreí a mi amiga.

—En serio. —Puso los ojos en blanco—. Cuando estaba tan avanzada como tú, parecía una casa. No brillaba, solo sudaba profusamente.

—¿No cumplen años los gemelos en agosto?

—Exactamente. Mis axilas empapaban tres trajes al día, y aquí estás tú luciendo toda *costera chic.*

Me reí y Sloane me envolvió en un abrazo.

—¿Dónde están Ben y Tillie?

Sloane movió las cejas.

—Pescando con el abuelo. Estoy libre de niños toda la tarde.

Pasé mi brazo por el suyo y me incliné hacia ella mientras caminábamos por la acera.

—Tengo los pies hinchados. ¿Quieres que nos metamos en el agua? —En esta época del año, la playa estaría tranquila y el agua helada me sentaría de maravilla en los tobillos.

Mientras caminábamos, los pueblerinos sonreían y saludaban con la cabeza. Gran parte de los chismes sobre Duke y sobre mí habían pasado de ser un clamor indignado a suaves murmullos. Solo algún cascarrabias me miraba de reojo, pero era de esperar. Durante generaciones, los King y los Sullivan estuvieron enfrentados, así que la actual tregua entre nuestras familias era un territorio nuevo.

Eché un vistazo a King Tattoo cuando pasamos y, tras captar la atención de Royal, inclinó la barbilla y levantó una mano. Me sorprendió cuando rodeó rápidamente el mostrador y abrió la puerta de un empujón.

one

—Hola, Syl. Sloane. ¿Salieron a dar un paseo, señoritas?

En los meses transcurridos desde que enloquecí con mis hermanos, ellos se esforzaron un poco más por ser amables e inclusivos. Los nervios se me agolparon en el pecho. Todavía no me había acostumbrado del todo al interés genuino por mí o por lo que pasaba en mi vida.

¿Así son las familias normales? Me reí para mis adentros, porque si los Sullivan y la forma en que siempre se metían en los asuntos de los demás eran un indicio, así eran *exactamente* las familias normales.

—Voy a mojarme los dedos de los pies en el lago y luego a tomarme un helado del tamaño de mi cara.

—Tengo trabajo en… —Sloane consultó su reloj—, cuarenta minutos, así que solo le hago compañía a nuestra chica.

Royal se cruzó de brazos.

—¿Qué tal el trabajo en la cervecería? ¿Abel te está tratando bien?

Sloane enarcó una ceja ante la pregunta de Royal.

—Abel no es exactamente del tipo hablador. Juro que el hombre no me ha dicho más de seis palabras. Se comunica sobre todo con gruñidos y refunfuños.

Me reí por lo bajo ante la acertada apreciación de mi amiga sobre mi hermano mayor.

Royal asintió.

—Bueno, si te da algún problema, házmelo saber. Me ocuparé de eso.

—Oh... —Vi con los ojos muy abiertos a mi travieso hermano—. ¿Algo así como alguien se *ocupó* de Lee Sullivan reordenando todos los muebles de su sala?

No pasé por alto el tic en la mejilla de Royal.

—No tengo conocimiento de eso. Habla con Whip.

Se balanceó sobre sus talones y yo entrecerré los ojos.

—Bueno, dejaré que las dos, preciosas damas, sigan con su paseo. —Saludó alegremente antes de desaparecer en su tienda mientras Sloane y yo nos reíamos.

Juntas continuamos nuestro paseo por la acera y pasamos por delante del puerto deportivo.

—En serio, aunque... ¿trabajar para Abel va bien?

Sloane se encogió de hombros.

—Por ahora está bien. El jefe puede tener un palo gigante en el trasero, pero es flexible con mi horario, y las dos veces que mi niñera ha fallado, ni una sola vez se ha quejado de los niños merodeando por la parte de atrás mientras yo esperaba a que el abuelo pasara a recogerlos. —Una sonrisa burlona acentuó el hoyuelo de su mejilla—. Y meterme en su piel es una ventaja.

Sonreí.

—Bien por ti. Abel necesita un poco de estímulo en su vida.

No importaba cuántas veces barriera o quitara el polvo o pasara un trapo por las esquinas, parecía que la casa no estaba lo bastante limpia. Me pasé el día libre mullendo almohadas y lavando sábanas antes de ocuparme de los dormitorios de arriba. Estaba a punto de empezar con el cuarto del niño y exigirle a Duke que me dejara ver lo que hacía más allá de la puerta cerrada, cuando mi mano se deslizó sobre el pomo negro mate de la puerta.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Salté y grité cuando la voz gruñona de Duke me sobresaltó. Me giré para ver su cara malhumorada y sus manos plantadas en las caderas.

Ni siquiera me molesté en luchar contra la sonrisa que me partió la cara.

—¿Te dije alguna vez lo guapo que me pareces?

Duke sacudió la cabeza y me señaló con el dedo.

—No intentes librarte de los problemas haciéndote la dulce conmigo. —Se acercó, pero una sonrisa se dibujó lentamente en su rostro barbudo, provocando una sacudida de calor que me recorrió la columna vertebral y se acumuló entre mis piernas.

Dios, ya había tanta presión constantemente ahí, y sentí que una oleada de su aliento caliente contra mi oreja me enviaría directamente a un orgasmo.

—Por supuesto que no iba a limpiar las esquinas. —Parpadeé inocentemente y me metí el trapo amarillo en la espalda.

—Ajá. Yo digo que eso es una mierda. —Me acercó y me dio un beso en el cuello, justo debajo de la oreja—. Vamos, pequeña mentirosa. Quiero enseñarte algo.

La palma de la mano de Duke me acarició desde el interior del codo hasta la muñeca antes de tomarme la mano y llevarme hacia la puerta de la habitación del bebé.

Se detuvo frente a la puerta. Mi corazón bailó mientras lo miraba esperanzada.

—¿Ya es hora?

Duke estuvo trabajando en el cuarto del bebé -algo que dijo que era importante para él-, y quería darme una sorpresa. Yo accedí a no espiar y la expectación casi me mataba. Duke sacó una llave delgada del bolsillo y abrió la cerradura. Estaba claro que no se fiaba mucho de mí, pero no podía culparlo. Su ligera desconfianza era cierta, porque una o dos veces probé el picaporte y me encontré con que estaba cerrado. Sinceramente, ni siquiera confiaba plenamente en no mirar, porque estaba ansiosa por ver la habitación de nuestro bebé.

Duke respiró con calma. Nunca había visto al hombre tan nervioso, y me invadió una nueva oleada de amor y afecto.

Le puse una mano en la mejilla barbuda.

—Va a ser perfecto. Gracias por hacerlo.

Un gruñido bajo sonó en el fondo de su garganta mientras asentía con la cabeza antes de empujar la puerta del dormitorio.

Me quedé con la boca abierta y los ojos desorbitados al contemplar la habitación. El sol de la tarde se colaba por las contraventanas de estilo persianas, inundando el espacio de una luz suave y etérea. Duke entró en la habitación de nuestro bebé y se pasó las manos por los jeans.

—Yo... —Se aclaró la garganta—. Espero que sea todo lo que soñaste.

Me ardía la nariz mientras me esforzaba por encontrar las palabras. Contra una pared había una sólida cómoda de madera que parecía hecha a mano y encima un cambiador. La otra pared estaba ocupada por una cómoda alta a juego. Una preciosa cuna estaba delante del mural más impresionante que había visto nunca. Era taciturno y ligeramente masculino a la vez que luminoso y aireado. La perfección absoluta.

—Annie pintó el mural.

—¿Cómo lo hiciste, cuando lo hizo...

—Su horario flexible ayudó. La mayoría de las veces la colé mientras trabajabas en el Sugar Bowl.

Cada detalle, desde la silla deslizante y el reposapiés a juego hasta la enorme manta de hilo que la cubría, parecía sacado de mi imaginación.

—Okey, Duke... ¿cómo...

Me llevé las yemas de los dedos a los labios mientras seguía contemplando la absoluta perfección del cuarto del bebé.

Duke metió las manos en el bolsillo delantero de sus jeans y se encogió de hombros.

—Encontré tu página de Pinterest.

Mis ojos buscaron los suyos mientras un suave rubor teñía sus mejillas.

—Quería que este fuera un espacio donde te sintieras seguras, donde nuestro bebé y tú -todos nosotros-, pudiéramos pasar tiempo juntos. Donde él supiera que, pase lo que pase, se le quiere exactamente por lo que es.

Las lágrimas cayeron sobre mis pestañas y recorrieron mis mejillas mientras me lanzaba sobre Duke. Este hombre, esta bestia hermosa,

magnífica, melancólica y corpulenta, tenía el corazón más bondadoso y dulce que jamás había conocido. Mantenía ese corazón tan guardado, pero yo era la afortunada. Él me lo había mostrado.

—Gracias. Es absolutamente perfecto.

Su mano recorrió mi columna y me acercó a pesar del vientre que nos separaba.

—Bueno, no dejes que te estropee el maquillaje, porque esta noche te voy a llevar a pasear. —Vio su reloj—. Y no tenemos tiempo para que vuelvas a arreglarte la cara. —Me pasó un nudillo por la mejilla para secarme las lágrimas—. Además, sabes que me pareces preciosa tal y como eres.

Resoplé y le sonreí, tragándome el nudo de emociones que tenía en la garganta.

—Estaré lista en dos minutos, te lo prometo. —Le di un último apretón antes de apoyar la cabeza en su hombro y contemplar la habitación de nuestro bebé una vez más antes de apresurarme a arreglarme para nuestra cita.

Dos minutos fueron en realidad veinte minutos, pero Duke no me jodió demasiado por eso. Siempre había algo en el Grudge que se sentía como un cálido abrazo. Tal vez era la forma en que la vieja música country sonaba en la máquina de discos o la forma en que los dedos se deslizaban sobre las protuberancias y crestas de la desgastada barra de roble. A pesar de su anticuada y tenue iluminación y de los carteles de cerveza neón, era bonito, incluso acogedor.

Definitivamente estoy anidando si pienso que el Grudge es bonito y acogedor.

Como siempre desde que empecé una relación con Duke, entrar en el Grudge también conllevaba su propia dosis de ansiedad. La mayoría de veces reclamábamos nuestro sitio en medio del bar, mezclados con turistas que no conocían la disputa que definía nuestro pueblo.

Con los hombros echados hacia atrás y la barbilla alta, entrelacé mis dedos con los de Duke y me dirigí hacia una mesa abierta cerca del centro del lugar. Su mano tiró suavemente de la mía y, cuando lo vi, me hizo un sutil gesto con la cabeza antes de guiarme hacia el lado este del

bar. Lo seguí con pasos vacilantes. Él estaba dispuesto a instalarse en territorio enemigo.

Me senté y lo vi con los ojos muy abiertos.

—¿Estás seguro?

Tomó un menú de plástico de la mesa

—Nunca he estado tan seguro de nada en mi vida —y me guiñó un ojo.

No sabía si se refería a su elección de asientos o a mí, pero me daba igual. Le sonreí y volví a acomodarme en mi asiento.

Pronto se acercó una mesera, incapaz de ocultar la cara de sorpresa que puso al vernos.

—Hola, amigos, ¿qué les sirvo?

Duke hizo un gesto hacia mí.

—Las damas primero.

A pesar del rubor que me subía por el cuello y las mejillas, ojeé rápidamente el menú, pero opté por lo de siempre.

—Hamburguesa Smash, extra de queso, extra tocino. Lechuga y tomate, por favor.

—Mmm. —Duke gruñó como si le sorprendiera mi pedido, cuando en realidad yo pedía alguna versión de una hamburguesa con queso y tocino casi cada vez que salíamos a comer fuera en los últimos tres meses, incluso lo estafé para que pusiera unas hamburguesas en la parrilla en la nieve.

—Creo que pediré lo mismo. —Le entregó a la mesera nuestros menús y se sentó en su silla.

Era una noche tranquila para ser martes, pero la temporada turística ya había empezado a animarse, con caras nuevas entre las conocidas. Sus dedos repiqueteaban al ritmo de la música de la máquina de discos y no parecía afectarle en absoluto nuestra posición en la sala. Duke estaba jovial, incluso alegre, y eso me ayudó a relajarme en mi asiento.

Unas mesas más allá, mi hermano Royal estaba con un grupo de amigos e inclinó su copa hacia Duke.

Duke le devolvió el saludo con una punta de la barbilla, y mi nariz se arrugó.

—¿Qué fue eso?

—No sé a qué te refieres. —La mano de Duke se deslizó por la mesa, buscando la mía.

Mi hermano Whip se acercó a nuestra mesa alta, presumiblemente fuera de turno de la estación de bomberos. Duke se levantó e inmediatamente estrechó la mano de mi hermano.

—Hola a los dos. —Whip nos saludó como si no hiciera ninguna diferencia en el mundo que Duke fuera un Sullivan—. Me alegro de verlos esta noche. —Whip se giró hacia Duke—. ¿Finalmente resolviste lo de encajar los cajones?

Duke le sonrió a mi hermano. *Sonrió de verdad.*

—Lo hice. —Asintió—. Salieron muy bien. No podría haberlo hecho sin ti.

Duke volvió a estrechar la mano de Whip.

—Bien, de acuerdo. Bien hecho. Los dejo para que vuelvan a cenar. Si necesitas ayuda con cualquier otra cosa, me llamas.

Duke asintió.

—Lo haré. Gracias de nuevo.

Me quedé con la boca abierta mientras presenciaba el intercambio. La mesera depositó dos vasos altos de agua en nuestra mesa. Duke tomó uno, pero se detuvo a medio camino de su boca.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Son, como, amigos ahora?

Duke se encogió de hombros y bebió un sorbo.

—No lo sé. ¿Quizá? Hemos llegado a un acuerdo.

Parpadeé y lo consideré.

—Oh. Un acuerdo... okey. Eso es genial, supongo.

—Vamos. Déjame llevarte a dar una vuelta por la pista de baile antes de que llegue nuestra comida.

—Estoy embarazada de ocho meses. Será como bailar con una carroza de desfile.

Duke sonrió satisfecho.

—En primer lugar, eres la carroza de desfile más sexy que he visto.

Solté una carcajada y le rodeé el cuello con los brazos.

—Y en segundo lugar —continuó mientras me salpicaba el cuello de besos—, eso significa que solo tengo un mes más o menos para tenerte toda para mí. Porque no estoy bromeando, voy a malcriar a ese niño.

Los fuertes brazos de Duke me rodearon mientras me guiaba a la pista de baile.

—¿Te apuntas?

Dejé que me llevara al centro de la pista y nos balanceamos al ritmo de la música. La mano de Duke se posó en mi cadera, pero se movía sutilmente sobre mi costado y mi vientre mientras bailábamos. Nuestro bebé pataleaba en respuesta, algo de lo que sabía que Duke nunca se saciaba.

—¿Sabes? Había una cosa más además del cuarto del bebé que quería darte esta noche.

Me incliné hacia él.

—¿Ah, sí? —La comisura de mi boca se levantó, junto con mi ceja. Duke sabía que, a pesar de mis refunfuños, en secreto me encantaban las sorpresas.

Nubes de tormenta rodaron por su rostro, posándose entre sus cejas.

—No es tanto un *algo*. Es... no sé.

Se llevó la mano a la nuca, tomó la mía y se la puso sobre el pecho. Me apretó la palma y sentí el latido de su corazón a través de la camisa.

Apoyó su frente en la mía a pesar de todos los que nos rodeaban. Su abrazo era una burbuja íntima. Los tres solos.

—Has tenido mi corazón durante mucho tiempo, Sylvie. Antes del bebé, incluso antes de la playa, estaba jodidamente loco por ti. Te he amado durante mucho tiempo. Siempre has sido tú, pero tenía demasiado miedo de decirlo. Temía que si lo decía en voz alta, despertaría de este sueño y todo desaparecería. Quería decírtelo esta noche a la luz de las velas y con flores, los dos solos, pero aquí, en este momento, lo siento. Quiero ir contigo a Savannah, y no quiero ocultártelo ni un segundo más. Te amo. Siempre te he amado. Tú eres para mí, y no puedo vivir esta vida sin ti.

Antes de que pudiera hablar y decirle que yo también lo amaba -Dios, *cuánto lo amaba-*, y que *él* era mi hogar, Duke inclinó su boca sobre la mía y me abrazó con fuerza. Duke derramó amor, pasión, desamor y amistad en aquel beso, y yo lo absorbí sin importarme lo más mínimo quién estuviera viendo o lo que estuvieran pensando.

Que vieran. Que pensaran lo que quisieran sobre una King y un Sullivan, porque nada de eso importaba. Ya no.

33

Duke

Después de que me dijeran que la esperanza de vida de alguien con demencia era de cuatro a ocho años, imaginé que estaría enterrando a papá, no mudándolo a una casa nueva.

Pero ahí estábamos.

En el límite de la propiedad de Haven Pines se encontraban las casas semi-independientes recién terminadas. Seguían siendo mantenidas por el personal de Haven Pines, pero cada pequeña casa era un espacio de vida privado e independiente para los residentes que cumplían los requisitos. Una enfermera lo visitaba a diario, e incluso había un botón en cada casa que alertaba al personal si surgía una emergencia. En la pequeña comunidad, los residentes tenían oportunidades como pasear en bote, tejer, jugar pickleball e incluso hacer yoga.

Jodido *yoga*.

Eché un vistazo a la nueva sala de papá y apreté la mandíbula. La comunidad estaba demasiado aislada. Demasiado alejada del edificio principal y del personal. Demasiado lejos de la ayuda si papá tenía algún tipo de emergencia. No me gustaba a pesar de que mis hermanos no paraban de hablar de lo genial que era.

—No da a los cuarenta acres de atrás, pero seguro que es mejor que ser vecino de Winnie McCallister.

Gruñí una carcajada. La señora Winnie estaba a punto de cumplir noventa y ocho años y era famosa por su falta de filtro. Si no le gustaba el desayuno, el tiempo o tu cara, te enterabas.

Me encogí de hombros.

—Me gusta el viejo pájaro.

—Seguro que sí —se burló papá—. Almas gemelas.

Sacudió la cabeza y dio otra vuelta alrededor de la pequeña sala de estar antes de empujar el sillón reclinable.

—No me gusta esto.

Me acerqué a él y le ayudé a moverlo medio metro hacia la izquierda.

—¿Mejor?

—No, pero supongo que servirá.

Me reí para mis adentros y metí la mano detrás de mí en la pequeña nevera que traje. Le entregué la botella a papá y su ceja se arqueó hacia arriba.

—Para celebrar tu nueva mudanza. —Le quité la tapa y se la di.

No pareció darse cuenta de que era una cerveza sin alcohol y se hundió en el lujoso sofá con un suspiro.

—Hogar dulce hogar.

Me senté a su lado y bebí un sorbo de mi propia botella.

—Es un sitio bonito. Me alegro por ti.

—Eso es una mierda. —Papá sonrió mientras le daba un sorbo a su cerveza—. Nadie que yo conozca odia el cambio más que tú.

Sacudí la cabeza y reflexioné. No estaba equivocado.

—Siento que este último año no fue más que cambios arrojados a mi cara.

—¿Y fue todo malo?

Mi mente se llenó inmediatamente de imágenes del dulce rostro de Sylvie.

—No, señor. No fue del todo malo.

—Bien, porque tengo una más que lanzarte.

Me moví, viendo a mi papá e intentando calibrar su nivel de lucidez. Según su equipo médico, el ensayo clínico fue un éxito rotundo. Solo recordaba un puñado de episodios malos en el último mes, y eso ya me parecía un milagro. Pasábamos más días tranquilos con nuestro papá, y le estaré eternamente agradecido por eso.

Papá suspiró.

—No puedes venir a verme todos los días.

Mi cara se arrugó.

—¿Qué? Papá, vamos...

Levantó la mano.

—Lo digo en serio. No hay razón para que vengas merodeando todos los días. No puedes engañarme, August.

Tragué saliva al oír que papá usaba mi verdadero nombre.

—Quiero verte, de verdad, pero pusiste toda tu vida en espera por mí. Por nosotros. Habrá días en que te necesite. —Papá se dio un golpecito en la sien—. Sabes mejor que yo que no siempre estoy bien aquí arriba, pero tampoco siento que me esté ahogando. Tengo a tu mamá, y nosotros...

Fruncí el ceño, una flecha me atravesó el pecho mientras hablaba.

—Mamá se ha ido, papá.

Un destello de tristeza recorrió sus facciones como si estuviera reviviendo su muerte una y otra vez. Quería gritar, golpear con el puño *cualquier cosa* que le ayudara a dejar de revivir de nuevo la conmoción de su muerte.

—Ya lo sé. —La voz de papá apenas superaba un susurro—. Solo que no siempre me gusta recordarlo, eso es todo. —Levantó la barbilla y me clavó en mi sitio con sus ojos azules brillantes—. Los médicos dijeron que podía estar aquí sin peligro. Puedo vivir mi vida lo mejor que pueda con el tiempo que tengo, pero tú tienes que hacer lo mismo, hijo.

Apreté los dedos contra las cuencas de mis ojos.

—¿Qué estás diciendo, papá? ¿Que no soy bienvenido aquí?

La risa de papá me sobresaltó.

—Claro que no, idiota. Lo que digo es que no tienes por qué agobiarte preocupándote por mí. Tengo mucha gente cuidándome por aquí. Muy pronto tendrás tu propia familia por la que estresarte.

Asentí con la cabeza. El peso del estrés, la preocupación por cómo iba a manejarlo todo, se volvió silenciosamente insoportable.

¿Cómo lo sabía?

La emoción me quemaba detrás de los párpados.

—Ella es una King, papá.

Los ojos de papá se detuvieron al asimilar mis palabras. Frunció los labios.

—¿La amas?

—Amarla es como respirar. —La admisión salió de mí en un soplo de aliento, sin vacilación.

Papá lo pensó, dando un sorbo a su cerveza y viendo hacia la cálida madera del suelo de la sala

—Entonces no creo que su apellido haga mucha diferencia, ¿verdad?

Apreté el fuerte hombro de papá con la mano, incapaz de decirle lo mucho que significaba que aceptara mi amor por Sylvie. El nudo en mi garganta no se deshacía.

—Gracias, papá.

Mi rodilla rebotó y me pasé una palma húmeda por la pierna.

—Voy a darle el anillo de mamá. Pienso pedir la bendición de su papá, aunque me mande al infierno. —Incliné la barbilla en señal de resolución—. Pero se lo daré de todos modos.

Papá me dio una palmadita en la rodilla y la apretó.

—Eso es ser un buen hombre. No necesitas su permiso, pero nadie puede decir que no intentaste hacerlo bien. —Papá pensó un momento—. Sabes que el papá de tu mamá me odiaba, ¿verdad? —Mis ojos se entrecerraron, buscando en su rostro señales de la verdad—. Sí,

no podía soportar que su Juney se hubiera enamorado de un Sullivan cuando Russell King estaba llamando a su puerta. Su papá dijo que desperdiciaría su vida con un hombre como yo.

—¿Russell King? —Incluso la mera mención del papá de Sylvie tenía mis terminaciones nerviosas disparadas—. ¿Es por *eso* que nos odia tanto?

Papá se encogió de hombros.

—Russell siempre ha tenido odio en su corazón. Nada era lo suficientemente bueno. Ninguna victoria le bastaba. Él la quería a ella, pero ella me quería a mí, y eso lo molestó. Pasó mucho tiempo comprando cosas debajo de mí. Socavando negocios para que yo sufriera, pero no me importaba. Si me preguntas a mí —papá se inclinó hacia mí y me guiñó un ojo—, conseguí lo único que él nunca pudo comprar. El corazón de tu mamá. Me aferré a ese precioso regalo con ambas manos todo el tiempo que pude.

Algunas de las piezas del misterio Sullivan-King encajaban en su sitio. Suspiré y me enderecé.

—Supongo que tiene sentido. Siempre ha estado resentido, siendo un amargado. —Dejé que mi mente vagara por los pequeños fragmentos de información que habíamos aprendido sobre los King y los Sullivan en el último año—. Quizá Lark tenía razón... todo esto empezó y ha continuado por culpa de un triángulo amoroso desquiciado. —Sacudí la cabeza con incredulidad—. Qué locura.

—Claro, el amor hace que los hombres hagan estupideces, pero siempre le ha ayudado tener a los Sinclair en el bolsillo, los oídos abiertos para cualquier cosa que pudiera usar contra nosotros. Esos gemelos jugaban en dos bandos, como su papá y su papá antes que él.

¿Jugar en dos bandos? Espera... ¿gemelos? Hice una pausa.

—¿Sinclair? —Algo en ese apellido me revolvió el cerebro.

—¿Quién? —Los ojos de papá buscaron mi cara.

Me giré para verlo.

—Dijiste Sinclair, que los King siempre los han tenido en el bolsillo. ¿Qué querías decir?

Los ojos de papá se desviaron hacia los míos, y la confusión nubló su rostro.

—Yo no dije eso. —La actitud defensiva y el miedo elevaron el tono de su voz.

Se me aceleró el corazón. Lo último que necesitábamos era que papá entrara en pánico. Se suponía que hoy iba a ser un buen día. Un nuevo comienzo. Le puse la mano en el antebrazo.

—Tienes razón. Lo siento, papá, debo haberte oído mal.

Parpadeó y supe que estábamos a punto de derrumbarnos. Odiaba haberlo presionado demasiado, demasiado deprisa, sin leer las señales que indicaban que se perdió en sus confusos pensamientos internos.

—¿Quieres ver un programa, o descargo algunas cajas más?

Papá se restregó una mano en la nuca y suspiró, aunque seguía hirviendo de agitación.

—Estoy bastante cansado. Creo que descansaré un rato.

Me tragué la bilis que se me subió al fondo de la garganta.

—No hay problema. Vamos a acomodarte.

Ayudé a mi papá a ponerse cómodo, y en pocos minutos se quedó dormido, pero había algo en lo que dijo. Los únicos gemelos que conocía eran Bowlegs y Bootsy y, por lo que yo sabía, habían vivido su vida al margen de Outtatowner desde que tenía uso de razón.

Algo no encajaba, y Bootsy podría tener las respuestas que buscábamos.

34

Sylvie

Prácticamente tuve que empujar a Duke fuera de casa para que aceptara salir una noche con sus hermanos, pero me apetecía mucho darme un baño caliente y leer un libro obsceno. El aire fresco de finales de abril flotaba por la casa, llevando consigo los sutiles aromas de la lavanda y el lirio de los valles. En los arbustos de arándanos, los capullos se estaban transformando en flores, y me sorprendió la expectación que flotaba en el aire.

Moví la mano sobre mi vientre redondo. Faltaba una semana para dar a luz y la impaciencia se había instalado en mis huesos. Me moría de ganas de conocer a nuestro hombrecito. Llevaba días luchando contra el sueño y una presión baja que apenas me permitía funcionar. Kate me dio unas sales de baño por las que Beckett maldecía, y cerré los ojos para imaginarme las cálidas burbujas envolviéndome mientras me sumergía en el agua.

El ladrido de Ed me sobresaltó y abrí los ojos de golpe. Algo lo alertó, así que me quedé un momento junto a la gran ventana de la sala y escuché. Una brisa se movía entre los arbustos, pero por lo demás el mundo fuera de la granja estaba en silencio.

Vi el reloj. *Faltaban poco para las nueve.* No había ninguna razón para que el personal que trabajaba en la granja estuviera dando vueltas, pero algo había puesto nervioso a Ed. Mi mano lo acarició detrás de las orejas mientras un gruñido lo hacía vibrar.

Mis ojos se desviaron hacia la puerta, comprobando que estaba cerrada, pero se me erizaron los pelos de la nuca.

—¿Qué pasa? —le susurré a Ed.

Sus ojos concentrados permanecían clavados en la puerta principal mientras mi corazón se aceleraba.

—¿Necesitas salir?

Ed volvió a ladrar. Sus uñas golpearon la madera.

—¿Es Duck?

Otro ladrido más fuerte y giró en círculo.

—*Eres* un papá sobreprotector, ¿verdad? —Le rasqué detrás de las orejas—. Seguro que Duck está bien. Está durmiendo.

Ed dio un paso hacia la puerta, su cuerpo aún irradiaba tensión. Puse los ojos en blanco.

—Testarudo como tu papá, por lo que veo. —Tomé la franela forrada de Duke que había junto a la puerta y metí los brazos en ella. Su cálido aroma masculino me envolvió mientras abría la puerta. Señalé a Ed para demostrarle que hablaba en serio—. Vamos a ver a Duck; luego me daré ese baño.

En cuanto se abrió la puerta principal, Ed bajó las escaleras y cruzó el patio en dirección al granero con más velocidad de la que cabría esperar de un perro de tres patas.

—¡Ed! *Mierda*. —Con cuidado me apresuré detrás de él, envolviendo la franela alrededor de mi cuerpo y deseando haber pensado en traer una linterna. El gran granero estaba cerrado por la noche, pero seguí el gemido de Ed en la distancia. Por una hilera de hierba segada, su trasero asomaba entre dos arbustos de arándanos.

»¡Ed! —Volví a llamar en un susurro. Sus orejas se golpearon en la cara cuando se giró para verme, pero rápidamente volvió a centrarse en lo que había entre los arbustos. Cuando llegué hasta él, estaba llorando. Agachada lo mejor que pude con una pelota de playa sujeta a mi frente, vi entre los arbustos. La poca luz dificultaba la visión, pero lo cierto es que las plumas blancas de Duck destacaban entre las cañas de arándanos. Aparté a un Ed testarudo para verlo más de cerca.

Duck graznó e intentó moverse, pero algo se enredó en su pata.

—¡Oh, pobrecito! Estás enredado. —Me acerqué y le examiné la pata mientras Ed me rodeaba, oliendo y gimiendo. Torpemente, fui capaz de separar lo que estaba enrollado alrededor de su pata de la base del arbusto de arándanos.

»¿Cómo se salió, señor? —Un patético graznido fue la única respuesta de Duck. Luchó contra mi abrazo, una prueba más de que solo quería a Ed o a Duke porque esos dos podían meterse con él todo el día y nunca se quejaba. Lo sostuve en el recoveco de mi brazo y desenrollé lo que parecía ser un hilo de pescar o una cuerda de nailon de algún tipo. Debía de haberse enredado de camino a la cama y se enredó entre las zarzas y las raíces de los arbustos. Hice una nota mental para que Duke comprobara la valla y se asegurara de que no había un agujero por el que se hubiera escapado. Aunque no me extrañaba que Duck estuviera domesticado, lo último que quería era que se escapara y que un animal salvaje llegara hasta él antes que nosotros.

»Pobre chico. Estás bien. —Duck se acomodó contra mi brazo y apoyó su pico entre mi bíceps y mi pecho. Vi hacia abajo y suspiré—. Bueno, eres lindo, lo reconozco. —Le di un beso en la cabecita—. Vamos a llevarte a la cama.

La oscuridad cayó a mi alrededor y aumenté el paso hacia el granero. Mientras caminaba por la parte ancha, observé que no había ningún agujero visible en la valla por el que Duck pudiera haber escapado. Cuando me giré hacia la pequeña puerta del granero, fruncí el ceño.

Duke nunca habría dejado abierto.

Pequeñas campanas de alarma zumbaron en el fondo de mi mente.

—Vamos, Ed. —Llamé al perro para que se acercara a mí y metí con cuidado a Duck en su jaula del granero. Trabajé rápidamente, cerrando la puerta del granero detrás de mí y queriendo encerrarme dentro de la seguridad de nuestro hogar.

Una luz parpadeó en mi visión periférica y el corazón se me subió a la garganta. El gruñido bajo de Ed coincidía con la cadencia de mis nervios. En la parte trasera del granero, volvió a parpadear un rayo de luz.

Inmediatamente me acordé de mis hermanos y sus estúpidas travesuras. Hacía tiempo que no hacían ninguna, y sabía que estaban deseando vengarse de los Sullivan por haberle pagado a un grupo de chicos del teatro local para que se arrodillaran y se inclinaran cada vez que pasaba un King. Se podría pensar que a mis arrogantes hermanos les habría encantado, pero los chicos se lo tomaron muy en serio: los seguían a todas partes y gritaban abiertamente cuando pasaba un King. Una niña incluso acechó a JP y dejó caer pétalos de rosa a sus pies durante todo un día.

De verdad creía que ya habíamos superado esta tontería.

Apreté los dientes y pisé fuerte en dirección a la luz. Esos idiotas se creían muy listos, y yo estaba a punto de darles un susto de muerte antes de darles un pedazo de mis pensamientos.

Se lo merecen por asustarme y retrasar mi épico baño de burbujas.

Doblé la esquina, dispuesta a saltar y darle un susto de muerte al hermano que estuviera merodeando, cuando mi grito se estranguló en mi garganta. Ed se interpuso entre la figura oscura y yo, gruñendo y enseñando los dientes.

Ante el ruido ahogado que salió de mí, la figura se dio la vuelta para verme. Mis ojos se abrieron de par en par cuando estuve a punto de chocar con Bootsy.

—¡Oh, mierda! —Jadeé y di un paso atrás. Mi mano voló a mi pecho, agarrando la franela—. Oh, Dios.

El blanco de sus ojos era vidrioso y cambiante en la escasa luz. Incliné la barbilla.

—¿Bootsy?

—Señora Sylvie. —Se aclaró la garganta—. Sí, hola.

Di otro paso en retirada. La inquietud se apoderó de mí.

—¿Qué haces aquí? —Mi mente luchaba por ponerse al día con el hecho de que acababa de atrapar al ermitaño del pueblo merodeando por el granero después del anochecer—. ¿Mis hermanos te metieron en esto?

Sus ojos se clavaron en los míos.

—No, señora. No me haga caso. Me voy. —Se rio y sacudió la cabeza—. Me confundo de vez en cuando. Pensé que tenía una cita con el señor Duke. —Se frotó la frente—. Debo haberme equivocado.

Estaba a punto de decirle que Duke no estaba aquí, pero las campanas de alarma que sonaban entre mis oídos me detuvieron.

—Está adentro —mentí mientras me giraba hacia la casa—. Puedo hablarle por ti.

—¡No! Oh... no, señora. No es necesario. Me confundí... como dije.

Sentí compasión por el hombre. Era cierto que había vivido su vida al margen del pueblo. La buena gente de Outtatowner intentó ocuparse de él y de su difunto hermano, pero a menudo fueron un misterio. Me arriesgué a un último intento.

—¿Necesitas ayuda?

Resopló cuando sus ojos se encontraron con los míos. La piel curtida y las líneas profundas se acentuaban en las sombras, proyectando un brillo áspero en ellos.

—No soy yo quien necesita ayuda. Será mejor que tengas cuidado.

Un escalofrío me recorrió la espalda. *¿Qué demonios significaba eso?* Mis pies tropezaron con la grava mientras me distanciaba de Bootsy. Recordé la historia de Mabel y cómo la familia de Bootsy podría estar de algún modo entretejida en la disputa King-Sullivan.

Levanté la barbilla.

—Si no necesitas nada, es mejor que te vayas.

Cuando me dio la espalda y se apresuró a cruzar el césped en dirección a la carretera principal, me hundí y exhalé aliviada.

¿Qué demonios fue eso?

De repente, las sombras que proyectaban los árboles eran ominosas y aterradoras. Me incliné para acariciar la cabeza de Ed. Seguía gruñendo a la sombra de Bootsy que se retiraba.

—Buen chico. Lo hiciste bien.

Tiré con más fuerza de la camisa de Duke y me moví tan rápido como me permitieron mis pies hacia la casa y subí los escalones del porche. Una vez dentro de la puerta, cerré el pestillo de golpe. Respiraba entrecortadamente.

La indecisión me corroía. No quería arruinar la merecida noche de Duke si no era más que Bootsy un poco confundido. Pero la idea de quedarme sola en casa toda la noche me atraía aún menos.

Me mordí el labio y me decidí por la opción tres, menos embarazosa.

Sacando mis contactos, me desplacé hasta seleccionar los números que buscaba.

Yo: *Hola. Soy Sylvie. Me preguntaba si alguien está libre ya que los chicos están todos fuera esta noche.*

Lark: *Es curioso que lo preguntes. Todas estamos libres. Queríamos invitarte a salir pero Duke insistió en que tenías una cita con la bañera. Nos hizo prometer que no te molestaríamos, así que planeamos ir por algo de picar y llamar a tu puerta de todas formas.*

Kate: *Los chicos van a sorprender a Duke con una fiesta de papá-chelor esta noche, así que ya se iba a enojar.*

Yo: *¿Qué es una fiesta de papá-chelor?*

Annie: *Ya sabes, como una despedida de soltero pero por ser papá. Van a emborracharlo, hacerle participar en juegos de bar embarazosos y, en general, a emborracharlo aunque todos estén celosos en secreto. Fue la ridícula idea de Lee.*

Yo: *Dios... va a odiar eso.*

Annie: *¡Ya lo sé! ¿No es genial?*

Lark: *Wyatt prometió que no serían duros con él, pero estoy segura de que es la primera vez que me miente a la cara.*

Yo: *No quería llamar, pero ese baño de burbujas nunca sucedió. Tuve un encuentro extraño con Bootsy en la granja y me asusté un poco. No quise decirle nada a Duke porque ya lo conocen: se pondría como loco e insistiría en volver a casa.*

Annie: *¿Bootsy estaba en la casa?*

Lark: *Ya estamos en camino.*

Kate: *Noche de chicas, ¡allá vamos!*

Sonreí a mi teléfono, mis nervios empezaban a aliviarse ante la perspectiva de no estar sola. Volví a leer el hilo. A pesar de que Duke intentó proteger mi noche de relax, ellas planearon reunir bocadillos y pasar su tarde libre *conmigo*.

Recogí rápidamente la manta de hilo e intenté colocarla artísticamente sobre la silla. Me alboroté el cabello y pensé en deshacerme de la franela de Duke, pero su olor me hizo sentir mejor, así que opté por dejármela puesta.

Fieles a su palabra, en pocos minutos las puertas de los autos se cerraron y las risas subían por los escalones del porche. Abrí tras un fuerte golpe, y todas entraron, ofreciéndome abrazos rápidos mientras sus voces se superponían unas a otras.

Lark fue la última y me agarró del hombro.

—¿Estás bien? Cuéntanoslo todo.

Sonreí y me burlé.

—Probablemente no fue nada, pero Ed estaba actuando todo agitado, y resulta que Duck estaba enredado afuera, pero fue raro... la puerta del granero ya estaba abierta.

Annie hizo una pausa y enarcó una ceja. Se había criado con los Sullivan, así que era prácticamente su hermana adoptiva.

—Eso no parece probable.

Sacudí la cabeza.

—No lo es. Duke es muy cuidadoso con el cierre de su equipo. Entonces vi una luz o algo... me imaginé que estaba a punto de atrapar a uno de mis hermanos idiotas a media travesura, así que fui a investigar...

—¡Mujer! —Kate abrió mucho los ojos—. ¿No escuchas podcasts de crímenes reales? ¡Nunca vas a investigar!

Me reí.

—Lo sé, lo *sé*. Cuando me di cuenta de que no era ninguno de mis hermanos, me entró el pánico.

—¿Cómo te deshiciste de él? —Los ojos azules de Annie estaban muy abiertos mientras se mordía el labio.

—Mentí y dije que Duke estaba adentro. Bootsy se fue bastante rápido después de eso.

—Bien pensado. —Con los bocadillos descargados sobre la mesa, se acomodaron alrededor de los muebles de la sala.

Kate metió los pies debajo de sí mientras se hundía en el sofá.

—Algo parecido ocurrió cuando estábamos reformando la casa de Tootie. Oí voces e incluso alguien hizo sonar el pomo de la puerta. —Dejó que la recorriera un escalofrío exagerado—. No quise estar sola durante semanas.

—Nunca descubrieron quién era, ¿verdad? —Lark abrió un recipiente de hummus y arrastró una zanahoria por él.

Kate negó con la cabeza.

—No. Fue justo después de encontrar el bar clandestino. El consenso general fue que probablemente fueron más periodistas entrometidos, pero no sé... eso nunca me ha gustado. —Kate me vio con desconfianza.

—¿Qué? —pregunté.

Kate vaciló antes de continuar:

—¿Te contó Duke alguna vez lo que encontramos ahí abajo?

—La botella de licor, ¿verdad? ¿La que tiene la etiqueta de *King Liquor*? Sí, me dijo, pero en realidad no sabía nada de ella aparte de lo que habíamos hablado en el Bluebirds.

Annie se inclinó hacia adelante.

—¿No hay viejas historias familiares? ¿Historias de contrabando e intrigas?

Se me escapó una carcajada seca y sin gracia. Tomé una galleta antes de morder un bocado. La vergüenza subió y se instaló en mi pecho. Los King no eran como los Sullivan. No nos sentábamos a recordar viejos tiempos ni historias familiares que te hicieran reír. Principalmente pasamos nuestros primeros años sobreviviendo bajo el gobierno de Russell King en ausencia de nuestra mamá, y como adulta hice lo que pude para mantenerme fuera de su radar.

Me encogí de hombros.

—Nada me suena. Desde luego, no cuadra con Bootsy Sinclair arrastrándose por el granero...

Annie se incorporó.

—¿Qué dijiste?

La vi con el ceño fruncido.

—¿Qué? ¿Que era raro que Bootsy estuviera en la granja?

Sus manos recorrieron sus leggins negros.

—No, no, no. La otra parte. ¿Su apellido es Sinclair?

Vi a mi alrededor mientras las mujeres Sullivan me veían fijamente.

—¿Sí? ¿Por qué es para tanto? Creía que todo el mundo conocía a los gemelos Sinclair.

—Chica... —Annie empezó a hojear su teléfono y yo vi a Kate y a Lark.

Kate se encogió de hombros.

—No tenía ni idea de cuál era su apellido, y he vivido aquí toda mi vida.

Lark se encogió de hombros.

—Recuerdo que fue muy raro que no hubiera ni siquiera un apellido en *nada* relacionado con el funeral de Bowlegs, nada, pero una vez que llegué a conocer este pueblo... —Lark se encogió de hombros—. En aquella época, las rarezas eran bastante comunes por aquí.

—Okey —interrumpió Annie—. Cuando Kate y Beckett encontraron el bar clandestino, había una caja fuerte y esto estaba adentro. —Giró su teléfono hacia mí para mostrarme una foto en blanco y negro de dos hombres y una mujer abrazados amistosamente, sonriendo a la cámara.

—Cuando estuve investigando toda la disputa entre los King y los Sullivan, descubrí que son Philo Sullivan, James King y Helen Sinclair. —Annie me pasó su teléfono para que pudiera echar un vistazo más de cerca—. Las familias fueron amigas durante mucho, *mucho* tiempo. Como dijo la señorita Mabel, Philo y Helen acabaron casándose.

Tomé su teléfono para verlo más de cerca.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Cómo pasan de eso a lo que sea que se ha convertido esta disputa?

Kate se inclinó y levantó una ceja.

—Hacían contrabando juntos. También encontramos un libro de contabilidad que documentaba las entregas. Algunos de los apellidos que todavía reconozco -familias que siguen viviendo en Outtatowner-, recibían entregas con regularidad. Entonces algo se fue al traste. —Se quedó pensativa un momento—. Pero me parece una coincidencia muy, muy extraña que el apellido de Bootsy sea Sinclair. Tiene que estar relacionado, ¿no?

Una sensación de malestar se instaló en mi estómago.

—A veces mi papá le da dinero a Bootsy. —Las mujeres me vieron fijamente, instándome a continuar—. Desde que era pequeña, él y Bowlegs tenían reuniones silenciosas a puerta cerrada con mi papá, y una vez yo estaba husmeando y definitivamente vi un intercambio de dinero en efectivo.

—¿Dinero para callar? —preguntó Lark, con los ojos muy abiertos mientras todas nos inclinábamos hacia ella.

Annie vio alrededor de nuestro círculo con expectación.

—¿Y si...? ¿Y si Bootsy es de la misma familia Sinclair que Helen? Los registros que encontré decían que ella tenía un hermano. ¿Y si cuando Helen y Philo se casaron querían dejar el negocio del contrabando porque no era seguro, como dijo Mabel? ¿Estaban formando una familia o algo así?

—La línea de tiempo sería más o menos correcta. Los registros de nacimiento muestran que los dos empezaron una familia bastante rápido después de casarse. —Kate sacudió la cabeza con incredulidad—. Si el contrabando era rentable, que dos tercios del grupo se retiraran sería muy malo para el negocio.

Resoplé.

—Si James King se parecía en algo a mi papá, eso bastaría para iniciar una enemistad.

—¿Podría James haberse asociado con el hermano misterioso de Helen? —Lark preguntó.

Annie se encogió de hombros.

—Es posible. El dinero hace que la gente haga cosas extrañas y estúpidas.

Lark se echó hacia atrás y se llevó las manos a la cabeza, gesticulando como si le estuviera explotando el cerebro.

—Esto es salvaje. No puedo creer que lo hayamos descubierto.

—No lo sabemos con seguridad —dijo Annie, volviendo a guardar su teléfono en el bolsillo de sus leggins—, pero parece tener sentido.

Me vi las manos.

—Generaciones de codicia y desconfianza podrían haberse transformado fácilmente en familias enemistadas y, con el tiempo, olvidar por completo el porqué. Todo porque mi familia se dejó llevar por la ira y el dinero.

Kate me tendió la mano. Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, no había compasión, solo bondad.

—Y lo estás curando con amor. Hay belleza en eso.

Suspiré.

—No sé si estoy curando mucho de nada. Claro, las cosas no están tan acaloradas, pero nuestras familias están lejos de ser amigas.

Annie me dedicó una sonrisa que dejaba entrever nuestra floreciente amistad, y mi corazón se estremeció de anhelo esperanzado.

—Ya estamos aquí.

Esa brasa de calidez brilló en mi pecho. Annie tenía razón, *estaban* aquí por la única razón de consolidar nuestra incipiente amistad.

Me relajé y les sonreí. Estas mujeres del Bluebird Book Club se estaban convirtiendo poco a poco en algo más que caras amigas con las que no se me permitía hablar fuera de las paredes de la librería. Eran mujeres que aparecían cuando las necesitaba y que no me echaban en cara los pecados de mi papá.

Eran el tipo de mujer que yo me esforzaba por ser.

—Gracias por venir. Me siento mejor no teniendo que estar aquí sola después de la noche que tuve. Tengo limonada en el refrigerador. ¿Qué tal una comedia romántica de mierda y más bocadillos?

Lark levantó su vaso con un grito.

—¡Salud por los bocadillos!

Hice fuerza para ponerme de pie y un chorro de agua se derramó por mi pierna hasta el suelo de madera.

Oh, mierda...

35

Duke

Kate: *Por favor, dime que no estás demasiado borracho. Envié un SOS a los chicos: ¡Estás a punto de ser papá!*

Las palabras parpadearon en mi pantalla, y yo estaba a medio reír cuando lo comprobé. El estruendo murió en mi pecho y mi cerebro no logró comprender el mensaje de mi hermana. Cuando levanté la cabeza, Lee sonreía como un idiota, Beckett estaba recogiendo nuestras chaquetas y Wyatt sacaba la cartera.

La mano de Lee aterrizó en mi hombro con un ruido sordo.

—Se acabó la fiesta. Vas a ser papá, hombre.

Wyatt se acercó, demasiado tranquilo para mi gusto.

—Llamó Lark. Sylvie rompió fuente en su noche de chicas. La están llevando al hospital. Annie se quedó para limpiar y acostar a Ed, pero se reunirá con nosotros ahí. Vamos.

Wyatt se dirigió hacia la puerta, pero yo tenía los pies clavados en el sitio. Beckett se acercó a mí.

—No puedes quedarte ahí parado, hombre. Ella te necesita.

Ella me necesita. Sylvie me necesita.

Tragué saliva y asentí con la cabeza. Menos mal que solo había tomado dos cervezas, porque no esperaba en absoluto darle hoy la bienvenida al mundo a nuestro hijo. Mis hermanos planearon tomar una copa o dos en el Grudge para humillarme públicamente con *juegos de*

bar, y luego nos instalaríamos por la noche para una fogata junto a la playa en la casa de Beckett.

El altavoz emitió un zumbido cuando la banda se detuvo de repente a mitad de la canción.

—¡Hey! —Giré la cabeza para ver a Lee en el escenario, agarrando el micrófono—. ¡Mi hermano mayor Duke va a ser papá! Levanten sus vasos por Duke y Sylvie.

Negué con la cabeza mientras el bar estallaba en vítores. *Solo en este pueblo.*

Lee saltó del escenario y corrió hacia la salida. Me apresuré a alcanzar a mis hermanos, pero me detuve en seco.

—Ellos deberían saberlo. Su familia.

Vi alrededor del bar pero no vi a ninguno de ellos. Beckett asintió.

—Yo me encargo. Vete y te veré ahí.

Alargué la mano para estrechársela, pero lo jalé para abrazarlo.

—Gracias.

Beckett asintió y me palmeó la espalda. Salí corriendo para subirme a la camioneta de Lee. Condujo como un murciélago mientras Wyatt enviaba mensajes de texto en voz baja en el asiento trasero.

—Aún no hay noticias. Lark me está dando las actualizaciones, pero se están ocupando de tu chica.

Nunca me había alegrado tanto de que las mujeres de mi familia no escucharan ni una palabra de lo que les dije. Ellas estaban ahí, a su lado, cuando Sylvie se puso de parto.

Lee rebotó en su asiento mientras pisaba a fondo el acelerador y avanzaba a toda velocidad por la oscura carretera rural.

—¡Esto es tan emocionante!

August Kingston Sullivan nació poco antes de medianoche.

one

—¿Estás segura del nombre August? —Me acurruqué alrededor de Sylvie, viendo a nuestro hijo dormir sobre su pecho. Nada ni nadie existía aparte de ellos dos.

—Creo que es perfecto. —Le acarició suavemente la nariz respingona con la punta de un dedo. El cansancio se estaba apoderando de mí y me acerqué cada vez más—. Creo que el nombre August es una forma perfecta de honrar al niño que tu mamá amó tanto.

Estaba tan abrumado por la emoción que apenas pude ahogar una respuesta.

—Estaba pensando en Kingston como segundo nombre.

Sus ojos se levantaron de nuestro hijo.

—¿Kingston?

—Ajá. —Le acaricié el cabello—. Eres una King, pero él también lo es. Él debe saber que es amado. Todas las partes de él. Igual que su mamá.

Sylvie exhaló un suspiro vacilante.

—August Kingston Sullivan. Es un trabalenguas.

Me reí entre dientes.

—Seguro que al final le pondrán un apodo ridículo.

Se rio suavemente.

—Supongo que tienes razón.

El bebé August abrió los ojos mientras bostezaba y su boca formó una pequeña O. Sus iris eran de color gris azulado, pero yo tenía la esperanza de que las pequeñas motas de verde y dorado se volvieran más oscuras, como los de su mamá.

Me acerqué más a ella.

—Todo el mundo sigue esperando saber de él, pero no quiero dejarte.

—¿Están todos aquí? ¿Juntos? —Sylvie dio una palmadita en el trasero de August después de que empezara a alborotarse.

Me encogí de hombros.

—Seguro que la mitad de la población de Outtatowner vino a mostrar su apoyo.

Sylvie le sonrió a nuestro hijo.

—Deberías irte. Intentaré darle de comer, y luego quizá algunas personas puedan conocerlo....

—Si eso es lo que quieres. —Me desdoblé detrás de ella y me levanté de la cama de hospital, demasiado pequeña. De espaldas a ella, hice una pausa—. Siempre hemos sido inoportunos, pero hay algo que necesito decirte.

Me giré y los ojos de Sylvie ya brillaban con lágrimas no derramadas. Metí la mano en el bolsillo y saqué el anillo de mi mamá.

—Sylvie King, te mereces mucho más; te mereces un viaje en helicóptero o algún gran gesto que demuestre mi amor por ti.

Caí de rodillas junto a su cama.

—Pero estoy aquí, de rodillas, rogando por el honor de llamarte mi esposa.

El anillo de mi mamá brillaba bajo la luz fluorescente del hospital. Los brazos de Sylvie rodeaban a nuestro recién nacido mientras caían sus lágrimas.

—Sí. Mil veces sí.

Me puse de pie y volví a meterme en la cama junto a ella, con cuidado de no aplastarla ni a ella ni al bebé. Lloré abiertamente, sintiendo alivio al saber que August y ella serían míos para protegerlos. Míos para amarlos. Para siempre.

Puse mi frente contra la suya.

—Te elijo a ti antes que a nadie, en cualquier circunstancia, para el resto de mi vida. Siempre sabrás lo que significa ser amada por un hombre como yo. Te lo prometo.

Nos besamos y lloramos y nos besamos un poco más hasta que August dejó claro que *no* estaba feliz esperando para comer.

Sylvie se rio mientras se ajustaba la bata para amamantar a nuestro bebé. Estaba completamente embelesado por mi futura esposa y nuestro hermoso hijo. *Mi todo.*

Me limpié las lágrimas de la cara mientras me erguía. Gruñí para aclararme la garganta e intenté serenarme.

—Te daré unos minutos y luego dejaremos que empiece el desfile.

Sylvie sonrió hacia el pequeño August.

—Estoy deseando que lo conozcan.

La sala de espera estaba abarrotada. Un rápido vistazo reveló bandos enfrentados de King y Sullivan, como en el Grudge.

Los viejos hábitos no mueren, supongo.

Cuando entré por la puerta, todos guardaron un curioso silencio.

Aplaudí, intentando -y fracasando estrepitosamente-, controlar mis emociones.

—Un bebé sano.

Fue todo lo que pude decir antes de que la sala de espera estallara en vítores y mi tía Tootie me abrazara.

En una ráfaga de apretones de manos, abrazos y felicitaciones, me vi envuelto por la gente del pueblo de Outtatowner. Mis hermanos se turnaron para abrazarme y darme palmaditas en la espalda, felicitándome. En conjunto, las mujeres lloraron y se desmayaron cuando les enseñé una foto de August recién nacido.

—Felicidades. — Royal King estaba de pie con su mano extendida hacia la mía. No era tan tonto como para pensar que mi relación con Sylvie desharía generaciones de desprecio, pero era un comienzo.

—Gracias. —Estreché su mano y asentí. Abel, Whip y JP hicieron lo mismo, estrechándome cordialmente la mano y dándome la enhorabuena.

Abel se balanceó sobre sus talones.

—Quiero disculparme por mi papá.

Tragué saliva.

—Sí. —Asentí—. Creo que habría significado mucho para Sylvie tenerlo aquí.

—No es solo eso —continuó Abel—. Sabemos que acudiste a él para que te diera su bendición antes de pedirle a Sylvie que se casara contigo.

Apreté la mandíbula por mi enojo con su papá, no porque me dijera rotundamente que nunca aprobaría nuestro matrimonio, sino porque creía que su hija *merecía* casarse con un Sullivan. Como si eso fuera una especie de castigo eterno.

—Hicieron falta muchas pelotas para que fueras a cada uno de nosotros después de eso. —Royal se cruzó de brazos y me observó con ojos evaluadores.

—Sentí que era lo correcto —admití finalmente. A pesar de nuestro pasado, Sylvie quería a sus hermanos, así que los busqué a todos y les comuniqué mi intención de casarme con su hermana. Para mi sorpresa, cada uno de ellos me felicitó y me deseó lo mejor con mayor o menor sorpresa.

—¿Podemos conocerlo? —preguntó Annie mientras se aferraba al brazo de Lark, conteniendo a duras penas su emoción.

Le sonreí al par.

—La enfermera dijo que solo dos a la vez, pero sí. Está lista para recibir visitas.

El dúo chilló antes de dirigirse a la enfermería para visitar a Sylvie y al bebé.

JP se acercó a mí.

—¿Tienes un minuto?

La tensión entre nosotros era estirada como una cuerda floja. Tenía pruebas irrefutables de que él era quien estaba investigando los derechos minerales de los terrenos de los Sullivan.

—¿Qué pasa?

—Tengo algo para ti. —JP metió la mano en el bolsillo de su traje y sacó un delgado sobre que me entregó.

»Mi papá descubrió esta información durante uno de sus negocios clandestinos. Durante años ha usado a Bootsy Sinclair para recopilar información. Información que mantuvo cerca del chaleco, incluso de mí, para poder usarlo en su beneficio. Me enteré de que planea dejar que los derechos mineros en tu tierra expiren y luego recogerlos y aprovecharse de eso en contra de ti y tu familia.

Abrí el sobre y me quedé viendo el papel, con los ojos escrutando la información. Era toda la información que necesitaría para garantizar la protección de los derechos mineros de Sullivan Farms.

—¿Por qué me das esto?

JP se encogió de hombros.

—Son solo negocios. Pensé que podría ser útil algún día.

Pronuncié un sonido evasivo mientras miraba el papeleo por segunda vez. No me gustaba la insinuación de que le *debía* algo a JP King, pero era difícil negar que me hizo un favor. JP se alejó con pasos arrogantes, pero tenía la ligera sospecha de que no era tan despiadado como parecía.

—¿Duke? —Vi a MJ cuando entró en la sala de espera. Llevaba bata, y estaba claro que su posición como enfermera le permitió que el personal de maternidad fuera flexible con la norma *de solo dos visitas*—. Pregunta por ti.

Me metí el sobre en el bolsillo trasero y respiré hondo. Todo mi mundo me estaba esperando. Mientras caminaba hacia su habitación, sonreí al pensar en mi mamá. *Todo podría cambiar con una sola decisión si tan solo éramos lo bastante valientes para tomarla.*

Todo mi mundo estaba al otro lado de la puerta del hospital, y ahí mismo le prometí a mi mamá que tendría el valor suficiente para amar a Sylvie y a nuestros hijos, amarlos en voz alta, sin vacilar y con toda mi alma.

Una noche lo había cambiado todo, y qué noche tan perfecta.

Epílogo

Duke

Un año después

Mis ojos recorrieron la pila de papeles mientras los hojeaba por última vez.

—¿Esto es todo?

El sillón de cuero de mi abogado Joss crujió cuando se reclinó y apoyó las manos detrás de la cabeza.

—Es todo lo que tengo. —Sacudió la cabeza y soltó una risita—. Tengo que admitir que no fue así como predije que se desarrollaría este asunto.

Solté un suave gruñido. *Jodidamente no me digas.*

Joss se inclinó hacia adelante.

—Fue muy conveniente que JP te diera todo lo que su papá estaba averiguando sobre los derechos minerales de tus tierras. —Sus ojos se entrecerraron—. Solo... ten cuidado.

Tragué saliva y asentí. No me estaba diciendo nada que no supiera ya. Poco después de que naciera August, JP volvió a su típica actitud arrogante, pero por el momento -mientras yo tuviera algo que decir al respecto-, Sullivan Farms estaba protegida. Mantendría a Sylvie y a August hasta mi último aliento.

—Lo archivaré todo el lunes. —Con un movimiento de cabeza, las facciones de Joss pasaron del modo abogado al modo amigo. Su expresión rozaba la picardía y el humor—. ¿Quieres tomar una cerveza? ¿Encontrar algún problema?

Resoplé. Los viernes por la noche nunca me habían gustado, y menos ahora.

—No, no puedo. Tengo que volver a casa con mi esposa.

Mi esposa.

Las palabras resonaban en mi interior y no dejaban de transmitir una oleada de emoción a través de mi estoicismo típicamente cerrado.

Estreché la mano de Joss y le agradecí sinceramente todo lo que hizo por nosotros en el último año. Con la información que nos proporcionó JP y juntando las piezas que Lark, Annie y el resto de las Bluebirds desenterraron, apareció una nueva y desgarradora historia en Outtatowner.

Bootsy era, de hecho, descendiente de los Sinclair. Una vez establecida esa conexión, Annie descubrió en la Asociación Histórica del Condado de Remington una serie de cartas de Helen dirigidas a su hermano. En ellas revelaba que, cuando se casó con Philo Sullivan, quisieron abandonar el negocio del contrabando porque no era seguro y le rogó a su hermano que reconsiderara la oferta de James para ocupar su lugar.

Por lo que pudimos ver, James King actuó como un hombre traicionado, simplemente porque la salida de sus amigos del negocio ilegal lo perjudicaba. En última instancia, aceptó la ayuda del hermano de Helen a pesar de las súplicas de ésta. Juntos, los dos hombres burlaron la ley para conseguir contrabando durante la Ley Seca, lo que acabó convirtiendo a los King en una familia prominente y rica en Outtatowner. Con el tiempo, la codicia de James King lo consumió. Poco a poco, los King tomaron bastantes decisiones empresariales astutas, excluyendo a los Sinclair, relegándolos a ser nada más que los ojos y los oídos sobre el terreno del imperio King.

La enemistad tomó un giro más oscuro cuando mi propio papá se casó con la misma mujer con la que Russell King pretendía casarse. Su rabia profunda no pudo soportar semejante afrenta, y Russell se encargó de avivar las llamas de la enemistad durante *años*. Al poco tiempo, nadie recordaba las verdaderas razones de la enemistad entre los Sullivan y los King, o quizá a nadie le importaba.

No importaba, nada ni nadie podía impedirme amar a Sylvie. Siempre estuve destinado a ser suyo.

Salí del edificio de las oficinas de Joss a la luz del sol de la tarde, eché un vistazo al lugar donde estacioné mi camioneta y suspiré.

En su lugar había un paquete gigante envuelto para regalo con el tamaño y la forma exactos de mi camioneta. Apreté la mandíbula y me agaché para ver debajo de mi camioneta.

Incluso envolvieron la maldita parte inferior.

Tomé una foto rápida y se la envié a Lee. Su respuesta fue inmediata y no me molesté en contener la sonrisa.

Lee: *Estoy en eso.*

Mi relación con Sylvie era poco menos que un milagro en nuestro pequeño pueblo, pero eso no significaba que las travesuras entre los King y los Sullivan hubieran cesado por completo. Poco a poco fuimos pasando la antorcha a la generación más joven, pero siempre nos asegurábamos de que las travesuras carecieran de malicia.

Cuando llegué a la entrada de nuestra casa en Sullivan Farms, el crujido de los neumáticos sobre la grava llamó la atención de Ed. Saltó hacia mi camioneta con Duck caminando de cerca detrás. Los dos seguían siendo inseparables, y ahora tenía que preocuparme de atropellar a dos imbéciles mientras ladraban, temblaban y rodeaban mi camioneta.

Empujé la puerta y Ed me rodeó la pierna.

—Sí, sí. Te veo, amigo. —Le rasqué detrás de sus largas orejas antes de agacharme para darle a Duck el cariño que también reclamaba. Salí de la camioneta y me dirigí al dúo—. ¿Dónde está mamá?

Ed ladró y giró en un círculo de tres patas.

—Encuentra a mamá. —Ed corrió hacia la granja con Duck contoneándose detrás de él. Mientras serpenteaba hacia el porche, se me paró el corazón.

Ahí está ella.

En el último escalón, Sylvie tenía a Gus apoyado en la cadera y una mano le protegía los ojos del sol de la tarde.

—¡Hola, guapo! —Una cálida sonrisa se dibujó en su rostro, mostrando unos bonitos dientes blancos mientras se subía a nuestro hijo a la cadera.

Gus chilló y me alcanzó. Di los pasos de dos en dos para llegar a ellos más rápido. Enterré la nariz en su suave cabello mientras los envolvía a ambos en mis brazos e inhalaba el aroma a sol y canela que se pegaba a su piel.

Mi nariz acarició la fina piel de su cuello y tarareé.

—Los extrañé a los dos.

La risa de Sylvie hizo vibrar su garganta y mis dientes la rozaron antes de plantarle un beso tranquilizador.

—Estuviste fuera una hora.

Me enderecé, frunciendo el ceño hacia mi encantadora esposa.

—Aún así los extrañé.

Un sonrosado rubor acentuó sus mejillas y extendí los brazos hacia nuestro hijo.

—Ven aquí, niño.

August se lanzó sobre mí con un chillido balbuceante y yo usé el brazo libre para acercar a Sylvie. Dejé caer un beso sobre su cabeza.

—Tengo una idea.

Sylvie se giró para verme con el ceño fruncido por la curiosidad.

Le apreté suavemente el brazo.

—Será genial, te lo prometo. —La guié hacia la cama columpio que instalamos en el porche, otra idea suya de Pinterest que construí con mucho gusto—. Tú, siéntate. —Sylvie se dejó caer en el columpio mientras yo le ponía una manta en los tobillos—. Descansa un poco mientras Gus y yo te preparamos la cena. Te traeré una copa de vino para que puedas leer un libro y relajarte, luego me gustaría llevarte a un sitio. —Sylvie abrió la boquita para discutir, pero la callé con un beso—. No discutas. Va a venir Lark, y ella y Penny lo van a llevar al parque. Está todo arreglado.

Incluso después de tanto tiempo, Sylvie seguía sorprendiéndose de lo mucho que me gustaba cuidar de ella. Cómo lo *anhelaba* simplemente porque su felicidad era parte integral de la mía. No creía que alguna vez me desprendiera de la necesidad de cuidar de los demás, y se sentía como nada hacer pequeñas cosas por mi mujer.

Sylvie tomó el libro de bolsillo que tenía guardado en el porche.

—Si tú lo dices. —Su expresión se volvió coqueta al encontrar su lugar marcado en el libro—. Pero te advierto... estoy llegando a las partes sucias, y voy a querer una representación completa más tarde.

Fingí sorpresa y vi a nuestro hijo.

—No escuches a tu mamá. Eso es solo para los oídos de papá.

La risa gutural de Sylvie me atravesó cuando me incliné hacia ella para susurrarle al oído. Dejé que mi voz sonara grave y áspera.

—Bebé, cuento con eso.

Sylvie flotaba sobre la tabla de paddleboard como una sirena ingrávida mientras su cabello rubio se esparcía por el agua como aceite. Era una diosa. Mi todo.

—Mmm... —tarareó mientras las yemas de mis dedos se deslizaban por sus suaves muslos, haciendo que las gotas de agua se deslizaran por su piel.

—¿Fue una buena cita? —Mis manos subieron y se posaron en su cadera.

Sylvie abrió un ojo.

—Fue una cita *perfecta*. Aquí me siento tan... relajada.

Ajusté la tabla de paddleboard para poder meterle las manos en el cabello y masajearle el cuero cabelludo. Sus pezones chisporrotearon a través del bañador al contacto con mis manos. Se me secó la boca al ver aquellos capullos duros y apretados, y se me ocurrió una idea.

—Una última parada. —Su cabeza se inclinó hacia mí mientras continuaba—: Vamos a ver nuestra isla.

Cuando nos acercamos a la orilla, Sylvie se bajó de la tabla y vadeó el agua hacia la playa. Se giró y sus ojos se iluminaron de asombro mientras se despojaba del chaleco salvavidas y lo depositaba en la arena.

—¡Es exactamente igual!

Vi a mi alrededor mientras me despojaba de mi propio chaleco y de la mochila seca que me colgué de los hombros. No había cambiado mucho desde el día en que la traje a la isla aislada. Vi a Sylvie. Sin embargo, *todo* había cambiado.

Ocupando su espacio, me incliné para abrazarla entre mis brazos. Su boca se unió a la mía con fervor. Lenguas, dientes y labios chocaron mientras gemíamos el uno contra el otro. Mis brazos la rodearon por la espalda y sus piernas me rodearon por la cintura.

—¿Recuerdas cuando te traje aquí? Porque yo recuerdo cada detalle como si fuera ayer. —Mi frente se pegó a la suya.

—¿Cómo podría olvidarlo? Una cita secreta contigo era el mayor pecado que podía cometer, pero no pude evitarlo. —Sylvie me dio besos en la cara mientras nos acercábamos a la arboleda.

Me hinqué de rodillas, acomodando su espalda contra la suave arena.

—Siempre has valido cada pecado.

Sylvie se arqueó hacia mí. Suplicando. Rogando. Conocía el ritmo de su cuerpo mejor que el mío propio.

Nuestra vida juntos fue posible gracias a una serie de milagros improbables, pero no podía evitar la abrumadora sensación de sentirme completamente arraigado a ella. Nuestros pasados se entrelazaban de un modo que me hacía sentir seguro. Entendido.

Mis palmas rozaron sus pechos mientras ella se retorcía debajo de mí. Mi polla ansiaba abrirla y penetrarla hasta la empuñadura. Nada se sentía tan completo como compartirme a mí mismo con Sylvie. *Nada*.

Esa mujer era el principio y el fin de todo.

Las yemas de sus dedos se deslizaron por mis pectorales y acariciaron el dobladillo de mi traje de baño.

—¿Te acuerdas de lo que hablamos? —Enarcó las cejas.

Levanté una ceja.

—Hablamos de muchas cosas.

Su risa me hizo saltar mil chispas por el pecho.

—Creo que deberíamos intentarlo. Nunca empecé mi nuevo paquete anticonceptivo.

Mi corazón palpitó y mis fosas nasales se dilataron ante su insinuación. En los últimos meses estuvimos barajando la idea de dejarla embarazada, esta vez a propósito.

Apoyé la palma de mi mano en su pecho mientras me acomodaba sobre ella y contemplaba su belleza.

No era tan tonto como para pensar que teníamos mucho que decir al respecto. Si nuestro pasado servía de indicación, un bebé vendría cuando le diera la gana, pero sabía que la pasaríamos muy bien intentándolo.

SWEET

Fin.

Escena extra

Sylvie

El bajo zumbido del motor del auto se mezcló con la suave canción de cuna que sonaba en la radio mientras Duke nos conducía hacia Haven Pines. El sol se ocultó tras el horizonte, proyectando tonos rosados y anaranjados en el cielo. Me senté atrás, incapaz de dejar a nuestro bebé solo por mucho tiempo. Miré al frente, a Duke, con las manos firmes en el volante, y no pude evitar maravillarme ante la vida que habíamos creado juntos.

Gus, de tres semanas de edad, yacía tranquilamente en el asiento del auto, con sus diminutos dedos entrelazados alrededor de los míos. El sonido rítmico de su respiración proporcionaba una melodía relajante que armonizaba con la música que sonaba de fondo. Duke le echó un vistazo a nuestro hijo, con una sonrisa orgullosa en su rostro.

—Ya casi llegamos —dijo, con voz cálida y tranquilizadora. Planeamos recoger a Red para una cena familiar en la casa de Tootie, pero queríamos un momento privado para presentarle a nuestro hijo.

Duke miró por el espejo retrovisor.

—¿Estás listo para conocer a tu abuelo Red?

Sonreí y asentí por los dos, sintiendo una mezcla de emoción y anticipación. Red, el papá de Duke, era una fuente de misterio y un poco de inquietud para mí. Mi propio papá pintó una imagen distorsionada de él, pero las historias de Duke y el amor en sus ojos decían una verdad muy diferente.

A medida que nos acercábamos a la entrada del centro de vida asistida, mi corazón se aceleró. Duke estacionó el auto y sacamos con cuidado a Gus de su asiento. El aire de la tarde era fresco y envolví a Gus en una manta suave, sosteniéndolo cerca de mi pecho.

Mientras caminábamos por los pasillos, el olor a desinfectante y a comida casera impregnó el aire. El silencioso murmullo de las conversaciones y el ocasional movimiento de pasos crearon un ambiente tranquilo. Duke abrió el camino, con una confianza inquebrantable. Me maravillé de cómo Haven Pines había transformado sus pasillos en un vecindario perfectamente acogedor para sus residentes.

Cuando llegamos a la habitación de Red, Duke dudó por un momento antes de tocar suavemente la puerta. La puerta de madera se abrió con un chirrido, revelando una pequeña habitación adornada con fotografías y recuerdos que contaban la historia de la vida de Red.

—Hola, papá —saludó Duke cálidamente, su voz tenía un toque de vulnerabilidad.

Red se giró en su silla y sus ojos se iluminaron al vernos.

—¡Duke! Pasa. Estaba justo recogiendo mi abrigo. —Su mirada se dirigió a Gus y una tierna sonrisa cruzó sus labios—. ¿Y quién es este pequeño bulto de alegría?

—Este es August, papá. Nuestro hijo —anunció Duke con orgullo, con un destello de emoción en sus ojos.

—August —susurró mientras veía a nuestro hijo. El rostro de Red se suavizó y extendió los brazos, ansioso por abrazar a su nieto. Duke entregó con cuidado a Gus a su papá y Red lo acunó con una dulzura que hablaba de un amor profundo e innato.

»Bueno, hola, Gus —susurró Red, con sus manos curtidas acariciando la mejilla de Gus—. Eres guapo, como tu papá.

Observé cómo se desarrollaba la escena, mi corazón se hinchó con una infinidad de emociones. El hombre que tenía delante no era la figura distante y turbia que mi papá retrató. Red era amable, afectuoso y completamente dedicado a la familia que dejó.

Duke se sentó en el borde de la cama, como un observador silencioso de las generaciones que se unían.

—Sylvie, este es mi papá, Red. Papá, conoce a Sylvie y a nuestro hermoso hijo, August.

Red me miró y sus ojos expresaban una calidez que trascendía las palabras. Él me sonrió.

—Es un placer conocerte finalmente, Sylvie. Duke me ha contado mucho sobre ti y puedo ver por qué está perdidamente enamorado.

Sonreí, sintiendo una profunda sensación de aceptación.

—Es un honor conocerte también, Red. Gracias por darnos la bienvenida a tu familia.

Red se rio entre dientes, el sonido resonó con sabiduría y un toque de picardía.

—La familia es lo que haces de ella, querida. Y parece que tenemos una maravillosa aquí mismo.

Mientras Red seguía acunando a nuestro bebé, compartiendo historias y risas con Duke, me maravillé de la belleza de este momento. El peso de los conceptos erróneos y las sombras del pasado se habían disipado, dando paso a una nueva comprensión y conexión.

En los momentos de tranquilidad que siguieron, me encontré reflexionando sobre el viaje que nos trajo hasta aquí. Desde las primeras chispas de nuestro amor hasta los desafíos que enfrentamos, cada giro nos llevó a este espacio compartido de calidez y aceptación.

Red, con sus recuerdos desvanecidos, abrazó a Gus con una ternura que hablaba de un legado de amor que superaba las limitaciones del tiempo. En esa habitación, rodeada de familia, me di cuenta del poder de elegir: reescribir las narrativas que nos unían y abrazar el amor que superaba los límites de los linajes.

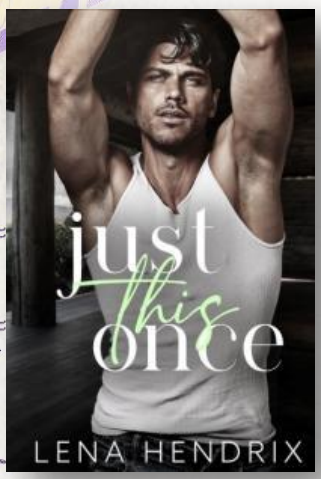
Cuando salimos del centro de vida asistida con el cielo nocturno adornado de estrellas, vi a Duke, quien tomó mi mano con una fuerza recién descubierta. Nuestra pequeña familia, que alguna vez fue un

sueño, ahora era una realidad: un testimonio del poder duradero del amor y el coraje de liberarse de las cadenas del pasado.

Y así, bajo la vasta extensión del cielo nocturno, caminamos hacia el futuro de la mano, con nuestros corazones haciendo eco de la promesa de un amor que no conocía límites.

Fin...otra vez.

Siguiente serie



Whip King no puede ser el hombre para mí.

Los bomberos engreídos y con piercings son perfectos para las comedias románticas nocturnas, pero en la vida real no dan más que problemas. Sobre todo cuando descubres que trabajan para tu papá... después de haberte *acostado con ellos.*

Se suponía que mudarme al pequeño pueblo de mis papás iba a ser el nuevo comienzo que estaba buscando. Cuando un desastroso San Valentín desemboca en un encuentro inesperado con un sexy desconocido y termina con la noche más caliente de mi vida, no pensé que volvería a ver a Whip.

Imagínate mi sorpresa cuando uno de mis alumnos de sexto año tiene una urgencia médica y es Whip quien aparece con un aspecto de lo más sexy para salvar el día. Debería avergonzarme por cómo dejamos las cosas, pero en lugar de eso me enfurece que no parezca acordarse de mí.

Así que rasco mi orgullo del suelo, levanto la barbilla y finjo que no hay nada entre nosotros, pero eso solo puede durar un tiempo. *Las miradas furtivas se convierten en caricias prohibidas y, una vez que caemos en la tentación, no podemos apartar las manos el uno del otro.*

Nunca nada me había parecido tan bien, pero mi corazón precavido no me deja creer en el "felices para siempre". Abrirme a él puede ser lo más difícil que he hecho nunca y cada vez que acordamos una última vez, ambos sabemos que es mentira.

¿Cuántas veces podemos repetirnos a nosotros mismos que *solo es una vez* antes de darnos cuenta de que, cuando se trata de amor, una vez nunca es suficiente?

The King Family, Libro 1

THE SULLIVAN FAMILY #4

Sweet poison

LENA HENDRIX